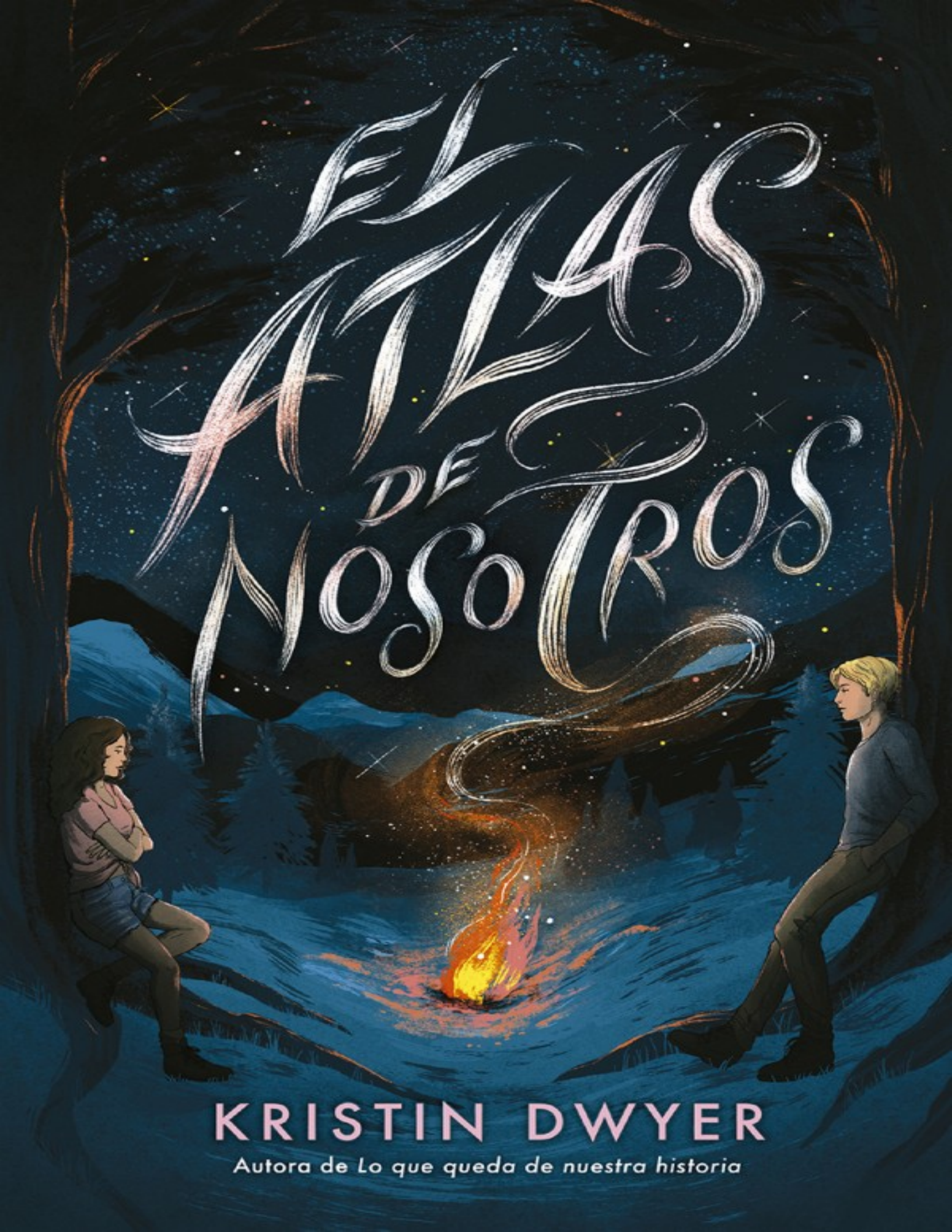

EL ATLAS DE NOSOTROS
KRISTIN DWYER
Autora de Lo que queda de nuestra historia

EL ATLAS DE NOSOTROS

EL ATLAS DE NOSOTROS

KRISTIN DWYER

Traducción de Leire García-Pascual Cuartango



Argentina – Chile – Colombia – España

Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *The Atlas of Us*
Editor original: HarperTeen, un sello de HarperCollins*Publishers*
Traducción: Leire García-Pascual Cuartango

1.ª edición: julio 2025

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2024 by Kristin Dwyer
Publicado en virtud de un acuerdo con HarperCollins Children's Books,
una división de Harper Collins*Publishers*
All Rights Reserved
© de la traducción 2025 *by* Leire García-Pascual Cuartango
© 2025 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.mundopuck.com

ISBN: 979-13-87557-47-8

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para el primer cuentacuentos que conocí.
Quien me mostró la magia de las palabras.
Y cómo amarlas, usarlas y, lo que es más importante…
cómo prestarles atención.
Esto es por ti, Papi.
El río está algo más frío sin ti.

Y este tampoco es para Adrienne Young.
Quien siempre ha sabido comprender el valor de mi magia.
Esto NO es una dedicatoria

El final

Está ahí, de pie en la calle.

El tono dorado de su piel ha desaparecido por completo y le ha crecido bastante el pelo desde la última vez que nos vimos. Los rizos le llegan al cuello de la camisa de franela que lleva puesta. Desde mi posición, bajo la tenue luz de la farola, en lugar de la luz de la luna de verano, puedo contar cada uno de los rasgos que le han cambiado.

Pero su mirada… sigue siendo la misma.

Me duele tener que mirarle a los ojos, esos ojos que son como dos esquirlas de cristal afiladas que se me clavan en el corazón, así que me fijo tan solo en sus manos. Está sosteniendo el diario. Un cuaderno de cuero ajado, con la tapa salpicada de marcas de agua y las páginas tan gastadas que están incluso suaves al tacto. Me muero de ganas por alargar las manos hacia él y abrirlo, porque sé que entre esas mismas páginas se encuentran las palabras que tanto me gustaría volver a leer.

Y también aquellas que no.

—Todavía lo conservas. —Creía que sonaría sorprendida al decir aquello, pero tan solo puedo fijarme en lo triste que suena mi voz.

—Sí —repone con simpleza, porque por supuesto que todavía lo conserva. Y yo noto cómo mi corazón se estremece y se parte en dos con esa única palabra. Como el lomo de un libro nuevo.

—¿Por qué? —le pregunto, *esperanzada.*

Pero ¿qué es lo que espero? No lo sé, no estoy segura.

Traza la palabra grabada en la tapa con los dedos en una suave caricia, la misma palabra que le vi grabar con una navaja y unos cuantos trazos cortos y romos mientras nos sentábamos bajo las estrellas.

—No pretendía…

Pero nunca llego a saber qué es exactamente lo que no pretendía, porque no termina la frase. ¿No pretendía qué? ¿Que todo el mundo se enterase de la verdad?

¿Romperme el corazón en mil pedazos y que estos acabasen sangrando sobre las mismas páginas de ese diario?

¿No pretendía que su mentira llegase tan lejos?

Da un paso adelante, acercándose un poco más a mí.

—*Mapas* —suelta en apenas un susurro.

—Me llamo Atlas.

Boom. Esas tres palabras son como un disparo en la oscuridad y rompen el silencio denso que nos rodea. Son tres palabras que sé que le harán daño. El mismo daño que él me está haciendo ahora.

—Aquí la gente me llama Atlas —repito, tratando de justificarme.

Y entonces, de la nada, algo en su mirada cambia.

—Yo no te llamo así.

No.

No, él solía llamarme de otro modo. Un nombre que significaba algo distinto. En un lugar muy diferente al que estamos ahora.

—Por favor —me suplica, casi desesperado—. No huyas. Otra vez no.

Pero, al parecer, huir es lo único que sé hacer.

1

El principio

Tengo los ojos cerrados.

No los abro ni tan siquiera cuando la luz que se filtra a través de las ramas de los árboles me acaricia los párpados. Si los mantengo cerrados, quizás pueda seguir fingiendo.

Fingiendo que este es el viaje que me moría de ganas por hacer, como sí que había ocurrido muchos años antes. Fingiendo que mi padre está a mi lado. Fingiendo que, cuando por fin abra los ojos, me lo encontraré golpeteando el volante con sus dedos bronceados al ritmo de la música.

Pero sé que todo eso no es real, que solo estoy fingiendo. Porque «fingir» es solo otra manera de decir «mentir». Y eso es justo lo que he estado haciendo. Le he estado mintiendo a mi madre, a mis amigos, a mí misma, y todo porque llevaba temiendo que llegase el momento en el que tuviese que hacer este «viaje» desde hace mucho tiempo. Porque mi padre está muerto.

Y nadie puede fingir que eso nunca ha sucedido. Al menos, no para siempre.

La mayoría de la gente suele decir que «ya no está» o que ha «fallecido» cuando hablan de la muerte de mi padre. Pero es que esas palabras, tan amables y totalmente inexactas, no sirven para describir bien lo que le ocurrió. Porque el cáncer nunca es agradable.

Abro los ojos para enfrentarme a la realidad que llevo tanto tiempo ignorando. Mi madre está sentada a mi lado, con las gafas de sol un tanto caídas y un brazo apoyado en el marco de la ventanilla mientras conduce por la serpenteante carretera de montaña con abruptos acantilados a un costado. Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que tuvo que ser ella la que condujese por estas mismas carreteras. Porque eso siempre era cosa de mi padre.

Pero los acantilados no parecen preocuparle, lo que me sorprende, porque últimamente es como si todo le angustiara. Sobre todo yo.

Bajo la mirada hacia mi regazo. El folleto que tengo entre las manos reza BIENVENIDOS AL SERVICIO COMUNITARIO DE BEAR CREEK. Las palabras están impresas en mayúscula y en negrita, y por un momento me recuerdan a unas esposas. Algo de lo que no puedo librarme. Dentro del folleto han escrito varias cosas, como mi nuevo nombre, «Mapas» (muy ingenioso), un resumen de las normas de seguridad, las fechas en las que tendré que realizar el servicio comunitario y un acuerdo.

> Yo, _____, entre las fechas 23/07 y 25/08 acepto respetar el sendero, a mis compañeros excursionistas y la naturaleza. Comprendo que las peleas, las armas, las drogas y/o la confraternización con otros excursionistas puede acarrear la expulsión del programa. En caso de expulsión, se considerará como si hubiese realizado un total de cero horas incluso aunque el servicio sea obligatorio.
>
> Firmado,

Todavía no lo he firmado. Porque *no estoy de acuerdo*. Porque aunque en mi caso no era obligatorio, sentía que en cierto modo tampoco me quedaba otra opción. Y porque el escribir mi nombre en este acuerdo haría que todo fuese demasiado definitivo. Como si todo de lo que llevaba tanto tiempo huyendo al final hubiese acabado alcanzándome, escrito en tinta negra, y no me quedase más remedio que enfrentarme a ello. Obligándome a admitir mis fracasos.

No ha logrado graduarse de secundaria. Conseguido.

Ha perdido su trabajo en la floristería familiar de una amiga. Conseguido.

Es antisocial. Está deprimida. Tiene problemas de control de la ira. Va sin rumbo alguno. Conseguido.

Pero todos esos fracasos se podían resumir en uno solo.

Su padre ha muerto. Conseguido.

Mi madre ya no sabía qué hacer conmigo, pero, en su defensa, yo tampoco sabía qué hacer conmigo misma.

Y tenía la esperanza de que Bear Creek lo solucionase todo. De que me salvase.

Ahora se vuelve hacia mí con una sonrisa tensa.

—¿Cariño? —Su voz suena preocupada y dulce. Dos rasgos que ella no posee.

Tras la muerte de mi padre se ha convertido en una persona completamente distinta. Se comporta como si fuese un animalillo indefenso, acorralado en una esquina.

—Estoy bien, mamá.

—¿Bien? —repite, como si hubiese hablado en otro idioma.

No, no estoy bien. Había planeado pasarme todo el verano deprimida e intentando hallar el modo de no estarlo. O, tal y como le gusta decir a mi madre, «despertándome para causar problemas».

¿Cómo se puede *despertar* alguien para causar problemas? Pero eso era lo que habíamos acordado: pasaría el verano Bear Creek. Y después conseguiría lo que yo tanto quería: que dejase de preguntarme qué tenía pensado hacer a continuación.

Si le decía que no lo sabía, me daría toda una *lista* de tareas que podía hacer. Debería hacer nuevos amigos. Debería aprender a vivir en mi nueva realidad. Debería apuntarme a un curso intensivo para sacarme la secundaria e intentar encontrar trabajo.

Pero ella no sabía nada sobre la otra lista.

Cuando cierro los ojos de nuevo, la vuelvo a ver junto a la cama de mi padre. Escrita con su letra torcida y repleta de todas las cosas que le habría gustado hacer antes de morir. Y, al final de esa lista…

«Recorrer el sendero occidental de Sierra Nevada con Atlas».

Ese es el único motivo por el que he accedido a hacer todo esto sin apenas rechistar, y también la razón por la que siento que no tengo elección. Este verano me dedicaré a cumplir lo último que mi padre me pidió que hiciera. Completar su lista. Recorrer el sendero.

Por eso me siento obligada a ir a Bear Creek.

Bajo la mirada de nuevo hacia el folleto y no puedo evitar fijarme en la fecha del último día del programa. El veinticinco de agosto.

Tengo que estar en otro sitio el día treinta.

Respiro hondo y me obligo a esbozar una sonrisa.

—De verdad, estoy bien —le digo—. Solo serán cuatro semanas.

No recuerdo exactamente cuándo empecé a mentir. Quizás poco después

de la muerte de mi padre. Pero ahora parece que es lo único que sé hacer.

Mi madre toma un desvío que nos saca de la autovía y que gira hacia un camino de tierra que poco a poco se va abriendo hacia un precioso valle. Para el coche y, cuando nos bajamos, nos topamos con un sendero que serpentea hasta desaparecer entre los pinos y los espesos arbustos. Y, al final del camino, hay un cartel de madera que reza CAMPAMENTO BEAR CREEK, junto con un sencillo grabado de una tienda de campaña con una luna creciente encima.

Me acuerdo de estas colinas y de estos caminos de los cientos de veranos que pasé aquí. Es como si todo mi cuerpo todavía guardase el recuerdo este lugar. Me sacudo de encima todas las emociones que parecen despertarse en las puntas de mis dedos.

Hay pequeñas cabañas de madera salpicadas por todo el valle, junto con gigantescos abetos blancos y nudosos pinos ponderosa. Todos compiten con las enormes montañas de granito que refulgen bajo la luz del sol como si alguien les hubiese dejado caer purpurina encima. Un río precioso atraviesa el campamento justo por el centro, con enormes álamos a ambos lados. Me saco el teléfono móvil del bolsillo trasero del pantalón y lo desbloqueo.

No hay señal. Ni una sola raya.

Mi madre se vuelve entonces hacia mí con el ceño fruncido.

—No vas a necesitar ese cacharro.

La verdad que implican esas palabras alimenta la soledad que me llena el corazón. En realidad, no tengo a nadie a quien llamar.

Mi madre se encarga de sacar mi maleta del maletero del coche y la deja sobre el camino de tierra con un ruido sordo. La maleta plateada reluce bajo el fuerte sol de California, ahí, de pie sobre la arena color terracota, como si quisiese anunciarle a todo el mundo que este no es su sitio. Y yo no puedo evitar fijarme en lo similares que somos.

Está empezando la temporada más calurosa del verano californiano. Cuando las temperaturas no paran de aumentar más y más a cada día que pasa, incluso por la noche. Incluso puedo sentir los malintencionados rayos de sol alargándose hacia mí desde el inmenso cielo azul mientras esperamos frente a las puertas del campamento.

—Tal y como has dicho, solo serán cuatro semanas. Puede pasar cualquier cosa en cuatro semanas —me dice mi madre, y después repite mi propia mentira—. Te irá bien.

Estoy segura de que no me irá bien, y oírla repetir aquello que le acabo de decir me pone de mal humor.

—Cuatro semanas. —Lo suelto como si pudiese contar cada una de las horas de esas cuatro semanas con las sílabas que conforman esas dos palabras. En realidad es muchísimo tiempo.

Mi madre me da la mano y me acaricia el dorso con el pulgar, como si estuviese tratando de barrer las mentiras que me he grabado sobre la piel con sus dedos y descubrir cómo me siento en realidad. Respira hondo y echa un vistazo a nuestro alrededor.

—Por lo menos el lugar es bastante bonito.

Suelto un gruñido para hacerle saber que estoy de acuerdo, pero mantengo la mirada clavada en la arena que hay bajo nuestros pies. No tengo ganas de pararme a observar el *bonito* valle.

—Te esperaré al final del camino para recogerte y después podremos ir…

Trago con fuerza al sentir que estoy a punto de perder la paciencia.

—Mamá —la llamo con firmeza, cortante. No tengo ganas de discutir con ella. No quiero hablar de lo que ocurrirá después de esto. Ahora no.

Se recoloca las gafas de sol y suelta un sonoro suspiro.

—Vale, vale —susurra, casi como si se lo estuviese recordando a sí misma. Es algo que ha empezado a hacer desde que comenzó a ir al psicólogo para hablar sobre su duelo.

—Ni siquiera te darás cuenta de que no estoy —le digo, antes de añadir —: Estaré bien.

Ni siquiera sé por qué digo eso. Quizás lo hago por instinto, porque me pasé diciendo esas mismas dos palabras mucho tiempo, mientras mi padre estaba enfermo, para que ella no se desmoronara del todo. Y la verdad es que, a pesar del vacío que nos separa, me preocupa. Ahora le toca a volver a casa, sola. Busco en su mirada a la madre que conocía, a la luchadora, pero ahora tan solo puedo ver las grietas, las fracturas y las heridas de una mujer que antaño solía ser invencible.

El mantenerse ocupado había demostrado ser el método perfecto para mantener las emociones a raya, pero, cuando ese dique que habías construido a tu alrededor desaparecía, te quedabas sin nada. Eso es algo que sabía de buena tinta.

Un chico alto con el pelo cortado en un degradado pasa junto a nosotras,

y un destello metálico que proviene de su rostro hace que me vuelva hacia él. Los rayos del sol iluminan de lleno el septum que lleva en la nariz. Es la tercera persona que vemos recorriendo el camino que lleva hasta la entrada del campamento, así que decido que ha llegado la hora de despedirme.

Mi madre me estrecha entre sus brazos y respiro hondo, inhalando su aroma, eso que la hace ser ella. Huele a perfume Chanel de imitación y a algo dulce.

Entierro mis dedos en su blusa y escondo mi rostro en el hueco de su cuello. Porque aunque mi madre y yo no seamos las mejores amigas del mundo, ella es lo único que me queda.

No voy a llorar. No voy a dejarle ver lo nerviosa que estoy en realidad. Voy a aferrarme a mis miedos y a llevarlos como una armadura. Porque, si me desmorono, ella también se desmoronará, ¿y entonces qué haremos? ¿Qué sucede cuando nuestro dolor nos ahoga a las dos?

Nada.

Nadie regresa de entre los muertos, así que ¿qué sentido tiene?

Cuando me suelta, me pasa una mano por la cara en una caricia, ahuecándome la mejilla.

—Está bien. —Respira hondo antes de añadir—: Vete a estar bien.

«Bien».

No mal.

Porque estoy bien.

2

Arrastro mi maleta sobre el terreno lleno de baches y cada pequeño saltito hasta que llego al centro del campamento me sirve como recordatorio de que he hecho mal al traerla.

Un árbol enorme se asienta en medio, rodeado por unos cuantos edificios largos y achaparrados. Sus ramas se alzan imponentes hacia el cielo, formando una especie de telaraña enrevesada sobre mi cabeza. Desde ahí, varios caminos de tierra se abren paso a través de la hierba reseca, con bancos esparcidos a ambos lados. La gente pasea por los senderos, pero nadie se sienta. Es como si este lugar fuese tan solo algo pasajero, nada permanente.

Aquí la gente viene a empezar de nuevo, no a terminar.

Hay mesas plegables con carteles de papel pegados a la parte delantera en los que se pueden leer cosas como REGISTRO AQUÍ o SUMINISTROS PARA SENDERISTAS. Hay varios niños de pie a un lado de las mesas, hablando entre ellos, claramente tensos. Me pongo a la cola que hay frente a la mesa de REGISTRO AQUÍ, justo detrás del chico con el aro en la nariz.

Cuando llega mi turno, me encuentro con una mujer que sostiene un subrayador amarillo fosforito como si de una espada se tratase.

—¿Nombre? —Por su cara diría que es físicamente incapaz de sonreír—. Tu apodo. *No tu nombre*.

—Claro. —Me humedezco los labios y saboreo el nombre que han elegido por mí. Esto también forma parte del examen. La nueva identidad que me han otorgado después de entregarme el contrato que todavía no he firmado—. *Mapas*.

Examina el papel que tiene enfrente con la mirada y subraya algo antes de fruncir el ceño.

—Aquí pone que tienes que ir a ver a Joe. —Me recorre con la mirada y ladea la cabeza con curiosidad.

—¿A Joe? —No tengo ni idea de por qué me estoy haciendo la tonta. Sé perfectamente quién es «Joe». Pero hay algo en su expresión que grita que quizás no debería saberlo.

Me señala con el subrayador hacia el fondo del campamento, donde un edificio con forma de A se alza un tanto apartado de los demás. En el cartel de madera que hay colgado encima de la puerta se lee DIRECCIÓN.

Me acerco allí y, de camino, me cruzo con varias personas que están de pie bajo un árbol enorme, tratando de protegerse del calor abrasador. Algunos llevan unos pequeños petates colgados al hombro; otros, mochilas, pero lo que está claro es que ninguno ha optado por traerse una maleta. Solo yo.

Empujo la puerta corredera de cristal para abrirla y me deleito en la frescura del gélido aire acondicionado que refresca el interior. A mis ojos les cuesta unos segundos adaptarse a la oscuridad y mis oídos también tardan un rato en acostumbrarse al silencio.

El despacho de Joe. Ya he estado aquí antes, pero nunca así.

Nunca como alguien que ha venido a participar en *su* programa.

La estancia está llena de muebles anticuados y antiguas reliquias de la tecnología y, sobre el escritorio, hay un enorme monitor de color crema. Un mapa enorme que detalla los senderos que rodean el campamento está colgado de la pared de madera que hay justo detrás del escritorio, pintado con distintos tonos de marrón, azul y verde, que le dan un aspecto un poco más antiguo. Justo en el centro del mapa se encuentra el Lago Bear y, marcados con una X gigante, están los terrenos del campamento Bear Creek. Y encima de la X alguien ha escrito «Un paraíso en la tierra».

Pero el mapa en realidad no es viejo, solo lo parece. Lo sé porque no lo había visto antes. Este mapa es un completo mentiroso.

Al parecer, últimamente las mentiras son un tema recurrente en mi vida.

Sobre el escritorio, de espaldas a la puerta, hay un marco plateado con una fotografía. Se me revuelve el estómago en cuanto me doy cuenta de lo que contiene.

Una fotografía de Joe. Con mi padre. Y conmigo.

En esa imagen no debo de tener más de seis años, estoy sentada en el suelo entre ellos y mi padre lleva el gorro de pescador verde oliva que siempre se ponía. Me hormiguean las puntas de los dedos como siempre me

ocurre cuando me asalta un recuerdo de mi padre.

Alargo la mano hacia el marco, pero, antes de que pueda agarrarlo, escucho a alguien decir:

—Ni se te ocurra tocar mis cosas.

Joe aparece entonces cruzando una pequeña puerta y, al verme, frunce el ceño con fuerza.

—Atlas.

Cierro las manos en puños y los escondo a mi espalda.

—Ahora me llamo *Mapas*. ¿Recuerdas?

El director del programa, y el mejor amigo de mi padre, está de pie tras su desordenado escritorio, con las manos en la cintura y observándome con los ojos entornados. El pañuelo azul que lleva atado alrededor del cuello está empapado en sudor y sus pantalones cortos de montaña tienen un agujero enorme cerca del dobladillo. Joe ya no parece el director del lucrativo programa de parques naturales financiado por el Estado de siempre. Parece un sintecho.

Me recorre de la cabeza a los pies con la mirada y después la desliza hacia mi maleta plateada.

—Sabes que has venido a hacer senderismo, ¿no?

Me coloco de pie frente a mi maleta, tratando de ocultársela.

—Lo sé.

—¿Cómo estás? —me pregunta, pero hasta a mí me suena forzado. Es como si supiese que se *supone* que debe preguntármelo, aunque en realidad no quiera saber la verdad.

—Estoy bien.

—Bien —repite.

Por un momento, me da la impresión de que va a añadir algo más. De que está a punto de hacerme admitir que en realidad estoy mintiendo y tergiversando el verdadero significado de la palabra «bien» hasta que quede tan retorcido como los nudos que crecen en los troncos de los árboles de por aquí. O peor aún, que me va a preguntar por mi padre. Se me forma un nudo tenso en la garganta y acabo apartando la mirada.

—¿En serio? ¿Estás bien? —Me mira fijamente—. ¿No estás enfadada? Por lo de… —Barre el aire con las manos sin una dirección aparente.

Ah. Joe está hablando de Bear Creek.

—Pues claro que estoy cabreada. Mi madre prácticamente me ha extorsionado para que participe en este maldito programa. —Pero me llevo la mano a la lista que guardo en el bolsillo. La lista de mi padre. La rodeo con los dedos como si creyese que Joe tiene visión de rayos X y fuese a poder verla a través de mi ropa.

Él niega con la cabeza.

—Decir que te ha extorsionado quizás es pasarse un poco. Por lo que yo sé, llevas un tiempo comportándote como una energúmena.

—¿«Una energúmena»? —Suelto una carcajada amarga—. ¿De verdad la gente usa esa palabra?

—¿Es que vas a darme problemas, Forajida?

Aprieto los dientes con fuerza. Así era como me llamaba mi padre, el apodo que me recuerda a miles de momentos distintos, algunos conmigo comiéndome un buen plato de espaguetis en su regazo mientras veíamos películas del Oeste, y otros en los que me lo encontraba apuntándome con los dedos como si fuesen una pistola en medio de alguna merienda.

—Mapas —le corrijo.

—No serás Mapas hasta que no firmes el acuerdo. —Joe se recuesta sobre sus puños, apoyándolos en el escritorio—. Si no quieres formar parte de esto, si no te lo tomas en serio, te mandarán de vuelta a casa. Y habrás echado a perder mi tiempo y el tuyo.

—Cierto. Nada de peleas, o drogas, o sexo. —Es ridículo que me esté preguntando si *quiero* formar parte de esto. No *quiero* estar aquí. No *quiero* pasarme todo el verano haciendo senderismo. No *quiero* un padre muerto. Pero a nadie le importa lo que quiera en realidad—. He venido, ¿no? Ya estoy en tu campo de trabajo gratis.

—¿Gratis? —se carcajea Joe—. No es gratis. Este es el mejor programa de conservación de la naturaleza del país. Viene gente de todas partes para trabajar con nosotros. Tengo una lista de espera con más de doscientas personas inscritas. Te he colado porque tu padre es uno de mis mejores amigos y…

«Es». Dios, odio que siempre esté hablando de él en presente y en pasado al mismo tiempo.

Joe carraspea para aclararse la garganta.

—Lo que me recuerda… —Baja la mirada hacia la fotografía que tiene

sobre su escritorio casi por impulso—. No le cuentes a nadie que me conoces. O que tu padre…

—¿Por qué? —le interrumpo.

El teléfono fijo empieza a sonar y toma el auricular tan solo para volverlo a dejar caer de nuevo.

—No quiero que nadie piense que te estoy haciendo un favor.

—Pero me lo estás haciendo —insisto. Y, además, ¿por qué ha colgado?

—Porque… —El teléfono vuelve a sonar y repite el mismo gesto de antes con el auricular.

—¿No vas a contestar?

—Por el amor de Dios, Atlas. ¿Has terminado?

—Mapas.

—No, todavía no. —Suspira. Un suspiro largo y cargado que impregna el ambiente de su dolor—. ¿Es que no puedes seguir las normas y fingir que no eres… ya sabes, tú?

«Tú». Eso duele, así que me tengo que obligar a esbozar una sonrisa.

—La primera norma de las sectas suele ser despojar a sus miembros de su identidad.

Joe no sonríe y noto cómo la mía se va desvaneciendo también poco a poco en respuesta. Entonces toma un papel y lo coloca sobre el escritorio. Es el acuerdo de los voluntarios de Bear Creek.

Me tiende un bolígrafo.

—Si lo firmas, te quedas. Y si te quedas, serás Mapas.

—Los apodos son una tontería —espeto, para tratar de insultarle.

—Lo de los apodos fue idea de tu padre —me reprocha, obligándome comerme mis propias palabras, mucho más afiladas que antes. Entonces respira hondo—. Quien eres, lo que has hecho hasta ahora, nada de eso importa, aquí no. Los apodos nos otorgan una página en blanco sobre la que empezar a escribir nuestra nueva historia. Aquí no existe el pasado, o los antecedentes, o los prejuicios.

Esa última palabra se me queda grabada, pegada como un chicle húmedo en la suela de un zapato. Porque puedo oír la voz de mi padre diciendo esa misma frase.

«Mapas». Es un apodo ridículo. Tomo el bolígrafo que me tiende y, en mayúsculas, escribo MAPAS en el espacio en blanco reservado para mi nombre. Y después me quedo mirándolo fijamente. Mapas. ¿Quién es

Mapas? ¿Tiene amigos? ¿Tiene un padre muerto? ¿Es una fracasada a la que han obligado a hacer servicio comunitario?

Y entonces decido que Mapas puede ser quien yo quiera que sea.

Alzo el bolígrafo, firmo el acuerdo y decido que Mapas sí que está *bien.*

3

En la pegatina que llevo en la mano pone: «¡Hola! Me llamo MAPAS», y tiene un pequeño puntito azul pintado justo al lado. Me la pego al pecho y en cuanto lo hago me siento como si me estuviese disfrazando de otra persona.

Hay desconocidos por todo el patio del campamento, con latas de refresco o botellas de agua con gas en las manos y pegatinas como la mía pegadas al pecho, hablando animadamente sobre los apodos que les han otorgado, como Río, Galletas o Cubo.

Me pongo a hablar con una chica llamada Llave. El puntito de su pegatina es rojo y, cuando le pregunto por ello, me dice que el color del punto depende del recorrido que te haya sido asignado.

—El tuyo es azul. —Suena decepcionada cuando lo dice y, por extraño que parezca, me gusta que se entristezca de que no nos hayan asignado el mismo sendero.

Llave me señala a una persona que no lleva ninguna pegatina.

—Esos son los líderes de recorrido —me comenta. Entonces se pone a explicarme que son gente que ya ha participado antes en el programa. Una chica sin ninguna pegatina y con un par de trenzas de raíz se carcajea por algo que la mujer de antes, la del subrayador fosforito, le está diciendo.

—¿Y cómo sabemos quién es nuestro líder de recorrido?

—No lo sabemos. Nos lo asignan justo antes de salir.

Asiento y entonces Llave se despide. Lo más probable es que vaya a buscar a alguien con una pegatina roja como la suya, y yo me quedo ahí de pie, en medio de la multitud, completamente sola, con una lata de Sprite en una mano y la poca dignidad que me queda en la otra.

Estoy acostumbrada a sentirme fuera de lugar, a sentir que me estoy perdiendo algo, pero aquí es una sensación mucho más tangible. No veo a nadie con mi misma pegatina. Oigo a alguien hablar en susurros con otra

persona sobre mi maleta y entonces… me sobrecoge la sensación de que necesito alejarme un momento de allí.

Necesito un segundo para pensar.

Finjo que estoy caminando con un rumbo fijo, yendo hacia el edificio con un cartel en el que pone SERVICIOS justo encima de la puerta, pero en vez de entrar, tiro mi refresco prácticamente entero a una papelera, me deslizo en silencio detrás y me recuesto sobre el revestimiento de madera.

—Vale —me oigo decir en voz alta—. No pasa nada. Todo va bien. —Al parecer, esa es mi nueva palabra favorita.

Respiro hondo una vez. Dos veces. Tres. No me está dando un ataque de pánico, aunque mi psicólogo siempre me esté diciendo lo contrario.

Abro los ojos y me saco un paquete de tabaco aplastado del bolsillo trasero del pantalón. No es mío, en realidad lo hallé al fondo de la guantera de la camioneta de mi padre. Ni siquiera sabía que fumaba. Todavía recuerdo el día en el que lo encontré. Me quedé mirando el paquete amarillo como un pasmarote. Esta parte de la vida de mi padre no era capaz de comprenderla, así como tampoco había sabido que existía. Era como la pieza de un rompecabezas que no encajaba por más que lo intentase. ¿Por qué estaba ese paquete ahí guardado? ¿Es que fumaba todos los días? ¿Había sido el tabaco lo que le había llevado a desarrollar el cáncer?

Pero él ya no estaba aquí para responder a ninguna de esas preguntas. Y, cuando mi madre salió a buscarme aquel día, lo escondí a mi espalda. No sé por qué no se lo conté. O por qué lo conservé, más allá de porque sentía que ese paquete de tabaco era un secreto entre mi padre y yo. Uno que me permitía fingir…

—Está prohibido fumar aquí.

Cuando alzo la mirada, me encuentro con un chico caminando directo hacia mí. Su cabello dorado encaja a la perfección con su piel bronceada, y lleva puesta una camiseta gris oscura que le acentúa los anchos hombros.

Se detiene frente a mí y me fijo en que sus botas de montaña ajadas están justo delante de las mías, nuevas e impolutas. Lo real frente a lo fingido. Se fija en el nombre que hay escrito en mi pegatina y después baja la mirada hacia el paquete de tabaco que tengo en la mano. Cuando sus ojos vuelven a encontrarse con los míos, me observa con intensidad.

—Ah, no estaba… Yo no… —«Mierda». Suelto una suave carcajada amarga—. No es… no es mío.

El chico frunce ligeramente el ceño oscuro.

—¿Que no es tuyo? —repite.

—Es de… —¿Cómo se lo explico?—. No iba a fumar. Yo no fumo.

Asiente y vuelve a bajar la vista hacia el paquete. Yo busco con la mirada la pegatina con su nombre, pero no lleva ninguna, y de repente caigo en la cuenta de que no sé por qué me estoy tratando de justificar ante él.

—No he encendido ningún cigarrillo. —Sueno como una niñata impertinente.

—Está prohibido fumar en todo el recorrido del sendero y en las montañas. —El chico me quita el paquete de tabaco de las manos—. Y tú no deberías estar aquí.

Alargo las manos hacia él para recuperar el paquete, pero antes de que pueda robárselo, él ya se ha apartado y encaminado hacia la multitud.

—¡Oye! —grito, pero él ni siquiera se vuelve a mirarme mientras aplasta el paquete de American Spirits en un puño—. Joder.

Me vuelvo a recostar contra la pared de madera y me llevo las manos a los ojos, presionando con fuerza. No quiero echarme a llorar, pero, más que eso, tampoco puedo hacerlo. Hay demasiada gente que podría darse cuenta de que he llorado. Y, desde luego, tampoco puedo quedarme aquí escondida para siempre. Respiro hondo y regreso con el resto del grupo.

Una chica con el cabello verde pastel me observa con curiosidad. Lleva los ojos perfilados con una raya negra gruesa e intensa, y va ataviada con ropa de deporte cara y unas botas de montaña a la última moda, aunque estas últimas están rotas y ajadas por algunas partes. Está claro que ella no ha venido aquí a fingir.

La chica se me acerca en tres largas zancas y se detiene justo frente a mí.

—Azul. —Señala mi pegatina y esboza una sonrisa, antes de señalarse la suya, con el mismo punto azul que la mía—. Le dije a Joe que me pusiese con alguien genial y tú pareces bastante genial.

—¿Genial? —No parezco nada genial. Llevo unos pantalones cortos vaqueros cuando todos los demás llevan mallas de deporte caras. Me he puesto una camiseta ancha y mi cabello castaño está tan enredado que parece un nido de palomas. A su lado lo único que parezco es aburrida a más no poder, y me obligo a no sucumbir y alisarme la camiseta bajo su atenta mirada, la misma camiseta que se me ha escurrido un poco de lo grande que me va, dejándome el hombro al descubierto.

Pero la chica decide hacer caso omiso a mi pregunta.

—Te juro que a Joe le encanta castigar a la gente. El año pasado ni siquiera me dejó salir de ruta. Me dijo que había demasiados chicos y que no estaría «a salvo», como si eso fuese un hecho irrefutable. Yo a eso lo llamo misoginia. ¿Conoces a Joe?

—¿Joe? —Estoy tratando de seguirle el hilo.

—Es el director del campamento, y también gestiona la protección de todos los senderos. De primeras parece un cascarrabias, pero no lo es. Bueno, no suele serlo. Lo que ocurre es que lleva de mal humor desde los ochenta. —La chica me sonríe—. Soy Azúcar, por cierto.

—Mapas —me presento, al tiempo que señalo la pegatina con mi nuevo nombre.

—¿Has conocido a algún azul más?

Niego con la cabeza.

—¿Y tú?

—Solo a ti. —Aprieta los labios con fuerza—. Lo que resulta un tanto preocupante. ¿Qué estará *tramando* Joe?

Pero antes de que pueda compartir con ella mi teoría, veo al chico del septum.

Es ancho de hombros y alto y, en ese momento, me doy cuenta de que es el mismo chico que ha pasado junto a mí mientras esperaba a la cola para registrarme en el campamento. Y en este instante se nos está acercando, decidido y sonriente.

—¿Es aquí la reunión para planificar la revolución? —Nos tiende una lata de Sprite a cada una y sus uñas rosa brillante reflejan la luz del sol con el gesto. En el pecho lleva una pegatina en la que se lee «Junior».

—¿La revolución? —le pregunta Azúcar con los ojos entrecerrados. Toma la lata que le tiende y la abre con un *pop*.

Junior enarca una de sus perfectas cejas.

—La chica con la diadema que hay allí me ha comentado que viniste como voluntaria el año pasado y que eres toda una alborotadora.

Azúcar suspira con pesar.

—*Jacks* está celosa porque no fue lo bastante inteligente como para saltarse las tareas de excavación. Es una idiota. Y además besa fatal. —Esa última parte la refunfuña con los labios pegados a su lata de refresco.

—Sí que es cierto que Jacks parece de las que besan fatal —comenta el chico, pensativo, y después se vuelve hacia mí—. También me comentó que no sabía quién eras tú, así que ¿supongo que tú también eres nueva?

—En todo lo relativo a Bear Creek, sí —respondo—. Pero no en el tema revolucionario.

El chico esboza una sonrisa de oreja a oreja, de esas que hacen que te den ganas de inclinarte hacia él.

—Soy Junior.

—¿Como los bombones de menta y chocolate, Junior Mints? —le pregunto.

Su sonrisa desaparece.

—O como el instituto Junior High —añade Azúcar—. Espera, ¿o es como el Carl's? Ya sabes, ¿eres Carl's Jr.? —Le está mirando con absoluta seriedad, lo que solo consigue que la broma sea todavía peor.

—¿Ya habéis acabado?

—Es un nombre interesante —repone Azúcar, casi a modo de disculpa—. No te pega mucho que digamos.

Junior se encoge de hombros.

—A ti tampoco te pega Azúcar, pero bueno.

—¿Quizás es el día de los opuestos? —sugiero.

—¿Y qué es lo contrario de Mapas? ¿Perdida? —me pregunta Junior.

Aprieto los dientes con fuerza, pero eso sí que encaja un poco más conmigo. «Perdida».

Nos pasamos la siguiente hora, la parte más calurosa de la tarde, bajo el árbol enorme, hablando de todo aquello de lo que solo puedes hablar con dos completos desconocidos. Azúcar menciona algo sobre un viaje a la costa y Junior le comenta que él nunca ha estado en la playa.

—Vives en California —repone Azúcar, consternada—. Es imposible que no hayas visto *nunca* el mar.

—Es un estado enorme. —Se encoge de hombros, distraído, como si algo le hubiese llamado la atención.

O alguien.

Dos chicos que están de pie junto a una mesa de picnic. Uno tiene el cabello dorado y rizado, que sobresale por debajo de una gorra de beisbol, y el otro tiene el cabello negro y no deja de apartárselo continuamente de los

ojos. Y en el bolsillo trasero de los pantalones del rubio está el paquete de tabaco de *mi* padre.

—¿Quiénes son? —nos pregunta Junior.

Azúcar suspira con pesar.

—Esos sí que son los verdaderos alborotadores —comenta—. El rubio es Rey y el del pelo negro es Libros.

—¿Los conoces? —le pregunto.

—Todo el mundo los *conoce*. —Y me mira un tanto avergonzada—. Pero si lo que me estás queriendo preguntar es si ellos me conocen a mí, no, no me conocen. Fueron ellos quienes se encargaron de ayudar a Joe a sanear el río el año pasado. —Azúcar se queda callada, pensativa, durante un buen rato—. Pero no son los líderes que *queremos* para nuestro recorrido, creedme.

—¿En serio? —le pregunta Junior, aunque en realidad no es ninguna pregunta—. Porque yo no me opondría en absoluto a que el que lleva la camiseta con personajes de manga me enseñase a usar bien las herramientas.

Tengo que morderme la lengua para no echarme a reír.

—Por Dios. —Azúcar se desliza hasta quedar frente a Junior—. Confía en mí. Esos dos son… son… —Entonces suelta un gruñido frustrado.

Junior la observa atentamente, paciente.

—Dame ejemplos. Por favor, dame algún motivo para no querer al chico sexy ese como líder de recorrido.

—Libros, el chico sexy… —Azúcar pone los ojos en blanco al decirlo—. Obligó a un chico a despertarse todos los días a las cuatro de la mañana para limpiar los baños públicos que hay repartidos a lo largo del río. ¿Y sabes lo que ocurre en los baños públicos de un parque estatal?

—¿Por qué?

—¿Por qué hay baños…?

—No, ¿por qué lo hizo?

Azúcar se encoge de hombros y comienza a juguetear con la pestaña de su lata de refresco.

—Nadie lo sabe. Y el rubito es la mascota de Joe. El año pasado le sentenciaron en un juicio a tener que hacer servicios comunitarios aquí. Y, al parecer, este año pretende usar este programa para conseguir una beca

para otro programa de conservación.

—¿Como una especie de entrevista? —le pregunto.

—Más bien como una especie de examen, creo. Si este año le va bien, le concederán la beca. Lo que significa que, si nos los adjudican como líderes de recorrido, pasaremos un verano horrible, duro y *para nada* divertido. Lo que queremos es que nos toque con esa chica. Hiedra. —Azúcar señala a una chica con el rostro lleno de pecas y el cabello pelirrojo recogido en un mono desenfadado—. Su compañera de recorrido es Paloma, y os prometo que estarán a cargo del sendero que tiene baños.

—Parece simpática.

—Lo es. Bueno, suele serlo, y no se comporta como si viviese por y para el programa como los demás. Lo que significa que elegirá el sendero *fácil*.

Lo fácil me gusta. Eso es justo lo que necesito. Pero dudo que eso sea lo que me vayan a haber asignado.

A medida que va pasando la tarde, Joe nos reúne a todos para contarnos que tendremos que aprender a redactar informes y a reparar todos los daños que encontremos a lo largo de nuestro recorrido y, durante los siguientes cuatro días, también deberemos aprender a recorrer los senderos que se nos hayan adjudicado y a acampar de forma segura.

Nos obligan a ver cinco vídeos sobre temas de seguridad en un patio cubierto. Y estos van desde mostrarnos exagerados incendios forestales con imágenes generadas por ordenador hasta enseñarnos lo que ocurre cuando una mujer se sale del camino y se cae por un precipicio. Y, entre vídeo y vídeo, nos dan varios discursos cortos sobre la importancia de mantener los senderos en buen estado por la seguridad de los senderistas y sobre el poder de la naturaleza para sanar nuestras almas.

A mitad del día más aburrido de mi vida, todo el mundo se pone a la cola para tomarse un polo de helado. La chica que se coloca justo detrás de mí prácticamente aparta a otra de un empujón para robarle el puesto en la cola.

—¿Es que me estoy perdiendo algo sobre los polos? —pregunto, al ver a una chica vestida todo de negro corriendo a toda velocidad para ponerse delante de mí.

Azúcar no me responde, tan solo me indica que mantenga la mirada

clavada al frente de la cola.

Libros y Rey rebuscan en el interior de las neveras blancas gigantescas y reparten polos sin ningún entusiasmo. Junior le dedica una sonrisa de oreja a oreja a Libros cuando este le tiende un polo azul. Rey me entrega a mí un polo rojo sin siquiera mirar a ver a quién se lo está dando. Y yo no le doy las gracias.

Desearía que me devolviese el paquete de tabaco de mi padre.

Y después volvemos de nuevo al patio a ver vídeos que nos explican todo lo que debemos saber para sobrevivir a este programa. Todo tiene nombres de lo más estúpidos, como «purgados», o «sistemas de seguridad para retirar ramas o árboles tensionados», o «hacedores de viudas».

Azúcar parece que se ha quedado dormida en su asiento y Junior no para de añadir comentarios inapropiados de tanto en cuanto. Y todo porque ha tomado la decisión de que estos videos en realidad son videos educativos sobre cómo no contraer una ETS.

—Yo conozco a un tipo que tenía un «hacedor de viudas», pero él lo llamaba…

Le doy un empujón en el hombro para acallarle antes de que diga lo que tenía pensado decir.

Y eso hace que Joe se vuelva hacia nosotros con una mirada severa.

Los líderes de recorrido nos enseñan a sanear el agua para que sea potable con una bomba, o la proporción de líquido purificador y de agua que hay que usar y cuánto tiempo hay que dejar reposar la mezcla antes de poder beberla. Pongo una mueca asqueada. Tengo muchísimo calor y siento la piel tan reseca como el papel de lija. El agua de la botella que me han dado antes está caliente y tengo ganas de que esto se acabe *de una vez*.

Cuando por fin llega la hora de la cena, todos formamos una cola frente a la barbacoa y, cuando llega nuestro turno, nos dan la opción de elegir un perrito caliente normal o uno vegetal.

—Te cambio mis patatas fritas por tu galleta —le dice Junior a Azúcar. Ella acepta el trato e intercambian la comida. Comemos en silencio, sentados en el suelo bajo la sombra de un árbol.

Hay algo en el calor de California, que se te pega a la piel y hace que el polvo se te vaya acumulando poco a poco encima, que me resulta tan familiar como triste.

Aquí fuera, me es imposible evitar todos los recuerdos con mi padre. Puedo oír su voz en la brisa, en el rugido del río y en las conversaciones susurradas. No puedo evitar recordar todas las comidas que compartimos durante nuestras caminatas, con la única compañía del denso silencio que reinaba en la naturaleza. «El cerebro no puede funcionar si hay demasiado ruido».

Odio el silencio. No quiero que mi cerebro funcione.

Carraspeo para aclararme la garganta.

—Si pudieseis tener cualquier animal como mascota, ¿qué animal elegiríais? —Hago esa pregunta con el único objetivo de que alguien diga algo de una vez. Pero, en cuanto la suelto, me arrepiento de haberlo preguntado. *Rarita*. Sé que soy rara. Y ahora ellos también van a pensar que soy…

Junior se vuelve hacia mí, pensativo, y me preparo mentalmente para lo que quiera que vaya a decir.

—¿Me quiere? ¿O quiere devorarme?

Tardo un segundo en darme cuenta de que no me ha respondido con un comentario sarcástico.

—Te quiere —respondo—. Está claro.

—Un caimán —repone Junior, sin pararse a pensárselo.

—Yo un elefante —comenta Azúcar.

Asiento con la cabeza.

—Yo quiero un tigre.

—Qué aburrida —se burla Junior—. Hay gente que tiene tigres como mascotas. Lo único que acabas de dejarnos claro es que te gustan más los gatos que los perros.

—Vale. —Pongo los ojos en blanco—. Pues una orca.

—¿Y dónde piensas meterla? —Azúcar me señala con su perrito caliente.

Los observo boquiabierta.

—Pero si tú has elegido un elefante. Meteré a mi mamífero gigante en el mismo sitio en el que has metido tú al tuyo.

—Tu orca se moriría en tierra firme —replica Junior.

—¡Pero si estamos hablando de un caso hipotético e imaginario! —gimo —. No lo he dicho de forma *literal*.

—Y, además —continúa diciendo Junior—, está claro que no has visto el

documental sobre la orca asesina en serie.

—¡Oye, que tú has elegido un *caimán*!

Junior se encoge de hombros.

—Pero un caimán que me *quiere*.

Después de la cena nos indican que tenemos que ir a buscar un lugar para dormir en el barracón, que en realidad no es más que una sala gigantesca con filas interminables de literas de metal. Junior, Azúcar y yo encontramos un par de literas al fondo, por lo que dejo mi maleta encima, me pongo a deshacerla y saco mi cepillo de dientes y mi gel de cara.

—¿Y esa maleta? —me pregunta Azúcar.

Me encojo de hombros. No tengo ganas de hablar sobre cómo se pasó un año tirada frente a la puerta de mi casa, esperando a que llegase ese viaje que se suponía que iba a hacer con mi padre y que nunca llegó.

De camino al baño para cambiarme, me cruzo con Rey y Libros. Los dos van de camino hacia el barracón. Rey lleva el cabello húmedo, con algunos rizos rubios formándosele en la nuca, y la camiseta que se ha puesto se le pega a la piel por la humedad residual.

Les dedico una sonrisa cordial, pero ninguno me la devuelve y, cuando me vuelvo a mirarlos, veo a Libros diciéndole algo a su amigo, que niega lentamente con la cabeza.

No puedo evitar tener la sensación de que están hablando de mí. De lo del paquete de tabaco. Me convenzo de que no me importa. Dentro de cuatro días, no tendré por qué volver a verlos, así como tampoco volveré a ver el paquete de tabaco de mi padre.

Cuando regreso al barracón, Azúcar y Junior están sentados en la cama de él, con las piernas estiradas y apoyados en la pared de madera. La misma pared por la que, a través de las grietas que se han ido formando entre los tablones con el paso del tiempo, se filtran pequeños haces de luz.

Me dejo caer al otro lado de Junior.

—¿Van a ser todos los días así? —le pregunto a Azúcar.

—Más o menos. —Se golpea la cabeza con delicadeza contra la pared—. Todo cambia cuando salimos a recorrer nuestros respectivos senderos. Hay menos caos. Menos todo. Porque todo el mundo tiene más trabajo que hacer.

Junior suelta un silbido grave.

—Por lo menos es mejor que quedarse en casa.

Azúcar suelta un ruidito grave para dejarnos claro que está de acuerdo en eso.

—Cualquier cosa es mejor que quedarse en casa.

Y, allí sentados, no puedo evitar darle vueltas a por qué pensarán así, a por qué sienten que cualquier cosa sería mejor que estar *sus casas*. Pero ninguno dice nada, porque los desconocidos no hablan de esa clase de cosas.

Los extraños nunca comparten esa clase de verdades.

4

Lo más importante que he aprendido en los últimos tres días en Bear Creek no tiene nada que ver con la naturaleza.

Entre las clases sobre la «visión del senderista experto» y las «señales de erosión del terreno» descubrí el verdadero significado de los polos, que parece ser lo más importante de este programa. Esos tubos largos de plástico con zumo de colores congelado dentro y sabores artificiales son lo único que parece mantener a todo el mundo activo durante las infinitas y soporíferas lecciones, y todo para mantener a raya el calor.

Nos entregan esas delicias heladas y azucaradas dos veces al día. Se supone que deberían ser un premio por estar comportándonos adecuadamente. Pero, para Junior, son una señal. Un mensaje cifrado.

En este momento está de pie frente a nosotras, sosteniendo un polo rojo en la mano.

—Rojo. Me han dado un maldito polo *rojo*.

Azúcar le observa con paciencia mientras le da un mordisco a su polo rosa. Junior pone una mueca asqueada al verla masticar. Tomamos asiento justo debajo de un enorme roble, sentándonos directamente sobre la mesa, sin molestarnos en usar los bancos que hay colocados a ambos lados.

—No lo entiendo —les comento—. ¿Rojo? ¿Es que eso significa algo?

Junior me observa con los ojos entrecerrados como si acabase de soltar una auténtica tontería.

—¿Que si significa algo? Sí, Mapas. Es rojo. *Rojo*. Es el polo que todo el mundo quiere. Y esta es la cuarta vez *seguida* que me ha dado uno rojo.

Me vuelvo hacia la cola de gente que todavía espera a que los dos chicos junto a las neveras les entreguen su respectivo polo.

Rey y Libros.

Esos dos poseen un poder de lo más extraño, porque son los responsables de entregarnos nuestros dulces diarios al resto.

Y, además, no hablan con nadie, solo entre ellos. Lo único que sé de ellos es gracias a leyendas e historias susurradas en medio de conversaciones que hablan sobre limpiar baños y codiciadas prácticas.

Observamos cómo Libros le tiende a alguien un polo amarillo y Junior extiende los brazos a los lados.

—¿Habéis visto?

—Bueno, pues es oficial, entonces —repongo—. Está enamorado de ti. ¿Cuándo os vais a casar?

Azúcar nos observa con seriedad.

—Estoy segura de que vas a estar guapísimo vestido de blanco.

Junior agita su polo entre nosotras.

—Os odio y no soporto a la gente hetero.

Azúcar frunce el ceño.

—¿Cómo te *atreves* a suponer que soy hetero?

Junior la ignora.

—Rojo. Tiene que significar algo, ¿no?

—¿Estás seguro de que él es…? —No llego a terminar la frase.

—*¿De los míos?* Sí. Está demasiado bueno como para que le guste el manga y no los chicos.

—No creo que eso funcione así. Quizás solo sea un estereotipo.

Junior me lanza una mirada socarrona.

—Lo dice la chica con el polo azul.

—De nuevo, no entiendo lo de tu jerarquía de los colores. ¿El polo azul es *bueno* o *malo*?

Azúcar deja caer su mano fría sobre mi pierna.

—Todo el mundo sabe que el azul es el segundo mejor polo.

—¿Es que existe una especie de página de Wikipedia que todo el mundo ha leído menos yo?

—¡Oh! —grita Azúcar, antes de volverse hacia Junior—. Esta tarde, da igual el color de polo que te dé, tú déjale caer que es tu favorito.

—¡Sí! —suelta Junior, que está claro que ha comprendido a la perfección el significado del plan, aunque a mí se me escapa—. Y después, si el último día me da un polo de ese mismo color, sabremos que lo está haciendo a propósito.

Siento que ese plan tiene muchos cabos sueltos. Demasiados.

—¿Y si al final terminas en la cola del otro?

—El *otro*. —Azúcar enarca una ceja—. ¿Te refieres a *Rey*?

Azúcar me descubrió mirando a Rey mientras él sacaba la pesada nevera portátil del despacho de Joe durante nuestro segundo día aquí. No es mi culpa que le guste llevar camisetas sin mangas.

—¿Ha sido Rey quien te ha dado el polo azul? —me pregunta Junior, antes de darle un mordisco a su polo.

Noto cómo se me encienden las mejillas.

—No lo sé.

—¿De qué color era el polo que te dieron ayer? —me pregunta Junior.

—¡No lo sé! ¿Amarillo? —¿En qué momento ha pasado esta conversación a tratar sobre mí?

—¡*Mentirosa*, te dieron un polo rojo! —Se está comportando como si fuese un abogado que acaba de pillar al testigo del caso mintiendo bajo juramento—. ¡Me acuerdo porque te tiñó los dientes de rojo y no se te fue el color hasta después de la cena!

Me pongo de pie.

—¡No me acuerdo porque solo son unos polos!

Pero sus palabras se me quedan grabadas, como si fuesen una especie de pequeños gusanos cerebrales, devorando lentamente todos mis pensamientos racionales y sensatos.

Y un poco más tarde, ese mismo día, cuando Rey me entrega un polo rosa, me quedo mirándolo fijamente, tratando de descubrir su significado oculto.

A Junior le dan uno verde.

Suelta un gemido frustrado.

—Soy un idiota.

Azúcar no para de reírse mientras nos sentamos en la mesa de antes, la misma que ya estoy empezando a considerar como «nuestra» en cierto sentido. Porque aquí, a la sombra del árbol, hace un poco menos de calor que bajo el sol abrasador.

—¡El verde es de lima! ¡A nadie le gusta el sabor a lima!

Junior habla lentamente, como si todavía estuviese tratando de comprender qué es lo que acaba de ocurrir.

—Cuando me lo ha dado le he dicho: «Gracias, me encantan los polos

verdes». —Abre los ojos como platos—. ¿«Gracias»? Le he dado las «gracias». —Su expresión se transforma en una totalmente horrorizada.

—Dudo que te haya oído —digo, para tratar de ser de ayuda.

—¡Encima, eso es aún peor! —Se deja caer sobre la mesa, a mi lado, y se lleva las manos a la cara, apoyando los codos sobre las rodillas.

—¿Cómo puede ser eso peor?

—Eso significaría que ni siquiera me está prestando atención. —Junior suspira con fuerza—. Supongo que no me queda más opción que meterme al río, despacio…

—Y dramáticamente —añade Azúcar, asintiendo con seriedad.

—… con piedras en los bolsillos, y dejar que mi hermoso y joven espectro se encargue de atormentar este campamento por los siglos de los siglos.

—Eso es mucho tiempo —señalo.

Al día siguiente, cuando le llega a Junior su turno de que le den el primer polo del día… le dan uno verde.

Entonces se pone a sacudir la cabeza y clava la mirada en el polo que tiene en la mano.

—Odio los verdes. —Pero una sonrisa se ha apoderado por completo de su rostro.

—¿Quieres que te lo cambie? —le pregunto, antes de tenderle mi polo rojo.

Junior pone una mueca disgustada mientras le da un mordisco a su polo de lima.

—¿Rey te ha dado ese polo?

—No me acuerdo —miento.

Junior abre la boca para decir algo, pero, antes de que pueda hacerlo, Azúcar se coloca frente a nosotros y nos mira con una cara que no me gusta ni un pelo.

—Tengo malas noticias.

—¿Qué ocurre? —le pregunto.

Ella niega una y otra vez con la cabeza.

—Son malas de verdad.

—Suéltalo —le pide Junior.

—Ya nos han asignado nuestro sendero y nuestros líderes de recorrido. Y no sé qué es peor. —Esperamos en vilo a que nos lo diga de una vez.

Entonces respira hondo antes de soltar—: Nos ha tocado el sendero occidental de Sierra Nevada y… nuestros líderes serán Libros y Rey.

Me vuelvo hacia Junior, que sigue mirando fijamente a Azúcar, y veo cómo las comisuras de sus labios se elevan lentamente hasta formar una enorme sonrisa.

—¿Es que ha llegado mi momento de convertirme en el protagonista de mi propia historia de amor?

Azúcar pone los ojos en blanco.

—Esta no es ninguna historia de amor. Más bien es un *thriller*. El sendero occidental de Sierra Nevada lleva cerrado al público desde hace siete años, cuando un incendio arrasó el monte por el que pasa por completo. Recorrerlo va a ser… horrible. Lo más probable es que esté hasta embrujado.

Azúcar y Junior se ponen a discutir sobre los fantasmas de los animales y, por un momento, no puedo evitar preguntarme si habrá sido cosa de Joe, si nos ha cambiado él el sendero a posta, pero tampoco me sorprende que me hayan asignado este en concreto.

Es el mismo sendero que mi padre nunca llegó a tener fuerzas para volver a recorrer.

El que está escrito en uno de los puntos de la lista que llevo en el bolsillo trasero del pantalón.

Y sé que esta es la manera que Joe ha encontrado de cumplir ese último deseo.

5

Joe se pone de pie a la cabeza de la mesa de picnic con las manos en la cintura, como si fuese un anciano Peter Pan.

A un lado, en uno de los bancos, estamos sentados Junior, Azúcar y yo.

Y al otro están Libros y Rey.

Como si estuviésemos en equipos contrarios.

Los cinco tenemos la mirada clavada en los documentos con nuestros nombres, donde se detallan todas las tareas que tendremos que hacer en el recorrido, justo al lado de un mapa, así como una lista de todo lo que necesitaremos para la caminata.

—Tendréis que dividir el equipo entre los cinco para poder llevarlo todo —nos está diciendo Joe, y yo no puedo hacer otra cosa más que alzar la vista y quedarme mirando fijamente a las personas con las que estoy a punto de desaparecer en medio de las montañas.

Libros parece casi igual de nervioso que yo, y Rey no para de frotarse detrás de la oreja. Intento llamar su atención, y me pregunto si seré capaz de adivinar si va a decir algo sobre el paquete de tabaco o qué clase de idea tiene sobre mí. ¿Piensa que soy problemática? ¿Una alborotadora?

¿Cree que voy a ser un problema?

Cuando estaba en primero de secundaria, uno de mis profesores me acusó de estar haciendo pellas valiéndome del cáncer de mi padre como excusa. Pude sentir cómo la rabia bullía en mi interior, cómo la sensación de rechazo hacia esta persona iba asentándose poco a poco en mi pecho, y todo porque él no era capaz de ver lo mucho que estaba sufriendo. Por eso, en vez de intentar ser mejor alumna, a partir de ese momento me volqué en convertirme en la peor alumna que hubiese tenido jamás.

«No deberías tomarte tan a pecho las malas opiniones que la gente tenga de ti», me dijo mi madre.

Pero mi padre se limitó a negar con la cabeza.

Y ahora no puedo dejar de intentar de leerle a Rey el pensamiento para averiguar qué es lo que piensa de mí, porque eso determinará la clase de persona en la que me convertiré en el sendero occidental de Sierra Nevada las próximas semanas. Si me doblegaré dependiendo de lo que opine de mí.

Tendré que pasar todo un mes rodeada de completos desconocidos.

¿Y si terminamos odiándonos? ¿Y si nos hacemos daño? ¿Y si hay una tormenta de nieve y uno de nosotros muere y los demás tenemos que comernos su cadáver para sobrevivir?

Al parecer, soy la única con dudas, porque un momento después Libros toma su lista y carraspea para aclararse a garganta.

—Rey y yo podemos encargarnos de llevar las palas y la sierra. Junior puede encargarse de llevar el agua extra. —Hace una pausa y se vuelve hacia Junior, que le observa con las cejas enarcadas. Por un momento me parece verle flexionar los brazos, pero no estoy segura.

—Junior también puede encargarse de llevar las cuerdas —continúa Rey —. Azúcar puede llevar la comida y los utensilios de cocina.

—¿Porque soy una mujer? —replica.

—¿Es que prefieres llevar el agua? —le pregunta Libros, en tono desafiante.

—Prefiero llevar la sierra. —Azúcar le sostiene la mirada.

Joe golpea la mesa un par de veces con los nudillos.

—No quiero ninguna tontería. Voy a ver qué hacen los otros grupos.

En cuanto Joe se aleja, Rey vuelve a bajar la mirada hacia la lista.

—Mapas, ¿tú te puedes encargar de llevar las tiendas de campaña?

Me lo *pregunta*. Me ha hecho una pregunta.

—¿Y a ella por qué le preguntas? —añade Azúcar—. A mí no me has preguntado.

Rey alza la vista y se vuelve hacia ella.

—Porque si accede a llevar las tiendas de campaña, también tendrá que encargarse de montarlas cuando paremos para acampar y de recogerlas cuando nos vayamos. Así que lo que le estoy preguntando es si va a poder hacerlo.

Todo el mundo se gira entonces hacia mí, expectante.

—Sí, claro. Puedo encargarme de llevar las tiendas. —No puede ser tan complicado montar una tienda de campaña, ¿no? Vi a mi padre hacerlo

cientos de veces.

—Yo llevaré la brújula —añade Libros.

—No, ni de broma —se carcajea Rey, y Libros esboza de nuevo una sonrisa que nos deja claro a los demás que esos tienen cierta historia en común de la que nosotros no sabemos nada. Y ese gesto los transforma a los dos por completo, dándoles una apariencia un poco más amable, menos alejada del resto de los mortales. Rey niega con la cabeza.

—Vale. Pues que se encargue la chica de las tiendas —comenta Libros—. Tiene aspecto de poseer un buen sentido de la orientación.

Me quedo callada, mordiéndome la lengua para no soltar que estoy perdida incluso en esta conversación, y que no podría encontrar el norte ni aunque mi vida dependiese de ello. Y tampoco admito que no sé diferenciar una estrella de un satélite.

—No me llames «la chica de las tiendas» —replico, en cambio.

—Lo siento, *Mapas* —responde Libros, pero no parece arrepentido.

—Eso es rizar demasiado el rizo —se queja Azúcar—. Mapas. Brújula.

Rey continúa hablando:

—Durante el tiempo que estemos en el sendero, nos despertaremos, desayunaremos y recogeremos el campamento temprano para, con suerte, salir a caminar antes de que el sol esté en su punto más álgido, para tratar de escapar de las horas de más calor. Restauraremos todo lo que podamos pero sin detenernos demasiado, y tomaremos nota de aquello que necesita más reparaciones para avisar a los servicios forestales cuando regresemos. Por la noche, cocinaremos juntos, pero cada uno deberá ser responsable de su plato y sus cubiertos. Si no os vais a sentir cómodos teniendo que compartir tienda con al menos otra persona, decidlo ya.

Nadie dice nada.

Joe regresa y nos dice que recojamos nuestras pertenencias. Cuando nos volvemos a encontrar con él frente a su despacho, nos tiende a cada uno una mochila de senderismo de loneta verde y nos indica que la llenemos solo con lo imprescindible.

—Llevaos tan solo lo que sea estrictamente necesario. ¿Entendido?

Dentro de la mochila ya hay metidas unas cuantas cosas, como cepillo y pasta de dientes, y una pastilla de jabón. Me siento como una idiota con mi maleta abierta sobre el camino de tierra mientras decido qué me tengo que

llevar para sobrevivir a las próximas cuatro semanas. Es como una especie de colección de mis objetos más personales y esenciales expuestos para que todo aquel que pase a mi lado los vea.

Cuando alzo la mirada, me encuentro a Rey de brazos cruzados. Juzgándome. Lleno mi mochila tan rápido como puedo y vuelvo a cerrar la gigantesca monstruosidad plateada.

—Muy bien —repone Joe—. Ahora vaciad vuestras mochilas y mostradnos qué habéis decidido llevaros.

—Pero si acabamos de meterlo todo —se queja Azúcar.

Aun así, hacemos lo que nos piden.

Casi de inmediato, Libros y Azúcar se ponen a discutir.

Ella le observa indignada mientras él alarga la mano para arrebatarle algo.

—Joe ha dicho que podíamos llevarnos todo aquello con lo que pudiésemos cargar.

—Esto no cuenta —repone Libros, mientras balancea una bolsa de plástico gigantesca llena de botes y botellas de gel y cremas para la cara lejos de su alcance.

—Pero los necesito.

Joe se acerca a ellos y le quita la bolsa a Libros.

—¿Y dónde se supone que te vas a hacer tu rutina de noche de diez pasos exactamente?

Azúcar resopla con pesar.

—Es importante cuidarse bien la piel.

—Nada de esto… —Observa un bote con los ojos entrecerrados mientras lee lo que pone en la etiqueta—. ¿Sérum hidratante? No.

—Venga ya —gime ella—. La naturaleza me va a dejar la cara hecha una mierda.

—Eres demasiado joven como para ser tan vanidosa.

—¡*Nunca* es demasiado pronto para empezar a cuidarse a uno mismo!

Joe baja la mirada hacia el bote que ha dejado encima de su bolsa. Un bote de salsa picante.

—*No* —suelta Azúcar, antes de lanzarse hacia él—. Esto me lo quedo. Es necesario.

—Vale. Crema solar. Salsa picante. Y ya —dice Joe antes de pasar a Junior.

Azúcar maldice por lo bajo, pero la descubro metiendo una máscara de pestañas y una raya de ojos líquida en el bolsillo delantero de su mochila a hurtadillas. Junior solo ha metido ropa en la suya y Joe asiente complacido.

—Tienes demasiada ropa interior. Solo vas a necesitar un par de calzoncillos.

—Qué asco —susurra Junior.

—No te haces una idea.

Y entonces Rey se coloca justo frente a mí, arrodillándose junto a mi mochila. Está examinando todas las cosas que he decidido llevarme con el ceño fruncido. Y, por algún extraño motivo, lo único en lo que puedo pensar es en todos los polos rojos que me ha dado. ¿Significan…?

Carraspea con fuerza y descubro que me ha sorprendido mirándolo fijamente.

—Un gas lacrimógeno para animales de gran tamaño, una navaja suiza, una linterna, pilas —enumera todos los objetos que tengo enfrente—. Un teléfono móvil, un cargador, un destornillador. —Suspira con pesar—. ¿Es que ni siquiera te has leído las normas?

—Sí que las he leído. —Lo hice. Así que no entiendo de qué está hablando.

—La mitad de estas cosas son armas.

—Sí. Para protegerme de los depredadores —respondo, con seriedad. Los hombres nunca se preocupan por esta clase de cosas.

—¿Tres pares de zapatos?

—¿Y si les pasa algo a los que llevo puestos? —le pregunto.

Él me observa confuso, con el ceño fruncido.

—¿Como qué?

En realidad, no lo sé, y ahora encima Joe también se ha acercado a nosotros y está de pie a mi lado, observando todo lo que había metido en la mochila con el ceño fruncido, así que respondo lo primero que se me pasa por la cabeza:

—¿Y si un oso se los come?

Joe me observa atentamente, con la cabeza ladeada, como si estuviese tratando de averiguar qué demonios me pasa.

—No sé por qué tengo la impresión de que ni siquiera sabes lo que es un oso.

—Sé lo que es un oso. —O eso creo.

—Mapas, *sabes* que ninguna de estas chorradas es necesaria. ¿A dónde narices te piensas que vamos? ¿A enfrentarnos a un apocalipsis zombi?

—Nunca he tenido que preparar mi mochila yo sola. —Aprieto los labios con fuerza porque, indirectamente, acabo de recordarle a Joe que nunca he hecho senderismo sin mi padre. Por eso, en realidad, tampoco sé qué narices se supone que me tengo que llevar. Ni siquiera me acuerdo de qué solía meter mi padre en nuestras mochilas. No me acuerdo… de nada, y me pone de muy mal humor que no esté ahora aquí para poder preguntarle.

Joe me sostiene la mirada y después vuelve a bajar la vista hacia mi mochila, aunque su expresión se suaviza un poco.

—Todas tus armas se quedan. —Hace una pausa antes de añadir—: Y, por el amor de Dios, nada de teléfonos móviles. ¿Cómo narices pensabas cargarlo? ¿Con la maldita luz solar?

Y dicho eso se marcha, dejándome a solas con Rey. Por un momento pienso que, cuando me vuelva hacia él, me lo encontraré observándome con socarronería o arrogancia porque Joe se ha puesto de su lado, pero no hay ni rastro de ninguna de esas dos emociones en su expresión cuando me enfrento a él.

—Nada de esto —repone, en voz grave—. Y solo un par de zapatos.

Además de nuestras propias pertenencias, a cada uno nos dan unos cuantos objetos que nos tendremos que repartir entre todos, como insecticida, una especie de papel higiénico sostenible o un saco enorme para los calcetines. Rey y Libros se atan a sus respectivas mochilas unas cuantas palas y podaderas, e incluso un martillo. Y nadie señala que esas herramientas también podrían usarse como armas.

Amarro las tiendas, una azul y otra roja, a mi mochila y, para cuando termino de guardarlo todo, está totalmente a rebosar. Todos toman sus mochilas para comprobar que pueden con ellas, así que yo hago lo mismo, deslizo los hombros por debajo de las correas y me la cuelgo a la espalda. Es una sensación incómoda y nada agradable, pero a Azúcar le cuesta cargar con la suya, así que me tomo el hecho de estar de pie como una pequeña victoria. Junior parece un cachorrito intentando ver si su cola gira con él mientras da vueltas sobre sí mismo.

Libros y Rey no tienen ningún problema con el peso de sus mochilas. Pues claro que no.

Yo me estoy balanceando sobre los pies para tratar de acostumbrarme al peso que cuelga de mi espalda cuando Junior se me acerca.

—Espera —me dice, antes de que sus dedos bronceados me ajusten las tiras de la mochila—. ¿Qué tal así?

—Bueno… —Me balanceo de un lado a otro—. Mejor. Sigue pesando un quintal, pero… mucho mejor.

Me da unas suaves palmaditas sobre la cabeza y esboza una sonrisa.

—Genial. —Entonces Junior se da la vuelta para enseñarme su mochila y gira la cabeza como un búho para mirarme—. ¿Puedes ver…?

Pero antes de que pueda terminar de preguntarme lo que quiera que fuese a preguntar, Libros se le acerca y lleva sus manos hacia las hebillas de las asas que le caen justo encima de los hombros.

—No hace… Puedo hacerlo yo solo. —Junior se sonroja levemente, pero Libros decide ignorarlo y se acerca un poco más a él. Y entonces las mejillas de Junior adoptan el mismo tono que un tomate maduro—. Puedo hacerlo.

Pero Libros, por su parte, hace como que no le ha escuchado protestar y tira de las correas.

—¿Así? ¿Mejor?

Junior sigue como un tomate cuando le responde, en voz grave y un tanto ahogada:

—Sí.

—Alguien podría ayudarme *a mí* también —comenta Azúcar, y Libros aparta las manos de Junior de inmediato.

—Espera. —Rey me ajusta la última correa a la cintura. Sus brazos me rodean mientras tironea de ella hacia su cuerpo para asegurarla, y después da un paso atrás—. Así se mantendrá un poco más… estable.

Entonces se da la vuelta y le veo abrir y cerrar la mano una sola vez.

Azúcar extiende los brazos a sus lados, indignada.

—¿En serio?

Al final, después de terminar de preparar nuestro equipo y nuestras mochilas, Joe nos da una charla para darnos ánimo.

—Mañana todos querréis rendiros. Cada músculo de vuestro cuerpo os gritará que no merece la pena, que deberíais volver a casa. Y cada día después de eso trabajaréis más duro de lo que creíais que podríais trabajar.

Os pasaréis el día caminando sin rumbo, entre dieciséis y veinticinco kilómetros al día, con una mochila de más de trece kilos a la espalda. Y cuando paréis os tocará poneros a hacer trabajos manuales. Excavar, rastrillar, palear, serrar, limpiar y transportar.

—Demasiados verbos —comenta Junior en un susurro.

—Os dolerá todo el cuerpo, constantemente, y entonces, un día cualquiera, dejará de doleros. No descuidéis vuestro cuerpo. Cuidaos los pies y las manos. Si os hacéis daño en cualquiera de esas dos extremidades, acabaréis destrozados. Odiaréis vuestras comidas y querréis poneros hablar sobre las hamburguesas del In-N-Out o sobre la comida de vuestras madres, pero os aconsejo que no lo hagáis. Centraos solo en la ruta. Podréis hacerlo.

Que Joe nos diga que cree que podemos sobrevivir cuatro semanas viviendo en la intemperie se parece demasiado a cuando alguien te tiende una bombona de oxígeno y te dice «ahora salta y ponte a bucear entre tiburones». Pero todos asentimos y fingimos que le entendemos.

Joe deja caer la mano sobre el hombro de Rey.

—Acuérdate de tomar nota de todo lo que veáis. ¿Estás seguro de que te va a ir bien con…?

Rey asiente, apartando la mirada.

—Vale. Tan solo céntrate y si ocurre cualquier cosa, avísame. Lo vas a hacer genial.

Me vuelvo hacia Azúcar con una mirada interrogante. Ella se limita a poner los ojos en blanco y a murmurar: «Las prácticas».

Y entonces Joe le tiende a Rey la brújula, pero él niega con la cabeza y me señala. Joe se pasa la lengua por los dientes.

—Toma, Mapas.

La brújula, en vez de estar hecha de latón, está hecha de plástico, por lo que es mucho más ligera de lo que esperaba. La sostengo en el centro de la palma de mi mano y juro que puedo oír la voz de mi padre susurrándome al oído: «Mantenla firme y ella te llevará en la dirección correcta».

El norte, al parecer, se encuentra a mi espalda.

«Tú puedes». Su voz no es más que un susurro en el fondo de mi mente. Entonces cierro la mano alrededor de la brújula y alzo la mirada hacia las copas de los árboles para tratar de distraerme. Pero mi padre también está ahí arriba. Está por todas partes en estas montañas, y voy a tener que pasarme unas cuantas semanas caminando con su fantasma a mi lado.

—Tengo que ir al baño —suelto.

Joe niega con la cabeza.

—Pero date prisa —repone—. Estáis a punto de salir y deberías ir acostumbrándote a hacer tus necesidades cerca del sendero.

—Claro. —Me quito la mochila mientras respondo, sin soltar en ningún momento la brújula. No estoy segura de a dónde se supone que voy, pero mis piernas me llevan hacia los servicios.

Atravieso el patio y paso frente al barracón, que está completamente desierto. Al parecer, todo el mundo ya está en sus respectivos senderos, preparándose para emprender su caminata. Las hileras de lavabos que hay fuera del edificio de los servicios tienen espejos moteados de óxido colgados encima, y no puedo evitar observar atentamente mi reflejo en uno de ellos. Estoy pálida. Y todo por culpa de una brújula. Para cuando entro en la pequeña cabaña con una docena de cubículos, noto cómo se me forma un nudo tenso y ardiente en la garganta, como si de una maraña de alambres de espino se tratase. No estoy segura de que vaya a poder hacerlo. La abrumadora necesidad de esconderme, de ocultar mi dolor para que nadie pueda verlo, me resulta insondable. Encuentro un cubículo vacío al fondo, y bajo la tapa antes de sentarme en el retrete.

En cuanto la puerta del cubículo se cierra, siento cómo mi dolor se va abriendo paso a través de mi cuerpo, reabriéndome viejas y sangrantes heridas, y suelto un sollozo agonizante. Pero el dolor es así. Te apuñala lentamente, se te mete dentro, hasta que tu cuerpo intenta librarse de él, y entonces se abre camino por donde puede, desgarrándote. *Destrozándote*. Eso es lo que tener que ver a la muerte con tus propios ojos provoca.

Intento seguir enfadada, porque echar de menos a mi padre a veces puede ser de lo más inoportuno, pero lo único que consigo es enfadarme y hundirme al mismo tiempo. La tristeza se desliza por mi rostro en forma de pesadas lágrimas y se me entrecorta la respiración en el pecho.

Ojalá fuese capaz de anticipar qué es lo que va a desencadenar esta clase de ataques. En cambio, aquí estoy, llorando a lágrima viva por una maldita brújula.

Es una estupidez, no tiene sentido.

No sé cuánto tiempo permanezco allí sentada, llorando en el retrete por nada en concreto y por todo a la vez, sola en medio de la desierta y

silenciosa sala, pero al final acabo oyendo unas cuantas voces que se acercan a los servicios. Alto y claro. Lo que a su vez significa que, quien quiera que esté ahí fuera, también puede oírme.

Alto y claro.

—¿Qué pasa? —Eso lo pregunta un chico. ¿Libros, quizás?—. ¿Dónde se ha metido?

Mierda. Me seco las lágrimas a toda prisa con el dorso de la mano, con la esperanza de adecentarme aunque solo sea un poco en los próximos tres segundos antes de que…

—No pasa nada —le responde alguien. Esa es la voz de Rey—. La he mandado de vuelta al barracón para que fuese a buscar algo que se le había olvidado.

Escucho cómo alguien suelta un gemido frustrado y entonces…

—¿Y por qué estás ahí de pie como un pasmarote? Os estamos *esperando*. No hemos empezado todavía a caminar por el sendero y ya estás…

—Libros —le interrumpe Rey—. Vuelve con el grupo. Saldremos dentro de un rato.

A aquellas palabras tan solo les sigue un denso silencio, y yo aguardo un poco más antes de salir del cubículo.

Diez, veinte, treinta segundos.

Respiro hondo y me convenzo de que lo más probable es que Rey ya se haya marchado. Con Libros. Quizás no me ha oído llorar. Tal vez no sabe…

Salgo de los servicios secándome las últimas lágrimas con el dobladillo de la camiseta. Y me encuentro a Rey recostado contra el tronco de un árbol, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos.

Nuestras miradas se encuentran, aunque solo durante un breve segundo, antes de que él señale con un gesto de la cabeza hacia donde se encuentra el resto de grupo. Rey me estaba esperando. Quizás lo ha hecho para que el resto no se marchase sin mí. Tal vez para asegurarse de que salía del baño. O a lo mejor porque estaba aburrido.

Asiento, como si quisiese asegurarle sin palabras que estoy bien. Entonces él se da la vuelta y se encamina hacia donde están los demás, y yo me echo un poco de agua fría en la cara en uno de los lavabos oxidados antes de seguirle.

No dice nada. Tampoco me mete prisa. O me pregunta nada. Solo… me deja tranquila un momento.

Y yo no puedo evitar preguntarme de qué color sería el polo que expresase todo eso.

6

El caminar tiene una canción.

El ritmo de tus pasos al impactar contra el suelo. El silbido del viento al deslizarse entre las ramas de los árboles. El piar de los pájaros y el zumbido de los insectos, contándote sus secretos.

Alzo la mirada hacia el cielo y veo que el sol ya ha empezado a salir por el horizonte, iluminando el valle. Empezamos a caminar. Rey y Libros a la cabeza. Junior a la cola. Llevamos quince minutos marchando cuando dejamos de oír voces en el camino. Otros cuarenta y cinco cuando, al bajar la mirada hacia los pies de la montaña, dejamos de ver el campamento. Pero poco a poco nos vamos quedando solos.

Cuanto más nos adentramos en el sendero, más oímos ese sonido. Cada poco tiempo nos detenemos y Rey toma nota de algo en un cuaderno de cuero mientras Libros ata una cinta roja a la rama de un árbol o de algún arbusto.

Los kilómetros recorridos están marcados con pequeños cartelitos de cristal, en los que se puede leer también a la cabeza SENDERO OCCIDENTAL DE SIERRA NEVADA escrito en rojo. Parecen el Ojo de Sauron, observándonos atentamente. Y justo debajo alguien ha colocado un cartel nuevo, en el que está escrito PELIGRO con letras negras y amarillas, que nos alerta de que el sendero está cerrado al público y de que si seguimos, estaremos entrando ilegalmente en una zona protegida.

Mi mochila se balancea de un lado a otro con cada paso y me resulta de lo más incomoda. Tengo los pies agarrotados. Me arden las piernas. Por delante de mí puedo oír algunos trozos de varias conversaciones que no terminan de formarse del todo, en medio del silencio que reina en la naturaleza y por la tensión que se crea al estar rodeados de completos desconocidos.

De vez en cuando, Libros señala hacia algún punto del sendero y nos dice

a alguno que recojamos la basura con la que nos encontramos. Y nosotros nos encargamos de tomarla y metérnosla en el bolsillo. Encontramos de todo, desde toda clase de bolsas de plástico y aluminio descoloridas por el paso del tiempo hasta viejas latas de cerveza aplastadas. Después de un rato caminando, por fin empieza a refrescar, y la brisa logra enfriar el sudor que me impregna la piel. Rey nos dice que mantengamos la vista clavada en el camino y los ojos abiertos, por si encontramos algo que nos parezca peligroso, zonas del sendero que nos parezcan inestables, ya sea por el clima adverso o por los diversos incendios forestales que han arrasado la zona.

Después de lo que parece un siglo, por fin nos detenemos en un claro. El terreno está perfectamente nivelado para que podamos colocar nuestras tiendas de campaña. Incluso han excavado un pequeño agujero para una hoguera improvisada y después lo han rodeado con un anillo de piedras para contener el fuego en su interior. Despejamos el terreno donde vamos a acampar y comprobamos que los árboles que nos rodean no tengan ninguna clase de daño para asegurarnos que no se nos van a caer encima en medio de la noche.

—Mapas —me llama Rey—. Levanta las tiendas.

Y dicho eso desaparece entre los árboles.

Descubro rápidamente que las tiendas no vienen con un manual de instrucciones, sino que son solo metros y metros de tela impermeable y unas varas de fibra de vidrio. Nadie me presta atención. Libros le está enseñando a Junior cómo encender un fuego, y Azúcar está sosteniendo en alto una bolsa de arroz y una olla como si hubiesen salido de un planeta extraterrestre. Me hace sentir un poco mejor que todos parezcan tan perdidos como yo.

Pero, al final, el cielo acaba tiñéndose de toda clase de colores y sé que no me queda mucho tiempo antes de que el sol se ponga por completo y me quede sin la poca luz que tengo. La tienda de campaña todavía no es una *tienda de campaña* y estoy empezando a darme cuenta de que, en realidad, es como una especie de cubo de Rubik gigante. Rey regresa con una pila de madera en los brazos y, al parecer, todo el mundo está progresando poco a poco en sus tareas menos yo.

El fuego ruge en la hoguera, algo se está empezando a calentar y aquí

estoy yo, ahogándome bajo la luz mortecina y una tienda de campaña colapsada.

Junior se levanta de un salto y se dispone a echarme una mano, pero Libros le detiene antes de que pueda llegar hasta mí.

—No. De eso se tiene que ocupar ella solita. —Junior pone cara de incredulidad, como si estuviese queriendo decirle con la mirada: «¿Disculpa?», pero no le discute.

—Pero si tú le has ayudado a encender el fuego —le recuerdo a Libros.

—Encender el fuego es mucho más complicado que levantar una tienda de campaña. —Libros se recuesta sobre una roca.

Estoy teniendo problemas con las varas.

—¡Creo que hace falta más de una persona para levantar una tienda de campaña! —grito, frustrada.

En realidad, no tengo ni idea de cuánta gente hace falta, pero de momento lo único que he conseguido es extenderlo todo sobre el terreno y cruzar las varas entre sí antes de meterlas en las costuras y fracasar, una y otra vez. A este paso me voy a poner a gritar.

—No, no hace falta más de una persona —responde Rey, antes de acuclillarse junto a la hoguera.

—¿Qué ocurre si no consigue levantar las tiendas de campaña? —pregunta Azúcar.

—Que no dormiremos dentro de tiendas de campaña —responde Libros, como si fuese evidente.

Me vuelvo hacia él, segura de que he tenido que oírle mal. Rey se echa un poco hacia atrás, todavía acuclillado, y después respira hondo antes de ponerse en pie. Se acerca a mí en un par de zancadas. Opto por ignorarle mientras introduzco otra vara en el hueco de la costura. Pero esta es demasiado corta.

—Mier…

Rey suspira, se agacha a mi lado, hace algo con la esquina de la tienda y me pide que me aparte un poco con un gesto de la mano. Así que eso es justo lo que hago. Y entonces él toma la vara, la levanta y, como por arte de magia… la tienda se monta sola.

Me quedo observándolo con los ojos como platos.

—¡Lo has conseguido! —Me deslizo hacia la esquina de la tienda en la que se encuentra, de pie, y me coloco a su lado para ver lo que él ve,

pegando mi hombro a su pecho—. ¿Cómo lo has hecho?

Él da un paso atrás, alejándose de mí, poniendo algo de espacio entre nosotros, y me observa con el ceño fruncido.

—Lo digo en serio —repongo, sin dejar de mirarle—. ¿Cómo?

Rey da otro paso atrás y señala la base de la tienda de campaña.

—Tienes que usar las esquinas. —Y dicho eso se marcha, dando nuestra conversación por terminada.

Bajo la mirada hacia el suelo para tratar de averiguar qué narices quería decir con eso de «tienes que usar las esquinas». Como si no las hubiese estado «usando» antes.

—Ahora la otra —me dice Libros, al tiempo que señala la otra tienda de campaña con su cuchara. Él ya está cenando, con la espalda apoyada en un tronco caído y las piernas extendidas y cruzadas a la altura de los tobillos sobre el suelo.

—¿La otra? —gimo.

Extiende la mano hacia mí, como si se creyese Yoda o alguna clase de líder iluminado.

—Solo así podrás aprender.

No me va mucho mejor con la tienda roja, y de hecho me cuesta que se mantenga en pie.

—Quiero que sepáis que sois unos profesores de mierda —gruño—. A esta experiencia le doy *cero estrellas*.

Tiro de una de las varas hasta colocarla recta y la tienda se inclina hacia un lado un momento antes de derrumbarse. Me vuelvo hacia Rey, que está sentado junto a la hoguera con su cuaderno y un lápiz en las manos, y me lo encuentro mirándome fijamente, pero un segundo después, él aparta la mirada y se pone a escribir algo en su cuaderno. Lo más probable es que esté dejando por escrito lo incompetente que soy.

—*Cero* estrellas —repito en un siseo.

Y dicho eso me acerco a cenar, con la esperanza de que la comida me haga sentir un poco mejor. Cuando el firmamento se oscurece y nos aseguramos de haber apagado el fuego por completo, nos vamos a dormir.

Azúcar extiende su esterilla y el saco de dormir.

—Se me había ocurrido que a lo mejor podríamos dormir con los pies hacia… —Señalo hacia donde está la tienda de campaña hundida.

Ella se vuelve a mirarme.

—Mapas —dice, cortante—, creo que podríamos ser muy buenas amigas, pero más te vale averiguar cómo montar esa tienda de mierda antes de mañana porque no pienso volver a dormir a la intemperie.

Me meto a rastras en mi saco de dormir, apretando los dientes con fuerza. Puedo notar cada roca, cada guijarro y cada hundimiento del terreno.

—Podrías echarme una mano —comento.

—En realidad, no puedo, o eso han dicho. Al parecer, las tiendas son cosa tuya.

—Ya. —Me subo el saco de dormir hasta la barbilla—. Porque solo así podré *aprender.*

1

Cuando abro los ojos, me encuentro con la tienda de campaña roja cerniéndose sobre mi cabeza.

La tela impermeable me cubre casi por completo, y debe de haber llovido esta noche, porque está húmeda. También es de día. Saco el brazo del cálido interior del saco de dormir e intento quitármelo de encima. El roce de mi piel contra la tela impermeable de la tienda de campaña produce un sonido atronador que rompe por completo el silencio. A mi lado, Azúcar suelta un gemido.

—¿Qué narices? —murmura, con el sueño haciéndola arrastrar las palabras.

Yo no digo nada, tan solo me incorporo y dejo que las paredes de la tienda me envuelvan como un velo.

En alguna parte, fuera de la tienda, oigo a alguien, a un chico, gemir de dolor. Y entonces oigo cómo una tienda se abre.

Busco mi teléfono móvil a tientas, pero entonces caigo en la cuenta de que no me lo he traído.

—¿Qué hora es? —pregunto.

—¿Es que tengo cara de reloj solar? —responde Azúcar. Entonces se saca algo de bolsillo pequeño de su mochila. El delineador de ojos. Y tarda menos de treinta segundos en hacerse la raya del ojo.

—Son las seis y veintidós de la mañana —dice Junior, sin gritar. Ni siquiera suena como si estuviese sentado.

Entonces me doy cuenta de lo cerca que estamos todos en realidad y del silencio que reina a nuestro alrededor.

Azúcar abre nuestra tienda y las dos nos quedamos sentadas en la puerta para ponernos nuestras botas de montaña. Un gesto demasiado normal para una mañana nada normal. Me pregunto qué estará haciendo mi madre ahora. ¿Seguirá dormida? ¿Estará intentando dominar la cafetera? Siempre era mi

padre el que preparaba el café por la mañana y, desde que murió, todas las mañanas al despertarme me la encontraba tratando de descubrir la alquimia necesaria para preparar la jarra de café perfecta, la misma que solía preparar mi padre.

Junior se inclina hacia la hoguera, aunque todavía no hay ningún fuego encendido en su interior. Tiene el rostro hinchado por el sueño y todavía no ha logrado abrir del todo uno de los ojos. Libros se está rascando la tripa y bostezando con ganas. Y Rey nos está observando a todos con un cepillo de dientes en la mano. No lleva puesta ninguna camiseta y me tengo que recordar que no debo quedarme como una tonta mirándole el abdomen firme, cuya dureza contrasta con fuerza con el aspecto suave y blando de su cabello, que sobresale formando ángulos extraños, y con sus pantalones arrugados.

Azúcar agarra uno de los rollos de papel higiénico y toma un poco.

—Ni se te ocurra mear cerca de mí. Si te parece que puedes verme desde tu posición, entonces es que no te has alejado lo suficiente.

—¿Pero las chicas no mean siempre juntas? —le pregunta Junior, al tiempo que se pone de pie.

—¿Y los chicos no usan los urinarios como tapadera para poder mirarse el pene entre ellos? —replica Azúcar.

Junior suelta una sonora carcajada.

—Vale, *no* eres una persona de mañanas. Tomo nota.

Azúcar se encamina en una dirección y yo me alejo en dirección contraria.

Cuando regreso, la tienda de los chicos ya está totalmente recogida y doblada en el suelo.

Libros se vuelve hacia mí y señala la nuestra.

—Te toca desmontar esa.

Odio tener la sensación de estar haciéndolo todo mal, como si estuviese fracasando en algo que ni siquiera tengo ganas de que se me dé bien.

—Podrías echarme una mano para averiguar por qué no se mantenía en pie —repongo, antes de sacar una de las varas de las costuras.

—Por un error de uso —comenta Libros sin siquiera apartar la mirada de su mochila.

—Entonces, ¿no piensas ayudarme?

Suspira con pesar y se vuelve hacia mí con paciencia.

—Solo así…

Pero le interrumpo antes de que pueda decir nada.

—Podré aprender. —Saco la otra vara de un tirón—. Entendido.

Me estoy peleando con la última vara, tratando de doblarla a la fuerza, cuando Rey se acerca a mí. Me quita la vara de las manos y lo observo doblarla y retorcerla con habilidad, para después devolvérmela sin dar explicación alguna.

Libros nos observa con curiosidad, pero Rey se encoge de hombros.

—Es que si no, nos íbamos a pasar aquí hasta el día del juicio final —comenta.

El desayuno consiste en una barrita de proteínas y un poco de agua.

Azúcar empieza a hablar sobre el café, pero Junior le pide que pare.

—Por favor. No puedo pensar en una buena taza de café ahora mismo. Lo echo demasiado de menos.

Todos parecen estar de mejor humor después de comer algo y mi estómago deja de gruñir con tanta fuerza, pero todo cambia cuando Junior pregunta:

—¿Y de dónde sois?

Empiezo a contar mis pasos mientras subimos la pendiente. El sol todavía no ha salido del todo por las montañas, y la temperatura tan solo está empezando a subir. Tengo los pies agarrotados. Me arden las piernas. Y no tengo ganas de responder a la pregunta de Junior.

—¿Por qué lo preguntas? —le suelta Azúcar—. ¿Es que pretendes acosarme cuando todo esto acabe?

Junior se vuelve hacia ella y pone los ojos en blanco.

—No te he pedido tu dirección ni te he preguntado por tu grupo sanguíneo. Solo quiero saber en qué ciudad te has criado.

Azúcar da cinco pasos más antes de responder. Lo sé porque los estoy contando.

—La Bahía.

El área de la Bahía es enorme. Podría ser de la capital y ser de esas que se pasan por una cafetería de especialidad distinta cada mañana para comprarse un café de camino al instituto, o del condado de Marín y vivir rodeada de secuoyas, o en un barrio donde todo el mundo lucha por salir adelante.

—Yo vivo cerca de la Bahía —comenta Libros—. En Vallejo.

Azúcar asiente con la cabeza.

—Yo en Six Flags. Solo he estado en Vallejo una vez, para que me pintasen mi nombre en una camiseta con pintura en espray en sexto de primaria.

Libros esboza una sonrisa divertida.

—Yo también tengo unas cuantas de esas. —Le veo atar una cinta roja en la rama de un árbol enorme y caído del que los servicios forestales tendrán que ocuparse. Y después se vuelve hacia Junior—. ¿Y tú?

—Yo vivo cerca de Redding.

Libros esboza una sonrisa como si acabase de decir la cosa más divertida del mundo.

—¿Eres de una secta o vives en una plantación de marihuana?

—¿Qué? —me carcajeo.

—Por esa zona solo hay sectas religiosas extrañas y plantaciones de marihuana. Lo único que comparten entre ellos es que todos tienen armas. —Libros suelta una risa sonora como si acabase de contar el chiste más gracioso del mundo, pero Junior le observa con el ceño fruncido.

—¿Y qué hay de ti, Rey? —le pregunta Azúcar.

—Yo soy de todas partes.

—¿Y de qué parte eres ahora?

—De Tahoe.

Por algún extraño motivo, le pega ser de allí.

—¿Y tú, Mapas? A ver, déjame adivinar, ¿del sur de California?

Frunzo el ceño.

—Sí —añade Junior—. Pero no de Los Ángeles. Seguro que eres de la zona del Valle o de San Diego.

—El Valle forma parte de Los Ángeles.

—Eso es justo lo que diría alguien del Valle. —Junior me observa atentamente, como si mi comentario acabase de demostrar que está en lo cierto.

—Me has descubierto —lo digo en broma. Porque pretendo decirle que en realidad soy de las afueras de Sacramento. Y que vivo lo bastante cerca de estas montañas como para venir todos los fines de semana. Que se ha equivocado. Pero entonces Junior esboza una sonrisa socarrona y me tengo que morder la lengua, aunque por algún extraño motivo me siento aliviada

al no tener que decir la verdad.

—Lo sabía. Te pega vivir en uno de esos barrios ricos en los que todo el mundo es prácticamente igual. Seguro que hasta celebraste una fiesta gigantesca cuando cumpliste los dieciséis.

El día de mi decimosexto cumpleaños mi padre tenía una cita en el hospital para otra sesión de quimioterapia y, mientras esperábamos a que acabase, mi madre y yo fuimos al Applebee's que hay al lado del hospital para comernos un helado con chocolate fundido.

—En realidad me regalaron un coche. —Esa parte es verdad, pero era la vieja camioneta de mi padre, y me la regalaron solo para que pudiese llevarle a las citas del médico.

Junior suelta un gemido.

—Pues claro que te regalaron un coche.

—A mucha gente le regalan un coche —replica Azúcar.

Junior se vuelve hacia Libros y Rey.

—¿A alguno os regalaron un coche al cumplir dieciséis?

Rey suspira con pesar.

—Nueva norma, nada de hablar mientras caminamos.

—No puedes prohibirnos hablar. —Pero dicho eso, Junior se queda completamente callado.

Nos encargamos de podar un seto que nos corta el camino al estar demasiado crecido y recogemos toda la basura que nos encontramos, o apartamos entre todos los troncos de los árboles caídos que nos impiden seguir caminando. Los guantes que me han dado son demasiado rígidos y me van un poco grandes, por lo que no me dejan moverme con libertad, pero gracias a ellos no se me clavan las ramas o las espinas en las manos.

El sudor me cae por la espalda y tengo que echar mano de mi cantimplora más veces de las que debería. En un momento dado, Rey me tiende una pala y me pide que cave una zanja a un lado del camino para que el agua de lluvia no anegue el sendero.

—Pero si en California no llueve nunca —me quejo—. ¿No estamos en plena sequía?

—Aquí sí que suele llover. —Es lo único que me responde.

Nada de esto se parece en absoluto a lo que aparecía en los vídeos que nos obligaron a ver, y tampoco se parece en nada a las caminatas que hice con mi padre. Nos pasamos el día trabajando sin descanso, tanto que me

arde la garganta del calor que hace, de tener que estar respirando por la boca al jadear, del polen y del polvo, y de las plantas secas y muertas que tenemos que ir arrancando a cada dos pasos.

Pero el mayor problema es el terreno. Está sólido, duro y cocido por completo por el sol, así que cuando nos toca excavar es como estar tratando de abrirse paso a través de una placa de cemento. Rey me observa mientras clavo la pala en el suelo de tierra. No me dice qué estoy haciendo mal, tan solo se acerca a mí y empieza a cavar donde estaba tratando de hacerlo yo hace un momento, junto a un enorme seto. Los brazos se le doblan cada vez que clava la pala en la tierra y el sudor le impregna la frente.

No me ofrezco a volver a ponerme a cavar; en cambio, me vuelvo a poner mi par de guantes gruesos y empiezo a arrancar una planta seca. Tiro, y tiro, y tiro con todas mis fuerzas. Y cuando por fin consigo arrancarla de raíz, me siento un tanto extasiada, victoriosa.

Debe de ser más o menos la hora de comer, por lo que me vuelvo hacia Junior y le pregunto qué hora es. Él baja la mirada hacia su reloj de muñeca, uno analógico, con manecillas y todo.

—Las diez y diecisiete.

Echo la cabeza atrás y alzo la mirada hacia el cielo. Tal vez se me caigan las nubes encima y me maten para que no tenga que seguir haciendo esto.

Lo único que rompe el silencio es el crujido de las ramas al romperse, el sonido de la pala al impactar contra la tierra dura y nuestros jadeos y gemidos mientras trabajamos. Y todos esos ruidos me van dando poco a poco dolor de cabeza, haciéndome perder la paciencia.

—Bueno —suelto—. Si solo pudieseis comer un tipo de patatas fritas de bolsa por el resto de vuestra vida, ¿cuál elegiríais?

Ninguno se molesta siquiera en volverse hacia mí, sino que me ignoran descaradamente. Pero, al final, Junior acaba por compadecerse de mí.

—Takis.

—No quiero saber el aspecto que tiene tu intestino en este momento. —Arranco una rama gruesa de un arbusto—. ¿Cuál creéis que es el grupo de música más sobrevalorado del mundo?

—Los Beatles —responde Azúcar, sin pararse siquiera a pensar.

—¿Los malditos Beatles? —Libros deja de cavar, con la pala cerniéndose sobre la tierra removida.

—Vale —suelta Azúcar, antes de señalar su camiseta—. Metallica.

—Los Beatles fueron una banda revolucionaria —replica Junior—. Cambiaron por completo la historia de la música.

—Lo único que hicieron fue aprovecharse de la mierda que a la gente le gustaba escuchar y mezclarlo todo para convertirlo en música que pudiese gustarle a todo el mundo. *Sobrevalorados*.

La cara de Libros me deja bien claro que tengo que cambiar de tema, y pronto.

—Si pudieseis tener cualquier superpoder, ¿cuál sería? —pregunto.

Supongo que pretenden seguir ignorándome hasta que Junior alza la mirada hacia el cielo, donde el sol brilla con tantas ganas que lo ha teñido casi de blanco con su luz.

—Yo elegiría poder volar —responde.

—¿Puedes elegir cualquier superpoder y eliges volar? —le pregunta Libros—. Menuda… forma de desperdiciar un don.

—Ya. Bueno, es lo que me gustaría. —Junior se encoge de hombros.

Libros se queda mirándolo fijamente, como si de verdad no pudiese creerse lo que está teniendo que oír.

—¿Y tú qué elegirías? —le pregunto a Libros.

Él se vuelve entonces hacia mí, mirándome como si lo estuviese considerando seriamente, a pesar de haberse estado burlando de Junior hace solo un momento.

—La invisibilidad —responde, después de clavar la mirada en el suelo.

—¿Para poder espiar a la gente sin que te descubran? —le pregunta Azúcar, antes de soltar una carcajada seca.

Libros se muerde el labio inferior, pero no dice nada.

—Yo elegiría poder leer la mente —me dice ella—. El poder saber siempre lo que todo el mundo está pensando de verdad… —Pero deja la frase colgando, y no puedo evitar preguntarme en quién estará pensando.

—¿Y tú? —le pregunto a Rey.

—La inmortalidad. —Le veo anudar una cinta roja en la rama de un árbol.

—¿Elegirías poder vivir para siempre? —le pregunta Azúcar—. ¿Ver cómo todos aquellos a los que quieres y amas mueren? ¿Vivir mucho más tiempo que ellos?

—Sí. —Tampoco es tan complicado—. Elegiría vivir mucho más tiempo

que nadie.

Azúcar asiente y le da un sorbo a su cantimplora antes de volverse hacia mí.

—¿Y tú?

Yo elijo poder viajar en el tiempo.

—¿Y a qué momento elegirías volver primero? ¿Te gustaría volver atrás en el tiempo para revivir la noche en la que te nombraron reina del baile? —me pregunta Junior con sorna, antes de soltar una carcajada.

Nunca llegué a ir al baile. Estaba demasiado ocupada viendo cómo mi padre se moría.

—Es que llevaba un vestido increíble —respondo, en cambio, mintiendo descaradamente.

Recuerdo el último día que pude hablar con mi padre. Recuerdo que me contó una historia, pero ¿le presté atención? ¿Le estaba escuchando? ¿O estaba demasiado ocupada pensando en todo y en nada a la vez?

—Alquilamos una limusina y mis padres nos sacaron un millón de fotos antes de irnos. —Trago con fuerza—. Mi padre incluso amenazó a mi cita, fue de lo más humillante.

—Por Dios —suelta Azúcar—. Mi madre hizo lo mismo. Te juro que en ese momento me entraron ganas de matarla. Incluso llegó a llamar a todas las madres de mis amigas para que a ninguna nos dejasen ir a la fiesta de después del baile.

Todo el mundo sigue como si nada, nadie se da cuenta de que he mentido. Se ponen a relatar sus propias historietas de cómo fueron sus bailes del instituto. Rey me está mirando fijamente y, por un momento, no puedo evitar pensar que lo sabe, que sabe que he mentido. Por un momento pienso que me voy a sentir avergonzada por hacerlo, pero esa vergüenza nunca llega.

Y entonces me doy cuenta de que no me importa si se cree mi mentira o no, porque yo decido creérmela.

8

El momento del día en el que más calor hace no es el mediodía. Es para las tres de la tarde. El sol incide con fuerza, y sus poderosos rayos me queman la piel, colándose a través de la tela de mi ropa y haciendo que parezca que todo lo que llevo a cuestas pesa cien kilos más de lo que pesa en realidad. Me he recogido el pelo en un moño en la nuca, y todo está tan iluminado que, por un momento, no puedo evitar desear haberme traído unas gafas de sol. Entrecierro los ojos para acostumbrarme a la luz y protegerme de las gotas de sudor que se deslizan por mi frente y se me cuelan tras los párpados, haciendo que me escuezan los ojos. Rey me observa con el ceño fruncido cuando me ve echar la cabeza atrás y gemir con fuerza.

—Vamos a descansar un rato hasta que este mundo se refresque un poco —dice, como si el planeta entero estuviese en llamas e hiciese tanto calor como en la sierra en todas partes, y todos nos deslizamos hasta debajo de un enorme pino centenario para quedar a la sombra de sus ramas. El suelo está plagado de agujas que se han secado hasta convertirse en púas afiladas, pero ninguno les prestamos demasiada atención antes de soltar nuestras mochilas y dejarnos caer encima. Extiendo las piernas y dejo caer los pies en el suelo para no tumbarme sobre la mochila.

Junior opta por recostarse en el tronco del árbol y darle un buen sorbo a su cantimplora. Y pone una mueca asqueada al tragar.

—Os juro que os asesinaría a cualquiera de vosotros a cambio de un cubito de hielo.

Libros suelta una sonora carcajada ante ese comentario. No me extraña en absoluto que le haga gracia todo lo relativo a los asesinatos; le pega, de hecho.

—Ojalá me pudiese teletransportar al Polo Norte durante cinco minutos —comenta Libros—. Tampoco pido tanto.

Azúcar se remueve sobre su mochila, y esta se desliza sobre las agujas secas de pino y la tierra caliente. En algún momento ha cerrado los ojos, como si ni siquiera tuviese fuerzas para ver lo que quiera que le rodee.

—Harías que los casquetes polares se derritiesen con tu calor corporal y entonces Florida se hundiría por completo con la subida de la marea, o desencadenarías un huracán que arrasase el Golfo.

—Pero… allí haría *frío*.

Me imagino a un Libros sonriente en el ojo de un huracán.

Los pies me están matando y se me han formado unas cuantas ampollas. Siento la piel en carne viva, pero solo tengo que quedarme aquí tumbada y descansar. Hasta que la muerte me reclame, entonces ya no tendré por qué seguir caminando más. Y entonces mi cuerpo pasará a ser problema de otra persona. Ni siquiera hemos completado un día entero caminando y ya siento todos los músculos de mi cuerpo aullando de dolor.

Estoy destrozada.

Libros le pide a Azúcar que prepare las cosas para la cena. Me quedo observándolos atentamente, mientras él le da indicaciones de lo que tiene que hacer y ella se queja sobre los estereotipos de género y sobre lo machista que cree que es todo esto.

Libros esboza una sonrisa divertida.

—Ya lo hemos captado. No eres como las otras chicas.

—Y tú te crees superior con tu camiseta de conciertos *vintage* —espeta Azúcar—. ¿Es que se te suele acercar mucha gente a preguntarte cuál es tu grupo de metal favorito?

Junior se incorpora y deja caer una mano sobre el hombro de Azúcar para contenerla.

—Lo que le pasa a Azúcar es que tiene hambre. No se lo tengas en cuenta. No creo que quisiese decir que…

Pero Azúcar le interrumpe y fulmina a Libros con la mirada.

—Oh, pues claro que lo decía en serio.

Rey deja caer tres cantimploras frente a mí, que tintinean al impactar contra el suelo. Están tan vacías como mis fuerzas. Tan vacías como mis ganas de vivir.

—Vamos. —Tiene cuatro cantimploras más en la mano—. Tráete la tuya también. Lo más probable es que la tengas vacía.

Lo está. O casi.

Nos abrimos paso entre la maleza y el tenue borboteo del río va cobrando poco a poco fuerza, hasta convertirse en un rugido atronador cuando logramos llegar hasta él. Los rayos del sol se reflejan sobre la superficie de la corriente, y ni siquiera los árboles que nos rodean parecen ser capaces de darnos sombra. Rey no se detiene, se sumerge en el río, descendiendo por la orilla poco profunda, sin molestarse en quitarse las botas. Lo observo con incredulidad, pero él baja la mirada hacia mis zapatos, que todavía parecen nuevos a pesar de todo el tiempo que llevo caminando en este maldito infierno.

—Son impermeables —repone, con tanta confianza que no me atrevo siquiera a preguntarle cómo lo sabe. A lo mejor una amiga suya tiene estas mismas botas. O su novia.

No digo nada mientras me acerco a él, sumergiéndome yo también en el río, y después nos inclinamos para llenar nuestras respectivas cantimploras Nalgene. Me masajeo el tobillo con suavidad, y por un momento no puedo evitar pensar que ojalá pudiese quitarme las botas, pero sé que, si lo hago, tan solo conseguiré que me duelan más los pies después cuando vuelva a ponérmelas.

—¿Qué tal llevas los pies? —me pregunta Rey.

—Me duelen. —No digo más que esas dos palabras, aunque en realidad quiero decir mucho más.

—Libros tiene una pomada para eso. Échate un poco esta noche antes de irte a dormir, y duerme con los calcetines puestos.

—Qué asco. —Pongo una mueca asqueada, pero, en realidad, le agradezco el consejo, aunque a una pequeña parte de mí todavía no le guste ni un pelo sentirse así. No quiero que Rey me caiga bien.

El chico esboza una sonrisa ladeada y asiente como si quisiese darme la razón.

—Sí, es asqueroso, pero es mejor eso que tener los pies llenos de ampollas durante días.

Esa media sonrisa no desaparece en ningún momento, ni siquiera cuando cierra la cantimplora que acaba de llenar y toma otra vacía.

Y yo me quedo mirándolo fijamente.

Sé que no debería, pero es que esa pequeña sonrisa ha logrado transformar por completo su rostro. El corazón me da un vuelco por un

segundo y me tengo que recordar que no debería sentir absolutamente nada por él, que Rey es el enemigo. Rey no necesita mi ayuda para montar las tiendas de campaña, y me robó el paquete de tabaco, y su sonrisa es tan cálida como el sol… Mierda.

Al parecer, *Mapas* es tan estúpida como Atlas cuando se trata de chicos guapos.

Saco la cantimplora de la corriente y se la tiendo a Rey. Él toma un cuentagotas que llevaba guardado en el bolsillo del pantalón y le echa unas cuantas gotas de un líquido extraño para «purificarla».

—Y dime, ¿cómo has terminado tú aquí? —le pregunto, mientras agito la cantimplora.

Rey respira hondo y me imita.

—Como todo el mundo. Me presenté voluntario.

—Pero ¿por qué? —insisto. Ya sé lo que me va a decir. Las prácticas. Pero quiero oírselo decir.

Él se vuelve hacia mí con una mirada penetrante.

—¿Y por qué estás *tú* aquí? —me pregunta.

—Se supone que no debemos hablar de eso, ¿no?

Rey me observa con la cabeza ladeada.

—¿Ah, no?

—¿No forma eso parte de todo esto? ¿Junto con eso de otorgarnos un nuevo nombre y no hablar de nuestro pasado?

Le veo asentir con la cabeza lentamente.

—Y entonces ¿por qué me lo preguntas?

Me muerdo el labio inferior y le sostengo la mirada.

—Me preguntaba si estarías dispuesto a contarme tu secreto. —¿Estoy coqueteando con él? Dios, ¿qué narices me pasa?

Pero Rey esboza una sonrisa.

—Solo si tú me cuentas el tuyo primero.

Podría hablarle sobre Joe y mi madre, y sobre mi padre muerto, y sobre cómo lo he arruinado todo en casa. Es un desconocido y, una vez que acabemos el recorrido, no volveré a verlo. Nunca jamás.

—Quedaba bien en las solicitudes para la universidad. —*Cobarde*.

—¿Para la universidad? ¿Es que no ha presentado ya todo el mundo sus solicitudes?

—Sí, pero si quiero poder entrar en una hermandad o… —En realidad no sé de qué estoy hablando, y me pregunto si Rey será la clase de chico que conoce los requisitos que piden para entrar en las hermandades y fraternidades—. Mi padre siempre me ha insistido en que tengo que ir a la universidad. Cree que me dará más oportunidades.

Rey para de agitar su cantimplora, la deja en la orilla y toma otra.

—¿Ah, sí?

—Sí, es muy estricto. Pero, ya sabes… yo quiero hacer otra cosa.

—¿El qué?

Quiero volver a ver a mi padre. Quiero poder dejar atrás ese dolor. Quiero hacer todas las cosas que escribió en su lista porque él no pudo hacerlas, y ya nunca podrá.

—No sé. ¿Irme de mochilera por Europa? —Esa es una respuesta de una adolescente normal. ¿Verdad?—. Y me prometió que dejaría que me fuera si participaba primero en este programa.

—¿Que dejaría que te fueras?

—De viaje. —No llega a ser la verdad, pero casi—. Mi madre y mi padre pensaron que me hacía falta algo de disciplina.

Rey asiente.

—Te toca —le digo.

Él me observa atentamente antes de inclinarse hacia mí.

—Si te cuento mi secreto, ¿me prometes que no se lo contarás a nadie?

—Te lo prometo. —Respiro hondo.

Cuando nuestras miradas se vuelven a encontrar, sus ojos están llenos de sinceridad.

—Yo también estoy intentando entrar en una hermandad.

Me aparto de él y aprieto los labios con fuerza.

—Vale, imbécil. Yo te he contado mi secreto.

—¿Ah, sí? —me pregunta.

Hago memoria para recordar todo lo que le he contado y sé que no he dicho nada que sonase inverosímil. Lo que no sé es si los dos hemos optado por inventarnos una historia mejor que la nuestra o por mentirnos descaradamente. Y tampoco sé qué prefiero.

—Te diré la verdad cuando tú me seas sincera también. —Rey toma las cantimploras y se levanta. Me quedo ahí, de pie junto a la orilla, con la mirada clavada en su espalda mientras se aleja, preguntándome cómo es

posible que sepa que llevo todo este tiempo mintiendo. ¿Es que Joe le ha hablado sobre mí?

No. Joe no haría algo así.

Todos nos encargamos de nuestras respectivas tareas. Yo me vuelvo a pelear con las tiendas de campaña. Azúcar prepara la cena con la ayuda de Rey. Libros y Junior se encargan de encender una hoguera. Bueno, más bien Junior se pasa un buen rato viendo cómo Libros sopla con suavidad las llamas antes de sacudir la cabeza y apartar la mirada.

Yo tardo mucho más de lo que debería, pero termino montando una de las tiendas y logrando que se mantenga en pie, o casi. Estoy mejorando, aunque tampoco es que a nadie le importe. En realidad, a mí tampoco me importa. Pero me tomo un momento para respirar hondo y descansar dentro de la tienda de campaña. Me he hecho unos cuantos rasguños en las muñecas, justo donde acababan mis guantes, y me paso un dedo por encima de uno de ellos con lentitud.

Un segundo más tarde, Azúcar anuncia que la cena ya está lista. Todos nos reunimos alrededor del fuego y nos comemos nuestro plato de alubias con arroz. Azúcar incluso comparte un poco de su salsa picante con nosotros. En cuanto acabamos de cenar, Libros me tiende un par de pastillas rojizas. Analgésicos.

—Toma, reina del baile —me dice Libros—. Y ten más cuidado con tus pies o no volverás a poder bailar.

Asiento y me tomo las pastillas sin rechistar, tragándome con ellas también mis mentiras.

Tragándome a la chica que soy, y tratando de reemplazarla con la chica que me gustaría ser.

9

Con el paso de los días, todos nos terminamos adaptando al ritmo de la ruta y vamos aprendiendo a cómo llevar mejor a cabo nuestras tareas asignadas. Establecemos quién hace qué, cuándo y cómo. Y cada uno nos encargamos de nuestras respectivas tareas sin interceder en las de los demás. Como si fuésemos los distintos alimentos en un plato combinado, trabajando todos juntos pero sin tocarnos.

Y vamos aprendiendo poco a poco lo que «siempre» ocurre, sin falta.

Por ejemplo, recoger una tienda de campaña *siempre* es mucho más fácil que montarla. La leña *siempre* pesa más de lo que pensábamos en un primer momento. Azúcar *siempre* se encarga de prepararnos a todos el desayuno. Junior *siempre* se encarga de lavar los platos y cubiertos. Libros *siempre* se encarga del botiquín de primeros auxilios. Y Rey *siempre* tiene algo que comentar.

«Si la doblas así, vas a conseguir que se te arrugue».

«Vas a acabar doblando el poste de la tienda de campaña si sigues guardándolo a presión así».

«Tienes que empezar a ponerte pantalones largos. Porque si no, un día de estos, cuando nos topemos con un roble venenoso, lo vas a lamentar».

Y yo no dejo de repetirme que no debo permitir que lo que me diga me moleste. Me recuerdo todos los días que el que se comporte así hace que sea un sesenta por ciento menos atractivo.

Pero soy una idiota con cerebro de mosquito.

Un día, cuando Rey me comenta que estoy agarrando la pala mal, le pregunto como una estúpida cómo se supone que debería estar agarrándola, y él se acerca a mí para enseñármelo.

Me rodea las manos con las suyas y no llega a pegar su cuerpo al mío *del todo*, pero sí que se detiene lo bastante cerca como para que pueda notar el calor que irradia su piel. Y su aliento cálido se estrella contra mi nuca y…

—Ya lo he captado. —Aparto las manos de golpe y rodeo el mango de la pala tal y como me ha mostrado. Lo más probable es que esté roja como un tomate en este momento, así que espero que todo el mundo piense que es solo por el calor que hace.

Cuando alzo la vista, veo que Rey ya ha vuelto a su sito de antes. Y me doy cuenta de que él no se ha sonrojado.

Durante la comida, nos sentamos todos contra una enorme roca a comer y beber en completo silencio.

Rey se inclina levemente hacia Libros para contarle algo y el chico niega con la cabeza. A primera vista, parecen tan solo dos amigos conversando animadamente sobre cualquier cosa, pero están hechos un asco por llevar todo el día trabajando.

Y entonces se echan a reír a carcajadas.

Rey baja la cabeza y encorva sus hombros anchos. Y Libros hace justo lo contrario, con su pelo oscuro cayéndole por la frente y metiéndosele en los ojos. Echa la cabeza hacia atrás y deja al descubierto su largo cuello.

El verlos reír de este modo hace que una sensación extraña se abra paso por mi pecho, y puedo notar cómo la sangre comienza a manar de esa misma herida. Porque esa risa me hace echar de menos mi vida de antes, cuando todo era *fácil*. Podría acercarme a ellos y preguntarles de qué se están riendo, pero me quedo donde estoy y es Azúcar quien se les acerca. Observo atentamente cómo los chicos le hacen un hueco y la acogen en su conversación, porque Azúcar es como el agua, siempre fluyendo e imponente. Siempre consigue lo que quiere. ¿Pero yo? Yo soy como las rocas afiladas de un desfiladero, las mismas que ni siquiera el tiempo ha logrado erosionar. Estoy rota y expuesta, y no tengo ni idea de cómo ser agua.

Solo aquellos que se sienten completos, que no están rotos, son capaces de reírse. Porque las chicas como yo, que ya no recuerdan la última vez que oyeron la risa de su padre, son incapaces de recordar cómo hacerlo.

Sé que estoy siendo demasiado exagerada, incluso para mi gusto, pero hoy no consigo salir de la oscuridad y la tormenta en la que me he sumido, no logro encontrar ningún motivo para ser feliz.

Después retomamos nuestra ruta. Recorremos el sendero siguiendo el cauce del río. Atravesamos campos. Sorteamos escarpadas rocas. Junior

tararea una canción durante un buen rato hasta que Libros se detiene de golpe y se vuelve hacia él.

—Para —le ordena, fulminándolo con la mirada.

Junior pone los ojos en blanco.

—Se me van a atrofiar las cuerdas vocales si no las uso.

Pero el día sigue su curso tal y como empezó; en silencio, roto tan solo por nuestros jadeos y gemidos mientras trabajamos.

He perdido la cuenta de cuánto tiempo llevamos caminando. ¿Cien días? ¿Dos? El río se ha ido ensanchando poco a poco, hasta transformarse en una especie de lago diminuto con las aguas en calma. Se supone que solo debemos detenernos para quitarnos un poco la mugre y polvo de encima y para rellenar nuestras cantimploras, pero entonces Junior se vuelve hacia Rey con una mirada suplicante.

—Rey, por favor, déjanos nadar un poco y quitarnos toda la mierda que llevamos encima.

El aludido se vuelve hacia nosotros, con el cabello lleno de grasa, la ropa cubierta de polvo y la piel llena de manchas de sudor y tierra mezcladas.

—¿Es que Joe no os explicó los peligros del río?

—Solo es agua —me oigo murmurar.

Rey aprieta los dientes con fuerza.

—*Solo es agua*.

—Muy bien —repone Libros—. Podemos quedarnos en la zona que no cubre.

Rey frunce el ceño y se vuelve hacia donde el río se curva y desaparece por el horizonte. Me he dado cuenta de que Rey siempre suele tomar las decisiones importantes así, investigando antes todos los posibles factores que podrían desencadenar el peor de los escenarios. Valorándolo y midiéndolo todo con ojo crítico.

—Muy bien. Pero *nada* de flotar por ahí abajo.

Junior y Libros se miran y esbozan una sonrisa de oreja a oreja los dos. Y entonces se quitan las botas de montaña de un tirón y salen corriendo hacia el río. Los dos se meten en el agua a la carrera y, en cuanto les llega por las rodillas, Junior se lanza de cabeza hacia Libros y los dos se hunden en la corriente enredados con la ropa de montaña todavía puesta.

Entonces Libros sale del agua y regresa corriendo con nosotros. Agarra a

Rey de la mano y tira de él hacia el río. Rey se ríe a carcajadas mientras su amigo lo hunde en la corriente. Yo me quedo donde estoy, observando la locura que se está desarrollando ante mis ojos, mientras me quito las botas y los calcetines. Y justo me estoy quitando los pantalones cortos cuando Rey se me acerca. No aparto la mirada de su rostro mientras él se sacude el agua del pelo con una mano. Sus mechones rubios se mecen salvajes en todas direcciones, reflejando la luz del sol.

Su pecho sube y baja con tranquilidad, y la sonrisa que ha esbozado antes no ha desaparecido por completo de su rostro.

—¿Sabes cómo nadar en el río? —me pregunta, recorriéndome con la mirada.

Llevo nadando en ríos toda mi vida. He pasado muchísimos años teniendo que escuchar a mi madre gritándome que no me alejase demasiado, o preocupada por que me pudiese arrastrar la corriente, o recordándome que no debía beber agua del río y, al estar aquí ahora, me doy cuenta de la poca atención que le he prestado siempre, de que nunca me llegué a molestar por aprender de verdad. Siempre he dependido demasiado de otra persona, incluso para las cosas más sencillas del mundo, porque siempre había alguien a mi lado que supiese cómo hacerlo.

—He nadado antes.

Rey me observa como si no me creyese, por lo que se interpone en mi camino, me explica todos los peligros del río y qué es lo que he de hacer en caso de emergencia, y yo en cambio en lo único en lo que consigo centrarme es en sus labios, en la forma en la que la luz del sol se refleja sobre su superficie húmeda, o en lo cerca que está de mí. Al parecer, mi cerebro ya se ha olvidado de que es mi líder de recorrido y de que es responsabilidad suya explicarme los peligros del río y hablarme de la fuerza de la corriente o de que no me debo alejar demasiado de la orilla, porque si dejo de ver al resto, eso significará que me he alejado demasiado.

—¿Lo has entendido?

Asiento con la cabeza, pero aun así, decido hacerle una pregunta que no tiene nada que ver con lo que me ha explicado.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte —me responde, como por instinto, algo que parece sorprenderle incluso a él.

—Eres demasiado joven como para preocuparte tanto por todo. —Suelto

una suave carcajada al terminar de decir aquello, porque quiero que sepa que estoy de broma.

Él frunce el ceño con fuerza.

—Me lo tomo muy en serio. Y me da igual que creas que es gracioso que me preocupe así.

—No me estoy riendo de ti. —Pero sí que lo estoy haciendo. Como una auténtica imbécil—. Es que… no pasa nada por relajarse de vez en cuando. O incluso divertirse.

Rey niega con la cabeza, como si estuviese un tanto decepcionado conmigo. Lo odio.

—Puedes tomar tu pastilla de jabón y darte un baño si quieres.

Rey se acerca a donde ha dejado antes su mochila y saca su propia pastilla de jabón, y yo decido imitarlo. Entonces se quita la camiseta de un tirón y la extiende sobre una roca plana. Yo me meto en el agua, descalza. Las rocas y guijarros que forman el lecho del río son lisas y la arenilla se me mete entre los dedos de los pies. El agua fría hace que me escuezan las ampollas y las distintas heridas que tengo por todo el cuerpo, pero aguanto esa sensación molesta porque merece la pena para poder quitarme toda la mugre que me impregna la piel. Cuando el agua me cubre hasta la cintura, contengo el aliento para acostumbrarme a la temperatura gélida del río y me doy cuenta de lo ridícula que estoy siendo. Me quito la camiseta y la sumerjo en el agua antes de tomar la barra de jabón y ponerme a lavarla también. Un segundo más tarde, Azúcar me imita. Me niego a volverme hacia Rey mientras lavo la ropa. O hacia Libros. Junior pasa flotando frente a mí, obligándome a alzar la vista hacia él, y me lanza una mirada socarrona.

Él también se ha quitado la camiseta.

—Seguro que ahora te estás alegrando muchísimo de haber decidido ponerte un sujetador negro.

Bajo la mirada hacia mi sujetador deportivo negro antes de volverme hacia Azúcar y observar el suyo de color beige, y tengo que contener una sonrisa. Porque el suyo está calado por completo en sudor y es imposible que no se le transparente en algunas zonas.

La chica suelta un gemido con pesar.

—Debería quemarlo en la hoguera esta misma noche y ponerme el otro sujetador que he traído todos los días. Aunque tampoco es como si a alguno de vosotros os fuese a importar cómo son mis tetas.

—A mí sí —comento, antes de sumergirme en el agua y enjabonarme el pelo.

—Dios, qué gustazo —suelta Azúcar, casi para sí misma.

Ni siquiera estoy segura de si estoy consiguiendo limpiarme el sudor y la mugre o no, pero me da igual. Supongo que mis estándares sobre la limpieza han cambiado desde que emprendimos esta ruta.

Cuando todos terminamos de bañarnos, extiendo mi camiseta empapada sobre una roca plana en la orilla y me pongo a flotar en el río, sintiéndome ingrávida. El agua que me rodea los brazos y las piernas es cálida, pero el agua que se desliza bajo mi cuerpo está fría y limpia.

Cierro los ojos, con la cabeza vuelta hacia el imponente cielo azul, y sumerjo los oídos bajo el agua, prestando atención a todo lo que se desliza a mi alrededor.

La corriente me recuerda a mi padre. Este era su lugar favorito. Por su quietud dentro del constante movimiento. Por la forma en la que el río recoge y transporta todo. Cómo te entrega todo lo que más deseas; regalos, vida y verdad.

Aquí, flotando en este río, siento como pequeños fragmentos de los recuerdos de mi padre vuelven poco a poco a mí, en susurros. Puedo ver sus manos rodeando su caña de pescar favorita. La forma en la que sus dedos siempre se deslizaban sobre las rocas por la zona poco profunda del río, observando cómo los rayos del sol bailaban sobre la superficie revuelta por la corriente. Se me anegan los ojos de lágrimas al recordarlo y decido no luchar contra ellas. Decido que, esta vez, llorar es lo correcto. Porque aquí nadie sabe que estoy llorando porque echo de menos a mi padre. Porque puedo oír su voz susurrándome en la corriente del río, o porque puedo sentir su presencia en los rayos del sol que me calientan la piel.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, me pongo de pie y me siento un tanto mareada por llevar tanto tiempo flotando. Y entonces me giro y me encuentro a un chico de pie a mi lado. Rey.

El agua le llega hasta la cintura y recorro su cuerpo oscurecido, subiendo lentamente hacia su rostro, que me bloquea la trayectoria del sol. Nos quedamos mirándonos el uno al otro, y decido tomarme esto como algo que el río ha decidido entregarme.

¿Como una especie de regalo?

Me aparto y me dispongo a alejarme hacia la orilla.

—¿Dónde está Azúcar?

Rey carraspea para aclararse la garganta.

—Ha dicho que quería salir a secarse… y tú no podías quedarte aquí sola.

Me alejo hacia la orilla y me vuelvo hacia la zona donde la corriente se dobla y desaparece, pero, al hacerlo, me tropiezo y me caigo de espaldas al agua. Rey alarga la mano hacia mí a toda velocidad y su mano me rodea el brazo para estabilizarme, pegándome a su cuerpo.

No paso ni medio segundo junto a él, con el hombro pegado a su pecho. Alzo la mirada hacia su rostro, mirándolo a los ojos. Y ni siquiera cuando consigo recobrar el equilibrio me suelta.

—Malditas piedras —refunfuño, y acaricio el lecho del río con el pie, como si él pudiese verlo también—. Me torcí muchas veces el tobillo aquí cuando era pequeña por cosas como esta.

Aprieto los labios con fuerza bajo la atenta mirada de Rey, y por un momento no puedo evitar preguntarme si se habrá dado cuenta de que acabo de confesarle sin querer algo que es completamente verdad.

Entonces me suelta y respira hondo.

—¿Pasaste mucho tiempo aquí?

—Sí. Y no. —El río siempre ha estado en constante cambio—. El río sigue siendo el mismo y, a la vez, nunca lo es.

Eso era lo que mi padre solía decir y, por un momento, tengo la impresión de que Rey va a soltar algún comentario burlón al respecto. Es injusto que le haya confesado algo tan importante para mí y que él ni siquiera se haya dado cuenta. Pero se queda completamente callado.

—El río era lo que más le gustaba a mi padre. —Ya no puedo seguir guardándome todo eso para mí, porque siento que las palabras me están ahogando. Tampoco quiero hablar de mi padre. Porque no sé cómo explicarle que este lugar me resulta increíblemente familiar y completamente desconocido a la vez.

—¿Quieres hablar de ello? —me pregunta Rey.

—¿Sobre qué? —Pero sé perfectamente qué es lo que me está queriendo preguntar.

—Así que no. —No lo dice como si me estuviese juzgando por ello, o como si me estuviese insistiendo en que le contase algo más. Lo suelta tal y como es. Como suele hacer.

—¿Es que *tú* quieres hablar? —le pregunto.

Él esboza una sonrisa y me devuelve mi propia pregunta.

—¿Sobre qué?

—Sobre cualquier cosa. Tu vida. Sobre por qué te tomas todo esto tan en serio. —Tengo cientos de preguntas que me muero por hacerle, pero finjo que no es así, que solo se lo estoy preguntando para llenar el silencio.

Él se remueve sobre la orilla.

—¿Te apetece volver a jugar a las veinte preguntas?

—No tengo nada mejor que hacer —repongo—. Puedes mentirme si quieres. Tampoco es como si fuese a enterarme de que lo estás haciendo. —Me muero de ganas por oírle hablar. Aunque no estoy segura de por qué la idea de que me mienta hace que se me encoja el corazón—. ¿Tienes familia?

Rey deja caer los brazos a los costados y recorre la superficie del agua con las manos. Y después alza la mirada hacia el cielo, dejando al descubierto su cuello y hundiendo levemente sus anchos hombros, sacando pecho. Por un momento siento el impulso de subirme encima de él, de trepar por su cuerpo y pegar mis labios a los suyos.

Siento cómo se me encienden las mejillas y doy gracias al cielo por que no pueda leerme el pensamiento.

Y veo cómo traga con fuerza antes de responder.

—Tengo un hermano. Y una hermana pequeña con la que no… con la que mis padres no me dejan hablar. Cuando me echaron de casa, prometieron que la echarían a ella también si seguía hablando conmigo.

—¿Cómo es? Tu hermana.

Rey se me queda mirando fijamente durante un buen rato, en completo silencio.

—Es horrible —responde entonces—. Siempre deja la tapa del bote de mantequilla de cacahuete sin enroscar del todo, así que, cuando alguien lo toma después de ella, siempre se cae todo por todas partes. Le gusta escuchar música *country* y es de las que les doblan el lomo a los libros de tapa blanda para leer mejor. Toda una maldita lunática. —Esboza una pequeña sonrisa y, por un momento, no puedo evitar pensar en lo buen mentiroso que es. Y una pequeña parte de mí tiene la esperanza de que no me esté mintiendo.

—¿Cuándo hablaste con ella por última vez?

—Cuando me marché.

—¿Por qué te echaron de casa?

Él niega una sola vez con la cabeza.

—Por el mismo motivo que a la mayoría de la gente. A lo largo de mi vida tomé una serie de malas decisiones y mi familia ya no pudo soportarlo más, llegó un punto en el que ya no pudieron perdonarme mis errores.

—¿Por ejemplo?

Rey enarca las cejas.

—Solía fumar.

Se me forma un nudo en la garganta.

—El paquete de tabaco que me quitaste no era mío —le repito. Abro la boca de nuevo para decirle que era de mi padre, que encontré ese paquete en su camioneta y que eran un secreto entre él y yo, pero…—. ¿Por eso estás aquí? —le pregunto—. ¿Por fumar?

—Estoy aquí porque este programa me salvó la vida y se lo debo todo a Joe.

Eso sí que es verdad. Incluso aunque me haya mentido sobre su hermana o sobre su familia, sé que *esa parte* es cierta.

—¿Y por eso te lo tomas todo tan en serio? ¿Por Joe?

—Porque Joe es el único que me toma en serio. —Y entonces añade—: Porque espero que este verano me dé la experiencia que necesito para conseguir una beca para hacer unas prácticas en conservación del medio natural.

En ningún momento ha apartado la mirada de la superficie del río, observando cómo la corriente se desliza sobre las rocas que conforman el suelo, y cómo se crean los rápidos en el agua. Me quedo callada porque tengo la esperanza de que Rey me cuente algo más. De que me confiese otra verdad.

—Joe será quien me recomiende para cubrir el puesto. Si lo hago bien.

—Así que ¿este verano es como tu entrevista particular?

Rey esboza una sonrisa radiante.

—Algo así.

—¿Y esas prácticas son lo que más te apasiona en el mundo? ¿La misión de tu vida?

Sumerge las manos en el agua y toma un poco antes de que esta se le escurra entre los dedos.

—Mi padre ha trabajado en la construcción toda su vida y, un día cualquiera, se hizo daño en el trabajo. Y entonces se dio cuenta de que no sabía hacer nada más que eso. Yo no quiero que me pase lo mismo.

—Entonces, esas prácticas son como, digamos, tu plan de futuro. —Que una persona de solo veinte años esté hablando así de su «futuro» me resulta de lo más extraño, sobre todo cuando le está dando tantísima importancia como Rey.

—Supongo que es algo extraño, el tener que ver cómo la vida de una persona a la que quieres se derrumba por completo porque, de un día para otro, dejan de poder hacer aquello que llevan haciendo toda su vida y se dan cuenta de que no saben hacer nada más. Se supone que me iré a Alaska en cuanto completemos nuestra ruta. Si es que todo sale bien.

—A Alaska. —Esas dos palabras me saben amargas en la boca. Analizo cada consonante que las compone, en busca de aquello que no me gusta, hasta que me doy cuenta de lo que es—. Eso está *muy lejos*.

—Sí —repone—. De eso se trata. ¿Y tú? ¿Qué quieres hacer después de esto?

Es una pregunta directa y estúpida. ¿Qué quiero hacer *yo* después de esta ruta?

«¿Qué quiero hacer…?».

Desde la muerte de mi padre, dejé de hablar del futuro, como si todos mis sueños y esperanzas hubiesen muerto en el mismo instante en el que él había dejado de respirar. Desde entonces mi vida había consistido en gestionar todo el caos que había ido dejando atrás desde el momento en el que mi padre se puso enfermo. Y la gente que tiene un presente tan arruinado como el mío no tiene la posibilidad de pensar en su futuro.

¿Qué quiero hacer?

—No lo sé —confieso—. Supongo que iré a la universidad. —Eso es algo que diría Mapas.

Pero Atlas solo quiere acabar esta ruta. Atlas solo piensa en la lista de su padre, llena de todos los sueños e ilusiones que él jamás podrá cumplir. Atlas quiere hacer todo lo que está escrito en esa lista para poder despedirse de su padre de una vez por todas.

Una sensación extraña me recorre de la cabeza a los pies al darme cuenta de que eso es lo que quiero. Recorrer este sendero con su lista en el bolsillo trasero del pantalón. Seguir esta ruta. Mientras finjo ser alguien que no soy.

Rey me observa atentamente, y por un momento me da la impresión de que está viendo mucho más que solo mi rostro, que es capaz de ver lo confundida que estoy en realidad.

—Creía que se suponía que no debíamos decir la verdad —suelta entonces.

10

MIERDA!

Esa única palabra rompe por completo la quietud y hace que todo mi cuerpo entre en pánico, como si estuviese esperando a que…

—*Mierda. Mierda. Mierda*. —La voz de Libros se abre paso entre los árboles, por donde Junior y él han desaparecido hace un rato para ir en busca de algo de leña.

Me vuelvo hacia Rey y Azúcar, que están de pie junto a la hoguera. Solo tardamos un segundo en imaginarnos lo peor. Los tres salimos corriendo a toda velocidad hacia allí, sorteando el terreno irregular como podemos, saltando ramas, troncos y piedras.

Cuando por fin los encontramos, Libros no lleva puesta su camiseta, porque esta está envuelta alrededor del brazo de Junior. Hay sangre por todas partes. Junior tiene una herida en la cabeza y las rodillas de los pantalones desgarradas.

—¿Qué ha pasado? —les pregunta Rey.

—No lo sé —responde Libros, con la voz entrecortada.

—¿Está bien? —insiste Azúcar.

—No lo sé…

—¿Se ha hecho daño en otra parte? —le interrumpe.

—¡Que estoy aquí! —grita Junior, frustrado—. *Mierda*.

Rey se coloca al otro lado de Junior en un segundo. Yo observo la escena con impotencia, sin saber muy bien qué se supone que he de hacer. Y entonces lo tengo claro. Regreso corriendo a nuestro campamento, encuentro la mochila de Libros y saco el botiquín de primeros auxilios. Para cuando lo tomo, los demás ya han vuelto al campamento.

Se lo tiendo a Libros, que asiente con la cabeza antes de tomarlo. Y entonces se pone a desenroscarle la camiseta del brazo a Junior. En cuanto la tela desaparece, de la herida del brazo de Junior comienza a manar sangre

a borbotones. Mierda.

—¿Qué ha pasado? —les pregunta Rey antes de quitarle a Libros la camiseta de las manos y volver a colocarla sobre la herida, aplicando presión para cortar el sangrado.

—Se ha caído por la pendiente.

—Pero como un hombre —se queja Junior—. Me he caído como un hombre.

Rey suelta una carcajada.

—¿Me va a gustar saber por qué te has caído?

—Es que no estaba prestando atención a por dónde iba —responde Junior. Suena como si estuviese diciendo la verdad, aunque por algún motivo tengo la impresión de que no nos está contando *toda* la verdad.

Rey aparta la camiseta del brazo de Junior de nuevo y, a primera vista, el sangrado parece haber disminuido.

Libros observa la herida irregular con el ceño fruncido.

—¿Tan grave es? —le pregunta Junior al verlo.

Libros le observa como si no estuviese del todo seguro de qué está ocurriendo, y Junior deja al descubierto lo vulnerable que se siente en realidad en este momento con esa pregunta.

Rey carraspea para aclararse la garganta y se acerca a la mochila de Libros. Saca una camiseta limpia y se la lanza a su amigo. Este se la pasa por la cabeza en un movimiento fluido.

Y entonces se inclina para ver mejor la herida del brazo de Junior. No sé si la mueca de dolor que pone Junior se debe a la herida o a tener a Libros tan cerca. Pero los dedos de Libros se deslizan con delicadeza sobre su piel, rotando el brazo de Junior una y otra vez, antes de presionar un poco cerca de la herida.

—¿Te duele?

—Sí —responde Junior en un siseo.

—Solo es un corte superficial y unos cuantos raspones. Has tenido suerte. —Pero, en cuanto lo dice, me doy cuenta de que en realidad no se lo cree ni él.

—¿Deberíamos volver e ir a buscar un médico? —pregunta Rey.

Libros niega con la cabeza al tiempo que saca el bote de antiséptico.

—Creo que no le van a hacer falta puntos. Pero sí que puede que la herida

le deje cicatriz.

—A las chicas les encantan los chicos con cicatrices —le comenta Azúcar a Junior, tratando de consolarle.

Me pregunto si a los chicos que se ponen camisetas de anime también les gustarán los chicos con cicatrices.

—Lo siento —se disculpa Libros mientras tumba el bote de antiséptico sobre la herida—. Esto… no te va a gustar.

—No pasa nada. El caerme tampoco me ha gustado demasiado, que digamos. —Junior pone una mueca de dolor en cuanto el líquido entra en contacto con su piel abierta—. Mierdaaaaaaa.

Entonces me fijo en cómo a Libros le tiembla la mano al limpiarle la herida a Junior.

—Espera. —Azúcar parece saber lo que se supone que tiene que hacer sin que nadie se lo tenga que decir. Toma un poco de algodón y lo coloca sobre la herida de Junior antes de vendársela. Presiona suavemente el brazo de Junior con los dedos y después le pregunta si puede mover la mano. Él asiente. Después le pregunta si la venda le aprieta demasiado y el chico niega con la cabeza.

—Voy a ir a buscar algo de leña —nos dice Rey—. Mapas, encárgate de terminar de montar las tiendas, y Azúcar… —Señala a Libros y a Junior—. Asegúrate de que esos dos no se ahogan mientras se limpian la sangre en el río.

La chica pone una mueca cansada.

—¿Por qué tengo que ocuparme yo del trabajo duro?

El trabajo duro es montar esas estúpidas tiendas de campaña. Para cuando Rey regresa con los brazos llenos de leña y Azúcar se pone a preparar la cena, la tienda azul ya está montada. Intento no pensar en ello como una pequeña victoria, pero no puedo, y eso que todavía me queda por montar la monstruosidad roja. He extendido la tienda roja por el suelo y tengo ganas de echarme a llorar de solo pensar en tener que montarla.

Pero entonces Azúcar nos llama a cenar y comemos todos juntos. Junior no para de quejarse de que tiene sueño y nos pide a Azúcar y a mí que le ayudemos a desvestirse y a meterse en el saco de dormir.

—¿No prefieres que te ayude Libros? —le susurra la chica, y los tres nos volvemos hacia la linde de los árboles, donde Rey y Libros están de pie hablando de algo.

Rey no para de gesticular al hablar y Libros está negando con la cabeza.

—Lo más probable es que Rey se esté quejando de que esto va a arruinarle su oportunidad de obtener la beca para las prácticas, así que no. Además, tener que compartir tienda con ellos es una auténtica tortura medieval, porque me sacan de quicio y me excitan a partes iguales.

—Mira que eres raro —comento.

—Sí —suelta Azúcar con sarcasmo—. Es todo un sacrificio tener que dormir en la misma tienda de campaña que dos chicos guapos. —Se vuelve hacia Junior—. Sí que te has tenido que dar un buen golpe en la cabeza.

—No tienes ni idea de lo dura que es mi vida. Rey siempre duerme sin camiseta, y Libros habla en sueños. Me paso toda la noche con miedo a eructar, o a tirarme un pedo, o a hacer alguna clase de asquerosidad mientras duermo.

Azúcar le observa con incredulidad.

—Pero si estás dormido, no sabes lo que…

—Pero *ellos* sí que se darían cuenta —suelta en un susurro.

Me vuelvo hacia Junior y me fijo en su mandíbula marcada y en su piel oscura, que hace que le brillen más los ojos.

—Creo que un chico guapo como tú, con tantos piercings, no debería preocuparse por esa clase de tonterías.

—¿Así que un chico guapo, eh? —Me dedica una sonrisa ladeada que esboza con sus labios gruesos y perfectos—. Siento tener que decirte que no eres mi tipo.

No lo dice con maldad.

—Ya, lo sé. Porque tu tipo lleva una camiseta de *One Piece*.

Los tres nos quedamos callados y nos giramos de nuevo hacia Rey y Libros.

—Pero ¿*su* tipo son los chicos con piercings? —pregunta Junior, rompiendo el silencio—. Eso es lo que me gustaría saber.

—No te recomiendo darle muchas vueltas a ese tema —le aconseja Azúcar.

—¿Darle muchas vueltas a qué? —pregunta él.

Azúcar se vuelve a mirarle con seriedad.

—Si alguien se va de la lengua y se lo cuenta a Joe, te echarán del programa.

—¿Por pensar en chicos guapos?

—Por enrollarte con ellos. El año pasado, mandaron a diez personas a casa por eso mismo.

Me giro hacia ella con escepticismo.

—¿Por besarse?

—Por confraternizar. Está estipulado en el acuerdo que nos hicieron firmar.

Aquello casi me hace poner los ojos en blanco.

—Pero ¿la gente de verdad se lo toma en serio?

Azúcar se encoge de hombros.

—Joe sí.

A Junior se le ilumina la mirada.

—Pero Joe no está aquí.

Esbozo una sonrisa de oreja a oreja sin dejar de mirarla.

—Joe *no está* aquí.

Ella nos da un suave empujón a los dos, pero Junior se encoge de dolor y por cómo Azúcar se vuelve a mirarle me doy cuenta de que se siente mal por lo que acaba de hacer.

Una vez dentro de la tienda de campaña, ayudamos a Junior a quitarse la camiseta y a ponerse otra antes de tumbarle con cuidado en el saco de dormir. Mientras yo me aseguro de que tiene el brazo en alto, Azúcar pone una mueca y se hace a un lado.

Y un segundo después alza una botella con un líquido marrón en su interior.

—¿Qué es…? —empieza a preguntarle Junior.

—¡Dios, esto es whisky! —responde Azúcar, prácticamente a gritos.

Un momento después, Libros irrumpe en la tienda y le quita la botella a Azúcar de las manos.

—¡Eh! ¡Que eso lo he encontrado yo!

Sí que es cierto que la botella parece haber pasado mucho tiempo a la intemperie, porque está llena de polvo y tiene el tapón oxidado. Y la etiqueta se está empezando a descolorar y a despegar.

—¿Y por qué la guardas debajo de tu saco de dormir y no… en tu mochila? —le pregunta Azúcar.

—Porque pensaba tirarla —nos dice Libros. Se vuelve hacia Rey como si

estuviese buscando que le respaldase o le echase una mano, pero el chico se limita a negar con la cabeza fuera de la tienda de campaña.

—¿Y por qué ibas a tirarla? —le pregunto.

—Porque… —Pero Libros tarda un poco en acordarse del por qué—. No está permitido consumir alcohol durante la ruta.

—Claro —repone Azúcar con seriedad.

—No pretendo que todo gire en torno a mí, pero… he tenido un día horrible. —Junior observa a Libros con mirada seria—. Y esa botella no me vendría nada mal. A efectos medicinales, claro está.

Azúcar no puede evitar volverse hacia él, asombrada.

—¿Quieres beberte una botella de whisky que ha encontrado tirada en el bosque?

Junior se encoge de hombros.

—Está sin abrir. —Entonces se vuelve hacia mí—. Y Joe no está aquí.

—Pero ¿quién sabe cuánto tiempo lleva esa botella a la intemperie? ¿Y si el whisky está pasado o algo así? —Azúcar se gira hacia mí, como si estuviese buscando que la apoyase en esto.

—¿Te refieres a si se ha *fermentado*? —La pregunta de Libros en realidad no es ninguna pregunta. Tan solo está recalcando lo obvio—. ¿Y se ha convertido en *alcohol*?

Rey se cruza de brazos, pero permanece callado. Libros se vuelve hacia él, como si estuviese esperando a que su amigo le diese permiso para hacer lo que quiere hacer, porque nos encontramos en un callejón sin salida. Todos sabemos perfectamente que no podemos bebernos ese whisky. Pero.

Pero.

—Creo que tengo la solución —comenta Junior—. Si nos la bebemos, *desaparecerá*, y entonces sí que no habrá nada de alcohol en lo que nos queda de ruta. —Hace un sonido como si acabase de hacer aparecer una solución mágica con la boca para enunciar sus palabras.

—Tú sí que sabes cómo resolver un problema. —Asiento con seriedad.

Junior me da una suave palmadita en la pierna con su brazo bueno.

—Siempre se me ha dado bien.

—Os odio —suelta Azúcar.

—Bueno, pues te has quedado sin whisky del bosque —repone Junior antes de arrebatarle la botella y abrirla con un crujido. Los cuatro nos

quedamos mirándole mientras él le da un buen sorbo y pone una mueca asqueada—. Sí, sigue sabiendo a whisky. —Se pone a toser con fuerza justo después de decirlo, pero antes de que pueda añadir nada más, Azúcar le arrebata la botella.

—¿Qué haces? —le pregunto a Azúcar, casi a gritos—. Hace dos segundos estabas hablando de los *contratos* que hemos firmado y diciendo que *nos odiabas*. Y ahora…

—Junior tiene razón. Si el alcohol desaparece hoy, entonces no lo estaremos consumiendo durante la ruta. Y seguro que los Verdes también tomaron algunas botellas de alcohol antes de salir, y lo más probable es que las mochilas de los Amarillos vayan llenas de drogas blandas y otros objetos esenciales.

Pero nosotros no formamos parte ni de los Verdes ni de los Amarillos. Somos los Azules. Y Rey es nuestro líder.

Libros se vuelve hacia él como si estuviese esperando que dijese algo al respecto, pero el chico se limita a encogerse de hombros.

—Ya está hecho.

Y ese es el único permiso que necesitamos.

Tampoco bebemos mucho, solo lo suficiente como para que las fronteras que de normal mantenemos cerradas a cal y canto comiencen a difuminarse y a entremezclarse entre sí. Nos acomodamos todos en el interior de la tienda de campaña y nos convertimos en una maraña de brazos y piernas. Azúcar se recuesta contra Junior, cuyas piernas están pegadas a las de Libros. Libros está ocupando todo mi espacio. Mis pies acaban bajo el cuerpo de Rey, y él los coloca con delicadeza y deja caer su cabeza en mi regazo, mientras que sus piernas sirven de almohada a Azúcar. Somos como una versión humana de un nudo celta.

El alcohol inhibe por completo nuestra sensatez, sin permitir que nos demos cuenta de cómo estamos tumbados los unos sobre los otros, con nuestros cuerpos pegados, mucho más cerca de lo que hemos estado nunca la mayoría de nosotros.

No sé quién saca el tema, quizás es Azúcar, o quizás somos todos a la vez, al darnos cuenta de que el haber roto una de las normas del contrato podría mandarnos de una patada de vuelta a nuestras casas, pero de repente se pone a contarnos por qué está ella aquí.

—Necesitaba alejarme de todo. —Barre con el brazo el techo de la tienda —. Ver el cielo. Las estrellas. El… Solo quería respirar.

—¿Así que no estás haciendo este programa para cumplir con tus horas de servicio comunitario obligatorio? —le pregunto—. ¿Te presentaste voluntaria?

—¿Tú sí que lo estás haciendo por eso? —me pregunta Rey, sosteniéndome la mirada.

—No siempre es un juez el que dictamina que alguien debe hacer horas de servicio comunitario, gamberra. —Azúcar se pone a juguetear con la cremallera del saco de dormir que tiene debajo. La sube y la baja. La sube y la baja—. Algunos nos presentamos voluntarios porque somos ciudadanos responsables.

—Y por el cielo —le recuerda Junior.

—Claro, y por el cielo.

Junior echa la cabeza hacia atrás.

—Yo estoy aquí porque quiero unirme a Greenpeace para salvar a las ballenas.

—Yo me presenté voluntario porque quiero ser presidente algún día —añade Libros, entrando en el juego.

—Tiene que haber alguna manera un poco más sencilla de ganar puntos para postularse para presidente —le digo.

Los cuatro nos volvemos entonces hacia Rey.

—Unas prácticas.

Aguardamos a que añada algo más, alguna clase de comentario gracioso o algo así.

—¿En una estación espacial? —le pregunta Azúcar. Con esa pregunta no solo le está preguntando dónde quiere hacer las prácticas. Le está pidiendo indirectamente que participe en nuestro juego. Me fijo en cómo Rey se queda pensándolo por un momento, valorándolo, midiendo si merece la pena o no. Y no puedo evitar preguntarme si a los demás también les resulta tan fácil entenderle.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunta Rey entonces—. ¿Es que tú también has solicitado la misma beca?

No sé por qué, pero ese comentario nos hace reír a todos. Es la clase de risa que hace que te dobles sobre ti mismo de la fuerza que tiene, o que te gires hacia la persona que tienes al lado. Lo que ha dicho no tiene ninguna

gracia. Apenas era siquiera una tontería, pero cuando la mirada de Rey se encuentra con la mía, noto cómo una descarga eléctrica me recorre de la cabeza a los pies.

—Bueno, pues parece que la única que está haciendo este programa para cumplir con sus horas de servicio comunitario obligatorio eres tú. —Azúcar me da una suave patada en el costado—. ¿Es que has asesinado a alguien? ¿O robaste en una licorería?

—¿O quizás pasaste de contrabando un camión lleno de heroína por la frontera entre Estados Unidos y Canadá? —añade Libros.

Junior suelta una suave carcajada.

—No, seguro que se coló en un laboratorio para liberar a todos los animales con los que experimentaban.

—¿Y por qué soy yo la que tiene que haber cometido un delito?

—Rezumas energía delictiva —responde Azúcar.

Siento la mirada de Rey clavada en mi rostro.

—Mis padres decidieron irse de viaje a Europa para pasar el verano y yo no quería irme a recorrer Italia con ellos.

—¿Es que pretendes que nos creamos que elegiste participar en este programa antes que irte de viaje por Europa con tu familia?

—Mis padres son… —Finjo que algo está explosionando—. Mi madre siempre está regañándome por todo y mi padre es… un padre. Siempre que vamos a cualquier lado no para de contarnos detalles curiosos sobre edificios antiguos y… toda esa clase de cosas. Y me apetecía hacer algo yo sola antes de irme a la universidad.

—Ah, claro, la universidad —repone Junior—. Seguro que vas a ir a una lujosa universidad privada.

—Y que pretendes unirte a una hermandad —añade Libros.

—¿Cómo es posible que rezume energía delictiva *y* que encaje en el estereotipo de chica de hermandad?

—Está claro que no conoces a ninguna chica de hermandad —comenta Azúcar.

—Bueno, entonces recapitulemos, Mapas es una universitaria que va a ir a una lujosa universidad privada y que se va a unir a la secta griega en cuanto terminemos con nuestra ruta —suelta Junior—. ¿Qué hay de ti, Azúcar?

—Yo voy a tomarme un año sabático.

Junior suelta una carcajada.

—Solo los niños ricos se toman años sabáticos.

—¡Eso no es verdad! —exclama Azúcar.

Libros niega con la cabeza.

—Los niños pobres no dicen que se van a tomar un año sabático. Dicen que van a «ponerse a trabajar».

—¿Y qué vas a hacer tú? —le pregunta Azúcar.

—*¡Trabajar!* —Libros suelta una sonora carcajada.

Yo no voy a ir a la universidad. Ni siquiera llegué a graduarme del instituto, pero, por algún extraño motivo, he dejado que esta gente se lleve una impresión de mí que no puede estar más alejada de la verdad. Noto cómo una presión se me asienta en el pecho, impidiéndome respirar, y me levanto con la excusa de que tengo que ir al baño.

—Asegúrate de que el fuego esté completamente apagado —me pide Rey.

Una vez fuera, me vuelvo hacia la tienda de campaña roja, que sigue extendida en el suelo, y después compruebo que la hoguera esté totalmente apagada. Hecho eso, me encamino hacia el bosque y hago pis, y me maravillo ante mí misma, porque me he vuelto toda una experta en orinar en medio de la naturaleza. Cuando regreso con los demás, me dejo caer en mi hueco sobre los sacos de dormir.

Nos pasamos un buen rato riéndonos todos juntos, hasta que empiezan a pesarnos los párpados, y entonces Junior nos pide a Azúcar y a mí que nos quedemos con él. Rey y Libros se miran como si no supiesen qué decir antes de que Libros asienta. Me vuelvo a recostar en mi sitio y, por algún motivo, mis dedos acaban justo al lado de los de Rey. Es casi como si nos estuviésemos dando la mano, y no sé si es por el alcohol o por estar tan cerca de él, pero me fijo en todos los detalles.

Me fijo en la forma en la que se inclina ligeramente hacia mí. En la manera en la que alza la mano tan solo para volver a dejarla caer junto a la mía. En la forma en la que su mirada se desliza lentamente hacia mis labios mientras hablo.

Cuando por fin nos tumbamos todos y nos dejamos llevar por el sueño que lleva ya un buen rato luchando por llevarnos consigo, parecemos un montón de sardinas en lata dentro de esa tienda de campaña. Nuestros

cuerpos apiñados llenan el pequeño espacio y la distancia que nos solemos dar los unos a los otros ha desaparecido por completo. Junior está aprisionado entre Azúcar y Libros. La espalda de Libros está pegada a la de Rey, y yo estoy atrapada entre el cuerpo de Rey y la pared de tela.

Nuestra respiración entrecortada resulta densa y reconfortante.

Intento no fijarme en la forma en la que los haces de luz de luna se deslizan sobre el rostro de Rey, marcándole cada una de las facciones. Los rayos iluminan sus pómulos y su barba incipiente, y yo me muero de ganas por alargar la mano hacia su cara y recorrerle la piel con los dedos. Quiero deslizar mis manos por donde las luces y las sombras se entremezclan sobre sus facciones. Pero no lo hago, porque este es tan solo el Rey de este momento.

Nuestras respiraciones se entremezclan y nuestros pechos suben y bajan al mismo ritmo. Es algo íntimo. Algo que podría usar a mi favor para seguir fingiendo. Porque Mapas es la clase de chica que se tumbaría junto a un chico guapo sin dudar. Mapas puede que incluso sea la clase de chica que besaría a un chico como Rey.

Pero Atlas también está aquí ahora, y sus pedazos afilados atraviesan la coraza de todo este espejismo.

Porque sé que, cuando me despierte mañana, este momento habrá desaparecido para siempre.

11

Por la mañana es como si todas las aves de California se hubiesen reunido a la entrada de nuestra tienda.

No paran de piar y revolotear mientras los insectos zumban a nuestro alrededor y algo se mueve entre la maleza, haciendo crujir las ramas caídas. No sé si todo está en mi cabeza o si el ruido que producen de verdad es más alto que de costumbre. Abro solo un ojo para observar la brillante luz del sol que se filtra a través de las paredes de loneta de la tienda de campaña.

Todo a mi alrededor está teñido de azul y alguien ronca con suavidad a mi lado…

Y Rey.

Su rostro está totalmente relajado y su ceño fruncido ha desaparecido por completo. Se remueve en sueños, todavía profundamente dormido, y se acerca un poco más a mi cuerpo.

Casi puedo imaginármelo alargando la mano hacia mí. Lo cual, ahora a la luz de la mañana, me parece una idea ridícula. Respiro hondo una vez. Y otra.

Pero este momento, de alguna forma, consigue liberar toda la tensión que llevo tanto tiempo arrastrando en mi interior. El verlo así de relajado y tranquilo me hace pensar que yo también podría estar igual de relajada y tranquila. Que mi corazón también puede latir un poco más lento.

Rey se remueve, despertándose lentamente, y mi subconsciente me grita que aparte la mirada, pero no lo hago. Entonces él abre los ojos y se queda mirando fijamente el techo de la tienda, antes de parpadear un par de veces y bajar la mirada poco a poco hacia mí.

—Hola —le saludo, casi en un susurro.

Se queda mirándome fijamente, como si su cerebro todavía no hubiese logrado asimilar lo que está viendo o encajado lo que ocurrió anoche. Nos quedamos así un buen rato, observándonos el uno al otro, hasta que Rey me

rehúye la mirada y barre la tienda con ella. Todos los demás siguen profundamente dormidos.

Y entonces esboza una sonrisa. Se lleva un dedo a los labios, para pedirme que no haga ningún ruido, antes de incorporarse y estirarse. La camiseta que se puso para dormir anoche se le sube por el abdomen, dejando al descubierto los dos hoyuelos que se le forman en la cintura, justo por encima del dobladillo de los pantalones cortos.

Se levanta y descorre la cremallera de la puerta, y veo cómo Libros se despereza al mismo tiempo que Rey sale de la tienda.

Respiro hondo y alzo la mirada hacia el techo para tratar de controlar el desbocado latido de mi corazón, que pugna por salírseme del pecho con todas sus fuerzas.

Pero un segundo después oigo varios crujidos, fuertes y frenéticos. E, incluso desde el interior de la tienda de campaña, sé que algo va mal. Algo ha logrado alterar a Rey, pero no sé qué ha podido ser hasta que le oigo decir:

—¿Qué carajos?

La cremallera de la tienda, que nunca llegó a cerrar del todo, vuelve a abrirse de un tirón, y Rey aparece al otro lado, furioso.

—¿Qué *carajos*, Mapas?

Me duele muchísimo la cabeza y me doy cuenta de que necesito beber agua. Me incorporo y se me revuele el estómago.

—¿Qué?

Rey respira hondo por la nariz, tratando de calmarse.

—El *fuego*.

No entiendo de qué me está hablando, y ahora además el resto también se han despertado y están pasando la mirada de Rey a mí, incrédulos.

—Levántate. Ahora mismo. —Es una orden.

—Rey. —Libros todavía tiene la voz un tanto rasposa—. ¿De qué estás hablando?

Pero yo ya me estoy levantando y el resto me sigue poco después.

En cuanto salimos de la tienda de campaña, me encuentro con lo mismo que ha visto Rey antes. Una tienda de campaña extendida por el suelo de tierra, totalmente abandonada. Varias barritas de granola y envoltorios de todo tipo dispersos por todas partes, junto a una pila de sartenes sucias. Y

las pertenencias que teníamos guardadas en nuestras mochilas desperdigadas, como si algo o alguien hubiese estado rebuscando en su interior durante la noche. Pero él también es responsable de todo esto. Me vuelvo hacia él, dispuesta a echárselo en cara, hasta que…

Rey les da una patada a los restos calcinados de la hoguera. Y, en cuanto aparta la bota, veo las brasas rojizas todavía encendidas y ardiendo con intensidad.

A mi lado, Libros cierra los ojos con fuerza.

Mierda.

—Dijiste que el fuego estaba apagado —me reprocha Rey.

—Y lo estaba.

… Lo estaba.

—¿Ah, sí? —me reta Rey.

—No había ninguna llama, ni tampoco humo…

—Mapas. —Es Junior quien me interrumpe antes de que pueda decir nada más.

Pero decido no escucharle.

—Estaba apagado. El fuego estaba apagado.

—Pues está claro que no lo estaba, Mapas. —Rey rodea el círculo de piedras que hay alrededor de la hoguera y vuelve a bajar la mirada hacia el suelo—. Podrías haber provocado un maldito incendio.

Todos guardamos silencio. Yo me quedo a la espera de que alguien salga a defenderme. De que alguien le diga a Rey, que me recuerde a mí también, que no he metido la pata hasta el fondo. Que esto solo ha sido un error sin importancia.

—Pero no lo ha hecho —replica Azúcar al final, rompiendo el silencio.

—Ni se te ocurra —le espeta Rey, al tiempo que alza la mano para acallarla—. No intentes defenderla cuando la mitad de nuestras barritas de granola están esparcidas por todo este maldito campamento porque *tú* no te acordaste de guardar tu mochila en la tienda.

—¡Ni se te ocurra hablarme así porque te preocupe que Joe se enfade contigo cuando se entere de lo que ha pasado y no te deje irte a Alaska! —le responde Azúcar, alzando la voz.

La mirada de Rey se oscurece antes de retroceder un paso, alejándose de nosotros.

—¡Esto no se trata de mí!

—¡Sí! ¡Sí que se trata de ti! ¡Tú eres el líder!

—Vale ya. —Libros se coloca entre Azúcar y Rey para tratar de calmarlos.

—¿A quién se le olvidó lavar las sartenes sucias después de cenar? —le pregunta Rey.

—¡Junior se hizo daño! —le responde Azúcar, incrédula—. ¿Por qué te estás comportando como si tú no te hubieses pasado toda la maldita noche ligando con Mapas?

Y entonces es como si acabase de lanzar una enorme granada al aire. Rey se vuelve hacia mí. Libros me mira atentamente. Junior se gira hacia mí.

No pretendía dejar el fuego encendido anoche y sé que se supone que debería disculparme por no haberme cerciorado de que estaba apagado, que debería tratar de inhibir la bomba que tengo a mis pies antes de que explote. Pero en cambio me pongo a gritar.

—¡Vete a la mierda, Azúcar!

—¡Eh! —Libros se interpone entre nosotras como si estuviésemos a punto de lanzarnos al cuello de la otra en cualquier momento, y puede que sí que lo estemos—. Esto es ridículo. Me estáis obligando a ser yo la voz de la razón y no quiero serlo. Azúcar, Junior y Mapas, encargaos de limpiar este desastre y aseguraos de que el fuego está *apagado del todo*. Rey, ven conmigo.

Y, sorprendentemente, hacemos lo que nos ha pedido sin rechistar. Yo echo agua sobre las brasas, que chisporrotean al entrar en contacto, y Azúcar y Junior se ponen a recoger los envoltorios desperdigados por todas partes.

Entonces Libros alarga la mano hacia Junior y le toma del brazo con suavidad.

—¿Qué tal lo llevas? —Libros le da la vuelta a la venda como si fuese a poder ver a través de la tela.

—Va… —Junior se da cuenta de lo cerca que están y retrocede un paso antes de carraspear con fuerza, pero no se zafa del agarre de Libros—. Ya no duele.

Libros asiente y le acaricia con suavidad la venda con el pulgar antes de soltarle.

—Hoy no te esfuerces demasiado.

Junior le hace un saludo militar y después retoma la tarea de recoger la basura, pero me fijo en que le tiemblan las manos.

En cuanto terminamos de limpiar el campamento y recogemos las tiendas de campaña, reemprendemos la ruta en completo silencio, con la tensión cerniéndose sobre nuestras cabezas. Trabajamos sin mediar palabra y paramos para comer a la sombra de un árbol.

Los rayos del mediodía se abren paso a través de las ramas que se alzan sobre mi cabeza. Cierro los ojos y me imagino a mi padre sentado a la sombra del árbol que teníamos en el patio de nuestra casa. Él solía hacer lo mismo, a veces… cerraba los ojos y viajaba a otro lugar con su imaginación. O se quedaba observando cómo las aves sobrevolaban el cielo y pintaban el firmamento con los colores de sus alas cuando los rayos de sol incidían sobre sus pequeños cuerpecitos.

Me muerdo el labio y recuerdo lo que mi padre solía decir. «Es todo un privilegio tener la oportunidad de ver cómo algo se marcha para siempre». Sé que estaba hablando de los pájaros, pero no puedo evitar que se me encoja el corazón al recordarlo. Y todo porque justo encima del punto de «Recorrer el sendero occidental de Sierra Nevada con Atlas» escribió «Ver cómo las aves migran hacia el sur».

Me había contado cientos de veces la historia de cómo le pidió matrimonio a mi madre, al atardecer, en la playa de una pequeña isla justo frente a la costa de Florida. Y, mientras las aves migraban hacia el sur para pasar allí el frío invierno, mi padre se arrodilló ante mi madre y le pidió que le permitiese pasar el resto de su vida a su lado.

Pero al final resultó que el resto de su vida no duró demasiado.

Ni siquiera sé qué día es. No sé si vamos bien de tiempo o nos estamos entreteniendo demasiado o…

Por esto odio el silencio. Mi corazón se parece a las ramas que se ciernen sobre mi cabeza. Enredado, hecho un lío por culpa de mis propios pensamientos.

Caminamos y trabajamos en silencio. Y no sé si nos estamos esforzando más porque estamos todos cabreados o si tan solo nos está costando trabajar mucho más hoy porque estamos en la mierda. Rey no me ha dirigido la palabra desde que se alejó por el bosque junto con Libros y regresó después al campamento con el ceño fruncido. El Rey de ahora no tiene nada que ver

con el chico junto al que me desperté esta misma mañana.

En cuanto tengo la oportunidad de hablar con él a solas, no la dejo pasar.

—Oye. —Camina justo delante de mí, pero flaquea en cuanto me oye llamarle. Al ver que no va a responder, sigo hablando—: Sé que estás enfadado conmigo.

Más silencio.

—Lo siento mucho, Rey. De verdad.

Uno. Dos. Tres. Diez pasos.

—No me di cuenta de que el fuego no estaba del todo apagado. Sé que esas prácticas son muy importantes para ti y creo que… si tenemos que contárselo a Joe…

Entonces se vuelve hacia mí y deja caer una mano sobre mi hombro, obligándome a detenerme por un momento mientras los demás siguen caminando.

—No le cuentes nada a Joe. Eso solo empeorará las cosas.

Dicho eso, Rey sigue caminando, pero solo da tres pasos más antes de volver a hablar.

—Porque… porque Azúcar tenía razón. Debería haberlo comprobado yo.

—Fue un accidente.

Le observo apretar con fuerza la mandíbula.

—No, no lo fue. Es cosa mía comprobar que el fuego está totalmente apagado todas las noches, y fui yo quien te pidió que lo comprobases tú después de…

—¿Así que me estás diciendo que no se puede confiar en mí para comprobar que el fuego está apagado?

—Lo que estoy queriendo decir es que no se puede confiar en mí.

El corazón me late acelerado cuando nuestras miradas se encuentran.

—¿Con el tema del fuego?

Su pecho sube y baja nervioso, y los segundos se extienden a nuestro alrededor.

—Cuando estoy contigo.

Siento que no puedo respirar, que todo zumba a mi alrededor, o quizás es mi sangre la que está zumbando.

—¿Qué quieres decir con eso?

Pero Rey reemprende la ruta y no se vuelve a mirarme en ningún momento.

No me presta atención.

El siguiente tramo del sendero nos lo encontramos cubierto de plantas, arbustos y escombros por todas partes. El río ha ido abriéndose a un lado y al menos tres de los árboles que se alzan a nuestro alrededor tienen ramas colgando con aspecto de irse a caer de un momento a otro. Trabajamos en silencio para asegurarnos de que estén lo bastante estables como para que no se nos caigan encima cuando montemos el campamento. Y el silencio me resulta sofocante.

El día siguiente es exactamente igual.

Me duele la cabeza.

No tanto como para darme ganas de vomitar o impedirme seguir caminando, sino más bien para hacer que la luz me moleste demasiado y sentir que el suelo está demasiado cerca. Y parece que no soy la única, me da la impresión de que últimamente a todos nos molesta todo en exceso. Tenemos la guardia baja y saltamos a la primera de cambio.

Junior va más lento por la herida del brazo y yo trato de no darle muchas vueltas a lo que dijo Rey.

«Lo que estoy queriendo decir es que no se puede confiar en mí».

«Cuando estoy contigo».

Entre todos, nos ponemos a hacer a un lado un enorme tronco caído, lo arrastramos fuera del sendero y nos libramos de una rama tensionada. Es tedioso y peligroso, y la temperatura no para de aumentar. Después, me dejo caer en el suelo. Me duele todo el cuerpo. Libros me pide que no pare porque no quiere tener que oír a Azúcar quejarse de tener que hacerlo todo ella sola.

Nadie habla de lo del fuego. Azúcar se niega a dirigirle la palabra a Rey y pone una mueca siempre que alguien le pide hacer algo. Junior siempre se asegura de guardar su mochila en la tienda de campaña antes de irse a dormir y Libros sigue mirándonos a todos con inquietud de vez en cuando, como si pensase que en cualquier momento fuese a estallar una acalorada discusión, y siempre está preguntándole a Junior qué tal lleva el brazo. Y yo…

Yo opto por no prestarle atención a Rey.

Por no darle vueltas a lo que dijo.

Rey y Libros se encargan de cortar unas cuantas ramas del árbol que se alza sobre nuestro campamento improvisado que parecen lo bastante

inestables como para que quepa la posibilidad de que se nos caigan encima en cualquier momento. Junior y Azúcar se encargan de hacer a un lado algunos escombros, y yo me ocupo de arrancar todas las plantas secas y malas hierbas que han crecido junto al sendero. Seguimos haciendo nuestras respectivas tareas en completo silencio, pero ya me he acostumbrado a ello.

Por eso no reconozco el sonido de unas pisadas sobre el camino de tierra.

O la respiración entrecortada de alguien que se acerca lentamente a nosotros.

Y no es hasta que alzo la vista que oigo a alguien hablar.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —Una chica con el cabello oscuro recogido en un par de trenzas se detiene frente a nosotros, encabezando un grupo de gente que se nos queda mirando fijamente.

No tengo muy claro el qué se supone que debo hacer, por lo que me quedo callada, como si me hubiesen sorprendido haciendo algo malo y creyese que, si me quedo lo bastante quieta, a lo mejor podría mimetizarme con el entorno y desaparecer.

—¿Podemos ayudaros en algo? —le pregunta Libros mientras se pone de pie.

La chica, que me resulta familiar aunque no sé de dónde, se encoge de hombros.

—Lo más probable es que no, pero hemos escuchado unos cuantos gemidos de dolor y miseria y hemos decidido acercarnos a ver qué estaba pasando.

Rey esboza una sonrisa al verla. La misma sonrisa que llevo días sin ver.

—¿Es que los Amarillos quieren echarnos una mano?

Ella niega con la cabeza enérgicamente y después pone una mueca asqueada.

—De ninguna manera. Pero tampoco diría que no si los líderes de recorrido de los Azules se ofrecen a darme un abrazo.

—¿Los Amarillos? —pregunta Azúcar.

Pero el resto nos quedamos mirando anonadados cómo Libros y Rey se acercan a ella sonrientes.

—Me alegro de volver a verte, Paloma —la saluda entonces Libros.

12

Al parecer, el grupo de los Amarillos está compuesto por siete senderistas.

Solo son dos más que nosotros, pero en cuanto nos juntamos es como si fuesen un millón. Reconozco a la mayoría, de cuando llevaban una pegatina con su nombre y un punto amarillo y nos juntábamos todos en el campamento a comernos nuestros polos. Por un momento, tengo la impresión de que eso ocurrió en otra vida muy distinta.

Su mera presencia hace que cambie de inmediato la dinámica de nuestro grupo.

Paloma y Hiedra son las líderes de recorrido del grupo amarillo y, al parecer, también son las mejores amigas de Libros y Rey. Paloma rodea a Libros con sus brazos bronceados y el chico la estrecha contra su pecho.

—Os he echado de menos. —La chica le abraza con fuerza.

—Solo ha pasado una semana. —Pero él esboza una sonrisa divertida contra su hombro al decirlo.

—Casi dos. —Entonces la chica se aparta y le da un abrazo a Rey—. ¿Habéis hecho algo interesante sin mí?

Me quedo callada, esperando a que le cuente a Paloma lo del whisky o lo del fuego. Pero no dice nada.

—¿Te acuerdas de Junior, Azúcar y Mapas?

Paloma se vuelve hacia mí y repite mi nombre, saboreándolo en sus labios.

—Mapas.

—Hola —la saludo, cortante.

—Estos son Rocky, Peluche, Sauce, Cubo y Tigre —dice mientras los señala. Sus nombres son incluso más ridículos que los nuestros.

—Los Amarillos van a acampar con nosotros esta noche —anuncia Rey. No sonríe al decirlo, pero por la forma en la que las comisuras de sus labios

tironean hacia arriba sé que se muere por hacerlo. Y odio lo celosa que eso me hace sentir.

Decidimos entre todos quién se encargará de encender el fuego y quién ayudará a preparar la cena. Dentro de los Amarillos, se turnan entre todos para montar las tiendas de campaña y cuando Peluche me ve peleándome para montar las nuestras, se acerca a ayudarme. Lleva su cabello largo y oscuro recogido en un moño alto y una diadema de tela para cubrirse las orejas.

—Espera —me dice, con una voz hermosa y ronca—. Los palos largos van así. Y te resultará mucho más sencillo montarlas si conectas estos dos antes de levantarlo todo.

La observo con los ojos abiertos como platos.

—¿Sabes cómo… montar una tienda de campaña? ¿Tú sola?

Me observa un tanto confusa.

—Sí, claro. Hiedra me enseñó a hacerlo.

En ese momento no lloro, pero cuando la abrazo después tengo los ojos anegados en lágrimas.

Durante la cena, Rey y Libros se sientan con Hiedra y Paloma. Los cuatro se ríen por cualquier cosa mientras Hiedra les relata toda clase de historietas que requieren que gesticule con las manos para que su audiencia reaccione a lo que les está contando. Noto cómo una punzada de dolor me atraviesa el pecho al verlo y me doy cuenta de que les tengo envidia. No sé si es por Rey o porque ellos cuatro se comportan como si todo fuese de lo más sencillo, mientras que yo no consigo recordar cuándo fue la última vez que me sentí así de a gusto y relajada con mis amigos.

Nosotros tres estamos sentados a un lado de la hoguera, apartados del resto, cuando Peluche se deja caer entre Azúcar y yo.

—Hola. —Le dedica una pequeña sonrisa a Azúcar, que la observa confundida—. Una pregunta, ¿os queda algo de vodka? —Nos recorre a los tres con la mirada cuando lo pregunta, y en ese momento decido que Peluche me cae muy bien.

—No sé de qué estás hablando —repone Azúcar, y suena incluso un tanto orgullosa—. Pero si lo supiese, te diría que no era vodka. Era whisky.

Rocky se sienta a mi lado con una enorme baraja de cartas en la mano.

—¿Sabéis jugar al Mentiroso?

—¿Al Mentiroso? —le pregunto.

—Consiste en ser el mejor mintiendo. ¿Te apetece probar?

—Ay —suelta Peluche, antes de volverse hacia Azúcar—. Te va a encantar este juego.

—A mí se me da de lujo mentir —nos confiesa Rocky, y entonces nos explica las reglas del juego. Nos colocamos todos formando un círculo y vamos descartando por turnos una de nuestras cartas, dejándola boca abajo encima del resto. Pero las tenemos que descartar en el orden de la baraja. As, uno, dos, tres, etc.—. Si creéis que alguien está mintiendo, tenéis que gritar mentiroso. Si resulta que sí que han mentido, se tienen que comer toda la pila de descartes. Pero si han dicho la verdad, el que se tiene que llevar todas esas cartas eres tú.

Jugamos una ronda de prueba y a Junior le descubren cada una de sus mentiras.

—*¡Mentiroso!* —grita Tigre, un chico bajito y de cabello castaño—. No es posible que tengas *siete* sotas.

Junior se lleva toda la montaña de descartes.

—Y eso que estoy *lesionado*…

Después de la primera ronda, nuestros líderes de recorrido se unen a la partida. Me resulta un tanto extraño ver a Rey y a Libros comportarse tan despreocupados con otra gente. Es como si esta noche se hubiesen convertido en unas personas completamente distintas, e intento no darle muchas vueltas, pero sé que no voy a ser capaz de olvidarme de ello en mucho tiempo.

Llega un momento en el que a mí solo me quedan dos cartas por descartar y a Rey solo le queda una. Hemos dejado pasar tanto tiempo desde la última vez que alguien acusó de mentiroso a otro jugador que la montaña de descartes se ha vuelto gigantesca. Por eso, cuando descarto la siguiente carta y anuncio que es un diez, todos se vuelven a mirarme. Si estoy mintiendo y alguien me acusa, tendré que comerme todas esas cartas.

—Está mintiendo —dice Junior.

—¿Ah, sí? —le pregunto, de farol. Pues claro que estoy mintiendo. Pero por la cara que pone Junior me doy cuenta de que he logrado confundirle.

—¿Está mintiendo? —le pregunta Hiedra a Libros.

El chico frunce el ceño.

—No tengo ni idea.

Puedo sentir la mirada de Rey clavada en mi rostro y decido volverme hacia él, pero después caigo en que no debería haberlo hecho. Me observa con firmeza, analizándome.

—Mentirosa —anuncia en un susurro, pero con confianza.

—¿Estás seguro? —le pregunto, pero noto cómo la tensión zumba a mi alrededor bajo su intensa mirada.

—Mentirosa —repite Rey.

Rocky levanta mi carta y le da la vuelta, dejando al descubierto al rey de bastos.

El grupo entero prorrumpe en gritos y risas. Tomo la montaña de cartas y me abanico con ellas esbozando una sonrisa, pero no me atrevo a volver a mirar a Rey. Porque, en todo lo que tiene que ver con él, no confío en mí misma.

Cuando le llega el turno a Rey se me pasa por un momento la idea de llamarle mentiroso, pero no me atrevo.

Jugamos tres partidas más antes de que Libros e Hiedra nos digan que ya va siendo hora de irnos a dormir.

Estoy junto al río cuando Rocky me encuentra. Nos lavamos la cara y los brazos en la zona poco profunda y nos cepillamos los dientes juntos en completo silencio. Rey y Paloma están a solo unos pasos de nosotros, hablando en susurros.

—¿Qué narices le pasa a tu equipo? —me pregunta entonces Rocky.

—¿Cómo que qué le pasa?

—El rubio ese antipático no deja de fulminarme con la mirada cada dos por tres.

—¿Rey? —Sonrío.

Él me devuelve la sonrisa.

—Sabes cómo se llama —le digo.

Pero Rocky se encoge de hombros.

—«El rubio ese antipático» me parece más gracioso. ¿Qué narices le pasa?

—Él es así. Mira así a todo el mundo. —Pero no he dejado de sonreír en ningún momento y eso último lo he dicho un tanto cortante, como si pretendiese dejarle claro que no puede meterse con Rey delante de mí. Rocky me cae bien, pero no forma parte de nuestro grupo, no es de los Azules. Y solo los Azules pueden meterse con los Azules.

—Así que estáis muy unidos —repone—. Ya veo, lo capto. Yo tampoco dejaría que nadie se metiese con Hiedra o Paloma.

No puedo evitar que esas palabras se me asienten en el pecho como una pesada roca al oírselas decir en voz alta. No quiero que eso sea cierto, porque significaría que me he encariñado de mis compañeros de equipo, que son importantes para mí.

—Si esto le sale bien, se irá a hacer unas prácticas a Alaska, así que por eso se lo toma tan en serio.

Rocky asiente, pero está claro que todo eso le da igual.

Cuando termino de lavarme, me tumbo en la orilla del río y clavo la mirada en el firmamento nocturno que se cierne sobre nuestras cabezas. Las estrellas ya han empezado a abrirse paso por el cielo azul oscuro. Y esas mismas estrellas me recuerdan los otros cientos de veces que me tumbé en este mismo suelo con mi padre a mi lado para observar las constelaciones.

Al parecer, siempre que no estoy demasiado ocupada con cientos de cosas y funciones distintas, todo lo que me rodea me recuerda inevitablemente a él. Por un momento, se me pasa por la cabeza la idea de quedarme aquí para siempre. En esta misma orilla, observando las estrellas, mientras me como una barrita de granola en completo silencio.

Sé que en cualquier momento Rey se me va a acercar y a decirme que me levante. Que me ponga de pie y vuelva a nuestra pequeña tienda de campaña para dormir, tan solo para despertarme mañana y volver a cansarme de tanto trabajar de nuevo, pero entonces, para mi sorpresa, lo veo acercarse y sentarse junto a nosotros. Paloma toma asiento a su lado y nadie dice nada mientras los cuatro escuchamos los ruidos que producen los distintos animales que pululan entre los árboles, el rugir de la corriente y el sonido de nuestras respiraciones entremezcladas.

Señalo la Osa Mayor antes de romper el silencio.

—Esa es la constelación de Orión.

Después me quedo callada, a la espera de que alguien (de que *Rey*) me diga que me equivoco, pero los tres guardan silencio.

—Esa es la constelación de Capricornio —añado. Aunque estoy señalando a la Osa Menor.

Me giro sobre mí misma y los guijarros que tengo debajo se deslizan sobre el suelo de arenisca con el movimiento, con un tintineo, pero me

vuelvo a tiempo para ver cómo la sonrisa de Rey abandona lentamente su rostro.

—Deberíamos volver —repone.

Me levanto y me sacudo los pantalones.

—Estás enfadado porque me sé más constelaciones que tú.

Enciende un farolillo y se vuelve a mirarme.

—Tienes… algo pegado a la espalda. —Alza levemente la mano, como si quisiese ayudarme a quitarme lo que quiera que tenga pegado.

—Ah —suelto, y le doy la espalda para que me lo quite, pero es Rocky quien se ocupa de ello. Sus manos se deslizan rápidamente por mi espalda, y la sensación me resulta de lo más extraña.

—Listo —dice Rocky, antes de levantar ambos pulgares para hacerme saber que ya ha terminado.

Le tiendo mi mano, ofreciéndome a ayudarle a limpiarse la suya, pero él niega con la cabeza.

Y, cuando vuelvo a alzar la vista, Rey ya se está alejando de vuelta hacia nuestro campamento.

13

A la mañana siguiente, justo antes de que amanezca, me despierto helada.

El frío gélido se desliza sobre mi piel, prometiéndome que no me va a dejar volverme a quedar dormida, así que salgo de mi saco de dormir y me pongo la única camiseta de manga larga que me he traído.

Me deslizo sin hacer ni un ruido entre las tiendas de campaña para no despertar a nadie y me acerco al río. Los guijarros húmedos de la orilla hacen que me sea difícil mantener el equilibrio, y no puedo evitar maravillarme por lo distinto que se ve el río a estas horas de la mañana.

Cuando el sol comienza a asomarse sobre las montañas, me olvido del frío y alzo la mirada hacia el cielo, admirando el firmamento. El sol consigue transformarlo todo, tiñendo el cielo de distintos tonos de rosas, amarillos, morados y azules. Y…

Me hace echar de menos el café.

Su olor a primera hora de la mañana. La forma en la que la taza me calentaba siempre las manos. La sonrisa de mi padre todas esas mañanas en las que me despertaba a las cuatro cuando estábamos de ruta solo para que le acompañase pescar.

Su sonrisa amable bajo ese sombrero verde de pescador con su licencia para pescar sujeta con un imperdible, y su ajada chaqueta azul, que olía como si llevase siglos perdida al fondo del armario y a tabaco, y a un aroma especial que era solo suyo.

A café.

El amanecer me hace echar de menos el café. Por eso tomo todos los recuerdos de mi padre y los encierro en un cofre bajo llave, para después lanzarlas a lo más profundo y oscuro de mi corazón.

El cofre tiene escrito en la tapa: «Para enfrentarse a ello más tarde».

Cuando regreso al campamento, me encuentro a Rey sentado en una roca,

con su cuaderno abierto sobre el regazo. Está escribiendo algo con un lápiz, absorto, y no puedo evitar preguntarme si hará esto mismo todas las mañanas.

—Hola —le saludo.

Él se vuelve a mirarme con el ceño fruncido, un gesto al que ya estoy empezando a acostumbrarme.

—¿Dónde estabas? —me pregunta.

—He ido a lavarme la cara. —Señalo a mi espalda, hacia el río, como si estuviese tratando de demostrarle algo.

Los demás siguen profundamente dormidos. Los Amarillos ni siquiera han abierto todavía el ojo, así que quizás por eso me atrevo a preguntarle:

—¿Te pasa algo conmigo?

Él baja la mirada de vuelta hacia su cuaderno y recorre lo que quiera que haya escrito con las puntas de los dedos antes de presionar los labios con fuerza.

—No se me da… muy bien esto.

—¿Esto?

Golpea el cuaderno de cuero con la punta del lápiz, claramente nervioso.

—Me cuesta mucho… esto.

Quiero preguntarle si soy *yo* ese «esto», pero siento que es demasiado presuntuoso y me preocupa que pueda decirme que no.

Carraspea para aclararse la garganta.

—No, Mapas. No me pasa nada contigo.

Eso es lo único que quería escuchar, por eso no comprendo por qué cuando lo oigo decirlo en voz alta siento como si alguien me hubiese clavado una estaca en el corazón.

Me obligo a esbozar una sonrisa.

—Entonces… ¿amigos?

Esta vez, cuando Rey alza la vista hacia mí y me observa atentamente, me mira como si estuviese tomando una decisión sobre sí mismo, una que no tiene nada que ver conmigo.

—¿Y qué te parece líder de recorrido y…?

—¿Amiga? —le pregunto de nuevo, sin perder la sonrisa, tanto que ya me empiezan a doler las mejillas.

—No me interesa hacer amigos.

No me gusta nada que no deje de poner cada vez más y más distancia entre nosotros. Es como si cada vez que me acercase un paso, él retrocediese dos, hasta que un valle entero nos divida. Me hiere el orgullo y no puedo evitar preguntarme si se me notará en la cara.

Rey se limita a soltar un suspiro.

—Deberíamos ir recogiendo nuestras cosas.

—¿Es que tienes prisa por largarte de aquí? —le pregunto. Espero haber sonado lo más despreocupada posible, pero sé que no ha sido así.

Y Rey no me responde.

Los Azules se despiertan y desayunan incluso antes de que el primero de los Amarillos abra el ojo. Y, para cuando Paloma sale de su tienda, yo ya he recogido la nuestra.

Veo cómo la chica se vuelve hacia Libros y Rey con el ceño fruncido.

—Dios, sois unos malditos dictadores. —Después se vuelve hacia Azúcar —. Parpadea dos veces si crees que estáis en peligro.

Hiedra emerge entonces de la tienda y se coloca junto a Paloma mientras las dos se desperezan.

—¿A dónde vais a ir ahora? —les pregunta Libros.

Paloma se encoge de hombros y se vuelve hacia Hiedra.

—¿Puede que subamos al mirador? Todavía no estoy segura.

—¿No deberíais estar siguiendo el recorrido que os han asignado? —le pregunta Junior al tiempo que se cuelga su mochila.

—¿Y quién dice que no lo estemos siguiendo?

Hiedra deja caer la mano con delicadeza sobre el hombro de Junior.

—Existe más de un modo de recorrer una misma ruta.

Rey esboza una sonrisa divertida.

—En realidad no —repone—. Solo hay un sendero. —Entonces barre el camino de arriba abajo con la mano.

—Oye —espeta Paloma—. Vosotros hacedlo a vuestra manera, que nosotras lo haremos a la nuestra.

Libros y Rey se despiden de Hiedra y de Paloma con la promesa de volver a encontrarse con ellas al final de la ruta.

—Eso si volvéis a tiempo. —Hiedra suelta una sonora carcajada antes de añadir—: Porque por lo lentos que vais lo más probable es que ya sea otoño para cuando regreséis al campamento.

Rey niega con la cabeza, pero yo no puedo dejar de darle vueltas a eso

último que acaba de decir. «Lo más probable es que ya sea otoño para cuando regreséis al campamento».

¿De verdad vamos tan retrasados?

Se lo pregunto a Libros en cuanto reemprendemos la ruta en fila india.

—No —dice. Pero entonces añade—: En realidad, no.

—¿Qué quieres decir?

Pero el chico no me responde y seguimos caminando, despejando el sendero mientras tanto. Sin los Amarillos aquí para distraernos, nos volvemos a distanciar de nuevo. Física y metafóricamente.

Por eso decido que ha llegado el momento de retomar el juego de las preguntas.

—Si solo pudieseis comer comida de un único continente por el resto de vuestras vidas, ¿qué continente elegiríais?

—¿Qué? —me pregunta Junior.

—Un continente —repito.

—¿Por qué?

—Porque como tenga que soportar este silencio un minuto más voy a tomar esa sierra para cortar esta rama y golpearme la cabeza con ella hasta romperme el cráneo en mil pedazos. —Y dicho eso estiro el brazo para rodear la rama con mi mano enguantada.

—Como si te fuesen a dejar usar la sierra —se burla—. Pero vale. Asia. —Ni siquiera se detiene a pensarlo—. Comida india, tailandesa, vietnamita, japonesa…

—No hace falta que enumeres todas las clases de comidas asiáticas que existen —comenta Libros, antes de poner los ojos en blanco—. Todos sabemos qué países se encuentran en Asia.

Ni siquiera me había dado cuenta de que nos estaba escuchando.

—¿Estarías dispuesto a no volver a comer comida mexicana? —le pregunto—. ¿O nada de comida de Sudamérica? ¿O pasta?

—Me había olvidado de la comida mexicana. —Junior me observa frustrado—. No volver a probar un burrito en mi vida…

—¿Y estarías dispuesto a no volver a comer nada de In-N-Out? —añade Azúcar—. ¿O a volver a comer barbacoa?

—¿Y tú? —le pregunto—. ¿Qué elegirías?

—Me quedo con Europa. —La veo cómo aparta un montón de hojas caídas con la pala—. Me encanta la cocina francesa. Un buen plato de

moules frites gana a todo lo demás.

No sé qué narices son los *moules frites* de los que habla.

—¿Sigues quedándote con la comida asiática? —le pregunto a Junior.

—Sí.

—Mmm, muy valiente por tu parte. Yo no podría vivir sin la comida mediterránea u oriental. Me niego —comento—. ¿Y tú, Rey?

—Yo tampoco. Me quedo con la mediterránea.

Una sensación extraña pero agradable se despierta en lo más profundo de mi pecho al oír que a Rey y a mí nos gustan las mismas cosas, pero decido ignorarla.

—¿Y tú? —le pregunto a Libros.

—Yo me quedo con Norteamérica. Me moriría si no pudiese volver a probar un buen taco. Cualquier comida sabe mejor dentro de una tortilla de maíz. Literalmente, cualquier comida.

—¿Los cereales? —le pregunta Junior.

—Sí. Me encantaría comer cereales dentro de una tortilla de maíz. —Libros lanza una rama caída a la montaña de basura que hemos ido acumulando—. Si tuvieses que quedarte con una región dentro de Asia, ¿con cuál te quedarías?

—Oh, esa es muy buena pregunta. —Sinceramente, me alegro de que Libros me esté siguiendo el juego.

Junior suelta un gemido frustrado.

—Me quedo con el sur.

—Acabas de renunciar al sushi, a la carne de Wagyu o a la barbacoa coreana por voluntad propia…

Junior me interrumpe.

—¿De verdad he renunciado a ello por voluntad propia si me estas obligando a elegir?

Esbozo una sonrisa divertida.

—Has renunciado a los tteokbokki, a los udon, al wasabi, a *toda* la comida china, al *pollo frito coreano*… —comento, y lo último lo digo increíblemente ofendida, como si acabase de confesarme que estaría dispuesto a asesinar a una camada de cachorritos a sangre fría.

—¿Es que te gusta restregarle en la cara a la gente todo lo que no tienen? —me pregunta Libros.

—Solo quiero que sea consciente de las consecuencias de sus actos.

Rey suelta una carcajada amarga, pero Azúcar le interrumpe antes de que pueda decir nada:

—Yo me quedaría solo con el sur de Europa. Y antes de que me lo preguntes, sí, me da igual tener que renunciar a los pasteles de carne o a la comida sin sal.

Libros se lleva las manos a la cintura y la observa atentamente.

—¿Y al pescado con patatas?

Eso me hace soltar un gemido.

—Me muero de hambre.

Después de aquello el silencio vuelve a apoderarse de nosotros. Porque, al parecer, el silencio es mucho mejor que un estúpido juego sobre comida, mucho más seguro.

El día transcurre como de costumbre, entre trabajos manuales y ordenes varias, ignorándonos los unos a los otros lo mejor que podemos.

Acampamos en un mirador con unas vistas imponentes hacia el río, y coloco nuestras tiendas alrededor de un círculo de piedras que de algún modo ha logrado sobrevivir a varios años de tormentas e incendios. Si el sendero estuviese abierto al público, estoy segura de que este sería un lugar de descanso muy popular entre los senderistas. Respiro honro y me quedo observando fijamente las vistas desde el mirador.

Junior me pide que le ayude a encender el fuego porque todavía no tiene el brazo curado del todo. No tenemos que alejarnos mucho del campamento para encontrar un montón de hojarasca y ramas secas, y el bosque se abre a un enorme acantilado que domina el valle desde otra perspectiva.

—Es precioso, ¿verdad? —me pregunta Junior.

—Sí —respondo.

Y por un momento siento la necesidad de explicarle *por qué* me parece precioso.

—Es un poco raro. —Junior toma una rama, pero la lanza hacia el fondo del acantilado porque todavía está demasiado verde, y los rayos del sol se reflejan sobre la superficie lisa de su piercing con el gesto.

—¿El qué?

Junior rehúye mi mirada, como si se estuviese barruntando si debería responderme o no.

—Es raro que estemos todos aquí, haciendo este trabajo increíblemente duro mientras recorremos el sendero, ¿no te parece? Pero lo más raro es que, aunque es una mierda… también es genial.

Vuelvo la vista atrás y me imagino al fantasma de mi padre caminando tan solo unos metros enfrente de nosotros. Siempre va unos pasos por delante. Me cuesta verle en todos lados, porque sé que ya no volverá a pisar este lugar. Pero también es… también es este el único lugar en el que siempre estará vivo. Porque puedo verle de pie sobre las rocas de granito que tengo enfrente, las mismas que reflejan los rayos del sol. Porque su recuerdo sigue presente en el interior de todas esas rocas, y en los árboles, y en el cielo, vinculando el pasado con el presente. Es una mierda, sí, pero también es genial.

—Sí, te entiendo.

Cuando regresamos al campamento, nos encontramos a Rey y a Libros discutiendo.

Azúcar está sentada a un lado del campamento, lejos de ellos, rebuscando algo en el interior de su mochila e ignorándolos descaradamente.

—Te estás poniendo muy raro con todo esto. —Libros le da un empujón a Rey. Ninguno de los dos se ha fijado todavía en nosotros, y Junior y yo, inconscientemente, vamos ralentizando poco a poco nuestros pasos para no llamar su atención.

—No, no me estoy poniendo nada —replica Rey—. Tú no…

—Dilo. Cuanto más le des importancia, más raro te resultará.

—Déjalo, Libros. —Y, dicho eso, Rey comienza a alejarse de él, pero Libros le persigue.

—Sé que te gusta…

Rey se vuelve hacia él como un resorte y le lanza a Libros una mirada de incredulidad.

—Estás de broma, ¿no?

—Cuanto más finjas que no es así, más raro te resultará. Tan solo dile la verdad y…

Junior carraspea con fuerza y Rey y Libros de vuelven hacia nosotros de golpe, encontrándonos con los brazos llenos de ramas y leña seca. Y nos observan como si los hubiésemos sorprendido haciendo algo malo.

—Bueno… —suelta Junior—. ¿De qué estabais hablando?

Libros se queda mirando a Rey durante unos segundos con una expresión

culpable. Y, por un momento, me da la impresión de que se van a poner a gritarnos. Pero, en cambio, Rey suelta una maldición y se me acerca para quitarme la leña de las manos.

—Mapas. Hoy te toca aprender a encender un fuego —declara Libros—. Todos sabemos hacerlo menos tú.

Rey fulmina a Libros con la mirada y yo me quedo a la espera de que retomen su discusión donde la han dejado hace solo unos segundos. Pero Libros no se achanta bajo su mirada.

Me vuelvo hacia Junior, como si él fuese a poder salvarme de lo que quiera que esté pasando, pero me lo encuentro observando la escena con las cejas enarcadas.

—Yo me encargo de las *tiendas de campaña* —le recuerdo.

—Sí. Y lo haces fatal, así que ha llegado el momento de que te enseñemos a hacer otra cosa.

Junior se acerca a Azúcar para ayudarla a buscar la comida.

—Pero si ya se encarga de muchísimas cosas —bromea Junior—. Se queja…

—Discute —añade Azúcar.

—Se queja por tener que discutir.

—¿Ves? —le digo a Libros—. Ya he aprendido muchísimas cosas estas últimas semanas.

Libros me observa como si se muriese de ganas por rebatirme, y ni siquiera me molesta que se estén burlando de mí porque todos sonríen, pero entonces Libros esboza una sonrisa divertida antes de decir:

—Rey se encargará de enseñarte a hacerlo.

Me vuelvo hacia Rey, que ya está arrodillado junto a la hoguera, e intento ignorar el desenfrenado latido de mi corazón. No puedo dejar de darle vueltas a lo que acabo de oír, y noto cómo se me corta la respiración, cómo esas siete palabras me oprimen el pecho cuantas más vueltas les doy. ¿De *quién* estaban hablando?

—Tengo que montar las tiendas.

—Azúcar y Junior pueden ocuparse de eso hoy —repone Libros—. Tú puedes encargarte de encender la hoguera. Con Rey. No es para tanto, Mapas.

No me preocupa si la tarea es complicada o no. De hecho, en realidad no

estoy para nada preocupada. Estoy nerviosa. Porque Rey siempre consigue ponerme nerviosa.

—Vale. —Me acerco a la hoguera y me quedo frente a él, a la espera de que me indique lo que tengo que hacer.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta Rey.

Echo un vistazo a mi alrededor, como si se me hubiese pasado algo por alto.

—Esperar a que me enseñes a encender un fuego.

Él frunce el ceño con fuerza.

—¿Es que nunca te ha intentado enseñar nadie a prender una hoguera?

Mi padre sí que lo intentó un año, y me frustré tanto al no conseguirlo que me eché a llorar. Por eso, desde entonces, todos los años era él quien se encargaba de eso. Tan solo era una más de las muchas cosas que mi padre nunca llegó a conseguir antes de morir. Y por eso, ahora, no puedo evitar sentirme frustrada al pensar en que no debería ser Rey quien me enseñase cómo hacerlo, sino mi padre. Pero me quedo callada porque Mapas no tiene un padre muerto.

—¿Es que me has visto encender un fuego en algún momento a lo largo de estas últimas semanas? —le espeto, cortante.

Rey me observa cabreado. Como debe ser, porque me estoy comportando como una auténtica niñata mimada.

—¿Es que no estabas prestando atención cuando el resto aprendieron cómo hacerlo?

Lo observo boquiabierta antes de señalar hacia donde están los otros, montando las tiendas de campaña. Porque no me puedo creer que me esté soltando esto cuando sabe perfectamente que *yo* debía ocuparme de montar nuestros *refugios* para no dormir a la intemperie.

—Estaba demasiado ocupada tratando de no morir asfixiada por una tela de nailon.

Rey niega con la cabeza antes de respirar hondo.

—Vas a necesitar una yesca. Eso es lo que va a conseguir prender la primera chispa del fuego. Unas cuantas ramitas secas y…

—Ya sé lo que es la yesca. —Y dicho eso tomo en brazos todo lo que Junior y yo hemos recogido antes y, de repente, me doy cuenta de que en realidad no tengo ni idea de qué se supone que debo hacer con ello.

Rey aprieta los dientes con fuerza.

Y no relaja el gesto en ningún momento, ni siquiera mientras me explica lo que tengo que hacer.

Al final, consigo colocar todos los troncos y ramas tal y como me ha indicado y sostengo un mechero en la mano. Lo prendo y acerco la llama hacia la montaña de leña, tan solo para ver cómo esta se aferra por un momento a la corteza de uno de los troncos para apagarse inmediatamente después. Y así una, y otra, y otra vez.

—Quizás deberías probar a echarle una mano para que no se te apague.

Me vuelvo hacia Rey y lo fulmino con la mirada, a la espera de que me explique a qué se refiere.

—Sóplala.

Vuelvo a encender el mechero y acerco la llama a las ramas. Una vez que una de ellas prende, me acerco a la leña y soplo.

—Poco a poco —me dice Rey.

Me acerco un poco más, junto los labios y soplo con suavidad. Pero la llama se apaga.

Alzo la mirada hacia Rey, pero él se limita a hacerme un gesto animándome a volver a intentarlo.

Trago saliva con fuerza, me humedezco los labios y vuelvo a soplar. Esta vez, la llama sí que prende con más fuerza y se desliza sobre la corteza de la madera. Puedo ver de reojo a Rey observándome atentamente, e intento mantener a raya los nervios mientras respiro hondo para seguir soplando.

Entonces veo cómo se acerca lentamente al fuego y alarga la mano hacia la hoguera. Casi por instinto, le agarro de la muñeca para detenerle.

—¡Cuidado!

Rey se fija de inmediato en mi mano, que rodea con firmeza su muñeca. Le suelto de golpe, y entonces nuestras miradas se encuentran durante un segundo que se me hace demasiado largo como para no ponerme más nerviosa de lo que ya estoy.

—El fuego —le digo, como si eso lo explicase todo.

Él esboza una sonrisa ladeada y divertida antes de volver a alargar la mano hacia la hoguera y recolocar uno de los troncos.

—No iba a llegar a prender nunca tal y como lo habías colocado.

Entonces se agacha y se pone a soplar suavemente las llamas, con los labios pegados y el ceño fruncido, claramente concentrado. Lo hace con

delicadeza, decidido y confiado. Y, un momento más tarde, las llamas empiezan a arder con más fuerza, deslizándose sobre la corteza del tronco que acaba de recolocar.

—Por fin —suelta Azúcar—. Ya estaba empezando a pensar que íbamos a tener que alimentarnos a base de embutido y miradas intensitas.

Libros suelta una sonora carcajada y yo la fulmino con la mirada.

—Sería mucho más fácil si usásemos gel de encendido —replico.

—El gel de encendido es demasiado denso y apesta, y no me gusta el sabor residual que se queda impregnado después en la comida. —Libros se acerca a la tienda que Azúcar ha montado sin problema alguno—. Y, además, no nos hace falta. Al igual que tu opinión. —Me dedica una enorme sonrisa.

Libros parece estar un poco de mejor humor esta noche, por lo que decido hacerle un favor y dejarlo correr.

—Mira, da igual. —Respiro hondo y señalo la hoguera con ambas manos —. ¿Y sabes por qué? Porque he encendido un fuego *yo solita*.

Rey me observa con las cejas enarcadas, pero no me contradice.

—Voy a cambiar mi puntuación —le comento a Rey en broma—. Os doy cuatro estrellas.

—¿Solo cuatro? —me pregunta Junior.

—Las cinco estrellas me las voy a guardar para cuando me vuelva toda una experta, y todavía me queda mucho por aprender.

—Eso díselo a Joe cuando volvamos —repone Azúcar—. Estoy segura de que le encantará añadir tu comentario a la carta de recomendación que le escriba a Rey para sus prácticas.

Es curioso cómo una palabra puede volverse insondable en cuestión de segundos. Es como si cada vez que consigo cerrar un poco la distancia que nos separa, estuviese condenada a acordarme de la montaña que se alza entre los dos, y soy incapaz de no sentirme diminuta.

Rey me observa atentamente y, a veces, tengo la sensación de que es capaz de leerme el pensamiento. Pero eso es imposible. Porque yo no conozco a Rey, en realidad no, y él tampoco me conoce.

Después de cenar, Azúcar y Junior se sientan cada uno a un lado mío, encerrándome entre los dos. Y entonces Junior se inclina por encima de mí y le susurra a Azúcar:

—¿De qué estaban discutiendo Rey y Libros antes?

La mirada de Azúcar se desliza inconscientemente hacia mí y después de vuelta hacia Junior.

—Ni idea. Estaban hablando en código o algo así, no he podido enterarme de nada.

Pero entonces vuelve a deslizar la mirada hacia mí y yo no puedo evitar fruncir el ceño al verla, porque no sé si lo ha hecho porque me esté queriendo decir algo con el gesto o qué.

—Oye. —Junior me da un suave golpe en la pierna para llamar mi atención—. Lo has conseguido, esto lo has hecho tú —comenta, al tiempo que señala la hoguera que arde con fuerza frente a nosotros.

Y aunque *técnicamente* no lo he hecho yo sola, sí que lo que he hecho yo.

—Ya. —Esbozo una sonrisa de oreja a oreja, orgullosa, y destierro a lo más profundo y oscuro de mi mente todos los recuerdos y pensamientos que me reconcomen por dentro.

Me abrazo las piernas con fuerza y me quedo sentada frente a la hoguera, observando cómo las llamas danzan por el aire mientras el sol se esconde por el horizonte. Me quedo allí sentada incluso después de que acabemos de cenar y de que todos se hayan ido a dormir.

Me quedo observando cómo las chispas se elevan por el aire con delicadeza, y no me muevo hasta que la última llama se extingue con un chisporroteo.

14

No encuentro mis guantes.

La mañana siguiente es como todas las demás, porque todos nos hemos acostumbrado tanto a nuestra nueva rutina que ya es como una segunda naturaleza, y todos permanecemos en silencio. Desayunamos lo poco que nos queda, que apenas basta para llenarnos. Cada día desgasta más y más nuestra determinación y, aunque tampoco esté del todo segura de ello, siento como que cada vez hace más calor. El calor, el cansancio y el hambre nos agotan y hacen que nos sintamos más frágiles que nunca.

Guardamos las tiendas, nos aseguramos de haber recogido toda nuestra basura, de no dejar ni rastro antes de irnos, y después nos preparamos para reemprender la marcha. Nos aseguramos de llevarlo todo: herramientas, agua, y…

Rebusco en el interior de mis bolsillos. Saco todo lo que llevo en la mochila para después volverlo a meter. Incluso desenrollo mi saco de dormir y mi esterilla.

Pero no hay ni rastro de mis guantes.

—¿Qué haces? —me pregunta Rey a mi espalda.

—Mis guantes han desaparecido —le digo.

—¿Los has perdido?

No me gusta nada el tono con el que me lo pregunta.

—No —siseo—. Lo que pasa es que no sé dónde están.

Rey echa un vistazo a todas mis pertenencias, las mismas que están desperdigadas por el suelo de arenisca. Está frustrado y ni siquiera se está molestando por ocultarlo. Para ser justos, *nadie* está más frustrado en este momento que yo.

—Bueno, ¿pues dónde los has dejado?

La pregunta me parece estúpida.

—Si lo supiese, no estaría buscándolos ahora.

A mi lado, Azúcar suelta un suspiro y se quita la mochila antes de recostarse contra el tronco de un árbol.

Junior le comenta algo a Libros en un susurro y este se vuelve hacia Rey. Todos están hablando de mí como si creyesen que no puedo oírlos.

—¿Sabéis cuánto tiempo vamos a perder al tener que esperar a que *Mapas* encuentre sus cosas?

—No vamos a perder nada —le responde Rey, cortante.

Entonces le veo acercarse a mi mochila y tomar mi esterilla, pero se la quito de las manos antes de que pueda hacer nada.

—Ya he mirado ahí.

Alzo la mirada y me encuentro con cuatro pares de ojos clavados en mí. Observándome fijamente, con impaciencia. Cuanto más tiempo perdamos, más tiempo tendremos que pasar después trabajando en las horas de más calor del día.

—¿Podéis buscar en *vuestras* mochilas? ¿A lo mejor uno de vosotros se los ha guardado por accidente pensando que eran suyos?

Azúcar niega con la cabeza.

—No pienso sacar todas mis cosas de la mochila y revolverlo todo solo porque tú hayas perdido tus guantes.

Tardo un momento en asimilar que me ha dicho que no, porque no logro comprender por qué se está comportando de ese modo.

Junior abre los bolsillos exteriores de su mochila y se pone a rebuscar en su interior, pero no mira dentro.

Libros no hace nada.

—Sé perfectamente cómo son mis guantes. Así que es imposible que me haya guardado los tuyos por error.

Rey se limita a negar con la cabeza.

—Mapas, tenemos trabajo que hacer.

Los nervios y la ansiedad hacen que me ponga en tensión.

—Si Azúcar…

—No. —Está claro que está enfadada. Como si a mí no me molestase también el tener que ponerme a revolverlo todo para buscar mis guantes—. Ya he recogido todas mis cosas, Mapas. No pienso deshacer la mochila.

Sé que el tener que deshacer su mochila para volver a recolocarlo todo después es muy tedioso, pero…

—Ya he buscado por todas partes.

—Y *yo* sé perfectamente lo que hay metido en *mi* mochila —insiste ella.

—*Azúcar* —le advierte Junior.

—No —espeta ella—. Solo porque Junior te siga siempre el juego y Rey…

—¡Pero si él tampoco ha rebuscado *apenas*! —grito—. ¿Estáis todos de…?

—¡Eh! —me interrumpe Junior—. *Yo* no me he puesto hecho una furia contigo, Mapas. Así que si quieres enfadarte, enfádate con otro.

—Azúcar —le digo, antes de acercarme un paso a ella.

—Mapas. No —suelta Rey, cortante, como si ya estuviese harto de todo esto—. No pienso pedirle a nadie que deshaga sus mochilas solo porque tú no hayas tenido cuidado con tus guantes.

No sé por qué eso me molesta, pero lo hace.

—Sí que he tenido cuidado.

—¿Ah, sí? ¿Igual que lo tuviste cuando comprobaste que el fuego estaba apagado? —me pregunta—. No tenemos tiempo para discutir.

Se me revuelve el estómago por lo avergonzada que me siento y tengo que tragar con fuerza para deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta.

—¿Y cómo se supone que voy a poder hacer nada sin los guantes? —le pregunto, pero él ya se está alejando por el sendero.

Libros respira hondo.

—Podríamos volver al campamento con Joe y conseguir un nuevo par…

—¿Todos juntos? —le pregunto.

—Sí. —Por la forma en la que me está mirando me queda claro que esa es la respuesta más evidente—. No puedes volver tú sola.

—No —le digo a Libros. No quiero pasar más tiempo aquí del necesario.

—No podemos volver —le dice Rey a Libros.

—Pero ella no va a poder hacer nada sin los guantes —replica Libros—. Sé que esto hará que tardemos unos días más en completar la ruta y que tú no tienes más tiempo, pero quizás Joe podría hablar con alguien…

—No puedo retrasarme. Si llego tarde, perderé la plaza.

Mierda. Las prácticas de Rey. Me vuelvo de nuevo hacia Azúcar.

—¿No podrías mirar a ver y ya?

La chica suelta un gemido frustrado y toma su mochila.

—Te he dicho… —Saca todas sus cosas—. Que no tengo… —Las sacude todas—. Tus guantes de mierda. —Extiende todas sus pertenencias frente a ella, una a una. Lanzando cada objeto con más y más enfado—. ¿Contenta?

No, en absoluto.

Libros niega con la cabeza, cansado.

—Bueno, supongo que podemos volver…

—No quiero volver.

Junior me observa con el ceño fruncido.

—¿Que no quieres…? Mapas, ¿y qué vas a hacer si no?

—Ya me las apañaré, seguro que se me ocurre algo. —Pero es mentira. La verdad es que no sé qué voy a hacer.

Mientras volvemos a guardar todas nuestras cosas en la mochila, me entran ganas de gritar. Odio a Azúcar por haberse portado como una imbécil. *Lanzo una cosa dentro*. Odio a Junior por no haber mirado dentro de su mochila. *Lanzo otra cosa dentro*. Odio que Rey haya logrado hacerme sentir estúpida. *Lanzo, lanzo*… y lanzo otra cosa más dentro de la mochila.

Cuando ya hemos recogido todo de nuevo, reemprendemos el camino, enfadados.

Me ha llamado descuidada. Ha dicho que no he tenido cuidado con unos malditos guantes. Es una tontería, lo sé, pero esas palabras se me quedan clavadas en el pecho, junto al resto de mis inseguridades.

Incluso aquí, donde se supone que soy alguien sin pasado alguno, no logro escapar de todos los errores que he cometido. «A Atlas nunca le importa nada». «No se puede contar con Atlas». «Atlas es una rebelde». No existen disculpas suficientes en este mundo para lograr que alguien se olvide de todas las cosas que les has hecho a lo largo de su vida o para que te dejen de juzgar por ello.

Supongo que Mapas es la clase de chica que casi provoca un incendio forestal y que pierde los estribos demasiado rápido.

Cuando llegamos hasta Rey, él ya se ha puesto a trabajar en el claro. Sé perfectamente qué se supone que tengo que hacer. Llevamos haciendo lo mismo desde hace días, por lo que ya nadie pide instrucciones, pero cuando envuelvo el tallo de una cicuta entre mis manos, me doy cuenta de lo duro que va a ser esto y del daño que estoy a punto de hacerme.

—Mierda —maldigo, antes de apartar las manos.

Junior se vuelve hacia mí con una mirada interrogante.

—Te puedo dejar prestado uno de mis guantes, si quieres. Podríamos ir a medias.

—No hace falta, estoy bien —respondo. Porque no quiero que nadie se apiade de mí. Quiero recuperar *mis* guantes y no quiero tener que pasar más días en esta ruta de los que ya vamos a tardar en recorrerla.

Aprieto los dientes con fuerza mientras trabajo y se me quedan las manos rojas, en carne viva y llenas de heridas. Rey me tiende una pala, pero no le hago caso. Sé que estoy siendo una cabezota, pero no puedo dejar de escuchar su voz diciéndome que soy demasiado descuidada una y otra vez en mi cabeza. Junior me pide que le eche una mano para mover unos troncos caídos, aunque eso le va a venir a mis manos igual de bien que pasarme horas arrancando plantas con ellas al descubierto.

Para cuando acabamos, estoy sangrando. Saco un calcetín limpio de mi mochila y me envuelvo la mano con él, y no puedo evitar preguntarme cómo no se me ha ocurrido hacer eso mismo antes.

Cuando empieza a oscurecer, Rey no me pide que coloque las tiendas de campaña; en cambio, me manda a llenar las cantimploras vacías. Dejo que el agua me limpie la sangre de las manos y las heridas, y noto cómo se me anegan los ojos en lágrimas.

Estoy dolida. Estoy cabreada. Tengo las emociones a flor de piel y estoy a punto de estallar. Noto cómo todo se revuelve, se subleva dentro de mí, cómo mis emociones amenazan con sobrecogerme, pero no hay ningún lugar seguro donde pueda esconderme para dejarlo salir todo sin que nadie me vea. Aunque lo que más me duele es que siento que nadie me entiende, y eso es lo que hace que me eche a llorar. Nadie piensa nunca lo mejor de mí. Nadie ha salido de inmediato en mi ayuda o a rebatirme que *teníamos* que regresar al campamento a buscarme unos guantes nuevos cuando me he negado a volver. A todos les ha dado igual. Me doy pena. Me siento sola. Y siento que, si mi padre estuviese aquí ahora, a mi lado, jamás habría permitido que nadie me tratase así.

Cierro la mano en un puño, con fuerza, deleitándome en mi dolor. Cada vez que muevo los dedos, las heridas me palpitan con fuerza, tanto que es como si tuviesen su propio corazón. Dejo caer la mano boca abajo sobre la

corriente y la mantengo ahí un buen rato.

«¿Le estás dando la mano al río?». Eso era lo que solía decir mi padre cuando me veía hacer esto. Puedo oír su voz con la misma claridad con la que oigo el rugir de la corriente. Son como dos pequeñas piezas de un mismo rompecabezas, exactamente iguales.

Pasado un rato, dejo de llorar. No hay razón para quedarme aquí a lamerme las heridas, así que decido volver al claro con las cantimploras llenas.

Y, al regresar, veo a Joe junto a la hoguera.

Tiene una mochila enorme a los pies, y está hablando con Azúcar con las manos en la cintura.

—Así que súper bien, ¿eh? —le oigo preguntarle, con un deje de sarcasmo en la voz.

No sabía que iba a venir a comprobar qué tal íbamos justo hoy. Y, por algún motivo, el verle ahora aquí hace que se me vuelvan a anegar irremediablemente los ojos.

Entonces Joe se vuelve hacia mí.

—Hola —me saluda, y ladea la cabeza cuando me ve la cara—. ¿Estás bien?

«No. Aquí todo el mundo se comporta como si fuese un estorbo y me duelen las manos y echo de menos a mi padre y nunca voy a poder dejar de ser un completo desastre y quiero volver a casa».

—Es que tengo alergia a algo. Llevo un rato estornudando.

Joe me observa como si casi me creyese. O como si, al menos, quisiese creerme.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto.

—Traeros suministros para el resto de la ruta.

Asiento.

Joe me recorre con la mirada, como si estuviese tratando de adivinar por qué parezco tan cansada.

—¿Qué tal lo llevas? —me pregunta Joe.

—Bien —respondo, aunque mis manos están de todo menos «bien».

Dejo nuestras cantimploras llenas a un lado y me acerco a Libros.

—¿Me puedes dar Ibuprofeno?

Libros asiente y se pone a rebuscar dentro de su mochila el botiquín de primeros auxilios. Me tiende un par de pastillas y yo desenrosco la tapa de

mi cantimplora antes de metérmelas las dos de golpe en la boca.

—¿Para qué necesitas tomarte un Ibuprofeno? —me pregunta Joe, al tiempo que se nos acerca a Libros y a mí.

—Para mis estúpidas manos —ladro.

—¿Para tus manos? —Joe baja la mirada hacia mis manos y las observa con los ojos entrecerrados, y entonces alarga la suya y me agarra por la muñeca para evitar que las esconda—. Mapas, tienes que usar guantes para trabajar.

—Lo sé.

—¿Y por qué no te los has puesto? —Y entonces cae en la cuenta de algo —. ¿*Dónde* están tus guantes?

Respiro hondo una vez. Y después otra.

—No lo sé.

—Que *no lo*… Mapas. No puedes trabajar sin guantes.

—Técnicamente eso no es cierto.

A Joe no le hace ninguna gracia mi broma. Me retuerce las muñecas y deja a la vista las palmas de mis manos.

—Tienes las manos en carne viva. ¿Pero qué demonios has hecho, Mapas?

Maldita sea. ¿Por qué no puede dejarme estar y hacer como si no supiese nada? Yo también estoy enfadada y demasiado sensible como para mantener esta conversación ahora.

—No los he encontrado. Han… desaparecido.

—¿Y has optado por callarte y seguir como si nada?

Guardo silencio y dejo que Joe se haga sus propias conjeturas de lo que ha podido ocurrir.

Entonces se vuelve hacia Rey y Libros.

—¿Y vosotros dos lo sabíais y la habéis dejado seguir trabajando igualmente? —Los dos permanecen callados y bajan la mirada hacia el suelo. Y después Joe se vuelve de nuevo hacia mí—. ¿Es que acaso los has buscado?

—No soy idiota. —La rabia tiñe cada una de mis palabras.

Joe resopla, frustrado.

—He vaciado mi mochila y los he buscado por todas partes.

—Los has perdido. —Y entonces ahí está, escrito en su mirada. «Mapas

es un desastre». Sé que eso es lo que está pensando. Pero antes de que pueda replicar, Joe se gira hacia Rey—. ¿Y no se te ha ocurrido asignarle otra tarea? ¿Has visto cómo tiene las malditas manos? Tiene un tajo en la palma de la mano horrible y parecen carne picada de lo rojas que están.

Me estremezco ante la imagen que acaba de describir.

Entonces Azúcar sale del interior de la tienda, pálida como la nieve.

—Esta *no* es forma de cuidar de vuestro equipo. —Joe está señalando a Libros y a Rey mientras los regaña, y debería sentirme orgullosa o victoriosa por ello, pero estoy demasiado agotada.

—En ningún momento dijo nada de que le doliesen —le dice Rey a Joe —. Y no me di cuenta de que…

—Pero es que ella no tiene por qué decir nada. Se supone que tú debes fijarte en esa clase de cosas. Y es de cajón que no puedes ponerte a trabajar con las manos, a arrancar malas hierbas o a mover troncos, sin guantes. Mapas, vas a tener que volver al campamento conmigo.

—Espera. ¿Qué? —Se me corta la respiración.

—Sé que querías acabar esta ruta pero…

—No, Joe. —El miedo me invade, encogiéndome los pulmones y clavándome sus afiladas garras en la garganta. Libros y Rey observan la escena con los ojos como platos.

—Joe —le dice Rey—. No puedes…

—No, *esto es culpa tuya* —le espeta a Rey—. Eres tú quien ha metido la pata y…

—Eh… —suelta Azúcar. Entonces carraspea para aclararse la garganta y…—. He encontrado los guantes de Mapas.

Todos guardamos silencio y nos volvemos hacia ella. Y, en efecto, ahí está, de pie frente a la tienda de campaña, sosteniendo mis guantes en alto con la mano izquierda.

—*¿Qué?* —pregunta Joe.

La veo tragar con fuerza y bajar la mirada hacia el suelo.

—Estaban enrollados dentro de mi saco de dormir —lo dice lento pero deliberadamente.

Joe se queda mirándola fijamente. Después se vuelve hacia mí. Y por último hacia Rey. Pero todos bajamos la mirada hacia nuestros pies.

—No lo sabía —continúa Azúcar—. Sinceramente, no tengo ni idea de

cómo han podido llegar hasta ahí. No los estaba escondiendo, lo juro. Y he sacado todas mis cosas de la mochila antes para buscarlos, pero no se me había ocurrido la posibilidad de que pudiesen estar *dentro de*…

Joe está furioso.

—¿Los guantes son una de vuestras herramientas más importantes y no se os ocurrió a ninguno la idea de buscar a fondo por todas partes, de revolver todo vuestro maldito campamento hasta encontrarlos? ¿Ni tampoco se os ocurrió el volver atrás a un puesto de reabastecimiento para tomar otro par nuevo?

Nadie dice nada y Joe se vuelve de nuevo hacia mí.

—No quería retrasarnos volviendo atrás —repongo—. No quería perder más tiempo. No ha sido culpa de nadie.

Joe permanece callado.

—Si quieres poner una queja o…

—No —le interrumpo—. No quiero.

Noto la mirada de Rey clavada en mi rostro. Sus irises oscuros cambian de tono y se retuercen al observarme y no puedo evitar sentirme un tanto… rara.

Joe parece *decepcionado* antes de señalarme.

—Cúrate esas manos. —Después señala a Rey—. *Sígueme*.

En cuanto Rey y Joe desaparecen por el camino, la tensión vuelve a cargar el ambiente.

Libros mete la mano en su mochila y saca el botiquín de primeros auxilios.

—No tenías por qué haber hecho eso —me dice.

—Lo *sé*.

—Las prácticas de Rey…

Lo interrumpo antes de que pueda decir nada más, porque no quiero que me lo recuerde.

—Lo sé.

Libros alarga las manos hacia las mías, pero Azúcar le quita el botiquín de las manos.

—Espera. Déjame ayudarte.

—No, no pasa nada —le digo, mientras alargo las manos hacia el botiquín para arrebatárselo.

Pero ella se aparta de mí a toda velocidad y me indica con firmeza que me siente.

—Azúcar. No pasa nada.

—Vale. —Pero no me mira cuando lo dice y lo suelta con demasiada delicadeza, casi triste.

Tomamos asiento sobre un tronco caído, con nuestras piernas pegadas. Entonces toma mi mano y la coloca sobre su regazo antes de sacar el mismo líquido transparente que Libros usó para limpiarle la herida a Junior, pero no me advierte antes de esparcírmelo sobre la piel magullada con la ayuda de un algodón.

—¡Mierda! —Escuece muchísimo y trato de retirar la mano por instinto, pero ella me agarra de la muñeca con fuerza.

—No es para tanto —murmura—. Junior no se quejó tanto. —Azúcar respira hondo y me suelta la muñeca—. Lo siento —murmura antes de sacar la crema del botiquín—. Mapas, yo…

Me quedo en silencio, a la espera de que me mire a los ojos.

—No siento haberte sujetado la mano. Siento mucho lo de los guantes. No sabía que los llevaba en mi mochila. Lo juro, no lo sabía. —Entonces vuelve a bajar la mirada hacia nuestras manos y me pasa el algodón con el gel transparente por las heridas con delicadeza.

—No pasa nada —respondo, porque decirle «te perdono» no sería lo correcto, ni tampoco decirle que «lo entiendo».

—Sé que probablemente creas que estaba siendo una imbécil contigo… —Respira hondo. Noto cómo el aire que suelta por los labios se desliza sobre mi piel herida—. Y supongo que lo he sido. Pero no lo habría sido si… —Se queda callada, y me doy cuenta de que le está costando encontrar las palabras para expresar lo que quiere decir—. Estaba… enfadada y por eso solo… seguí como si nada. A ver, sabía perfectamente que estaba siendo poco razonable, pero supongo que decidí seguir cavando mi propia tumba y ya de perdidos al río. En mi casa a veces siento como que todo el mundo espera que sea yo quien haga algo. Que sea yo la que siempre tenga la respuesta para todo o… no sé cómo explicarlo. Y odio esa sensación. Odio que en realidad nadie me esté pidiendo que haga nada, pero que, aun así, esperen que haga algo al respecto. Así que supongo que a veces me vuelvo un monstruo, como antes, que casi me he lanzado a tu cuello cuando me has pedido que mirase en mi mochila.

Me quedo observando a Azúcar, que no aparta los ojos de mi mano y me rehúye la mirada mientras me cura. Supongo que el recorrido nos ha puesto a todos un tanto de los nervios. Porque aquí nuestro pasado no importa, aunque sigas arrastrándolo a tus espaldas. Es como tu mochila: no puedes irte sin ella, aunque pese muchísimo y te ralentice.

—A veces yo también me vuelvo un monstruo —le confieso.

Eso le hace alzar la mirada hacia mí.

—Yo podría haber dicho que teníamos que volver a buscar otros guantes. Pero fui una cabezota y opté por trabajar sin ellos. Puedo hablar por mí misma. No pasa nada, Azúcar.

—Vale, Mapas. —Echa un vistazo a mi espalda y esboza una pequeña sonrisa—. La próxima vez. La próxima vez prometo no volverme un monstruo.

—Yo también, lo prometo. —Le doy un suave golpe en el hombro.

Azúcar sonríe y me envuelve la mano con una delgada gasa.

—¿De qué crees que estarán hablando? —me pregunta antes de señalar con un gesto de la cabeza hacia Rey y Joe… al mismo tiempo que Rey nos rehúye la mirada.

Me encojo de hombros.

—Lo más probable es que sea de lo de las prácticas.

Azúcar suspira con pesar.

En cuanto acaba de curarme, alzo ambas manos para inspeccionar las vendas.

—¿Esta es tu forma de decirme que te arrepientes? —le pregunto con una sonrisa.

Ella niega con la cabeza.

—No. Solo la gente que se ha rendido se arrepiente.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho?

—Porque quería arreglar las cosas. —Y dicho eso se pone de pie, antes de que yo pueda decir nada—. Es mejor esto que una disculpa.

15

Joe no se marcha.

Se queda a verme montar las tiendas de campaña. Se agacha junto a Junior mientras este enciende la hoguera. Se come la comida que prepara Azúcar como si fuese un crítico gastronómico.

—Solo son frijoles y arroz —le dice Azúcar—. Deja de mirarlos como si estuvieses deseando que se convirtiesen en un filete.

Joe alza la mirada de su bol y se vuelve hacia ella.

—Soy vegetariano —responde.

Por la mañana, Joe todavía sigue aquí. Azúcar comprueba que la hoguera esté totalmente apagada bajo su atenta mirada. Libros cuelga nuestro equipo en su mochila y Joe se lo queda mirando fijamente. Junior recoge toda nuestra comida, cerrándolo todo al vacío, y Joe niega con la cabeza lentamente. Rey vuelve de lavarse los dientes en el río y se queda mirando a Joe por un momento, a la espera de que se ponga a gritarle o que le reproche lo que quiera que haya hecho mal esta vez.

Pero Joe no hace nada.

Se queda ahí de pie, con las manos en la cintura. Yo me encargo de recoger las tiendas de campaña, doblarlo todo y guardarlas en mi mochila, y las dos telas de nailon producen un siseo que ya he aprendido a reconocer y que me resulta hasta reconfortante al deslizarse la una sobre la otra. Estoy ignorando a Joe descaradamente. Si quiere gritarme, va a tener que hacerlo esté nerviosa o no.

—¿Siempre es así? —Está de pie a mi lado mientras recojo el resto de mis cosas y lo guardo todo en mi mochila.

Mis guantes están en el suelo junto a mis pies.

—¿Así, cómo? —le pregunto.

Joe barre el claro con las manos, señalándonos a todos, y frunce el ceño.

—Así. Silencioso y… lo que quiera que sea esto.

Me levanto y respiro hondo.

—Sí. ¿Cómo se supone que debería ser si no?

Joe niega con la cabeza.

—Desde luego, así no.

—Bueno, tú no estás aquí todos los días con nosotros, así que, si no te gusta… márchate. Estoy segura de que habrá otro equipo que esté deseando que vayas a ver cómo trabajan.

Joe frunce el ceño con fuerza.

—Este camino es importante para mí, ¿lo sabías? No se lo asigné a los Amarillos porque quería que a quien se lo encargase se lo tomase en serio. No se lo asigné a los Rojos porque quería que quien lo recorriese lo respetase como se merece. No se lo asigné a los Verdes porque… bueno, porque lo más probable era que se perdiesen. Lo que estoy queriendo decir es que os lo asigné a vosotros porque este camino *significa* algo.

Nos está hablando a todos, pero no ha apartado la mirada de mí en ningún momento.

Porque yo sé por qué significa tanto para él. Todavía recuerdo que esta era la ruta favorita de mi padre, y la suya también.

—Sé que puede parecer que os estoy castigando, pero no es así. Confío en vosotros. —Joe niega con la cabeza.

Tengo que hacer a un lado la sensación de haberle decepcionado. Porque Joe no tiene derecho a sentirse decepcionado conmigo. Joe no tiene derecho a convertirse en otra persona más a la que he fallado.

Nos quedamos todos observando atentamente cómo recoge sus cosas y se echa la mochila a la espalda.

—Tan solo… tan solo tratad de *hablar* los unos con los otros. Las palabras son la solución a más problemas de los que creéis.

En vez de despedirse o de darnos indicaciones sobre lo que deberíamos hacer a continuación, se da la vuelta y se encamina hacia el camino por el que hemos venido, antes de alzar la mano para despedirse de nosotros con un gesto. En cuanto desaparece bajo la loma de la colina, los cinco nos volvemos a poner manos a la obra, volvemos a darnos la espalda los unos a los otros y retomamos la tarea de recoger todas nuestras pertenencias, asegurándonos de no dejarnos nada atrás.

Cuando me pongo de pie, me encuentro a Azúcar esperando frente a mí,

tendiéndome las manos.

—¿Qué tal llevas las heridas? —me pregunta, antes de tomarme las manos y presionar levemente las vendas.

—Bien. —Es mentira. Me duelen y daría lo que fuese por tomarme ahora un analgésico que aliviase el dolor, pero Libros y Rey llevan juntos toda la mañana, con el ceño fruncido, y la herida de Junior ha empeorado, aunque no pare de decir que se encuentra mejor.

—Se supone que tenemos que hablar, usar nuestras palabras. —Azúcar me suelta las manos antes de volverse hacia Rey y gritar—: ¡Rey! ¿Le has preguntado a Mapas qué tal lleva las manos?

Rey guarda silencio, pero se vuelve hacia mí. Y algo demasiado parecido al arrepentimiento le surca la mirada. Casi hasta me siento mal por él. Pero no puedo dejar de escuchar su voz repitiéndome una y otra vez que soy una «descuidada».

—Mapas —dice Rey lentamente—. ¿Qué tal tus manos?

Chasqueo la lengua.

—Igual que hace treinta segundos.

Rey se vuelve hacia Azúcar y la fulmina con la mirada, y yo no puedo evitar poner los ojos en blanco al tiempo que me cuelgo la mochila a la espalda.

—Nos vamos —nos dice Libros—. Lo que quiera que esté pasando aquí puede seguir mientras caminamos.

Durante nuestra primera parada para descansar, Rey me vuelve a preguntar por mis manos, pero lo ignoro. En nuestra segunda parada me ofrece su cantimplora cuando se da cuenta de que a la mía no le queda mucha agua. Pero yo me acerco a Junior y le pregunto si me podría dar un poco de agua. Mientras estoy cavando una zanja, Rey se ofrece a ayudarme, y entonces exploto.

—No necesito tu ayuda. —Me doy cuenta de lo petulante que sueno, pero en este momento me da absolutamente igual.

—Pues parece que sí que la necesitas —replica él. Pero después de eso deja de preguntarme por mis manos. En cambio, nos pasamos todo el día saltando el uno contra el otro. Él se queja de dónde dejo la montaña de basura que he apartado del camino. Yo me quejo de lo mucho que tarda en cortar una rama.

Y entonces vemos el árbol tensionado.

Aunque esta vez no es solo uno: son tres, juntos.

Un árbol enorme se ha caído de tal forma que ha dejado atrapadas las copas de otros tres más pequeños contra el suelo. A primera vista no *parecen* peligrosos, pero por todos los vídeos de seguridad que nos han obligado a ver, sé que en realidad sí que lo son.

—Mierda —refunfuña Libros—. Tenemos que… —Saca un folio—. Tenemos que ocuparnos de esto.

Y entonces algo cambia por completo en nuestra dinámica de grupo, es como si la tensión que están teniendo que soportar esos tres árboles se apoderase de todo.

Rey nos explica de nuevo los peligros que puede acarrear el liberar esos árboles del tronco que los mantiene presos. Nos describe las lesiones posibles que podríamos sufrir en caso de que esto saliese mal, y entonces es como si alguien nos hubiese lanzado una bomba y todos estuviésemos esperando a que explotase en cualquier momento.

—Tenéis que serrarlos desde abajo —les comenta Azúcar.

Los tres chicos se vuelven hacia ella como un resorte.

—¿Cómo? —le pregunta Libros.

—Que tenéis que cortar por aquí. —Señala la altura donde se dobla uno de los troncos—. Un pequeño corte aquí, poco profundo, pero lo bastante como para que no rebote al soltarse, y después varios pequeños cortes desde ahí hasta la base. Y tenéis que hacerlo los tres a la vez, para que el árbol caído no salga disparado.

Libros la observa con el ceño fruncido.

—¿Cómo sabes eso?

Azúcar los observa como si acabasen de hacer la pregunta más estúpida del mundo.

—Es cuestión de física.

Y dicho eso se coloca a un lado de los árboles y los va guiando mientras los chicos se encargan de serrar los troncos tal y como los indica, yendo todos a la vez. Los brazos de Junior, Libros y Rey se tensan mientras trabajan al unísono. Pero Rey va un poco más lento que el resto.

—Rey tienes que ir más rápido —le digo.

Él no levanta la vista en ningún momento. Todos se echan hacia atrás y observan atentamente cómo la madera cruje y se astilla antes de volver a

empuñar la sierra. Pero Rey sigue yendo demasiado lento y eso está haciendo que el tronco que mantiene atrapadas las copas de los tres árboles se esté levantando levemente por un lado más que por otro.

—*Rey* —le advierto.

—Cállate —gruñe sin mirarme.

—Ten cui…

Y entonces el árbol que estaba cortando Libros se parte en dos con un sonoro crujido. Los otros dos árboles crujen al levantar el tronco enorme del suelo, como si fuesen una catapulta que se mueve a cámara lenta. El árbol de Junior se cae a un lado con un ruido sordo y entonces…

Alguien grita. ¿Azúcar? ¿Libros? El árbol que estaba cortando Rey cruje y se astilla en cuestión de segundos. Y soy plenamente consciente de que me encuentro en medio. Que si ese árbol sale disparado, me golpeará directamente en la cabeza, pero me he quedado helada y no consigo moverme. Los ojos de Rey se encuentran con los míos y, en cuestión de segundos, coloca un pie contra el tronco del árbol y lo presiona con fuerza mientras sierra.

Los tres árboles se caen y los troncos rebotan cuando conseguimos liberarlos de la tensión que los mantenía atrapados, y todo el mundo salta hacia atrás para apartarse antes de que puedan golpearlos.

—*Mierda* —suelta Junior, pero es un «mierda» aliviado.

Libros niega con la cabeza, sin apartar la mirada de Rey, que sigue con la respiración acelerada.

—¿Cómo se te ocurre poner el pie en el tronco del árbol?

Rey deja caer la sierra al suelo.

—Ese maldito árbol… No estaba pensando. —Se pasa una mano por la cara, agitado—. Y Mapas no dejaba de gritarme.

Lo observo boquiabierta y frustrada.

—Es que no lo estabas cortando lo bastante rápido y…

—¡No soy un robot, Mapas! No puedo cronometrarlo todo al milímetro.

—¡Puede que no, pero podrías haberlo intentado al menos!

Y entonces lo veo acercarse a mí, enfadado.

—¿Que podría haberlo intentado? ¿Yo? ¿Y qué hay de ti? Si ese árbol se soltaba iba a rebotar directo hacia ti y tú… ¿te has quedado ahí parada?

—¡Eso no es verdad! —Ni siquiera yo me lo creo, porque en ese

momento, cuando el tronco del árbol ha comenzado a crujir y estaba a punto de salir disparado hacia mí, sí que me he quedado totalmente helada.

—Mapas —me llama Libros—. Deberías estar dándole las gracias.

—*¿Cómo?* —espeto.

—Podría haberse hecho mucho daño. —Y entonces baja un poco la voz y añade—: Y todo porque es un maldito idiota.

—Solo estaba tratando de ayudar. —Pero incluso yo me doy cuenta de lo estúpida que sueno. Aprieto los labios con fuerza y no puedo evitar preguntarme cuántas veces más me voy a equivocar. Cuánto tardarán en entenderme de una vez.

Rey aprieta los dientes con fuerza y se acerca a mí hecho una furia.

—Pues no estás ayudando en nada —me gruñe.

Y entonces Azúcar se interpone entre nosotros.

—¿Pero qué diablos os pasa?

Pero Rey y yo somos como dos soldados de bandos opuestos, disparándonos sin parar, hasta que uno de los dos acabe muerto.

Después de eso retomamos nuestra ruta, pero no llegamos muy lejos antes de encontrarnos con una pequeña bifurcación. Está claro que el sendero más estrecho es el menos transitado.

Rey señala ese mismo camino.

—Este se termina encontrando con el otro sendero, así que… —Se vuelve hacia Junior—. Tú, conmigo, y Azúcar y Mapas, con Libros.

Acabo de dar un paso hacia el camino más ancho cuando Libros me detiene.

Le veo respirar hondo y volverse hacia Rey.

—Creo que deberíais ser Mapas y tú quienes os encargaseis de ese camino.

—¿Qué? —le pregunto—. ¿Por qué?

—Porque… —Libros carraspea para aclararse la garganta—. Siempre estáis peleándoos y el ambiente está demasiado enrarecido con vosotros dos juntos. Y, sinceramente, al resto no nos vendría nada mal un maldito descanso.

Junior asiente.

—Estoy de acuerdo con Libros.

—Pues claro que estás de acuerdo con él —suelto, en un murmullo, pero

sé que Junior me ha oído porque me observa con los ojos entornados.

—Sinceramente, yo también estoy de acuerdo con ellos. Un descanso nos vendría genial —repone Azúcar.

—¿Así que te vas a ir con ellos? ¿Para poder descansar? —le pregunto, incrédula.

Azúcar señala a Libros y a Junior con la mano.

—Prefiero sus estupideces a las vuestras.

Pero me lanza una mirada de lástima y entonces veo cómo Libros se acerca a Rey para susurrarle algo al oído, y Junior nos da una suave palmadita en el hombro a los dos para despedirse, antes de asentir y seguir a Libros por el camino ancho.

Y entonces Rey y yo nos quedamos solos.

16

Hasta dónde crees que llega este sendero?

Solo llevamos caminando unos minutos, pero los hemos pasado en completo silencio. Un silencio atronador y nervioso. Mi némesis. El silencio *y* Rey.

—No tienes por qué pasarte hablando cada segundo —responde.

Sí, sí que tengo por qué.

—Solo estoy intentando conocerte mejor.

Rey se vuelve a mirarme, claramente molesto, y la furia surge a oleadas del interior de su cuerpo.

—No quiero tener que responder a ninguna más de tus preguntas extrañas.

Se está portando como un capullo. A lo mejor si sigue comportándose así por fin consigo convencer a mi cerebro de chorlito de que Rey en realidad no es tan guapo. O de que no es tan hábil. O tan inteligente.

—Genial, porque tus respuestas son muy raras.

Rey saca su cuaderno de cuero y un bolígrafo. Ninguno de los dos dice nada durante un buen rato a menos que sea para señalar algo que nos encontremos por el camino. Como un derrumbe, o maleza, o algún daño por un incendio.

Para cuando llega la hora del almuerzo, el sendero comienza a cambiar. Los árboles empiezan a estar cada vez más juntos y sus copas llenas de hojas moteadas ocultan por completo el azul del cielo. Es como si… como si el mundo entero hubiese desaparecido y solo estuviésemos Rey y yo.

Rey pone una cara que me deja bastante claro que está sumido en sus pensamientos, la misma cara que siempre me hace aguardar expectante a que por fin rompa el silencio, a que diga lo que quiera que esté pensando.

Y eso acaba ocurriendo cuando está caminando delante de mí, bajo las copas de unos pinos altísimos.

—¿Por qué no le dijiste a Joe que sí que nos habías pedido que buscásemos en nuestras mochilas? —me pregunta.

Dejo que su pregunta se deslice entre nosotros sin respuesta alguna durante unos minutos.

—No lo sé. ¿Por qué no le contaste tú que no me había cerciorado de que el fuego estuviese totalmente apagado? ¿O por qué no le dijiste lo del paquete de tabaco que me quitaste?

—Porque no tenía nada que contarle. —Ni siquiera se vuelve a mirarme al decirlo—. ¿Lo has hecho para que pudiésemos estar «en paz»?

—¿Es que *tú* quieres que estemos en paz? —le pregunto.

Rey se detiene entonces de forma abrupta y me preparo mentalmente para no ponerme a gritarle como una loca en cuanto se vuelva hacia mí.

—Quiero saber por qué no se lo contaste a Joe.

Lo observo boquiabierta, pero no sé qué responderle. Porque yo tampoco estoy del todo segura del por qué.

—Tú hiciste exactamente lo mismo y en ese momento no le diste importancia. ¿Por qué no se lo contaste *tú*?

Rey me vuelve a dar la espalda.

—Buena pregunta.

Seguimos caminando, recorriendo el sendero cuesta arriba, sobre lo que parece la superficie abrasadora del maldito sol y Rey… ni siquiera parece cansado.

—Estoy *agotada* —gimo mientras lanzo mi mochila a un lado y me tumbo encima, al mismo tiempo que Rey vuelve a sacar su cuaderno—. Jamás comprenderé por qué la gente hace deporte por placer.

—Es por las endorfinas. —Rey no se vuelve a mirarme, sigue con la vista clavada en el tronco del árbol del que está tomando notas.

—Bueno, pues supongo que debo de estar rota, porque yo de eso seguro que no tengo.

—Todo el mundo tiene endorfinas. —Entonces sí que se vuelve de nuevo hacia mí—. Bebe agua.

Quiero discutir, pero incluso yo me estoy empezando a cansar de mí misma.

Rey se quita la mochila. El sudor le ha empapado la espalda de la camiseta y sé que lo más probable es que la mía tenga el mismo aspecto,

porque llevo todo este rato tratando de seguirle el ritmo. Nos sentamos sobre nuestras mochilas y nos concentramos en rehidratarnos antes de seguir.

Rey se llena la boca de agua antes de tragar.

—Te terminas acostumbrando al calor y a no dejar de caminar.

—¿Es que tú te has acostumbrado?

Le da otro largo sorbo a su cantimplora y por un momento me da la impresión de que va a ignorar mi pregunta, pero entonces responde:

—A veces. El tener que trabajar en el sector de la construcción es duro. Así que tu cuerpo se acaba acostumbrando.

—No quiero trabajar nunca en el sector de la construcción, entonces.

—Y nunca vas a tener por qué trabajar allí. Vas a ir a la universidad.

Existe una sensación extraña que te baja por la espalda cuando alguien te recuerda indirectamente que has estado mintiéndole a todo el mundo. Una especie de corriente eléctrica que te recorre de la cabeza a los pies. Como si el pánico que te sobrecoge se transformase en una sensación física. Te obliga a esforzarte todo lo que puedas por mantener ese pánico a raya y a poner la cara que pondría alguien que hubiese dicho la verdad para que nadie se dé cuenta de que has estado todo este tiempo mintiendo.

—Cierto —repongo, en tono uniforme.

—Y vas a unirte a una hermandad. —La manera en la que lo ha dicho me deja bastante claro que no le hacen ninguna gracia las hermandades.

Me pongo de pie y me sacudo la arena y el polvo que se me ha quedado pegado en los pantalones.

—Deberíamos seguir.

Y dicho eso reemprendemos nuestra ruta, pero mi cabeza no puede dejar de darle vueltas y vueltas a mi mentira.

—En realidad no quiero ir a la universidad —le confieso. Se supone que eso debería ser mentira, pero en realidad no siento que sea así. Me siento como si hubiese sacado esa verdad de lo más profundo de mi subconsciente, del rincón más recóndito y oscuro de mi mente.

Rey guarda silencio.

—Cuando era pequeña, solía pensar que llegaría el día en el que mis padres me llevasen a la universidad, como en las películas, y que mi madre lloraría y mi padre tendría que arrastrarla de vuelta al coche después de despedirse y pedirme que no me olvidase de llamarles de vez en cuando.

Después se despedirían de mí con un gesto de la mano y yo fingiría que me están avergonzando cuando, en realidad, lo que más desearía sería que no me dejasen allí sola, que se quedasen a mi lado. Y, cuando viese su coche alejarse por la calle, mi padre se volvería para verme por última vez y tendría los ojos anegados en lágrimas… y entonces me habría convertido en una adulta de pies a cabeza. —Entonces me doy cuenta de que, en algún momento, la tristeza me ha impregnado la voz.

Pero no me aclaro la garganta porque no quiero que sepa que este sueño que acabo de compartir con él en realidad me ha roto en mil pedazos al decirlo en voz alta. No le confieso que mi padre ya jamás podrá acompañarme a la universidad para después despedirse de mí con los ojos llorosos. Porque esto es solo eso, un sueño.

—Que le den a la universidad.

Si Rey se ha fijado en el deje triste que ha cobrado mi voz, no dice nada.

—No es así como nos volvemos adultos —responde.

Aguardo a que me pregunte qué es lo que tengo pensado hacer entonces, pero se queda callado y seguimos caminando en completo silencio, mientras el sendero se desliza alrededor de la ladera de la montaña. Un lado es de roca escarpada y el otro es de tierra rala, donde solo crecen unas pocas plantas que no necesitan demasiada luz solar para sobrevivir. El valle se abre a nuestros pies, prácticamente cubierto de rocas y peñascos, y el sendero se estrecha poco a poco hasta convertirse en una angosta pasarela.

Y entonces es como si las montañas que nos rodean comenzasen a juntarse lentamente, formando un estrecho desfiladero por el que a duras penas se puede caminar. No estoy segura ni de si vamos a poder pasar por allí y estoy preparándome mentalmente para decirle a Rey que deberíamos darnos la vuelta cuando él se me adelanta.

—Vamos a tener que pasar de lado —comenta, mientras se quita la mochila.

—¿Cómo que vamos a seguir por ahí? —le pregunto.

—Sí, no nos queda otra, este es el único camino que tenemos y solo si seguimos por aquí podremos reunirnos con los demás —responde, y entonces comienza a caminar de lado por el angosto sendero. Rey lleva su mochila en una mano, arrastrándola por el suelo, y lo veo tirar de ella con fuerza cuando se engancha al alcanzar las partes más estrechas del desfiladero. Y, cuando llega al otro lado, se vuelve hacia mí.

Y me pide con un gesto de la mano que le siga.

Mierda.

Me quito la mochila y me dispongo a recorrer el estrecho sendero, caminando de lado como si fuese un cangrejo. Me cuesta respirar y tengo el pecho pegado a la pared de piedra de enfrente. Doy un paso más, y otro, y después me giro hacia atrás, para comprobar que mi mochila no se ha quedado enganchada. No sé en qué momento me doy cuenta de que no puedo girarme, pero, por algún motivo, en cuanto lo descubro me echo a temblar. Tiro de mi mochila con fuerza, pero no consigo liberarla y no puedo… no puedo, no puedo.

Estoy atascada.

Y no puedo respirar. No hay oxígeno en el interior de este desfiladero y mi mochila no se mueve. Y yo no puedo moverme, y no puedo hacerlo.

—Oye. *Eh*. —Escucho a Rey como si me estuviese hablando desde debajo del agua.

—Estoy atascada.

Soy consciente de que me está hablando, pero no logro entenderle hasta que me vuelve a gritar.

—¡Oye! —Rey maldice. Y yo no puedo dejar de repetir que «no puedo hacerlo». Una y otra vez. Mierda. No sé si he cerrado los ojos o si me he quedado ciega.

Siento su cálida mano sobre mi hombro.

—Eh. Mapas, oye. Mírame.

No estoy mirando a Rey. Y no puedo hacerlo. Tengo los ojos cerrados.

—Respira hondo. *Mírame*.

Niego con la cabeza.

—Suelta tu mochila. A la mierda la mochila. —Noto cómo su mano se desliza con suavidad por mi brazo—. Sígueme, ¿vale? Céntrate en mi voz.

Alargo la mano hacia él y cierro los dedos alrededor de su brazo, aterrada por que vaya a abandonarme.

—No, no, no, no, no.

—Mapas. Estoy aquí. —Su voz es como una caricia y…

Le sigo.

Seguimos caminando y en lo único en lo que puedo pensar es en lo que siento al tener la mano pegada a su piel. Es lo único que me permite

deslizarme entre las ásperas paredes rocosas e ignorar la forma en la que me están raspando la ropa al caminar.

Y entonces, de repente, todo lo que me estaba manteniendo atrapada desaparece, y caigo hacia delante. No abro los ojos en ningún momento y todavía me cuesta un mundo respirar.

—Mapas. —Rey me abraza con fuerza. Noto cómo toma mis manos y las lleva a su pecho, justo sobre su corazón—. Respira conmigo. Una vez.

Noto cómo su pecho sube y baja lentamente bajo mis manos.

—Respira conmigo —repite, antes de tomar aire.

Le imito y juntos contenemos el aliento durante unos segundos. La camiseta a la que me estoy aferrando está cálida, con el calor que emana su cuerpo y el mío entremezclándose en la tela. Entonces Rey suelta el aire y yo le imito también.

Y otra vez. Y otra vez. Y otra vez.

Hasta que logro respirar sin tener que pensarlo.

—Cuando mi hermano se fue a la universidad, se marchó él solo. —Puedo sentir sus palabras reverberando en mi pecho—. No le acompañó nadie para ayudarle a mudarse o… Y tuvo que compartir habitación con otras cinco personas. Uno de sus compañeros de cuarto se llevó a toda su familia para que le ayudasen a desempaquetar todas sus pertenencias. Él me llamó por videollamada esa misma noche y yo supe nada más descolgar que estaba fingiendo, que en realidad sí que le había dolido que nadie le hubiese acompañado, aunque dijese lo contrario, pero…

Rey desliza una mano por mi espalda y la otra me sostiene las mías contra su pecho mientras me recorre el dorso con el pulgar.

—La universidad no te convierte en adulto, solo sirve para recordarte lo mucho que desearías no serlo. —Carraspea con fuerza.

Sus palabras se me quedan pegadas, y por un momento me muero de ganas por sacudírmelas de encima, pero decido asimilarlas, dejar que se me graben en la piel. Aunque quizás Rey solo esté tratando de distraerme. Tal vez.

—No pasa nada por que no quieras hacer algo que todo el mundo espera que hagas. —Guarda silencio durante unos minutos antes de añadir—: Yo quiero hacer las prácticas en Alaska. Hay mucha gente que se ha esforzado al máximo para asegurarse de que tuviese esta oportunidad, y todos esperan que lo consiga, y supongo que por eso debería sentirme agradecido. Y,

créeme, lo estoy, pero también me cabrea que tenga que estarlo. Porque siento que, aunque no paren de repetirme que esto es decisión mía, y en cierto modo lo parezca, a veces no siento que lo sea. —Niega con la cabeza —. Y lo peor es que sí que lo quiero hacer. Tengo *mil ganas* por hacer esas prácticas. Estos últimos días, mientras recorríamos este sendero, ha sido la primera vez en la que he sentido que de verdad soy bueno en algo. Pero también siento que se me da bien porque la gente no ha dejado de insistir en que de verdad soy bueno en esto, y en cierto modo siento que me están *regalando* esta oportunidad. Y todo porque no paran de repetirme que es un verdadero honor que Joe me haya recomendado para el puesto.

Tengo ganas de reír, pero me muerdo la lengua.

—Así es la vida. Una serie de decisiones que todo el mundo se empeña en decirte que son elección tuya y de nadie más cuando, en realidad, son solo expectativas y obligaciones camufladas.

—¿Qué es lo que te están obligando a hacer a ti? —me pregunta.

A superar mi duelo. A complacer a mi madre. A realizar este programa porque es el único modo de poder seguir adelante, de empezar de cero. Incluso aunque eso signifique que soy una chica problemática. Incluso aunque eso signifique que tendré que ir a la universidad en algún momento.

Porque seguir adelante con mi vida significa dejar a mi padre cada vez más atrás.

Abro los ojos lentamente y me doy cuenta de lo que parece. Rey y yo estamos sentados sobre el suelo de arenisca. Yo estoy prácticamente sentada en su regazo y él me está abrazando con fuerza. Una de sus manos está apoyada sobre las mías y tengo el rostro pegado a su pecho. Dejo caer los brazos a los costados.

Y un brillo que no logro comprender surca su expresión.

—Toma. —Me tiende su cantimplora y se recuesta contra la pared de roca.

Le sigo y nos quedamos sentados el uno al lado del otro, con nuestras piernas estiradas y totalmente pegadas. El calor y el peso de su cuerpo a mi lado me mantienen anclada al mundo real.

—¿Mejor? —me pregunta, con mirada sincera, mientras espera a que le responda.

Asiento con la cabeza.

—Sí —respondo, aunque me sale jadeante porque me falta el aliento.

—Así que… ¿no te gustan los espacios pequeños?

En medio de la quietud me doy cuenta de que quiero serle sincera.

—Supongo que no.

El que Joe nos dijese que esta es su ruta favorita supongo que ha acabado pasándome factura, ahora que sé qué es exactamente lo que se espera de mí, de nosotros. Sé que esto es importante para él, así como sé que estoy fallándole. Y, por lo tanto, también le estoy fallando a mi padre.

—Este no es mi sitio —admito—. Ni siquiera soy capaz de recorrer esta ruta.

Rey suelta una carcajada suave.

—Eso no es verdad.

—No tienes por qué decir eso para hacerme sentir mejor. Debería haber vuelto al campamento con Joe.

Rey se muerde el labio inferior.

—¿Quieres saber en qué pensé cuando Joe dijo que tenías que volver al campamento con él? Pensé… —Alza la mirada hacia el cielo, como si le diese vergüenza admitirlo en voz alta—. Pensé: «No puede irse. Este es su sitio».

Contengo el aliento porque me da miedo que, si respiro, este momento desaparezca. Y esto… Esto es lo más cerca que he estado en mucho tiempo de creer que quizás sí que pueda haber algo más. De que Rey reconozca que él también siente esta misma electricidad que siento yo recorriéndole la piel, la misma que le oscurece de vez en cuando la mirada.

Y, si esto no es real… tampoco quiero que este espejismo se esfume.

—Me daban igual mis prácticas o cómo de heridas tuvieses las manos. Lo único en lo que podía pensar era… —Aprieta los labios con fuerza y niega con la cabeza—. Creo que este sendero sí que es tu sitio, Mapas.

Tironeo de un hilo suelto del dobladillo de mi camiseta, como si eso fuese a mantenerme presente en este momento. El mismo instante en el que siento cómo el suelo bajo nuestros pies se tambalea.

Rey se humedece los labios.

—Cierra los ojos.

No es una pregunta.

—¿Qué?

No me lo explica, tan solo lo repite de nuevo.

—*Cierra los ojos.*

En cambio, los pongo en blanco, pero Rey me observa con tanta intensidad que al final termino haciéndole caso. Espero, siendo demasiado consciente de que Rey está sentado a mi lado, haciendo solo Dios sabe qué.

Al final, rompe el silencio.

—Respira hondo.

Eso hago. Y mi pecho sube y baja lentamente con el gesto.

—Otra vez.

Lo hago tres veces más. Poco a poco la sensación de inquietud va desapareciendo y me quedo a solas con mi propio silencio, así como con la calma que se desliza entre los árboles. El aroma a tierra, a pino y a naturaleza. El piar de los pájaros que sobrevuelan las copas de los árboles que se ciernen sobre nuestras cabezas. El sonido de mi propia respiración calmada, inhalando y exhalando lentamente.

—Mi abuela solía pedirme que cerrase los ojos cuando tenía que decirle la verdad. Decía que, cuando cierras los ojos, es como si estuvieses hablando contigo mismo. Y por eso siempre elegimos decir la verdad con los ojos cerrados, porque, si no lo haces, es como si te estuvieses mintiendo a ti mismo.

Aquello casi me hizo abrir los ojos. Casi, pero entonces Rey siguió hablando.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Sí, estoy bien. Eso es lo que quiero responder, de lo que me quiero convencer incluso a mí misma. A todo el mundo. Quiero mentir y repetir que estoy bien cientos de veces hasta que esa mentira se convierta en verdad. Pero no es eso lo que surge de entre mis labios.

—No. —Guardo silencio durante unos segundos antes de añadir—: Mi padre murió. —El decirlo en voz alta hace que duela más de lo que pensaba, pero, a la vez, es un dolor menos… punzante de lo que esperaba.

Rey no dice nada.

—Solía tener pesadillas en las que salía él encerrado en un ataúd, lo que además es una estupidez, porque lo incineraron. Solía despertarme cada noche gritando y me tenía que recordar que estaba siendo ridícula, pero después me imaginaba su cuerpo metido en uno de esos cajones de la morgue o en la incineradora, y sé que esto va a sonar asqueroso, pero no

podía dejar de imaginarme a mí misma en esos mismos sitios, sentía que estaba perdiendo la cabeza y… odio los espacios pequeños. No hay aire o… —Me paso la mano por el pecho, frotándomelo con fuerza, como si de ese modo fuese a poder sentir mis pulmones bajo las palmas de mis manos, y entonces abro los ojos.

Le he dado más de una oportunidad a Rey para decirme que estoy siendo ridícula o para reprocharme el haberle mentido, a él, a todos, pero se limita a mirarme fijamente… y me pregunto en qué momento esa misma mirada se transformará en un arma o en lástima. Eso es lo que siempre ocurre cuando le hablo de mi padre a alguien.

—Sé que te dije que mis padres estaban viajando por Europa, pero… —¿Pero qué?—. Te mentí, y lo siento…

¿Lo siento? Ni siquiera sé cómo me siento al respecto. Aguardo a que se apiade de mí y a que me libre de tener que confesar todo lo demás en lo que he mentido, pero Rey se limita a observarme atentamente, con paciencia. Como si estuviese esperando a que siga hablando.

—Mentir me resultaba mucho más sencillo que decir la verdad. De ese modo me aseguraba que la gente me haría menos preguntas. Y estoy bien. Normalmente ni siquiera pienso en ello. —*Mentira*—. Y hay mucha gente que tiene claustrofobia, ¿no? Es como al que le da miedo las alturas.

Ya estoy mintiendo otra vez. Rey guarda silencio, y no sé si me estoy imaginando el brillo disgustado en su mirada.

Se remueve y sus piernas se pegan aún más a las mías.

—No pasa nada por estar triste.

—No estoy triste. —Trago con fuerza. El dolor me ha formado un nudo en la garganta y me da sensación de estar a punto de vomitarlo—. Bueno, sí que estoy triste, pero, a la vez, no lo estoy, estoy… bien. —Carraspeo—. Estoy bien.

—No tienes por qué estarlo —repone con seriedad, y su expresión no cambia en ningún momento—. Puedes estar lo que quieras estar.

No sé qué decir. Desde que mi padre enfermó dejé de sentir nada. Mi madre siempre insiste en que tengo que aprender a controlar mis emociones, porque le aterra que estas puedan convertirse en algo incontrolable o, peor aún, que le puedan hacer sentir *algo a ella*.

Pero Rey me observa sin expectativas, como si de veras no importase

cómo fuese a reaccionar. Es extraño, sobre todo cuando todos los demás siempre me están diciendo lo que debo o no sentir, o lo que debo decir o callar, o cómo debo comportarme.

—¿Por eso le has dicho a todo el mundo que tus padres estaban en Europa?

—Nadie de mi familia ha estado nunca en Europa. —Me muerdo el labio inferior—. Es solo que yo no… la gente siempre pregunta lo mismo cuando se entera; ¿cómo murió? Como si el saberlo fuese a hacerlos sentir mejor.

Rey no parece molesto ni enfadado. Es como si se estuviese aprovechando del silencio para pensar.

—¿Quieres hablarme de él? —me pregunta después.

Todavía hay algunas piezas del rompecabezas que era mi padre que me gusta mantener guardadas bajo llave en lo más profundo de mi corazón, y solo las saco para echarles un vistazo cuando sé que es seguro. Cuando estoy a solas. Pero. Una pequeña parte de mí quiere compartir esas piezas con Rey, porque él no conocía a mi padre, y a sus ojos puedo pintarle con los colores que yo quiera.

Así que eso es lo que hago. Le hablo de las historias que solía relatar, de lo mucho que le encantaba conocer gente nueva y de la forma en la que siempre estaba interrogando a todo el mundo, pregunta tras pregunta, para poder descubrir todo lo que pudiese sobre esa persona. Le hablo de cómo solía cantar sus canciones favoritas cuando las ponían en la radio, con las ventanas del coche bajadas, y le hablo de la vez en la que vino a buscarme al colegio con solo el albornoz puesto para castigarme por haberme saltado clases.

Y también le hablo de los detalles más pequeños. Como de lo mucho que le gustaba leerme un cuento todas las noches antes de dormir, o como cuando se reía, su risa ahogada a penas se podía oír.

Y no lloro porque no quiero. Porque siento que, al contárselo todo a Rey, no tendré por qué volver a preocuparme de que me tenga lástima. Porque estos recuerdos son solo eso. Recuerdos.

Cuando alzo la vista hacia su rostro, Rey no sonríe, pero tampoco tiene el ceño fruncido.

Me paso las manos sudorosas por los muslos, limpiándomelas en la tela de los vaqueros.

—Lo siento, he hablado demasiado.

Él asiente y respira hondo.

—Quizás deberíamos seguir.

Me recuesto sobre la pared de roca y me muerdo la mejilla por dentro. ¿Cuánto llevamos aquí sentados, perdiendo el tiempo? ¿Vamos muy retrasados? Le tiendo su cantimplora y entonces me doy cuenta de que me la he bebido casi entera.

Aunque haya sido él quien haya estado callado para dejarme hablar, me siento avergonzada. Porque le he contado demasiadas cosas cuando él tan solo me ha pedido que le hablase de mi padre para distraerme.

Asiento con la cabeza.

—¿Se lo vas a contar a Joe? —le pregunto.

—¿Contarle el qué?

—Lo de… —Señalo la pared rocosa con la mano—. Mi ataque de pánico.

Rey me mira fijamente a los ojos de nuevo.

—No pasa nada por que te dé un ataque de pánico.

—Para ti es muy fácil decirlo. —Sueno hundida, apenada.

—En realidad, no. Creo que es una mierda que te digan lo que tienes o no que sentir, y es como si estuvieses esperando a que yo también te diga qué es lo que se supone que debes sentir al estar pasando por un duelo.

—Lo que se supone que debo sentir al estar pasando por un duelo —repito—. Sí, a nadie le importa demasiado lo que sienta siempre y cuando haga todo lo que esperan de mí. Y siempre y cuando no cause *problemas*.

—A veces lo único que puedes hacer para que la gente empiece a tomarte en serio es causar problemas. —No añade nada más, pero comprendo perfectamente lo que me está queriendo decir, aunque no lo haya dicho en voz alta. A veces hace falta gritar para que alguien te escuche.

—¿Y tú sueles dar muchos problemas? —le pregunto. En parte siento que debería explicar a qué me refiero con eso. Que debería definir lo que quiero decir con «dar muchos problemas». Porque existen muchas formas de darle problemas a la gente que te quiere, y quiero explicarle que no estoy queriendo decir que sea problemático, porque a mis ojos no lo es.

Rey frunce el ceño y me observa como si estuviese tratando de decidir algo.

—No estoy aquí por elección propia. O, al menos, el año pasado no lo estuve. Me condenó un juzgado a venir a hacer servicios comunitarios. —

Rey alza la mirada hacia mí antes de añadir—: Así que, sí, supongo que sí que suelo dar muchos problemas.

Es una respuesta sencilla, como si fuese un apodo que le adjudicaron hace tanto tiempo que ya ha pasado a ser una segunda piel. Como un tatuaje en tinta negra o los prejuicios de un desconocido. Y no puedo evitar sentir que Rey me acaba de entregar algo muy valioso. Pero, cuando me pongo a analizar sus palabras, me doy cuenta de que en realidad no quieren decir nada.

—Yo también —le digo.

Rey y yo.

Los niños malos.

17

A veces pienso en mi madre.

La veo de pie delante del espejo de su dormitorio, probándose toda la ropa que tiene en el armario, como si estuviese buscando algo muy concreto. Como una pirata en busca de un tesoro perdido. Normalmente se solía pasar las manos por los costados o por las piernas y yo me quedaba observándola a un lado mientras ella se transformaba.

—La ropa te permite ser cualquier cosa —solía decir. Era como si la tela le otorgase superpoderes. Como si estuviese imbuida de magia. Como una oruga creando su crisálida para transformarse en mariposa.

Entonces mi padre solía entrar en la habitación y se recostaba contra el marco de la puerta con una sonrisa de oreja a oreja que era solo para ella. Y, cuando ella se volvía hacia él, cuando sus miradas se encontraban, entonces era cuando se transformaba de verdad. Cuando la mariposa salía de su crisálida y extendía las alas.

Bajo la mirada hacia el dobladillo de mis pantalones cortos y me fijo en que se me han rasgado a la altura del muslo. Y la rotura parece estar yendo a peor. Meto el dedo por el agujero deshilachado. Estos pantalones cortos se acabarán rompiendo más pronto que tarde y ya no podré volver a ponérmelos, por lo que solo me quedarán dos pares más.

Me pregunto en qué me transformará esta ropa.

Una sombra se desliza sobre mi cabeza y, cuando alzo la mirada, veo a Rey.

Desde que nos reencontramos con los demás, hemos estado buscando constantemente la compañía del otro.

Hemos dejado de pelear o de meternos el uno con el otro, pero no hemos vuelto a *hablar*. Rey ha estado haciendo otra cosa completamente distinta.

Prestándome atención.

Cuando me ve cojear, me tiende sin mediar palabra una crema para el

dolor. O cuando me ve montando las tiendas, me deja mi plato de comida a un lado. O me tiende las herramientas incluso antes de que las necesite.

A veces nos sentamos el uno frente al otro delante del fuego, sin hablar, y no quiero admitir que esos son mis momentos favoritos de la noche, pero lo son. Los instantes silenciosos en los que puedo fingir que la quietud que nos rodea me resulta incluso reconfortante, una que no voy a necesitar romper en ningún momento.

Y ahora está de pie a mi lado, tendiéndome una caja.

—¿Qué es eso? —le pregunto. Rey sostiene una caja azul sucia con cierres amarillos y sus hombros anchos bloquean por completo la luz del sol.

—Un kit de costura.

—¿Un kit de costura? —repito, y él señala el roto de mis vaqueros por el que acabo de meter el dedo.

Es de lo más considerado, una cualidad suya que he descubierto hace poco. Por eso decido gastarle una broma en vez de darle las gracias.

—¿Esto se podría considerar un arma?

—Por supuesto. —Las comisuras de sus labios se elevan levemente—. Lo estoy haciendo para sabotearte, no para ayudarte a no quedarte sin pantalones.

Le quito la cajita de plástico azul de las manos y la abro. En su interior hay varias agujas y unas cuantas bovinas pequeñas, por lo que saco una aguja y una bovina de hilo negro. Con un ojo entrecerrado, trato de hilvanar la aguja.

—Espera —me dice Rey, antes de quitarme la aguja y el hilo. Un segundo después, no solo la ha hilvanado, sino que también ha hecho un nudo al final del hilo—. ¿Es que nunca te ha enseñado nadie a coser? —Por un momento me da la impresión de que va a tenderme la aguja, pero no es así.

—No me apunté a la asignatura de labores del hogar en el colegio. —No sueno tan nerviosa como me siento en realidad.

—Tus ancestros deben de estar horrorizados. —Se arrodilla frente a mí y me agarra el dobladillo de los vaqueros.

—¿Qué haces?

Me observa con los ojos entrecerrados, por debajo de las pestañas, y se me acelera el corazón.

—Te estoy echando una mano porque tú no sabes coser.

Carraspeo para aclararme la garganta.

—A lo mejor quiero parecerme un poco más a Joe —comento, pero la voz me sale débil, en un susurro, como si no quisiese romper este momento.

Él esboza una sonrisa. Una sonrisa delicada y pequeña que contrasta con sus rasgos marcados y duros. Antes de volver a bajar la mirada hacia mi pierna.

—No te muevas. —Puedo notar su aliento deslizándose por mi piel.

Le observo acercarse lentamente a mi pierna, tirar del dobladillo de mis vaqueros con delicadeza y deslizar la aguja por la tela una y otra vez. Está centrado en la tarea, fijándose tan solo en cómo el hilo negro va cerrando lentamente la tela vaquera, y a mí me hipnotiza lo delicadas que pueden ser sus manos.

Me pregunto si será tan delicado cuando…

—¿Cuándo aprendiste a hacer esto? —le pregunto para distraerme.

Rey suspira como si hubiese estado conteniendo el aliento.

—A mi madre le encantaba hacer punto de cruz. Sé que coser no es lo mismo, pero se le parece bastante.

—¿Ella te enseñó?

Cuando responde, noto cómo su aliento se desliza por mi piel. Sus siguientes palabras son concisas y deliberadas, como si estuviese demasiado concentrado remendándome los pantalones.

—Mi madre me enseñó muchas cosas, aunque la mayoría ya las he olvidado. —Pasa la aguja con algo más de fuerza por una parte donde la tela es un poco más gruesa, y eleva un poco el dobladillo para no pincharme.

No me estremezco, pero mi cuerpo se tensa bajo su contacto.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí. —Pero sueno demasiado tensa y me doy cuenta de que él piensa que estoy asustada.

Rey me estudia atentamente.

—Ya casi he acabado.

Me tengo que tragar lo que siento y alzo la mirada hacia el cielo, deseando en silencio que se me cayese encima en este momento y acabase con mi sufrimiento. Azúcar aparece entonces a mi lado y nos observa con las cejas enarcadas.

Rey no deja de coser ni siquiera cuando Azúcar se inclina sobre su hombro.

—¿Le estás cosiendo una herida?

—Los pantalones. —Sigue cosiendo, concentrado.

Junior se acerca y observa el trabajo meticuloso de Rey antes de asentir.

—No está nada mal.

Azúcar se vuelve hacia él sorprendida.

—¿Tú también sabes coser?

Junior se encoge de hombros.

—¿No sabe todo el mundo?

Ella le observa consternada y estoy segura de que yo también le miraría así si no estuviese tan concentrada en cada uno de los movimientos de Rey.

—No, no todo el mundo sabe *coser*.

—Muy bien —suelta Rey y entonces, lentamente, se inclina hacia mi pierna y corta el hilo sobrante con los dientes. Su cabeza está sobre mi regazo, su boca está a tan solo unos centímetros de mi piel. Puedo sentir el roce de sus labios durante un brevísimo segundo. Y después se vuelve a echar hacia atrás y comprueba su obra—. Bien. —Asiente una sola vez y después acaricia con delicadeza la costura. Hacia delante y hacia atrás. Hacia delante y hacia atrás—. No es más que un remedio provisional, pero te aguantará hasta que acabemos la ruta.

Entonces se incorpora y me tiende la mano para que me pueda poner de pie.

—¿Es que no vas a decir nada? —me pregunta, todavía acuclillado en el suelo.

—¿Como qué?

Las comisuras de sus labios se deslizan con diversión por sus mejillas, y soy plenamente consciente de que en esta ocasión sí que me ha leído el pensamiento.

—¿Como gracias?

—Ah, sí. —Carraspeo con fuerza—. Como gracias.

Esboza una sonrisa de oreja a oreja, divertida. Y yo no puedo evitar poner los ojos en blanco antes de sacudirme los vaqueros.

—Oye —me dice, antes de agarrarme de la muñeca. Y me observa atentamente desde su posición—. De nada.

«De nada».

Hay algo en la forma en la que lo dice que me hace pensar que no me está

hablando de lo que acaba de hacer. Como si esas dos palabras tuviesen un significado oculto, uno que todavía no he logrado descubrir.

Clava la mirada en mis pantalones cortos. En mis piernas. En mí. Esboza una sonrisa que no había visto nunca, y entonces lo comprendo. La magia nunca estuvo en la ropa.

Lo que era mágico de verdad era la forma en la que mi padre miraba a mi madre.



Después de cenar, los cinco nos sentamos sobre una roca plana, con las piernas colgando a un lado, mientras que el sol comienza a ocultarse por el horizonte. Sus rayos dorados y suaves surcan el firmamento y nos iluminan a todos con su luz, otorgándole un deje amarillento a nuestra piel. El cielo está empezando a teñirse de naranja y rosa, y cuando echo la mirada atrás, veo a la luna asomándose entre las montañas, y dos pequeñas pero brillantes estrellas abriéndose paso a través del cielo de color vaquero.

—Si pudieseis hacer cualquier cosa, ¿qué haríais? —pregunto—. Un trabajo, una habilidad, lo que sea.

Los veo quedarse pensándolo por un momento, e intento no sentirme demasiado orgullosa de mí misma por que hayan entrado a mi juego sin rechistar.

Azúcar se echa hacia atrás y cierra los ojos.

—Cuando era pequeña quería ser cocinera de plátanos.

—¿Cocinera de plátanos? —le pregunta Junior—. ¿De qué estás hablando?

—Nadie cocina los plátanos —le dice Libros.

—¿Y quién eres tú para decirme lo que puedo o no puedo hacer? —replica, sin abrir los ojos—. ¿Qué habría pasado si todo el mundo le hubiese dicho a Steve Jobs que no montase una empresa por despecho para revolucionar el mundo de la animación?

—¿Eres fan de Steve Jobs? —le pregunta Junior, con una sonrisa traviesa dibujada en su rostro.

—Es importante saber de dónde provienen los visionarios que llegaron antes que tú.

Junior tira de su coleta alta con delicadeza y sonríe de oreja a oreja al ver

cómo su cabeza se echa hacia atrás.

Libros se inclina hacia delante y observa a Azúcar atentamente.

—Seguimos hablando de cocinar plátanos, ¿verdad?

—Yo de pequeño quería ser médico —nos dice Junior.

—¿Médico? —Libros suena un tanto sorprendido.

—Los médicos siempre están ayudando a todo el mundo —repone Junior —. Y yo quería poder ser útil.

—¿Y ahora qué quieres hacer?

Junior suspira con pesar y baja la voz hasta que no es más que un susurro cuando responde:

—Quiero ser egoísta.

Y sé que está diciendo la verdad por cómo ha respondido.

Libros alarga la mano hacia el rostro de Junior, como si hubiese visto algo que yo no he logrado vislumbrar, pero entonces se vuelve de nuevo y clava la mirada en el horizonte.

—Yo solo quiero ser rico. Quiero comprarme un avión. Quizás incluso un yate.

—¿Y qué tienes pensado hacer para ganar todo ese dinero? —le pregunto.

—Nada. No haré absolutamente nada. Será riqueza generacional y me obsesionaré con donar dinero a las causas benéficas que me dé la gana mientras me hincho a comer la comida que ha preparado mi chef privado, al mismo que me llevaré conmigo allá donde vaya porque me dará verdadero pánico que alguien pueda intentar envenenarme.

—Cualquier cosa es posible —le dice Azúcar.

No comento nada sobre que en realidad es literalmente imposible que posea ninguna clase de riqueza generacional porque se supone que esa clase de riqueza es la que te dejan tus padres en herencia y, en cambio, opto por balancear las piernas por el aire.

—¿A ti qué te gustaría hacer, Mapas? —me pegunta Libros.

Una mujer, llamada Maeve, cantó «Danny Boy» en el funeral de mi padre. Todavía me acuerdo de todas las veces en las que vi a mi padre estar a punto de llorar al escuchar esa canción cuando todavía estaba vivo.

«*I’ll be there in sunshine or in shadow*».

Si pudiese hacer cualquier cosa, lo que fuese. Si pudiese lograr lo imposible… elegiría poder cantarle esa canción a mi padre.

—A mí me gustaría ser cantante.

—¿Cantante? —Junior suelta una sonora carcajada—. ¿Te gustaría ser famosa?

Niego con la cabeza y no me gusta nada que se me sonrojen las mejillas con fuerza por que me hayan malentendido. No me gusta que se rían de mí, y me duele lo suficiente como para sentirme avergonzada por ello. No debería haber dicho nada.

«*I shall sleep in peace until you come to me*».

Puedo sentir todas las miradas puestas en mí, como si estuviesen tratando de encontrarle sentido a lo que he dicho. Y me muero de ganas por explicárselo todo; de hecho, tengo la explicación en la punta de la lengua.

—Yo solo quiero esas prácticas —comenta Rey, y todas las miradas se vuelven entonces hacia él.

—Puedes pedir cualquier cosa —repite Azúcar—. *Lo que sea.* Se supone que deberías estar hablando de tus sueños.

Rey se encoje de hombros y repite de nuevo lo mismo.

—Sigo eligiendo las prácticas.

—Quizás es que ese es su sueño, lo que más anhela.

Su *deseo* se me clava como una espina en el corazón. Sé perfectamente lo mucho que le importan esas prácticas, pero si las consigue, eso significará que hemos terminado el recorrido, que nuestra ruta se ha *acabado*.

Por algún extraño motivo, ya no siento que al terminar de recorrer este sendero vaya a poder dejar todo mi dolor atrás, ni tampoco lo veo como si solo fuese un punto más de mi lista de tareas que tuviese que tachar a toda costa.

Por algún extraño motivo, en algún momento he dejado de ver esta ruta como si solo fuese eso, su significado ha cambiado por completo.

Y ahora siento que, el acabar esta ruta, también supondrá el final de *esto*.

Nuestro final.

18

El tiempo es una cosa extraña. A veces es lento e insoportable, con segundos que parecen extenderse hasta el infinito. Y otras veces puedes ver con tus propios ojos cómo se te escapa entre los dedos. Cómo se pierde para siempre.

Me quedo tumbada en mi saco de dormir y pienso en todas las veces en las que he malgastado mi tiempo sin haber sido consciente de ello.

Estudiar fue una pérdida de tiempo.

Porque nunca a llegué a acabar mis estudios. Puede que nunca los acabe.

Cuando cierro los ojos puedo recordar el momento exacto en el que decidí dejar de perder el tiempo estudiando.

Fue en mi penúltimo año de instituto, casi diez meses antes de que mi padre muriese, cuando estaba sentada en el despacho del director, frente a una mesa que estaba hecha de madera barata y contrachapada para que pareciese estar hecha de caoba. Con las manos temblorosas, vi cómo el director sostenía en alto un informe con el logo del instituto. Tenía impreso en la parte superior: ABSENTISMO ESCOLAR. Mi padre se había puesto un gorro de lana gris, pero a esas alturas sus cejas ya habían desaparecido, lo que dejaba bastante claro que debajo del gorro de lana no había ni un solo pelo. Tenía el rostro hundido, con la piel pegada a los huesos.

—Los estudiantes tienen que venir al instituto. —El director Bartlett deslizó con nerviosismo varios informes sobre su escritorio.

—Lo comprendo —repuso mi padre. Desde que enfermó, solía hacer largas pausas entre cada frase, para encontrar las palabras adecuadas—. El año pasado fue bastante duro, pero le prometo que mi hija está este año totalmente comprometida con sus estudios.

El director carraspeó para aclararse la garganta.

—Va retrasada en todas las asignaturas. El año pasado discutía todos los días con sus profesores. En una clase incluso llegó a levantarse de su

asiento y a marcharse hecha una furia.

Sí que lo hice. Ni siquiera traté de justificarme. Mi padre había tenido una cita en el médico esa mañana y supongo que estallé.

No quería estar en esa clase. Ni siquiera lograba concentrarme en lo que quiera que nos estuviese diciendo el director Bartlett en ese momento.

«No era una mala chica, solo tenía problemas. No era irrespetuosa, solo estaba perdida. Eso no era un castigo, era una oportunidad».

—Atlas, ¿me estás escuchando? —me preguntó el director Bartlett, y entonces se volvió de nuevo hacia mi padre, como si acabase de demostrar que estaba en lo cierto al pensar lo peor de mí.

Mi padre alargó el brazo y me tomó la mano.

—Estoy de acuerdo en que Atlas no es una mala chica, pero me gustaría que nos centrásemos en estipular qué es lo que tendremos que hacer para que vuelvan a admitirla en el instituto.

—Habrá una reunión para ver si existe alguna escuela de segunda oportunidad que tenga alguna plaza libre para poder matricularla.

Las escuelas de segunda oportunidad eran centros de educación secundaria para aquellos a los que habían expulsado indefinidamente de los institutos normales, o para aquellos que eran demasiado mayores como para matricularse en ellos, o para las adolescentes que se habían quedado embarazadas. Siempre estaban rodeados por un terrible aire de misterio, y corrían cientos de rumores de peleas de todo tipo o de alumnos drogándose en los servicios. Allí mandaban a los niños con los que ya no sabían qué más hacer.

Y yo me había convertido en uno de esos niños.

El director Bartlett se volvió hacia mí.

—Nuestras acciones tienen consecuencias. Aquello que hacemos, así como las decisiones que tomamos, puede cambiar por completo el curso de nuestras vidas.

Me mordí el interior de la mejilla y bajé la mirada hacia la tela roja que recubría el cojín de la silla en la que estaba sentada.

Y a veces eso da igual. A veces esa clase de cosas pasan y no puedes hacer nada para remediarlo, y no te queda otra opción más que volver a casa después de clase para encontrarte a tu padre tumbado en una habitación completamente a oscuras porque la quimioterapia le consume por completo.

—¿Comprendes lo que estoy queriendo decir?

La idea de que aquellos niños que se rebelaban contra todo y contra todos fuesen menos inteligentes que el resto siempre me había parecido insultante. Porque si, Dios no lo quiera, al final demostrabas ser alguien verdaderamente inteligente, siempre usaban palabras como «potencial» o «talento desperdiciado» para describirte.

Cuando lo que en realidad querían decir es que eras una «decepción».

El director Bartlett le lanzó a mi padre una mirada que dejaba bastante claro que en esto estaban de acuerdo. Solo me estaban tratando de salvar de mi propia falta de asistencia.

—Si no abandona sus estudios y no se mete en problemas, podrá volver con el resto de sus compañeros dentro de dos semestres.

—¿Dos semestres? —preguntó mi padre.

—Sí, pero tendrá que inscribirse en unas cuantas asignaturas extracurriculares para poder acceder a cualquiera de los centros de este distrito.

Mi padre se volvió a mirarme.

—Atlas, ¿tú quieres estudiar aquí?

Observé atentamente a mi padre, con cientos de emociones cortándome la respiración. Me estaba recordando que todavía tenía elección. Que incluso ahora, cuando me estaban diciendo que esta era mi última oportunidad, seguía teniendo elección.

—No —respondí.

—Muy bien. —Mi padre se puso de pie y le temblaron los brazos al dejar caer todo el peso de su ligero cuerpo en ellos—. Gracias por su tiempo, director Bartlett.

El director Bartlett parpadeó, anonadado. Una, dos veces.

—Tiene que estudiar.

—Soy consciente de ello —repuso mi padre. Después se volvió hacia mí —. ¿Ya tienes todas tus cosas?

Asentí y tomé mi bolsa de basura. No me habían dejado ir yo misma a vaciar mi taquilla, sino que el conserje se había tenido que encargar de ello. El mensaje estaba muy claro. No confiaban en mí. La mirada de mi padre se endureció cuando vio la bolsa y negó lentamente con la cabeza. Enredé mi brazo con el suyo y, juntos, salimos del despacho del director.

—Tu madre se va a enfadar muchísimo —me comentó mientras

recorríamos el aparcamiento.

—Lo sé. —Respiré hondo. Ahora me gritaba más que nunca. Siempre estaba pidiéndome explicaciones y yo nunca encontraba las palabras adecuadas para explicarle por qué había hecho lo que hacía. Así que ella hacía sus suposiciones, sus amenazas y lloraba a moco tendido. Y yo sabía perfectamente que eso mismo era lo que iba a ocurrir en cuanto volviésemos a casa—. Me muero de ganas.

En cuanto nos montamos en el coche, mi padre se giró a mirarme.

—Lo siento mucho.

Me giré hacia él con el ceño fruncido y un nudo en la garganta, confundida, porque no sabía por qué se estaba disculpando.

—Debería haberte escuchado cuando me dijiste que no querías volver al instituto. Debería… —No llegó a terminar de decir lo que debería haber hecho; en cambio, respiró tan hondo que su pecho se hundió cuando soltó todo el aire que contenía en su interior, encogiéndose más que nunca—. Yo solo quería que tu vida siguiese como siempre. No quería que nada de esto te afectase.

Tragué con fuerza y me clavé las uñas en las palmas de las manos. Echarme a llorar no era una opción. Al menos, no delante de mi padre. No cuando él ya estaba teniendo que lidiar con cientos de situaciones difíciles de por sí. No podía romperme delante de él. No era justo.

Pero él era la única persona en todo el mundo que siempre miraba por mí, que se fijaba en cómo me estaba comportando, en lo que hacía, y no pensaba lo peor de mí. Y lo peor era que creía que todo esto era culpa *suya*.

—No te vas a poder librar de los deberes. Y no puedes seguir contestándole a la gente que se vaya a la mierda. Por el amor de Dios, Atlas.

—No le dije eso —aclaré—. Le hice una peineta antes de salir del aula.

Mi padre puso los ojos en blanco.

—Bueno, da igual, siempre me ha parecido que tu profesora de matemáticas era una idiota. —Me dedicó una pequeña sonrisa antes de que su expresión se ensombreciese de nuevo—. ¿Me perdonas por no haberte escuchado?

Perdonarle. Como si estuviese enfadada con él. Y no con el maldito cáncer, no con el universo, no con esta vida, que era increíblemente injusta.

—Papá —gemí—. *Lo siento mucho*.

Entonces mi padre esbozó una sonrisa amable y, con dulzura, me dio un suave golpecito en la punta de la nariz con el nudillo.

—Vale, pero no podemos pasarnos la vida disculpándonos por todo, Forajida. Porque si siempre estamos pidiendo perdón por todos nuestros errores, nos quedaremos sin tiempo para arreglar las cosas.

19

Rey se sienta sobre una roca enorme, con su diario en una mano y un lápiz en la otra, mientras los primeros rayos de sol de la mañana le iluminan. La forma en la que su mano se desliza sobre el papel me deja bastante claro que no está escribiendo nada, está dibujando. En este momento parece sacado de una obra de arte. Quiero grabarme este instante en la memoria. Solo él, yo y la quietud que reina antes de que el sol se asome por el horizonte, con el cielo tiñendo todo lo que ilumina de tonos anaranjados.

—¿Sabes pintar?

Rey alza la mirada, sorprendido. Lo veo recorrerme de la cabeza a los pies, aunque yo no puedo ver qué aspecto tengo. Lo más probable es que tenga el cabello revuelto y la cara hinchada. No me he maquillado ni un solo día desde que llegué al campamento, y estoy cubierta por completo solo de Dios sabe qué.

Pero… Me siento un tanto cohibida bajo su mirada. Como si quisiese ser guapa. Como si desease serlo.

Cierra su cuaderno y esboza una tenue sonrisa. La misma de antes.

… La misma sonrisa que me hace pensar que *sí* que soy guapa.

—Un poco. Pero bastante mal.

Suelto una suave carcajada y me siento junto a la hoguera apagada de anoche.

—No creo que a nadie le vaya a importar cómo dibujes los árboles.

Rey se me queda mirando como si me hubiese equivocado, pero no sé qué se supone que esperaba que dijese. Me quedo callada, a la espera de que me lo diga o me dé una pista, pero no lo hace.

—Supongo que tienes razón —responde, en cambio.

—¿Qué estabas dibujando? —le pregunto, al tiempo que señalo con un gesto de la cabeza su cuaderno—. ¿O es que estabas dejando por escrito

todo lo que nos queda por hacer?

—Algo así. —Asiente—. También he dejado apuntado todo lo que ya hemos hecho. Y he dibujado unos cuantos mapas de los pequeños senderos que ya hemos completado.

—Un libro de Mapas —suelto, porque me hace gracia. Al fin y al cabo, ese es mi nombre.

—Sí —responde entonces Rey—. Un atlas, como se suele decir. —Esboza una sonrisa de oreja a oreja al decirlo. «Atlas».

Me olvido de cómo respirar, porque no puedo dejar de oír la voz de Rey repitiendo esa palabra una y otra vez en mi cabeza… Atlas…

Es como…

Es como si acabase de descubrir un secreto. Una mentira que hace que me sienta avergonzada. Y quiero sentirme bien. Porque el que sepa la verdad debería resultarme liberador, pero, en cambio, lo único que siento es una presión en el pecho que no para de crecer al pensar en la posibilidad de que Rey descubra mi verdadero yo.

El mismo que solo existe fuera de este sendero.

Un rugido sordo retumba en mi pecho.

Parece sacudir el suelo de granito bajo nuestros pies e incluso hacer estremecer el aire que nos rodea. Los árboles se vuelven cada vez más escasos frente a nuestros ojos cuanto más bajamos al río, descendiendo por la ladera. Este se convierte en un amplio estanque con enormes rocas asomando alrededor de la desembocadura. Y ahí hay una cascada. El río rebosa por el borde de una pared rocosa y justo debajo, donde el agua se acumula formando el estanque que se abre ante mis ojos, hay varios excursionistas sentados en la orilla. Un grupo de chicos jóvenes están escalando por la cascada. Algunos han dejado su ropa extendida sobre las rocas como si fuesen un tendedero; otros están sentados junto a la montaña de botas y mochilas enormes. En un principio no reconozco a nadie, hasta que veo un rostro que reconocería en cualquier parte.

Paloma.

Los Amarillos están tumbados en la orilla, sobre las rocas o metidos en el agua.

—Esa maldita… —comienza a quejarse Libros—. ¿Te dijo algo de que fuese a cambiar de ruta?

Rey niega con la cabeza.

—Pero tampoco me habría hecho caso, nunca me escucha.

Libros y Rey comparten una mirada cómplice por un momento.

—Deberíamos bajar a hablar con ella —comenta Libros.

—Claro —responde Rey—. Tan solo para asegurarnos de que los Amarillos se encuentran bien.

—Claro.

—Entonces… —empieza a decir Azúcar—. Para que nos quede claro a todos, vamos a bajar a la cascada.

Libros se vuelve hacia ella y la fulmina con la mirada.

—Solo para comprobar que…

Pero esas cuatro palabras bastan para darle luz verde. Azúcar y Junior salen corriendo hacia el estanque al mismo tiempo. Él se quita la camiseta de un tirón mientras ella se quita los pantalones y, como por arte de magia, no se tropieza siquiera. Para cuando llegan al estanque, ella ya está solo en ropa interior y él, en pantalones cortos. Junior salta hacia el centro del estanque salpicando por todas partes y, cuando vuelve a salir a la superficie, suelta un gritito.

—¡Está helada!

Azúcar tampoco deja de gritar mientras se mete poco a poco, pero tiene una sonrisa dibujada en la cara que hacía mucho tiempo que no veía. Es una sonrisa despreocupada. Feliz. Y entonces se lanza hacia Junior.

—¡Venga! —nos anima Junior antes de atrapar a Azúcar entre sus brazos —. ¡Meteos!

—¡El agua está helada! ¡Y lo más probable es que haya sanguijuelas! —responde Libros a gritos, pero solo está actuando. Todos sabemos que solo es cuestión de tiempo que se meta.

Pero Rey niega con la cabeza.

—Las sanguijuelas solo pueden sobrevivir en agua caliente.

—¿De verdad? —me pregunta Libros, como si fuese la maldita Wikipedia.

Yo me vuelvo hacia Rey. Nuestras miradas se encuentran y aparto la vista de inmediato.

—Ni idea —le respondo a Libros, al tiempo que me agacho para

desatarme las botas.

Y entonces salgo corriendo hacia la cascada, quitándome los pantalones y la camiseta a la carrera.

Junior tenía razón. El agua está tan fría que, en cuanto me sumerjo, es como si me estuviesen clavando pequeñas agujas por todo el cuerpo, lo que me pone la piel de gallina. Pero el agua se lleva consigo todo el sudor y el polvo que me impregnaban la piel, y sé que solo es cuestión de tiempo antes de que mi cuerpo se acostumbre al frío y deje de sentir nada.

Rey y Libros se nos unen poco después, metiéndose en el estanque de un salto. Me quedo cerca de las rocas, pero encuentro una zona donde no hay nada de corriente y me tumbo para flotar en el agua con los rayos del sol caldeándome la piel. El cielo azul se extiende sobre mi cabeza, sin una sola nube. A mi lado, Azúcar me imita. Nos quedamos las dos ahí tumbadas, flotando en el agua como dos estrellas de mar. Me siento en paz y todos los ruidos que nos rodean se ven reducidos a tan solo un zumbido sordo.

—¿Pero qué…?

Cuando Azúcar y yo nos incorporamos, nos encontramos a Libros con la mirada clavada en la pared de la cascada, donde Junior está escalando por unas rocas.

Un grupo de chicos se detiene a esperarle en la cima y le tienden la mano para ayudarle a subir. Los músculos de su espalda se contraen y se relajan con cada movimiento.

—Dios, sí que es guapo —comenta Azúcar a mi lado. Libros le lanza una mirada mordaz—. A ver, objetivamente hablando —añade ella.

Libros pone los ojos en blanco.

—¡Salta, cobarde! —le grita a Junior.

—¡Que sí! ¡Que ya lo hemos captado! ¡Eres un machote! ¡Ahora salta, imbécil! —se queja Azúcar, pero lo hace con cariño.

Junior se sacude como si se estuviese preparando mentalmente y entonces salta. Hace una voltereta en el aire antes de colocar las manos para caer de cabeza al estanque como si fuese un saltador experto.

Y yo noto cómo mi corazón comienza a latir a toda velocidad al verlo caer.

—Es odioso que tenga ese aspecto —comenta Libros.

La risa de Rey se abre paso a través del rugido del agua y de las voces de la gente cuando se deja caer junto a Hiedra y Paloma en la enorme roca en

la que están sentadas. Paloma se echa hacia delante, con la mano apoyada en la pierna, mientras Hiedra empuja a Rey juguetonamente. Es una reacción amistosa, relajada y…

Y entonces Junior aparece de golpe entre Libros y Azúcar. Ni siquiera me había dado cuenta de que se había acercado a nosotros buceando.

Logra asustar a Azúcar, pero Libros esboza una sonrisa traviesa antes de hacerle una aguadilla.

Yo no me rio. Ni tampoco salto ni juego. Es como si tuviese unas enormes rocas anclándome al lecho del río, obligándome a quedarme donde estoy. Ahogándome en mis pensamientos. Mapas… la cobarde que solo flota en el estanque pero que no se atreve a saltar.

No me doy cuenta de lo que estoy haciendo hasta que me pongo a nadar. La temperatura cambia cuando la corriente intenta llevarme consigo, y entonces aparezco junto a las rocas de la cascada. Comienzo a escalar lentamente, plantando con cuidado los pies sobre las rocas resbaladizas y agarrándome a los mismos lugares donde he visto agarrarse antes a Junior.

—¡Mapas! —oigo cómo Libros me llama, pero le ignoro. No quiero echar la vista atrás o mirar hacia abajo. Solo quiero mirar al frente.

Una mano delante de la otra y el aire me va enfriando poco a poco la piel y, cuando ya casi estoy llegando a la cima, me encuentro a un chico guapísimo con el cabello oscuro y húmedo sonriéndome abiertamente y tendiéndome una mano. Le dejo que me ayude a subir y entonces me fijo en los otros tres chicos que hay ahí. Uno de ellos es un chico rubio con un tatuaje que le recorre todo el brazo.

—Las damas primero —me dice.

Me asomo desde lo alto de las rocas, y el agua parece estar mucho más lejos de lo que creía.

Respiro hondo, concentrándome solo en el ahora.

Puedo ver a mi padre de pie junto al borde, sosteniéndome mi pequeña mano, como si estuviese pasando en este mismo instante. Le veo bajar la vista hacia el agua y decirme: «A la cuenta de tres, seamos valientes». Entonces me dedica una sonrisa y yo empiezo a temblar porque me estoy quedando helada.

No quiero ser valiente.

El rubio se acerca a mí.

—¿Has saltado antes alguna vez?

—No —le respondo en un susurro, deslizando mis pies sobre el punto húmedo desde el que todos han estado saltando.

—Solo tienes que asegurarte de mantener las piernas juntas y pegar los brazos a los costados. Para no hacerte daño al caer, ¿entendido?

Asiento.

Puedo oír en su voz la sonrisa que acaba de esbozar.

—Solo tienes que saltar y soltarte.

Saltar y soltarme.

Me vuelvo hacia Rey, que ahora se ha puesto de pie sobre la roca. Incluso desde aquí puedo ver en su expresión que no quiere que salte.

Pero no me centro en él. Estiro los brazos a los lados como si estuviese a punto de echar a volar. «A la cuenta de tres». Seré valiente.

Uno.

—A la mierda.

Más que saltar me lanzo hacia delante, sacudiendo los brazos a los lados como si fuesen un par de alas y estuviese tratando de volar. Los segundos se deslizan a mi alrededor, mientras caigo directa hacia el agua. Me preparo para el impacto y noto cómo se me encoje el estómago y cómo mi cuerpo se pone en tensión. Y entonces la superficie del estanque se acerca demasiado rápido y es ahí cuando pego los brazos a los costados y cruzo las piernas.

Todo mi cuerpo se sacude con el impacto cuando me sumerjo en el agua, hundiéndome poco a poco. Más, y más, y más profundo. El agua se oscurece a mi alrededor, y es como si todo el mundo hubiese cambiado de color, tiñéndose de negros y azules, pero nunca llego al fondo del estanque. Aquí abajo, bajo el agua, me siento en calma por un momento, justo antes de entrar en pánico.

Noto cómo la corriente me arrastra hacia la oscuridad. Intento recordar todo lo que me han enseñado sobre la resaca mientras pataleo para volver a salir a la superficie. Cuando consigo salir, me fijo en lo mucho que me ha arrastrado la corriente y en lo único en lo que consigo pensar es en que mi madre se sentiría muy decepcionada si me viese ahora. La corriente me ha tomado por sorpresa y, mientras intento regresar a la orilla nadando, me alejo cada vez más y más del grupo.

Rey salta al agua pero no sé qué es lo que se supone que pretende hacer hasta que lo veo nadando hacia mí.

No me fijo en él, tan solo me centro en nadar hacia la orilla y, cuando consigo llegar, Rey está ahí esperándome.

Su pecho desnudo sube y baja con rapidez al hablar, y suena tenso.

—¿Qué narices ha sido eso?

—He saltado —le digo.

—Ya, lo he visto. —Suena enfadado y un tanto preocupado—. ¿Y si te hubiese pasado algo?

—Junior también ha saltado antes —intento responderle. Y nadie le ha gritado por ello.

—*Junior* no ha acabado casi en la desembocadura del río.

Sacude la cabeza para quitarse el pelo húmedo de la cara y cientos de gotitas de agua salen volando por todas partes con el gesto, reflejando la luz del sol. Cuando echa la cabeza hacia atrás me fijo en que su respiración se ha ralentizado un poco.

—Mierda, Mapas. Ni siquiera nos has avisado a ninguno de que ibas a saltar.

—No tengo por qué informarte de todo lo que vaya a hacer solo porque seas el líder de nuestro grupo. —Dios. Eso me ha parecido ruin incluso hasta mí.

—Si te hubiese pasado algo…

—Pero no me ha pasado nada. No te preocupes, nadie se lo va a contar a Joe.

—¿Crees que estaba preocupado por que se enterase Joe? —Me observa herido cuando lo pregunta.

Quiero responderle que sí, pero por su expresión decepcionada me queda bastante claro que me estoy perdiendo algo que para él es más que evidente.

—¿Y por qué si no ibas a estar preocupado?

—Porque… —Sus ojos descienden inconscientemente hacia mis labios mientras espero a que me diga la verdad.

Dilo. Dilo. Dilo.

Pero no dice nada. Me aferro a una roca para que no me lleve la corriente y me doy cuenta de que, desde aquí, nadie nos ve. Rey sigue mi mirada. Un brillo asombrado le cruza los ojos y entonces se vuelve hacia mí, dejándome claro que está pensando lo mismo que yo y, por un momento, me parece que me observa preocupado y creo que es cuestión de minutos que se aleje de

mí nadando.

Pero, en cambio, se queda donde está.

Yo me estremezco. Tal vez sea por el frío, pero también es por él. Porque no lleva camiseta y yo solo llevo mi ropa interior.

—Qué frío. —Es un comentario estúpido, lo sé. Solo estoy tratando de llenar el silencio, pero me inclino hacia él por instinto.

—Mapas… —Su mirada se oscurece y casi puedo verme reflejada en sus ojos. Solo estamos el río, él y yo. Nosotros.

Me acerco un poco más a él hasta que tan solo un suspiro separa nuestros cuerpos.

Rey baja la mirada de nuevo hacia mis labios.

—No sé qué es lo que quieres de mí.

Sí, sí que lo sabe.

Quiero que me bese. Quiero que pegue su cuerpo al mío con fuerza y quiero poder sentir su piel acariciando la mía. Quiero saber si mi presencia le causa el mismo efecto que a mí la suya. Quiero saber cómo sabe y qué clase de ruidos hace cuando se pierde en el sabor de otra persona.

—Quiero saber si tú también piensas en… —susurro.

Pero yo tampoco consigo acabar la frase.

Rey se queda helado, y alza la mirada hacia mis ojos de nuevo.

—Mapas. Yo…

—¡Mapas! —me llama Azúcar desde alguna parte río arriba, y Rey se aparta de golpe.

Un rubor se extiende por su pecho al mismo tiempo que se le agita la respiración. Supongo que a mí me ocurre lo mismo. Sé que ha estado a punto de confesarme la verdad, que la tiene en la punta de la lengua, y aunque oigo a Libros llamándole, quiero que me lo diga.

—Rey. —Pronuncio su nombre como si de una súplica se tratase.

Y entonces él sale del agua.

Echo la cabeza hacia atrás y clavo la mirada en el cielo durante diez insoportables segundos. Me quedo anclada a este momento, en este mismo lugar, sin poder dejar de pensar en Rey, y me siento mucho más confusa de lo que me he sentido en mucho tiempo.

Nos pasamos el resto del día tumbados en las rocas, tomando el sol y dejando que su luz y calor nos sequen la piel y la ropa interior. Formamos toda una maraña de pieles de gallina, moratones y heridas de todo tipo.

Junior no para de coquetear con el chico rubio lleno de tatuajes y Azúcar pone una mueca asqueada cada vez que le escucha reír. Libros está demasiado ocupado fingiendo no darse cuenta de nada. Y yo le pido a Azúcar que se tumbe a mi lado para ver si conseguimos ponernos aunque sea un poco morenas.

—Vale, te ayudaré a desarrollar un cáncer de piel —repone, aunque su piel hace ya un buen rato que ha cobrado un tono dorado y bronceado. Nos tumbamos la una al lado de la otra sobre la superficie plana de roca como si fuésemos un par de reptiles y ninguna dice nada sobre los chicos.

—Me encanta poder sentir el calor del sol en la piel después de haber estado metida en el agua helada —comento, con los ojos cerrados—. La forma en la que te calienta poco a poco la piel. —En cierto sentido me da la impresión de haberle confesado algo, por lo que abro los ojos.

—Cómo los rayos te hacen cosquillas en la piel —añade Azúcar, y me fijo en la pequeña gota que se desliza por su costado.

—Mira que sois raras —comenta Libros en voz baja antes de tumbarse a su lado.

Azúcar suelta una sonora carcajada.

—Todo esto es de lo más extraño.

Lo ha dicho como si estuviese bromeando, pero todo el cuerpo de Libros se tensa al instante y Azúcar recorre la superficie plana de la roca con los dedos a sus costados.

—Ya. Supongo que da igual —repone Libros.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto, aunque sé perfectamente qué es lo que está queriendo decir. Pero tengo la pequeña esperanza de que no se sienta lo bastante valiente como para admitirlo en voz alta.

Los tres guardamos silencio durante varios minutos que se nos hacen eternos, pero entonces Libros responde a mi pregunta.

—Lo mismo que pienso yo. Lo mismo que piensas tú. Que nada de esto importa en realidad.

No me gusta nada lo mucho que me duelen sus palabras. Es como si alguien le hubiese echado un puñado de sal a la herida que compartimos. Porque nada de esto durará para siempre. Porque solo somos aquellos con

los que nadie puede contar. Ni siquiera nuestros nombres son los de verdad. Nada de esto cuenta porque tarde o temprano regresaremos a nuestras vidas de siempre y dejaremos todo esto atrás.

No he podido dejar de pensar en ello desde hace mucho tiempo, pero me rompe el corazón oírlo en voz alta.

Porque quiero que esto sirva para algo, que esto cuente.

Pero igual que cuando salté al agua, mantengo los brazos pegados a los costados y me preparo para cuando llegue el impacto.

20

Esta noche dormiremos en el campamento base —dice Rey, como si fuese lo más normal del mundo.

Junior se vuelve hacia mí, confuso, como si yo fuese a tener todas las respuestas. Pero yo tampoco entiendo nada.

Salvo porque mi subconsciente no para de gritarme que Rey quiere regresar al campamento base por alguien más. Por alguien a quien quiere dedicarle la misma sonrisa que me ha dedicado a mí antes.

Cuando llegamos, resulta que el campamento base es solo un campamento más junto a la cascada donde varios senderistas ya han montado sus tiendas de campaña, sus sillas plegables y sus hornillos portátiles. El enorme claro está lleno de hogueras, con gente sentada a su alrededor mientras las llamas se alzan serpenteantes por el aire. No me acuerdo de cuándo fue la última vez que vi a tanta gente reunida en un mismo lugar, uno que además es evidente que el ser humano ha creado valiéndose de lo que le entregaba la naturaleza que nos rodea.

Aquí no todo el mundo es voluntario del parque natural, a juzgar por los objetos que han traído consigo. Pasamos junto a una cafetera plateada que alguien ha dejado sobre una roca cerca de una de las hogueras, y tengo que contener un gemido al verla. No llevo mucho tiempo metida en esto, pero no puedo evitar juzgar lo que la gente ha decidido traer para recorrer sus respectivas rutas.

Dios. ¿Cuándo me convertí en la clase de persona que cree que una maldita *silla* es un lujo?

Los árboles de hoja perenne se alzan alrededor del prado en el que todos vamos a acampar. Y también hay unos cuantos edificios que se asientan en los bordes del claro. Son pequeñas cabañas de madera en forma de A, desgastadas por la intemperie, con los tejados caídos, y todas tienen carteles indicando que en su interior hay servicios y duchas. Junto a ellas hay un

enorme espacio comunitario, con mesas de picnic enormes donde hay gente preparando sus comidas. Varias tiendas de campaña salpican el claro como gigantescas rocas de colores que brotan de la nada del suelo.

Y las distintas conversaciones de los senderistas llenan el ambiente.

Civilización.

Sus voces rugen como un río. Un rugido sordo e indistinto. Hay varios grupos de gente sentados formando pequeños círculos junto a sus respectivas tiendas de campaña. Algunos son senderistas más ancianos, con sus cabellos canos y sus barbas largas, sentados junto a las tiendas de campaña que han montado cerca de los baños. Otros son senderistas mucho más jóvenes, con la ropa mucho más sucia, que se deslizan por el lugar observándolo todo. Se puede saber los días que llevan caminando por la cantidad de polvo que les recubre la piel y el brillo de sus ojos. Todos parecen agotados, aliviados por haber llegado hasta aquí. Como si su ruta se les hubiese hecho eterna, pero la caminata hubiese logrado cambiarlos para siempre. Espero que nosotros también tengamos ese aspecto. Agotados pero satisfechos.

La mayoría de los senderistas nos sacan unos cuantos años… salvo por un grupo.

Han acampado a un lado del claro, montando sus tiendas verdes, nuevas y relucientes, en un semicírculo junto a la hoguera más grande de todo el campamento base. Parecen sacados de un anuncio de REI para senderistas. Todo sonrisas y caras sonrojadas por el sol. Con sus botas de montaña perfectamente a la moda y sus calcetines altos de lana gris. Van todos a juego.

A su lado, parecemos unos mendigos. Con nuestros calcetines tobilleros bajos, nuestras botas de montaña destrozadas, nuestras camisetas llenas de manchas de sudor y una buena capa de polvo y tierra acumulada bajo nuestras uñas.

Es verlos y sentirme cohibida.

Y junto a ellos están Hiedra y Paloma. Hiedra le da un suave golpecito a Paloma en el hombro, y esta alza la vista de inmediato. Incluso aunque soy plenamente consciente de que es preciosa, algo se hunde en mi interior en el mismo instante en el que la veo levantarse de un salto y salir corriendo hacia Rey con una sonrisa de oreja a oreja dibujada en la cara.

—¡Hola! ¡Habéis llegado! —exclama, antes de seguirnos hasta una zona

despejada, lejos de las hogueras y un poco más cerca de la linde del bosque.

Él deja caer su mochila a un lado y se vuelve hacia ella con una sonrisa.

Y yo no puedo evitar compararla con las sonrisas que me ha dedicado a mí.

—Ni siquiera es tan guapa —comenta Azúcar, al tiempo que me lanza los soportes de las tiendas de campaña.

—¿Quién? —le pregunto, e intento mantener mi dignidad aunque solo sea un poco intacta al hacerme la tonta.

Pero a Azúcar nunca se le ha dado demasiado bien dejar que nadie se haga el tonto.

—Sabes perfectamente de quién estoy hablando.

Clavo uno de los soportes en el suelo con ayuda de mi bota.

—Ya… pero sí que lo es.

Azúcar asiente lentamente con la cabeza.

—Sí. Es bastante guapa.

Hiedra nos pide que nos sentemos a cenar con ellos y el resto de los campistas. La mayoría se han reunido en las mesas de picnic para compartir la comida que hayan traído, como en una especie de cena comunitaria, y Libros niega con la cabeza.

—Así que así es como habéis conseguido alimentaros de algo más que solo arroz y alubias.

Hiedra le lanza una mirada traviesa.

—No te van a dar ningún premio al mejor voluntario por sufrir más que los demás.

—Pues deberían —repone Libros, y después los dos estallan en carcajadas.

Junior se aleja de nosotros, deslizándose entre la multitud.

La mejor parte de acampar en un campamento son las duchas. Nos duchamos por turnos con el agua templada. Me siento como si estuviese en un hotel de lujo, con mi pastilla de jabón y el agua cayendo por mi cuerpo, en vez de tener que estar sentada en un río. El agua caliente no debería ser un lujo, debería ser un bien de primera necesidad. Un derecho humano de supervivencia, como el aire o la comida.

La gente ha traído paquetes de perritos calientes y salchichas, bolsas de patatas fritas y alguien incluso un paquete de galletas Oreo tamaño familiar.

No es ninguna cena de restaurante de lujo; es algo mucho mejor. Junior y

Azúcar me encuentran y los tres devoramos nuestro festín como si fuese la primera vez que comemos algo en siglos.

Una enorme hoguera ruge con fuerza en el centro del campamento y por un momento no puedo evitar sentirme aliviada por que nadie me haya pedido que vaya a buscar leña. Hay algo en el ambiente que hace que me relaje mientras que Junior y yo hablamos con un par de senderistas de Colorado. Nos comentan que, si alguna vez pasamos por Boulder, podemos quedarnos a dormir en su sofá, lo que se me hace de lo más extraño. Para ellos solo soy una desconocida, pero cuando lo digo en voz alta lo único que responden es que les hemos dado buenas vibras.

—Existe un código entre senderistas. Debemos respetar la naturaleza y respetarnos entre nosotros —comenta uno de ellos, al tiempo que se encoge de hombros—. Y la gente que hace esta clase de cosas siempre son buenas personas. Es muy fácil saber quién encaja en este sitio y quién no.

Se me forma un nudo en la garganta y, cuando me vuelvo hacia Junior, me lo encuentro sonriendo pero con el ceño fruncido.

Esta gente nos ha prejuzgado antes de conocernos y han supuesto lo mismo que suele suponer todo el mundo. Creen que somos como ellos. Su código no es muy distinto al que hemos estado siguiendo nosotros, pero todas estas personas han elegido voluntariamente seguirlo al pie de la letra y, como han supuesto que nosotros también, han pensado que somos *buenas personas*.

Es agradable que alguien suponga que soy… una buena chica.

Alguien le ofrece a Junior una cerveza con alcohol y él la acepta de inmediato. Le lanzo una mirada fulminante que espero que le recuerde lo que ocurrió la última vez que bebimos alcohol, pero él se limita a señalar hacia donde están los senderistas guapos como respuesta.

—Ellos también llevan unas cuantas cervezas encima. Y lo más probable es que yo me tenga que beber al menos diez como para emborracharme de verdad.

Le quito la lata a Junior de las manos. Su pintauñas de purpurina está descascarillado y casi se le ha caído por completo. La cerveza tiene sabor a frutos del bosque, pero es artificial y me deja un regusto amargo en la boca.

Rey está de pie junto al fuego con Libros, comiéndose unos perritos calientes y hablando con Hiedra y Paloma.

—¿Qué os pasa a vosotros dos? —le pregunto a Junior, al tiempo que señalo a Libros con la lata de cerveza.

Junior me lanza una mirada intensa.

—Yo me estaba preguntando lo mismo, pero sobre ti y ese rubio.

—No nos pasa nada. Rey *siempre* sigue las reglas, al pie de la letra. Por lo de las prácticas. —Hasta yo me fijo en el tono afilado de mi voz.

—No, eso no es verdad. Él también bebió con nosotros la noche del whisky. —Junior señala con un barrido a nuestro alrededor—. Además, estoy bastante seguro de que este lugar no forma parte de nuestro recorrido, así que aquí no se aplican las mismas normas.

—¿Es como nuestro pequeño agujero negro particular?

—Exacto. Como un pliegue en el continuo espacio tiempo.

Eso me hace reír.

—Lo que está claro es que ninguno de los dos entendemos en absoluto el concepto del tiempo.

—No —me quita la lata, le da un buen sorbo y después me la devuelve—. Pero lo que sí que entiendo son las normas y he descubierto que existen cientos de modos de usarlas a tu favor.

Decido ignorarle porque prefiero pensar que estoy haciendo lo correcto al mantener los límites con Rey bien marcados. No como antes en el río, cuando casi mandé esos mismos límites a la mierda.

Me muerdo el labio inferior con fuerza y recuerdo cómo Rey ni siquiera me miró a los ojos al salir del agua. Culpable. Y todo porque yo había vuelto a equivocarme.

—Sí, bueno, Alaska está muy lejos. —Le doy otro sorbo a la lata y se la tiendo de vuelta—. No merece la pena arriesgarse, ¿no crees?

Junior se bebe de un trago la poca cerveza que queda y después aplasta la lata.

—¿En serio? Tampoco es como si le estuvieses pidiendo matrimonio. Lo que quiera que tengáis no tiene por qué durar para siempre. Puede ser solo por *ahora*.

—¿Es eso lo que estás haciendo tú?

Junior se lleva una mano al pecho, como si se sintiese ofendido.

—Yo estoy jugando a una versión avanzada del juego del gato y el ratón. Aunque todavía no tengo muy claro si yo soy el gato o el ratón.

—Creo que eres el queso.

Eso le hace poner los ojos en blanco antes de envolverme entre sus fuertes brazos y darme un beso en la coronilla.

—Por esto no tienes amigos.

Junior me entrega otra lata de cerveza y entonces todo se oscurece de repente. La luz de las estrellas nos ilumina los rostros y el ambiente se vuelve mucho más fresco. Uno de los campistas más mayores se ha traído una guitarra y otro saca un pequeño tambor. La gente se reúne alrededor de una hoguera para cantar viejas canciones de campamento que recuerdo haberles oído tocar a mi padre y a mi madre durante algunas cenas, mientras bebían vino, despreocupados y con la mirada clavada en las estrellas, recordando el pasado y soñando con el futuro.

Paloma se nos acerca y nos pregunta si nos apetece jugar a algo con el resto de los Amarillos. Veo a Rey y a Libros unirse al juego incluso antes de que Paloma nos pueda decir que ellos ya se han apuntado.

Por eso sé que Junior va a responder que sí, así que me adelanto antes de que pueda decir nada.

—No, gracias —suelto, antes de esbozar una sonrisa tensa, y soy plenamente consciente de que he debido de sonar antipática, aunque esa no hubiese sido mi intención.

—Vale, bueno, si cambiáis de opinión…

—No vamos a cambiar de opinión —la interrumpo, y ella se limita a asentir antes de marcharse.

Junior me observa con las cejas enarcadas y sé que está a punto de preguntarme a qué ha venido eso.

—No. No quiero hablar del tema —espeto, antes de beberme el último trago de cerveza. Rey tiene ese efecto en mí y, cuando vuelvo a la realidad, cuando retomo el control de mi cuerpo y asimilo cómo me he comportado, me avergüenzo de mí misma.

—Muy bien, di que sí, no hay que hablar de las cosas que te hacen convertirte en un monstruo.

—No soy un monstruo. Solo estoy…

—*Celosa*. Esa es la palabra que estás buscando.

Me llevo un dedo a los labios y le pido que se calle.

Pero, por primera vez en todos los días que llevamos caminando, la noche

se vuelve mucho más ruidosa a cada segundo que pasa, y no más silenciosa.

Hay gente riéndose, bromeando y contando historias por todas partes. Alguien me tiende un vaso rojo con una bebida alcohólica transparente y después le entrega otro a Junior. Oigo cómo una chica se ríe a carcajada limpia y opto por no volverme hacia ella para comprobar si se está riendo por algo que haya dicho Rey o si esa risa proviene acaso de donde sé que se encuentra él en este momento. Tan solo sigo bebiendo.

—Eh, eh, vale. —Junior me quita el vaso—. Compórtate, Mapas. Que esto no es nuestro alcohol barato y asqueroso. Guarda algo para los demás.

Pero el alcohol ayuda. Hace que el mundo que me rodea se torne borroso y que se le difuminen los bordes a todo lo que veo. Logra acallar mis sentimientos. Se me retuerce el estómago.

Un rato después, Rey se nos acerca para ver si estamos bien. Se fija en el vaso que tiene Junior en la mano y nos pide que bajemos un poco el ritmo, pero me está mirando solo a mí al decirlo.

—Es agua. —Sueno como si estuviese hablando desde *debajo* del agua.

Rey se vuelve hacia Junior.

—Está bien, de verdad.

Barro el aire con las manos, dibujando un enorme círculo.

—Este sitio es un agujero negro. —Junior trata de arrastrarme lejos de allí, pero me zafo de su agarre.

—¿Qué? —Rey me observa claramente confuso.

Así que decido explicárselo justo cuando Azúcar se nos acerca.

—No te preocupes. ¿Esas prácticas que tanto quieres? —Le observo con seriedad—. Las vas a… —Doy una palmada con fuerza para terminar.

—¿Qué me he perdido? —nos pregunta Azúcar, con los ojos abiertos como platos, y Junior niega con la cabeza.

—Agujeros negros y formas de usar las normas a tu favor, de doblarlas como juncos.

—¿De doblarlas como…? —Rey me observa con el ceño fruncido.

—Muy bien. Creo que ha llegado el momento de salir a bailar un rato para… despejarnos. —Junior me señala con la mano.

Rey lo detiene antes de que pueda alejarse.

—No os vayáis muy… quedaos cerca, ¿vale?

Junior le observa con amabilidad antes de asentir con la cabeza.

El mundo da vueltas a mi alrededor cuando nos alejamos de allí y, por un momento, tengo la impresión de estar bailando con mi padre al ritmo de una canción de Bob Dylan.

—¡A vosotros os estaba buscando! ¡Los malotes de los Azules! —nos saluda Rocky, sonriente, aunque solo está mirando a Azúcar.

A Rocky le gusta ligar con todo lo que se menea. A Junior le dijo que era el chico más guapo que había visto en su vida y a mí no deja de decirme que soy demasiado buena como para ser la gruñona del grupo.

—Bueno, sedme sinceros —nos pide—. ¿Me van a dar una paliza? —Rocky señala a Libros y Rey, que están sentados al otro lado de la hoguera, mirándonos fijamente—. Porque reconozco *esa* mirada.

—Esos son nuestros líderes de recorrido —le comenta Azúcar—. Solo nos están mirando para asegurarse de que no nos metemos en problemas.

Rocky suelta una risita contra su vaso.

—¿De que no os estáis metiendo en problemas o de que no estáis enrollándoos con nadie?

Me vuelvo hacia Rey y al instante me encuentro con su mirada puesta solo en mí, y eso me hace esbozar una sonrisa. Pero me sostiene la mirada durante un buen rato. Demasiado rato. Le veo apretar los dientes con fuerza y el deseo se acumula en mi bajo vientre. Es la misma sensación que si me estuviese muriendo de hambre, pero mucho más intensa.

«Puede ser solo por ahora».

Y entonces Junior aparece frente a mí.

—Por allí solo hay dragones.

Sé que tiene razón, pero no sé si Rey es el dragón o el tesoro.

—No voy a… —No llego a terminar la frase.

—Mejor —repone Azúcar con seriedad—. Porque no quiero que te manden a casa y ser la única chica del grupo.

—¿Qué? —Paso la mirada de Junior a ella.

—¿Pero quién va a decir nada? —pregunta Junior—. Aquí todo el mundo ha roto al menos una de las normas.

—Eso también va por ti —le dice—. No queremos que los Amarillos se enteren y estáis siendo demasiado cantosos.

—Ellos tampoco van a decir nada —me dice Junior, pero ya no parece tan seguro.

—Espero que no.

—Se supone que esto es un agujero negro —me lamento.

—Shhhhhhh. —Junior me tapa los oídos y se vuelve hacia Azúcar—. Estás molestando al bebé.

Le pongo una mueca triste, frunciendo los labios. Azúcar pone los ojos en blanco, pero no vuelve a sacar el tema.

La noche sigue avanzando y sigo a Rocky hasta otro grupo de senderistas que están reunidos alrededor de una hoguera tratando de comer todas las Oreos que puedan sin usar las manos. Me vuelvo hacia Libros y Junior y los veo demasiado pegados, sin apenas espacio entre sus cuerpos. Rocky y yo soltamos una sonora carcajada, echando la cabeza hacia atrás y fijándonos en las estrellas y, por primera vez desde que pisé estas montañas, siento cómo el dolor por la muerte de mi padre me abandona.

Me pongo de pie, bailo y río sin parar, y entonces alguien se pone a cantar «Landslide».

Un segundo después, una mano cálida me rodea la muñeca.

—Ven conmigo. —Esas dos palabras no son más que un leve susurro pronunciado junto a mi oído. Las noto deslizándose por mi cuello y los dedos que me rodean la muñeca me sostienen la mano con delicadeza, lo que me hace pensar que más que una orden es una pregunta.

Rey. Es él quien me está dando la mano, casi como si estuviese tratando de traerme de vuelta a la realidad. Me echo hacia delante, con suavidad.

—Este es el agua que ha estado bebiendo —le dice Rocky, mi nuevo mejor amigo, y Rey asiente—. Creo que debería irse a dormir ya.

—No, aún no —replico, pero dejo que Rey me arrastre hacia nuestras tiendas. Mi nuevo mejor amigo es un *traidor*—. No quiero irme a la cama todavía.

—Vale —me dice Rey—. ¿Y si nos tumbamos un rato?

—No estoy borracha. —Dejo de caminar pero me fijo en que ha usado *el plural*.

—Vale —accede. Pero parece un padre dándole la razón a su hijo para que no se enfade.

—Voy contentilla, pero no estoy borracha.

—Yo también —repone.

—Entonces, ¿por qué soy yo la que se tiene que ir ya a la cama? —Sé que

me estoy comportando como una niña pequeña y llorica, aunque no quiero actuar así.

Rey se pasa la lengua por los dientes, algo que suele hacer cuando está pensando en algo.

—Parecía que necesitabas un… un descanso.

Cierro las manos en puños, clavándome las uñas en las palmas.

—Lo que *necesito* es una hamburguesa con queso —repongo, antes de alzar el dedo índice—. Vale, puede que sí que haya bebido más de lo que debería. Pero es por esta estúpida ruta. Lo único que he comido en estas últimas semanas son alubias con arroz y barritas de granola. Por *eso* se me ha subido el alcohol a la cabeza.

—Entiendo. —Las comisuras de sus labios se elevan levemente, como si se muriese por sonreír—. Pero, como no hay ningún Taco Bell o Jack in the Box por aquí, lo mejor será que vayamos a beber un poco de agua.

Dios, qué pena doy. Aquí están, mandándome a dormir para que se me pase la borrachera incluso aunque los demás vayan a seguir de fiesta. Y encima tengo a Rey haciéndome de niñera.

Doy un paso, pero me tropiezo y el pelo se me viene a la cara. Intento recogérmelo, aunque sé que debo de tener un aspecto penoso en este momento. Soplándome los mechones rebeldes y tropezándome con mis propios pies.

—No tienes por qué acompañarme, no necesito niñera —suelto, aunque él decide ignorarme, y entonces me toma del brazo para ayudarme a recobrar el equilibrio.

Después Rey rebusca en el interior de nuestras mochilas y me tiende mi pasta y mi cepillo de dientes. Me lavo los dientes peor de lo que me los he lavado en mi vida por culpa del alcohol pero él no me abandona en ningún momento. Me limpio los labios con el dorso de la mano y le devuelvo mi cepillo de dientes.

Él me aparta el pelo de la cara y me lleva de vuelta a la tienda de campaña con delicadeza. Una vez dentro, me tiende la camiseta que siempre me pongo para dormir y no se da la vuelta mientras me cambio. De todas formas, supongo que hace mucho tiempo que dejamos esa fase atrás.

—¿Por qué estás siendo tan amable conmigo? —le pregunto, mientras intento sin éxito pasar los brazos por las mangas, quedándome con la cabeza

atrapada dentro también.

Rey me ayuda a terminar de ponerme la camiseta y a sacar la cabeza por el cuello.

—¿Y por qué no iba a serlo? —repone, pero no me mira al decirlo.

«Porque he bebido demasiado, incluso después de que tú mismo me hayas recordado que no debía. Porque llevo toda la noche esperando a que me veas ligar con otros chicos y a que te pongas celoso».

—Porque odio a Paloma. Qué nombre más estúpido —respondo, mientras consigo pasar los brazos por fin por las mangas.

—¿Por qué la odias? —Una risita suave rompe el silencio denso que nos rodea.

—Por los agujeros negros.

Rey me observa con el ceño fruncido, confuso.

—¿Qué?

No le respondo; en cambio, opto por decir algo igual de estúpido que lo de los agujeros negros:

—Siento haberte arruinado la noche y no haberte dejado coquetear con ella tranquilo.

Eso le hace sonreír.

—No has arruinado nada. Estoy bien.

Pues espero que eso sea mentira. Espero que Paloma le odie. Espero que piense que es un bicho raro asqueroso y baboso. Me meto a rastras en mi saco de dormir y me tumbo.

—¿Estás bien? —me pregunta.

«No».

—Sí.

Rey asiente y se dispone a abrir la tienda para marcharse, pero le agarro de la muñeca antes de que pueda tomar la cremallera.

—¿Te puedes quedar conmigo? —le pregunto en un susurro.

—¿Quieres que me quede?

—Sí. Solo… Solo hasta que me quede dormida. ¿Por favor?

Rey me observa dividido y me doy cuenta de que está a punto de decirme que no, pero entonces hace algo que me toma por sorpresa: su expresión se relaja y se deja caer sobre el saco de dormir de Azúcar, a mi lado.

—Pero solo hasta que te duermas —me promete.

—Vale —respondo. Deslizo las manos bajo mi cabeza y me quedo mirándole y Rey, a su vez, clava la mirada en el techo de la tienda de campaña. Fuera se oye a la gente gritar, reír y tocar la guitarra, pero aquí dentro lo único que consigo escuchar es el latido descontrolado de mi corazón.

—¿Te vas a quedar toda la noche mirándome o vas a intentar quedarte dormida? —me pregunta, cruzándose de brazos sobre el pecho.

—¿Te gusta? —le pregunto.

—¿Quién?

—Esa chica. Paloma

Rey suspira con pesar.

—Cuando todo esto acabe me voy a ir a Alaska.

Ese recordatorio me cae encima como un balde de agua helada.

—Eso no es lo que te he preguntado.

Por un momento pienso que va a ponerse a la defensiva, enfadado, pero entonces me pregunta:

—Cuando estábamos en la cascada, ¿qué es lo que ibas a preguntarme?

—¿En la cascada?

—Me preguntaste si yo también pensaba en… algo. Pero no llegaste a decirme el qué.

No sé qué responderle a eso o qué decir, ni siquiera sé cómo hablar.

—¿Quieres irte? —le pregunto, en cambio.

Eso hace que se vuelva hacia mí, tumbándose de costado.

—¿Quieres que me vaya?

—No.

Es una respuesta sincera y algo que sé que mañana no tendré el valor de admitir en voz alta.

Me recorre el rostro con la mirada.

—¿Por qué?

—Porque todavía no he podido hacerte mi pregunta.

—¿Sobre si iba a marcharme? —pregunta en voz grave.

—Sobre si ibas a besarme.

Rey se queda helado, sosteniéndome la mirada con intensidad.

Ya lo he dicho, así que le hago la pregunta que me habría gustado hacerle antes en la cascada.

—¿Alguna vez piensas en besarme?

Me observa como si no pudiese respirar. Todo su cuerpo está en tensión, tumbado como una estatua sobre el saco de dormir de Azúcar. Y, cuando por fin suelta el aire que había estado conteniendo en un suspiro, me doy cuenta de lo cerca que estamos el uno del otro en realidad.

—¿Te gustaría que te besase?

«Puede ser solo por ahora».

—Sí —respondo en un susurro.

Rey baja la mirada hacia mis labios.

—Mapas.

—Hazlo —le reto—. Bésame.

Pero él se queda ahí quieto, mirándome fijamente.

Así que soy yo la que se inclina hacia él.

«Solo por ahora».

Pego mis labios a los de Rey, suaves y delicados. Él suelta un suspiro, pero me doy cuenta de que no me devuelve el beso.

Me aparto, con el rostro sonrojado y acalorado, avergonzada, pero antes de que pueda alejarme demasiado, me encuentro con su mirada intensa, observándome atentamente. Tiene una pregunta escrita en sus iris oscuros y me muero por preguntarle qué ocurre.

Pero entonces sus labios descienden de nuevo sobre los míos. Al principio es un beso dulce, calmado, pero entonces se pega a mi cuerpo, colocándose encima de mí, y todo se transforma en un segundo.

Su cuerpo me inmoviliza contra el suelo de la tienda de campaña mientras yo trato de pegarlo más y más a mí. El saco de dormir se interpone entre nosotros, pero me da igual. Me besa con pasión y yo recorro su cuerpo con las manos. Le acaricio la cintura, las deslizo debajo de su camiseta, por sus hombros. Le recorro todas las partes en las que llevo pensando tocarle desde que le conocí, muriéndome por saber lo que se sentiría al hacerlo. Deslizo mis manos de vuelta a su cintura y la pego a la mía, y noto una deliciosa presión allí donde más le deseo.

Todo se vuelve tan intenso que me olvido de todo. Rey desliza sus labios por mi cuello, dejando un camino de besos hasta mi clavícula. Yo me muero por seguir tocándole, por acariciarle por todas partes. Por recorrer su piel más sensible. Por pegarlo más y más a mí. Lo quiero todo. Lo quiero *a él*. Tomo su mano y la deslizo bajo mi camiseta para dejarle claro qué es lo que

le estoy pidiendo.

Gimo con fuerza contra sus labios al notar su mano deslizándose por mi abdomen. Y entonces noto cómo todo su cuerpo se tensa y…

Rey se aleja de golpe, sentándose sobre sus talones. Lo hace tan de repente que me deja sin aliento.

—Yo… —Se mesa el cabello con fuerza—. Has bebido demasiado. Y no puedo…

—Rey. —Pronuncio su nombre como una plegaria, y rezo por que eso baste para que vuelva a besarme.

Pero él no me escucha.

—Hay cosas que… Tengo que…

—*Rey*. —¿Qué es lo que tiene que hacer?

—No. Solo… Vete a dormir, Mapas. Ya hablaremos mañana.

Pero no estoy segura de si mañana por la mañana tendré el valor para hablar con él.

Porque mañana abandonaremos este agujero negro y ese «solo por ahora» desaparecerá para siempre.

21

Me despierto con Azúcar roncando a mi lado y paso demasiado tiempo con la mirada clavada en el techo de la tienda de campaña, con la esperanza de volver a quedarme dormida. Pero la cabeza me duele horrores y la vergüenza se apodera de mí al recordar lo que ocurrió anoche con Rey.

«No».

Se me vienen a la memoria pequeños fragmentos de la noche anterior. Sus manos recorriéndome el cuerpo. Sus labios deslizándose sobre los míos. Su cuerpo pegado al mío. Tengo hambre de mucho más y me siento humillada a la vez. Porque, cuando cierro los ojos, no puedo dejar de recordar su rostro al alejarse de mí.

Cuando salgo de la tienda de campaña todavía es de noche y en el campamento reina un silencio sepulcral. Las hogueras están apagadas y todo el mundo ha recogido sus pertenencias. Uno de los senderistas de más edad está dormido en una silla plegable y no puedo evitar preguntarme si habrá pasado la noche allí.

La tienda de campaña azul está en completo silencio y soy plenamente consciente de que solo una tela me separa de Rey.

De nuestro beso.

De él diciéndome que hablaríamos del tema por la mañana. Me paso una mano por la cara, frustrada. Tengo que reflexionar sobre lo que he hecho. Organizar mis pensamientos hasta formar una línea recta. Me levanto y me acerco a una de las hogueras apagadas, la que se encuentra a tan solo unos metros de nuestras tiendas de campaña. Lo bastante lejos como para que la tienda azul se vea engullida por un mar de pequeñas olas de nailon amarillo.

Pero no puedo dejar de pensar en Rey. No solo esta mañana, sino que pienso en él tan a menudo que no sé cuándo se adueñó de mis pensamientos. Yo no soy así. No soy de esas que se pasan el día pensando en un chico y tampoco quiero serlo. Y mucho menos si ese chico se va a

marchar a Alaska. Si nuestras vidas nos van a llevar en direcciones distintas.

Aunque eso tampoco es cierto. Porque su vida sí que seguirá avanzando, pero la mía se ha quedado estancada. Una vez acabe de recorrer este sendero volveré a casa, eso es lo único que haré. Llevo todavía guardada la lista de mi padre en el bolsillo trasero de mis pantalones, y hay algo que me molesta, aunque no sé él qué. Es como si se me estuviese pasando algo evidente por alto.

Desenrosco el tapón de mi cantimplora Nalgene y me lleno la boca de agua hasta hincharme las mejillas, y después me obligo a tragar con fuerza.

—No tienes buen aspecto. —Paloma sale de entre los árboles, con la camiseta arrugada y la coleta medio deshecha. Y entonces se señala a sí misma—. Yo estoy en pleno paseo de la vergüenza.

Pero no parece avergonzada en absoluto.

A su espalda veo cómo un chico de cabello oscuro regresa con el resto de los senderistas que parecían sacados de un anuncio de REI.

Le dedico una sonrisa tensa. Me alegro de que no esté enrollada con Rey, aunque en realidad tampoco creía en serio que lo estuviesen.

—Y dime —susurra—. ¿Qué haces despierta tan temprano? —Me habla como si estuviésemos tramando un plan malvado, como si estuviésemos compartiendo nuestros más profundos secretos bajo los primeros rayos de la mañana.

Pero yo no pienso contarle nada.

—Solo estaba intentando aclararme las ideas —le digo.

Ella me observa horrorizada antes de sentarse.

—*Dios*, ¿aclararte las ideas sobre qué? —Paloma se tumba sobre un tronco largo, con las piernas colgadas a ambos lados—. Mi mejor cualidad es que nunca tengo nada claro, que vivo el momento. A nadie le gusta la gente que tiene las ideas claras. Es lo mejor de este programa. Todos estamos hechos mierda, así que vive el momento.

Pienso en Rey y en la forma en la que suele hablar de su familia, la misma que no le quiere volver a ver. Pienso en Azúcar y en cómo parece estar huyendo de algo. Pienso en Junior, que siempre está luchando contra algo invisible, y en Libros, que siempre está tratando de protegerse de todo.

Y pienso en mí. Que soy un desastre.

Pienso en cómo a veces nuestras cicatrices no son visibles. Como cuando

pierdes a alguien importante.

—Mi padre murió. —Se lo digo porque, por algún extraño motivo, necesito que alguien que no sean ni Rey ni Joe lo sepa también. Y porque Paloma no me parece la clase de persona a la que eso vaya a importarle en lo más mínimo. El cómo reaccione, o que me tenga lástima o apatía, no es algo que deba importarme, porque ella me da igual.

La chica se vuelve hacia mí con sus enormes ojos marrones iluminados por un brillo sincero y yo me preparo mentalmente para el «lo siento mucho» y el «volverás a verle en un futuro» que sé que está a punto de decir.

—Dios, qué mierda.

Tardo un buen rato en asimilar lo que acaba de decir, unos segundos en los que sus palabras reverberan en el interior de mi cabeza, como si estuviesen tratando de encontrar un lugar donde asentarse, el sitio al que pertenecen. Simpatía, lastima, palabras incómodas de consuelo. No encajan en ninguna de esas categorías. Sus palabras me resultan confusas. Ni siquiera me puedo creer que acabe de decir eso. ¿«Dios, qué mierda»?

Pero sí que lo es.

Es una auténtica mierda.

La risa me sube desde lo más profundo del pecho y suelto una sonora carcajada antes de responderle:

—Sí, lo es. Es una *maldita* mierda.

Paloma se vuelve a mirarme y me rio con más ganas de lo que me he reído en mucho tiempo. Y ella no deja de sonreír ni siquiera cuando mis carcajadas se entremezclan con las lágrimas que comienzan a brotarme descontroladas de repente de los ojos.

Paloma no se apresura a tranquilizarme o a consolarme. Se queda sentada a mi lado, escuchándome atentamente, dejándome llorar y reír tranquila.

Me seco las lágrimas con el dorso de la mano.

—Lo siento. No sabía que…

Sinceramente, no sabía nada. Tal vez sea porque sigo de resaca, pero es que ni siquiera sé qué estoy haciendo aquí.

Pero Paloma no parece molesta, o sorprendida, o confundida. Me está mirando como alguien que comprende a la perfección lo confusa que me siento.

—El dolor de un duelo es de lo más extraño, ¿verdad?

Y entonces me doy cuenta de que eso es justo lo que es. No es que esté triste, o destrozada, son los momentos en los que no puedo evitar echarle de menos, sobrecogiéndome de repente.

Paloma respira hondo y me sonríe, como si este arrebato emocional fuese justo lo que estaba esperando que ocurriese. Y, por primera vez desde que a mi padre le diagnosticaron cáncer, siento que he hecho lo correcto.

—Sí. —Me da una suave palmadita en la pierna—. Lo estás haciendo bien. ¿Lo sabías?

No, no lo sabía. Porque la mayor parte del tiempo siento que me estoy ahogando, que estoy fallando a todo el mundo, y me enfado, y me da miedo, y siento que en algún punto del camino me he acabado perdiendo a mí misma. Pero, en cambio, respondo:

—Ya no sé nada.

—Bueno, pues entonces debes de estar haciendo algo bien. Si supieses qué narices estás haciendo, seguro que estarías haciendo algo mal.

Paloma es como una psicóloga del bosque haciendo el paseo de la vergüenza. Porque en estos últimos minutos ha logrado algo que ningún psicólogo reconocido ha logrado nunca en una sesión de terapia o en una charla: que acepte mi confuso corazón tal y como es.

—Ahora entiendo por qué le gustas a Rey —comento, y me sorprendo incluso a mí misma al admitirlo.

Eso le hace soltar una sonora carcajada.

—Ahora entiendo *yo* por qué le gustas *tú*.

—Eh… yo no estoy tan segura de eso. Creo que piensa que solo doy problemas.

—¿Ah, sí? Pues *qué suerte tienes*. —La sonrisa de Paloma se ensancha lentamente—. Yo que tú tampoco me preocuparía por él. Está demasiado preocupado por lo de Alaska y eso le tiene la cabeza hecha un lío. Y todo porque cree que así conseguirá que alguien se enorgullezca de él, aunque todavía no se ha dado cuenta de que el que alguien tenga sus expectativas puestas en ti es una *mierda*.

Me muero de ganas por preguntarle al respecto, pero, un momento después, me pide que nos levantemos y vayamos a buscar un par de latas de cerveza para «desayunar» y el resto del paquete de Oreos.

Me bebo la cerveza fría muy rápido y eso me ayuda a contrarrestar un poco la resaca.

—Aquí estáis. —Junior se nos acerca desde las tiendas.

—Aquí estamos —responde Paloma, abriendo los brazos—. ¿Te apetece una cerveza de desayuno? —le pregunta.

Junior niega con la cabeza.

—Pensábamos que te habrían devorado los osos —me dice—. Y resulta que en realidad solo había sido un pajarito.

Paloma sonríe de oreja a oreja.

—Qué gracioso. Supongo que tú debes de ser el gracioso del grupo.

Junior la ignora.

—Nos estamos preparando ya para irnos ya.

Me vuelvo hacia Paloma.

—Gracias por… —Pero hay demasiadas cosas por las que debería darle las gracias, y todas me forman un nudo enorme en el pecho.

—No hay de qué. —Entonces alza su lata de cerveza a modo de despedida. Como si todo por lo que debería darle las gracias en realidad no fuese nada.

Para cuando regresamos con el resto, nuestras tiendas ya están recogidas y guardadas dentro de mi mochila.

—La encontré —anuncia Junior, y todo el mundo se vuelve a mirarme. Todos.

Rey.

Rey me está mirando.

—Estaba bebiendo cerveza con la reina del caos, es decir, con Paloma —añade Junior.

Libros suelta un gemido frustrado.

—Nadie debería quedarse a solas con Paloma, nunca.

—¿Cómo llegó a ser líder de recorrido? —pregunta Azúcar—. ¿En qué estaba pensando Joe cuando la nombró?

—El caso es que la gente la adora. —Libros se encoge de hombros—. Y por eso todo el mundo hace lo que ella dice.

—Oh, de eso ya me había dado cuenta. —Azúcar me tiende una barrita de granola para que desayune algo—. No sabes lo que te perdiste anoche. Escaló hasta la copa de un árbol y retó a uno de los senderistas ricos a que la siguiera. Y él acabó cayéndose del árbol a medio camino. Lo más

probable es que se haya roto una costilla. ¿A dónde te fuiste anoche? —me pregunta.

Mi mirada se desliza involuntariamente hacia Rey, aunque no quiero que el resto se entere de lo que ocurrió anoche.

—Me fui a dormir.

—Si es que eres una debilucha. —Junior me da un suave empujón en el hombro de forma juguetona.

Recogemos todas nuestras cosas y nos marchamos del campamento base sin despedirnos de nadie. Es como si estuviésemos marchándonos del País de Nunca Jamás. De un lugar secreto y escondido. *Un agujero negro*. Y me tengo que recordar varias veces que lo que quiera que ocurriese entre Rey y yo anoche en la tienda, o en la cascada, tan solo pasó porque nos dejamos llevar por la corriente eléctrica del lugar. Por la atracción gravitacional del agujero negro.

Rey se detiene a un lado, a la espera de que pase junto a él, y entonces reemprende su camino, pero no dice nada hasta que el campamento base desaparece por el horizonte a nuestra espalda.

—Mapas —pronuncia mi nombre en un susurro suave que me recuerda a cómo lo pronunció anoche.

Respiro hondo una vez. Y otra. Y trato de pensar en qué decirle, en cómo hablar con él.

—Mapas.

Sé qué es lo que me va a decir. «Fue un error. No debería haberlo hecho. No podemos hacerlo».

Pero todo eso solo viene a significar una cosa: «No mereces la pena».

—No tenemos por qué hablar. —Me detengo y Rey se detiene a mi lado —. Podemos solo… no pasa nada.

—No pasa nada —repite.

Y, de nuevo, volvemos a lo mismo. No pasa nada, estoy bien. Trato de esbozar una sonrisa, pero lo más probable es que me haya salido demasiado forzada, con muchos dientes y un tanto incómoda.

Rey me observa como si se estuviese muriendo por decir algo pero no encontrase la forma adecuada, y lo último que necesito en este momento es que me tenga lástima. Que me rechace con delicadeza. Ya me he encargado de mentalizarme yo sola de que lo nuestro es imposible esta misma mañana.

—Crucé ciertos límites que jamás debería haber cruzado y te empujé a hacer algo que no deberíamos haber hecho. No pasa nada. No significa… nada. —La mentira me deja un sabor amargo en la boca.

—Cierto. No significa nada. —El resto del grupo sigue caminando y Rey sacude la cabeza como si se estuviese despertando de un trance antes de seguirlos—. Vale, pero no puede volver a pasar. No puedes…

No quiere que vuelva a besarle. Porque yo no valgo la pena. Y no puedo soportar la idea de que termine esa frase y me rompa del todo el corazón.

—Por Joe.

—¿Joe?

—Porque no puede enterarse. No se puede confraternizar con el resto de los senderistas. Lo de tus prácticas. —Enumero toda una lista de cosas para hacerle saber que lo entiendo. Sé por qué tiene que rechazarme. E intento que no me duela tanto su rechazo. Como si eso fuese a ayudarme a conservar aunque solo sea una pizca de orgullo.

Nuestras miradas se encuentran y recuerdo el momento en el que sus iris se oscurecieron anoche al observarme, llenos de deseo.

—No es justo —repone.

En eso estamos de acuerdo.

—Lo entiendo. No tienes por qué preocuparte por nada. Ni por qué decir nada. Da igual. —Me convenzo de que no quiero tener que discutir con él, o empujarle a decir nada, pero, en cambio, le pregunto—: Estamos bien, ¿no?

Porque necesito que me diga que *sí*.

Pero entonces me mira fijamente a los ojos y responde:

—Claro, Mapas.

Y yo no puedo evitar sentirme un poco decepcionada.

Porque sé que a la única a la que estoy volviendo a engañar es a mí misma.

22

Las mañanas de acampada durante la ruta siempre empiezan igual.

Con los ruidos característicos del amanecer. Es como si los primeros rayos del sol tuviesen su propia melodía particular y deslizasen sus dedos entre las ramas de los árboles para despertar al día con una dulce caricia. La mayoría de las mañanas me quedo tumbada un buen rato sobre mi esterilla, escuchando cómo el mundo se despierta lentamente. Los pájaros, los animales, los insectos y los ríos. En esas primeras horas del día, cualquier cosa parece posible. Es un momento nuevo y lleno de optimismo.

Después de marcharnos del campamento base, las cosas cambian, pero no de la forma en la que esperaba.

Rey y yo no estamos bien. Estamos peor que antes. Somos dos personas fingiendo estar bien. No nos peleamos, ni discutimos, ni nos sentamos uno al lado del otro en silencio junto a la hoguera por la noche. Rey me está evitando, con sus sonrisas tensas y educadas, y yo solo le hablo cuando no me queda más remedio.

Pero al caer la noche, cuando me quedo sola, no puedo evitar recordar nuestro beso. Recuerdo todas las veces en las que lo he mirado de soslayo a lo largo del día y todos los momentos en los que no he podido evitar acordarme del sabor de sus labios. Y finjo que todo va bien.

Con Junior y Libros ocurre todo lo contrario. Ellos son solo dos personas que están tratando de fingir que no son como dos imanes, viéndose constantemente atraídos el uno hacia el otro.

Y luego está Azúcar.

En medio de todo esto, como una banda elástica que alguien ha tensado demasiado y está a punto de romperse.

Pero las mañanas llenas de esperanza tan solo duran hasta que levanto la cabeza de la almohada. Durante los últimos días, el ambiente se ha cargado inevitablemente de tensión.

Rey y yo. Libros y Junior. Azúcar y yo. Azúcar y Junior. Azúcar y Libros. Azúcar y Rey.

Azúcar. Azúcar. Azúcar.

Así que tampoco debería sorprenderme demasiado cuando lo primero que oigo esta mañana son los gritos de Libros y Azúcar discutiendo.

Abro los ojos lentamente y la oigo decir algo sobre el té, pero sé perfectamente que no está hablando del té. Lo más probable es que estén hablando del grupo.

Me arrastro fuera del saco de dormir y me pongo las botas de montaña, pero, en cuanto abro la puerta de tela de la tienda de campaña…

Algo va mal.

Todo está en completo silencio, y no puedo oír el piar de los pájaros o el zumbido de los insectos.

Y huelo el humo antes de verlo.

Siempre había creído que el humo sería gris o negro, pero en realidad es blanco.

Blanco. Y entonces oigo el chasquido de las ramas y de las hojas.

El fuego se desliza por la hierba mucho más rápido de lo que jamás habría creído posible. No sé qué es lo que ocurre a continuación. A lo mejor me pongo a gritar. Las llamas se deslizan hacia la maleza, consumiéndolo todo a su paso entre chasquidos y chisporroteos.

Observo cómo las llamas van cobrando fuerza a cada segundo que pasa con el corazón en la garganta. Siento como si se me fuese a salir el corazón del pecho en cualquier momento, con su latido desenfrenado.

Rey no deja de gritar mientras pisotea la maleza, y su voz retumba en mis oídos. Tomo mi saco de dormir y lo dejo caer sobre las llamas, para después ponerme a pisotearlo, a tomarlo y a sacudirlo para apagar el fuego. Azúcar me imita. Libros se pone a sacudir una lona pesada sobre las llamas. Junior está tratando de apagarlas echándoles agua sin parar. Y Rey entonces toma una pala y se pone a echar tierra sobre las brasas. Todos entramos en pánico y nos ponemos a gritar como locos. Puedo notar cómo me empiezan a salir ampollas por estar tan cerca de las llamas, pero no me detengo. Mi cerebro se queda totalmente en blanco.

No sé cuándo ocurre exactamente, pero al final el pánico termina remitiendo al darnos cuenta de que hemos conseguido apagar el fuego. La tierra chamuscada sobre la que estamos todavía sigue caliente, pero ninguno

se atreve a moverse. Por miedo a que el fuego vuelva a cobrar fuerza.

Al final, es Rey quien rompe el silencio, con la mirada clavada en la tierra quemada.

—¿Cómo…? —Se le rompe la voz—. ¿Cómo ha ocurrido esto?

Ninguno responde. Pero solo uno se echa a llorar.

Azúcar baja la cabeza, avergonzada, y una serie de lágrimas gruesas y descontroladas le caen por las mejillas. Entonces sorbe con fuerza por la nariz y Libros maldice por lo bajo. Me tiemblan las manos con violencia y una pequeña quemadura en forma de círculo se me empieza a formar en la muñeca poco a poco.

Libros rebusca dentro de su mochila y saca un bote verde.

—Échate esto y tómate algo para el dolor. Las quemaduras de segundo grado pueden ser muy dolorosas.

Junior toma el bote que le tiende. Rey saca su teléfono de satélite y se queda mirándolo fijamente como si fuese una bomba.

—Voy a tener que… informar de esto.

—¿En serio? —le pregunta Junior, aunque sabe perfectamente que la respuesta es sí.

—Mierda. —Libros alza la mirada hacia el cielo—. Joe se va a cabrear muchísimo.

Eso es quedarse muy muy corto, y cuando Rey se aleja del resto del grupo con el teléfono, le tiemblan las manos. Esta llamada podría acabar con todas sus oportunidades de marcharse a Alaska. Este podría ser el final de nuestra ruta.

Azúcar se seca las lágrimas con el dorso de la mano y se agacha para recoger mi saco de dormir. Lo sostiene en alto y, aunque no se ha quemado entero, sí que tiene algunas partes chamuscadas. Y lo más probable es que apeste a humo.

—¿Me van a arrestar? —pregunta, antes de volverse hacia Libros.

El chico abre la boca como si fuese a decir algo, pero después vuelve a cerrarla como si no supiese el qué, y se queda ahí de pie, mirándola fijamente.

—No lo sé —responde pasado un rato.

Esas palabras nos caen a todos como un balde de agua helada encima.

—Mi padre se va a sentir muy decepcionado conmigo —suelta Azúcar, con el labio inferior temblándole con fuerza.

«Decepcionado». La decepción siempre es lo peor. Todavía me acuerdo de cuando yo también tenía un padre que podía sentirse decepcionado conmigo.

Nos miramos los unos a los otros, preguntándonos qué se supone que debemos hacer a continuación, y entonces Azúcar se pone a limpiar. Me doy cuenta de qué es lo que pretende. Se está manteniendo ocupada para no tener que enfrentarse a lo que la reconcome por dentro. Es lo mismo que he visto a mi madre hacer cientos de veces. Lo mismo que he hecho yo en más de una ocasión.

Junior se vuelve hacia Libros, que observa la escena con el ceño fruncido y después se vuelve hacia Junior, negando con la cabeza. Los chicos son unos cobardes.

—¿Azúcar? —la llamo.

—¿Sí? —Su voz suena firme y serena, pero está temblando. De la cabeza a los pies.

—Oye, deja eso un momento.

Pero Azúcar no se vuelve a mirarme y se limita a negar con la cabeza.

—Estoy bien, Mapas.

—Azúcar.

—Tenemos que limpiar esto y después… —Echa un vistazo a su alrededor, como si estuviese perdida—. Tenemos que limpiar esto.

—Azúcar.

—¡Deja de decir mi nombre así! Solo… ayúdame. Ayúdame a limpiar este desastre.

—Te has quemado… —repongo con dulzura, mientras le señalo el cuello —. Podemos ocuparnos de limpiar todo esto más tarde. Lo mejor será que nos lavemos nosotros primero.

Azúcar se lleva la mano a la clavícula, al hueco de su cuello, y pone una mueca de dolor.

—Ah.

—Vamos al río a lavarte esa quemadura con un poco de agua fría.

Lo observa todo intranquila, asustada.

—¿Tú también te has quemado? —me pregunta.

Aparte de la quemadura de la muñeca, sé que debo tener al menos otra en la pierna, porque me duele.

—Sí —respondo con toda la dulzura de la que soy capaz—. Creo que

todos nos hemos quemado.

—Ah —murmura, en voz baja y tensa.

—Joe ya viene de camino. —Rey se mesa el cabello mientras se acerca a nosotros. Busco en su rostro cualquier señal que me permita adivinar lo que ha ocurrido en esa llamada, pero Rey tiene la mirada clavada en el suelo.

—Rey, ¿puedes ir a buscar el botiquín de primeros auxilios y la caja de Ibuprofeno? —le pide Libros.

Él asiente e intercambia una mirada con Libros, hablando con él sin necesidad de palabras, como suelen hacer. Yo me centro solo en Azúcar.

Junior se acerca a nosotras y se coloca a su otro lado, y juntos la llevamos hacia el río en silencio, con Rey y Libros siguiéndonos de cerca. Tardamos un buen rato en llegar, pero nadie dice nada.

Junior se quita la camiseta y me fijo en todos los sitios donde se le ha quemado. Y después me doy cuenta de que tiene la piel del pecho y la espalda llena de quemaduras. Ni siquiera me había parado a pensar hasta este momento en la posibilidad de que tuviésemos quemaduras también bajo la ropa.

—¿Puedo quitarte la camiseta? —le pregunto a Azúcar al tiempo que la ayudo a sentarse en una roca. Ella se limita a asentir una sola vez, tensa.

En cuanto le quito la camiseta, se echa hacia delante, con solo su sujetador deportivo puesto, y yo la ayudo a incorporarse de nuevo. No tiene muchas quemaduras por el cuerpo. Recorro sus piernas con la mirada, pero todavía lleva puestos los pantalones. Sin embargo, antes de que pueda preguntarle si también puedo quitárselos, ella se vuelve hacia mí, observándome atentamente, con la mirada hundida. Tiene los ojos anegados en lágrimas y algunas ya han conseguido escaparse del interior de sus párpados.

—Yo provoqué el incendio.

Chas. Ese es el ruido que produce la cuerda que la había mantenido estable hasta este momento al romperse tras su confesión susurrada, aunque no nos lo está diciendo a nosotros, sino a sí misma. No quería provocar el incendio, pero lo que cuenta en este caso no es la intención, sino la acción en sí.

—Vale —le respondo en un susurro.

—Casi he quemado todo el… —Se ahoga con un sonoro sollozo—. Si no

hubieseis estado allí…

—Pero estábamos. Estábamos allí. —Trato de sonar lo más calmada posible, porque no quiero hacerla sentir peor de lo que ya se siente.

—No estaba pensando y podría haber provocado un incendio enorme en medio del maldito bosque. —Deja caer la cabeza contra las palmas de las manos y el gemido roto que suelta hace que se me rompa el corazón.

—Azúcar…

—Me estoy comportando como una niña malcriada. ¿Por qué? Casi he… ¡Mierda!

Está hablando sin parar, sin ninguna clase de sentido. Pero da igual. La envuelvo entre mis brazos con fuerza y dejo que solloce sobre mi hombro. Lo único que quiero en este momento es ayudarla a que se tranquilice. Hacerle saber que a mí me importa. Antes de que se rompa del todo. Noto cómo alza levemente la cabeza, apartándose de mi hombro unos centímetros.

—Lo siento —jadea—. De verdad, lo siento muchísimo. No quería…

—No pasa nada —le interrumpe Libros en un susurro, al tiempo que le acaricia la espalda con suavidad.

—Yo nunca me he metido en líos. Jamás. Si ni siquiera me han castigado ni una sola vez en toda mi vida. —Se vuelve entonces hacia Junior—. Soy una chica buena.

Junior le dedica una pequeña sonrisa reconfortante antes de apartarle el pelo de la cara con una caricia.

—Los que se meten en líos también lo son.

—Mapas. —Rey se acerca a mí—. Tenemos que curarte esas quemaduras.

—Voy a… —Pero antes de que pueda decir nada más, me toma del brazo y me aparta de Azúcar de un tirón.

Me vuelvo hacia ella, preparándome para protestar, pero Libros y Junior se sientan frente a ella, en el mismo sitio en el que había estado yo hace tan solo unos segundos.

Azúcar está bien. O lo estará. O a lo mejor no, pero tampoco puedo hacer nada para remediarlo ahora mismo.

Recorremos la orilla del río y Rey se quita la camiseta para después sumergirla en las aguas gélidas.

—¿Dónde te has quemado?

—Eh… —Bajo la mirada hacia mi muñeca y observo también mis dedos.

En la pierna también tengo una buena quemadura.

—Levántate la camiseta. Voy a mirarte la espalda.

No es una pregunta, pero siento que tengo las emociones a flor de piel y en este momento no tengo ganas de seguir fingiendo que estoy enfadada con él.

Así que hago lo que me pide. Y me convenzo de que solo estoy nerviosa porque hace tan solo un momento Azúcar casi provoca un incendio, y porque ahora está pasando por una crisis nerviosa y estoy preocupada por ella. Y no porque la cercanía de Rey en este momento me esté recordando lo que sentí al tener sus manos recorriéndome la piel hace unos días. Puede que estos sean nuestros últimos minutos los cinco juntos, puede que después de esto nos manden a todos de vuelta a casa y…

Rey me recorre la espalda con las puntas de los dedos y todo mi cuerpo se pone en tensión bajo su contacto. Noto cómo se centra en un punto en concreto.

—¿Esto te duele? —le oigo preguntarme, antes de volver a presionar con suavidad un punto en mi espalda baja.

Niego con la cabeza antes de acordarme de que puedo hablar.

—No.

Sus dedos siguen descendiendo lentamente por mi espalda hasta llegar a la cintura de mis pantalones. La recorre con los dedos y, por un segundo, cierro los ojos, deleitándome en la sensación de tener su mano acariciándome la piel con dulzura. No me echo hacia atrás bajo su contacto, aunque todo mi cuerpo me grita que lo haga.

Entonces sus manos abandonan de repente mi cintura y sus dedos me recorren el borde del sujetador deportivo.

Le oigo suspirar y el aliento cálido que había estado conteniendo me acaricia la piel antes de que se agache hasta quedar de cuclillas a mi espalda, y puedo notar cómo me recorre lentamente las piernas.

—Creo que estarás bien.

—Bien. —Sueno como un loro, repitiendo lo mismo que ha dicho él.

—Vamos a curarte esta. —Me agarra de la muñeca y echa un poco de crema antibiótica sobre la quemadura.

—¿No deberíamos usar la crema que tenía Libros?

—Con esta se te curará antes —me dice, confiado—. De pequeño me hice muchas quemaduras. —Me cubre el brazo con una venda con delicadeza, y

después toma un rollo de esparadrapo para cerrarlo todo con sumo cuidado. Y entonces desliza sus manos por las palmas de las mías con dulzura, como si se estuviese acordando de los cortes que habían estado ahí antes y que se me curaron hace unos días. Esa caricia es como una especie de disculpa por algo que ocurrió en otra vida.

—Ya casi hemos acabado. —No sé si está hablando de mis quemaduras o de la ruta. Quizás de las dos cosas.

—Te toca —le digo, y él se levanta de inmediato.

Sin que tenga que pedírselo, se quita la camiseta de un tirón, y yo me paso más tiempo del que debería acariciándole la piel suave de la espalda. Tiene dos pequeñas quemaduras en la parte baja de la espalda y, sin preguntarle, hago lo mismo que ha hecho él antes para curarme las quemaduras.

—¿Te duelen? —le pregunto al verle estremecerse cuando comienzo a aplicarle la crema en la quemadura que tiene a un costado.

—No. Es que… no estaba preparado.

Suelto un murmullo como respuesta y después paso a la siguiente.

Rey carraspea para aclararse la garganta.

—Antes has salido corriendo hacia el fuego —repone.

—¿Mmm? —murmuro.

—El fuego. Lo has visto y… te he oído gritar, pero para cuando me he dado cuenta de lo que estaba ocurriendo, tú ya estabas corriendo hacia allí con tu saco de dormir en brazos.

Suelto una suave carcajada.

—Quieto, tírate y rueda sobre ti mismo… supongo que se me debió de quedar grabada la explicación que nos dieron en el colegio de qué hacer en caso de incendio.

—No —repone—. Eso ha sido…

—Solo ha *sido* y ya —termino por él—. La verdad es que ni siquiera me he parado a pensarlo. —Trago con fuerza al mismo tiempo que corto un trozo de esparadrapo—. Pero estaba asustada. Todo el rato.

—Todos estábamos asustados. Pero solo tú has salido corriendo hacia el peligro sin dudar cuando nos hemos tenido que enfrentar a él.

—Supongo que si mi psicóloga se enterase diría que es porque estoy enferma y no es normal que me importe tan poco mi propia seguridad.

—¿De verdad ha sido eso? ¿Que no estabas pensando en lo que podría ocurrirte si salías corriendo hacia las llamas? —me pregunta, aunque más bien me parece que me está retando a que le mienta, como si supiese perfectamente que en algún momento voy a tener que darme cuenta de que estoy equivocada.

—Yo solo… —Recuerdo las llamas. El rostro horrorizado de Azúcar mientras observaba cómo el suelo se teñía de naranja y rojo. Y entonces sé la verdad—. Tenía miedo, sí, pero también sabía que la única manera de dejar de tenerlo era apagando el fuego. Tan solo vi algo que tenía que hacer y lo hice, sin pensar.

—No todo el mundo lo habría hecho.

—Tú sí.

—Mapas. Para. —Se vuelve a mirarme—. Tú… estabas gritando. Pero después te estabas lanzando hacia las llamas. Tú… Junior intentó apagarlo usando el agua que nos quedaba en las *cantimploras*. —Rey suelta una risa amarga—. Tú hiciste lo correcto. Y fuiste muy valiente.

—Yo no soy valiente.

Rey me observa atentamente, sin rehuirme la mirada en ningún momento.

—Sí, lo eres —espeta con firmeza. No lo está diciendo de forma poética o narrativa, sino como si fuese un hecho irrefutable.

No es ningún cumplido. Es algo distinto. Es como si estuviese recalcando algo que solo él puede ver, algo de lo que ni yo misma me había dado cuenta. Así que tomo sus palabras y las doblo como si fuesen una carta de amor para guardármelas en lo más profundo del pecho, justo al lado del corazón.

Entonces vuelvo a tomar un poco de la pomada y se la aplico en la quemadura que tiene en la mandíbula. Y no puedo evitar acordarme de cuando le besé, acariciándole esa misma mandíbula mientras sus labios estaban pegados a los míos. Rey me quita el bote de las manos y termina de curarse las pequeñas quemaduras que tiene repartidas por todas las piernas y los brazos, como si me hubiese leído el pensamiento y necesitase alejarse de mí de inmediato.

Quizás es así.

Regresamos los cinco juntos al campamento poco después. Las zonas chamuscadas del terreno tienen un aspecto horrible. Y no sé por qué, en mis

recuerdos, el incendio había sido mucho peor. Azúcar se acerca a una de las partes chamuscadas. Se lleva las manos a los pantalones y se aferra a la tela apretando los dientes con fuerza.

Y entonces se echa a llorar. Solloza desconsolada.

—Odio este sitio. ¡Lo odio! —le grita al universo.

Le envuelvo la cintura entre mis brazos, pero permanezco callada para dejarla llorar y desahogarse. No sé en qué momento nos convertimos en la clase de amigas que se abrazan cuando están tristes, en la clase de amigas que tratan de consolarse, pero aquí estamos. No hay nada que podamos hacer para sentirnos mejor y saberlo duele más que cualquiera de las quemaduras que nos hayan podido dejar las llamas.

—No quiero volver a casa —susurra entonces.

—Azúcar, no te van a meter en la cárcel. No lo permitiremos —le dice Junior.

—No. Cuando venga Joe. No quiero que me mande de vuelta a casa. Quiero quedarme aquí.

Nada de eso tiene sentido. Acaba de decir que odia este sitio, pero no quiere marcharse. Trato de imaginarme por qué alguien como Azúcar querría quedarse aquí. Por qué una chica como ella no querría volver a casa, una chica a la que nunca han castigado en toda su vida.

Pero quizás a todos nos espere en casa algo mucho peor que la perspectiva de tener que limpiar y despejar el sendero de una ruta. Quizás necesitemos tanto a las otras cuatro personas que nos acompañan que el tener que dejarlas atrás sea lo más doloroso que vayamos a tener que hacer en nuestras vidas.

No la suelto mientras llora. La abrazo hasta que me duelen los brazos y tengo la camiseta humedecida por sus lágrimas. No hacemos absolutamente nada el resto del día. Joe llegará mañana y eso hace que sintamos que el tiempo corre a nuestro alrededor como un incendio, quemándonos la piel y arrasando con todo.

Todos nos estamos preguntando qué nos costará este incendio. ¿Azúcar se meterá en problemas? ¿Rey perderá su oportunidad de marcharse a Alaska?

¿Nos mandarán a todos de vuelta a casa y nos perderemos los unos a los otros?

Por la noche, cuando los cinco nos vamos a dormir y Azúcar y yo estamos tumbadas sobre nuestros sacos de dormir, la envuelvo entre mis brazos y le

meso con suavidad el cabello verde pastel.

—Lo siento, Mapas. —Tiene la voz entrecortada y grave cuando se recuesta sobre el hueco de mi cuello.

—No pasa nada —le digo, y ni siquiera sé si le estoy mintiendo o no—. Puedes hablar conmigo si quieres. A mí me puedes contar cualquier cosa. Incluso si no tiene nada que ver con nuestra ruta.

Azúcar respira entrecortadamente.

—Es que estoy cabreadísima. Y mi rabia no hace más que crecer. Es como si todo lo que siento estuviese sacando lo peor de mí.

Creo que sé cómo se siente. A veces es como si todo lo que siento me sobrecogiese, como si esas emociones que contengo en el interior de mi pecho fuesen demasiado grandes como para caber todas ahí dentro.

—Puedes sentir lo que quieras con la intensidad que tú quieras. —Le paso la mano por el cabello mientras le hablo en susurros, con mis labios pegados a su coronilla, y puedo oír el eco de la voz de mi padre diciéndome eso mismo cuando rompí el espejo de mi habitación. Mi madre estaba furiosa, pero mi padre se limitó a preguntarme si después de haberlo roto me encontraba mejor. Sí que lo hacía. Así que le repetí esas mismas palabras a Azúcar—. No tienes por qué pedir disculpas por sentir con demasiada intensidad.

Azúcar echa la cabeza hacia atrás para mirarme fijamente a los ojos.

—¿Quién te dijo eso?

—Alguien a quien conocía.

Ella no insiste en que le diga quién y yo me quedo callada. Al final, las dos acabamos metiéndonos en nuestros respectivos sacos de dormir y me doy cuenta de que mi saco quemado ya no está. En su lugar, me deslizo en el interior del de Rey. Lo sé porque huele a él.

Me digo que no debería hundir el rostro en la tela, pero lo hago de todas formas, y le doy gracias cientos de veces en mi cabeza. Porque Rey está lleno de contradicciones. Me hace un cumplido y me acaricia con delicadeza, pero después se aparta de mí como si mi contacto le quemase. Me entrega su saco de dormir pero se niega a darme nada más.

Así que me quedo dormida tratando de convencer a mi acelerado corazón de que no le dé importancia a todo esto, que Rey lo ha hecho solo para que no tuviese que dormir en un saco quemado.

Y me recuerdo también que jamás he de pedir disculpas por sentir con

demasiada intensidad.

23

He debido de hacer algo muy mal.

Joe está de pie frente a nosotros, con la mirada clavada en la zona quemada. Se está aferrando con fuerza a las correas de su mochila mientras lo observa todo con el ceño fruncido.

Pero no está gritando, y es justo esa calma la que me da miedo.

—En todos los años que llevo haciendo esto, nunca nadie había intentado prenderle fuego a la maldita sierra.

Junior intenta razonar con él.

—Joe, no ha sido…

—Ni se te ocurra decir que no ha sido para tanto. Aquí no. No cuando en California hay toda una maldita temporada dedicada exclusivamente a apagar incendios. —Niega con la cabeza, con tristeza—. El fuego se propaga muy rápido y, si hubieseis provocado un incendio, habríamos salido en las malditas noticias porque cinco cabezas de chorlito cualquiera lo han iniciado y ni siquiera saben *cómo*.

Ninguno se vuelve a mirar a Azúcar. Todos hemos acordado no decirle a Joe quién ha sido el responsable del incendio y asumir la culpa como grupo.

—No nos pueden mandar a todos a la cárcel —ha dicho Libros. Azúcar ha clavado la vista en el suelo, culpable, pero Junior se ha vuelto hacia Libros como si acabase de encontrar la única panacea capaz de salvar a toda la humanidad.

—Pensaba… —Joe niega con la cabeza, confuso—. Pensaba que os podríais encargar de esto, que podía confiar en vosotros. Pensaba que comprendíais lo importante que era esta ruta.

Entonces describe los cinco últimos grandes incendios que han arrasado California como «tontos» e «inofensivos», para que comprendamos lo fácil que es destruir uno de los lugares más bonitos del mundo. Todo ello servido con una buena ración de culpa.

—No tenéis ni idea de la suerte que habéis tenido. *Ni idea*.

—Sí que la tenemos —repongo, pero de inmediato me doy cuenta de que debería haber mantenido el pico cerrado cuando Libros se vuelve como un resorte a mirarme.

Joe se me acerca en solo tres zancadas, hasta quedar frente a mí, y entonces se agacha un poco para mirarme directamente a los ojos.

—No, no tenéis *ni idea*. Si la tuvieseis, estaríais ahora todos llorando desconsolados. Este maldito bosque, de… —Se interrumpe y se yergue todo lo alto que es—. *Esta ruta*. Podríais haber calcinado *este* sendero y nadie podría haberlo recorrido hasta dentro de muchos años.

La forma en la que dice lo de «esta ruta» me hace pensar que a lo mejor para los demás el sendero occidental también es tan importante como para mí. Que el legado de su padre también pende de un hilo en este momento.

Joe se acerca de nuevo al terreno calcinado y le da una patada.

—Bueno, pues esto es lo que vamos a hacer, vamos a salirnos del sendero y a regresar al campamento. Tardaremos tres días más de lo previsto en…

—No, Joe —le interrumpe Rey—. Yo no tengo tres días más.

Joe niega con la cabeza.

—Rey, la lista de todas las cosas que me preocupan en este momento es muy muy corta, y no te haces una idea de lo bajo en esa lista que están tus malditas prácticas.

Veo cómo Rey aprieta los dientes con fuerza y se me revuelve el estómago al caer en la cuenta de que solo una cosa, una estupidez, podría robarle todo lo que tanto ansía conseguir.

No sé por qué eso me molesta tanto.

Azúcar se ha quedado blanca como la cera y la veo abrir la boca como si fuese a decir algo.

Pero ya da igual, está hecho. No podemos seguir discutiendo con Joe. Lo seguimos fuera del camino y nos encaminamos los seis juntos hacia el río. En cuanto dejo de escuchar el rugido de su corriente, mi cabeza me grita que me falta algo. Que algo va mal.

Cuando el sol comienza a ponerse por el horizonte, por fin lo vemos.

El infierno.

Los hermosos pinos y arbustos verdes dan paso de repente a un montón de troncos oscurecidos y a un terreno totalmente baldío. Los árboles,

algunos todavía con sus agujas y hojas que se han secado hasta adquirir el mismo color del óxido, se yerguen ante nosotros como sombras sobre la tierra, junto a enormes rocas. El terreno calcinado parece una ola al encontrarse con la orilla.

—¿Qué es este sitio infernal? —pregunta Junior—. ¿El mundo del revés? ¿De verdad nos has traído hasta esta pesadilla?

—Este es el aspecto que se le queda a un bosque después de ser calcinado por un incendio. —Joe sigue avanzando. Abriéndose paso entre la tierra y las rocas se encuentran algunas plantas verdes y pequeños retoños que comienzan a luchar por sus vidas.

Todos los niños nacidos en California han tenido que presenciar alguna vez el desastre que deja tras de sí un incendio, aunque la mayoría de las veces tan solo lo han tenido que ver desde la seguridad de sus coches o a través de la televisión. Los incendios que arrasan California durante la temporada de verano tiñen los cielos de naranja y el aire de gris. Y las cenizas de aquello que consumen a su paso se quedan pegadas por todas partes, pero nunca había visto algo… así.

El estar de pie en medio del cadáver calcinado de un bosque me resulta abrumador. Siento que aquí hace mucho más calor que en cualquier otro lugar, porque no hay ninguna sombra bajo la que refugiarse de los rayos del sol, y la tierra huele a quemado y a ceniza.

—Mierda —suelta Junior mientras todos echamos un vistazo a nuestro alrededor.

—El incendio Campbell fue el que arrasó esta zona —nos explica Joe mientras aplasta un pequeño tronco calcinado bajo su bota de montaña—. Fue el tercer incendio más voraz en toda la historia de California. Y comenzó con una pequeña chispa que «no era para tanto».

—¿Qué se supone que tenemos que hacer aquí? —le pregunto.

Joe niega con la cabeza.

—La erosión del terreno es nuestra mayor preocupación. El servicio forestal vendrá después y ellos se encargarán de talar y arrancar todos estos árboles calcinados. Tan solo tenéis que mantener los ojos bien abiertos por si veis alguno que esté a punto de caerse.

—Pero aquí todo parece estar a punto de caerse —repone Libros—. Es como si estuviésemos en medio de un páramo apocalíptico.

—Pues entonces nos encargaremos de hacer lo que podamos —dice Joe al

tiempo que toma un tronco con las manos desnudas y lo lanza a un lado. Las palmas se le quedan cubiertas de ceniza y se las limpia en los pantalones—. A algunas cosas solo les hace falta tiempo para sanar.

—Maldito Yoda senderista —me quejo mientras me meto las manos en los bolsillos para sacar mis guantes—. Ni siquiera sé dónde dejar la mochila.

—Dámela. —Rey me tiende la mano para que se la entregue.

Sé que solo está siendo amable conmigo o, al menos, eso es lo que parece. Pero ¿cómo es posible que esté siendo amable justo ahora? Cuando puede que Alaska se le esté escapando entre los dedos, que se esté borrando en este mismo instante de su mapa de posibilidades.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto al tiempo que le entrego mi mochila.

Rey se pone en tensión.

—No tengo ganas de hablar. Ahora no.

Asiento y le digo que no pasa nada, porque yo tampoco tengo ganas de hablar ahora. Al menos, no de eso. No de algo más que puede que Rey jamás llegue a lograr porque siempre hay alguien más a cargo de las cosas que queremos conseguir.

El estar tan cerca de él todos estos días ha hecho que me dé cuenta de que él es lo que *yo* quiero, y eso ya es suficiente tortura. Noto cómo un dolor sordo se me va asentando poco a poco en el pecho, hasta que siento cómo me rompe el corazón y hace que me flaqueen las piernas.

Y, por un momento, me aterra no saber lo que ocurrirá cuando me caiga inevitablemente al suelo.

Estoy cavando a un lado del sendero cuando Azúcar me pregunta:

—¿Cuál es tu película favorita?

Me encojo de hombros.

—Ni idea.

Pero eso no la detiene.

—¿Qué? ¿Es que yo no puedo haceros preguntas? ¿Tú eres la única que puede hacer esa clase de preguntas? ¿No te gustan las películas?

—Sí que me gustan —aclaro.

—¿Y cuál es tu favorita?

Está jugando a mi juego y en ese momento me doy cuenta de que a ella

tampoco le apetece quedarse en silencio. Quizás la quietud que reina en este lugar también le esté recordando su dolor, como a mí. Pero después de lo del incendio, todas sus palabras suenan un tanto rotas y entrecortadas.

—Me gusta la película de *Your Name*.

Azúcar murmura con aprobación.

—Me encanta esa película. Pero ¿por qué él no escribió su *nombre*?

Vuelvo a clavar la pala en la tierra.

—Porque no se trataba de su nombre o de *recordarlo*. Se trataba de que ella recordase que había alguien que la amaba. De eso va la película.

—Eso es… bastante bonito. —Azúcar me observa un tanto impresionada.

—Yo estoy bastante seguro de que la película lo que quería en realidad era enseñarnos que el mundo se puede ir a la mierda en cuestión de tan solo unos meros segundos —nos dice Libros.

Le doy a su pala con la mía.

—Haberte visto todos los episodios de *Kimetsu no Yaiba* no te convierte en un experto en anime.

—Y entonces, ¿cómo se convierte uno en experto en anime? —me pregunta Libros.

—Mi anime favorito es *El viaje de Chihiro*. —Azúcar clava su azada en la tierra.

Me detengo y me vuelvo hacia ella.

—¿Ese en el que los padres de la protagonista se convierten en cerdos?

Azúcar alza la vista y se gira hacia mí, sorprendida.

—Sí. —Se limpia el sudor de la frente con el dorso de la mano—. ¿Es raro que piense que el dragón era guapísimo?

Todo a nuestro alrededor se queda en completo silencio durante un segundo.

Y después otro, hasta que decido romperlo.

—Sí —le digo a Azúcar—. Sí que es bastante raro.

Ella no deja de cavar en ningún momento.

—Sinceramente, no tengo por qué daros a ninguno explicaciones sobre mis gustos.

Rey toma su cantimplora. Desenrosca el tapón lentamente y la nuez se le desliza arriba y abajo por el cuello al tragar.

Libros saca la tierra del agujero que está cavando y me la echa encima de

las botas. Le lanzo una mirada mordaz y después sacudo los pies, pero me ha quedado claro lo que me quería decir con eso. Me he quedado mirando a Rey fijamente demasiado rato.

Libros pone los ojos en blanco.

—¿No te parece un poco raro que Joe se comporte básicamente como Yubaba?

—¿Qué? —le pregunto, antes de volverme hacia Joe, que está demasiado ocupado marcando el tronco de un árbol calcinado con pintura en espray, lejos de nosotros.

—Nos roba nuestros nombres —me explica—. Como Yubaba, la mujer con la cabeza enorme que corretea por toda la casa de baños.

—Sé quién es Yubaba —le digo.

—¿Creéis que si nos acabamos olvidando de nuestros verdaderos nombres nos quedaremos atrapados en esta ruta para siempre? —nos pregunta Junior.

—Para limpiar los senderos y comer arroz con alubias por toda la eternidad —repone Azúcar de forma ominosa.

Entonces nos quedamos todos en silencio, pensando en nuestros nombres y en lo que significaría que nos acabásemos olvidando de ellos. Si nadie me volviese a llamar Atlas…

O Forajida.

Por un segundo trato de recordar cómo pronunciaba mi padre mi nombre cuando todavía seguía vivo. Se me forma un nudo en la garganta al darme cuenta de que no puedo.

Ya no lo recuerdo.

—¿Mapas? —me llama Azúcar.

Y me pregunto cuándo el escuchar a la gente llamándome por ese nombre se convertirá en mi nueva normalidad.

Saco otra palada de tierra del agujero.

—Me siento mucho más yo con el nombre de Mapas de lo que me he sentido jamás con mi verdadero nombre —me oigo decir. No sé de dónde sale eso, pero es la verdad. Debe de ser el calor, las montañas o la ceniza, que de alguna manera se las han apañado para sonsacarme la verdad sin darme cuenta.

Me pregunto si en algún momento me preguntarán cómo me llamo en realidad. Si alguna vez se lo habrán preguntado. Y entonces me doy cuenta

de que no.

Por el mismo motivo por el que yo nunca les he preguntado cuáles son sus verdaderos nombres.

Porque no importa.

—Ya. —Libros vuelve a clavar su pala en la tierra—. Yo también. Me encanta ser Libros.

Nos abrimos paso a través de la tierra quemada. Rey no deja de tomar notas en su diario y Joe no para de marcar árbol tras árbol con la pintura en espray o con cintas. Seguimos trabajando sin descanso, quitamos lo que podemos y cavamos algunas partes del sendero para igualar el terreno. Y, por algún extraño motivo, al estar ahora aquí, en medio de la nada que ha dejado el fuego a su paso, siento que el silencio que nos rodea está más vacío que nunca.

—¿Y tú, Junior? ¿Cuál es tu película favorita? —le pregunto, para tratar de distraerme, aunque sea un poco, de lo que tengo que hacer.

Le veo morderse el labio inferior con fuerza.

—No lo sé. Hay demasiadas.

Le observo con el ceño fruncido porque su respuesta no me encaja en absoluto.

—Pues dime tus cinco favoritas.

Junior me da la espalda y sigue cavando como si nada.

—No… no sé. Rey, ¿cuál es tu película favorita?

—*El castillo ambulante*.

Junior se muestra conforme con un murmullo.

—¿En serio? —le pregunto.

Rey esboza una sonrisa, aunque es una sonrisa confusa.

—¿Qué?

—¿De verdad esa es tu película favorita o tan solo la has dicho porque todos los demás hemos dicho películas de ese tipo? —le pregunto, y sueno un tanto a la defensiva, como si le estuviese acusando de algo.

—¿Y por qué iba a mentir? —me pregunta Rey. Entonces vuelve a clavar su pala en la tierra—. Si pretendiese mentiros os habría dicho *Los vengadores* o algo así.

—¡Oye! Que a mí me gustan las películas de *Los vengadores* —añade Libros—. No tiene nada de malo que te gusten, aunque sean súper

populares.

—*El castillo ambulante* es mi película favorita —repite Rey—. Me gusta que la puerta vaya cambiando y cómo Howl se convierte en una persona distinta cada vez que la abre.

Howl. El chico del corazón de estrella.

—A mí me gusta que Sophie se acabe salvando ella solita. No le hace falta que sea Howl quien la salve.

—A mí me gusta que él siempre sea capaz de verla, de comprenderla desde el principio. —Rey vuelve a clavar su pala en la arena—. Me encanta la escena en la que le dice que tiene el cabello del color de la luz de las estrellas, porque esa es la única secuela visible que le queda a Sophie de la maldición por la que tuvo que pasar. La misma que la ha cambiado por completo, pero justamente ese detalle es uno en el que solo Howl se fija.

Azúcar esboza una sonrisa.

—Pero él se come una estrella.

Me muerdo el labio inferior.

—¿Crees que Howl siempre fue capaz de entenderla de ese modo porque ella le dijo cómo encontrarla?

—Creo que una vez que empiezas a ver de verdad a una persona es imposible dejar de verla. —Rey aparta un pequeño tronco calcinado del camino.

Finjo por un momento que Rey está hablando de mí y dejo que sus palabras se hundan hasta el lecho del río como una roca, quedándoseme grabadas en el fondo del corazón.

Junior se ha quedado callado y no ha dejado de cavar en ningún momento. Como si pretendiese volverse invisible.

Me vuelvo hacia él.

—¿A ti no te gusta *El castillo ambulante*?

Le veo sacar la lengua y humedecerse los labios antes de dejar su cantimplora en el suelo y respirar hondo.

—Si os cuento algo, ¿me prometéis no darle importancia?

Le dedico una sonrisa y suelto una carcajada antes de darle un suave golpe en el hombro para animarlo.

—Claro.

Pero él no me devuelve la sonrisa.

—Lo digo en serio.

—Sí —respondo, antes de volverme hacia el resto.

Junior traga con fuerza y veo en su mirada que está midiendo si merece la pena arriesgarse a contarnos lo que quiera que le preocupe o no. Pero ¿por qué siente que es arriesgado contárnoslo cuando aquí la verdad es lo que menos importa? Cuando nosotros no importamos en absoluto.

—Yo no he visto ninguna película —nos confiesa.

Libros le observa con la cabeza ladeada.

—¿Es que no te gustan?

Todos sentimos que nos estamos perdiendo algo importante.

—No —repone Junior, antes de apretar los labios con fuerza y seguir hablando—. Es solo que… nunca he visto una.

Esbozo una sonrisa. No puedo evitarlo. Porque es absurdo.

—Mapas —me susurra Azúcar—. No lo hagas

Mi sonrisa desaparece de golpe porque puede que a lo mejor sus palabras no sean ciertas, pero la expresión que se apodera de su rostro sí que lo es. Y parece… dolido.

—Muy bien, Junior. ¿*Por qué* no has visto nunca una película?

Le veo apretar los dientes con fuerza.

—Porque lo tenía prohibido.

—Entonces… ¿de verdad *nunca* has visto ninguna película? —le pregunta Azúcar.

—¿Ni siquiera en el colegio o en casa de algún amigo…? —insisto.

—No fui al colegio y, hasta ahora, nunca había podido hablar con nadie que no perteneciese a mi iglesia.

—¿A tu iglesia? —Azúcar se recuesta contra el mango de su pala.

Junior se vuelve hacia Libros.

—Tú mismo lo dijiste, plantaciones de marihuana y sectas, ¿no? Eso es lo único que hay al norte de California. Bueno, pues no crecí en una plantación de marihuana.

Azúcar le observa con el ceño fruncido.

—¿Es que… te criaste en una secta?

—Según ellos las sectas cristianas no existen, así que las llaman «iglesias». Mis padres son la clase de personas que se dejan llevar tanto por la religión que se creen todas las teorías conspirativas que les cuentan. Eso

de lo que ocurrirá en el fin del mundo y de cómo Dios solo elegirá a los que sean dignos de vivir en su maldito reino. —Suelta la palabrota como si fuese una bomba dirigida a sus padres. Como si esperase hacerles el mismo daño que le han hecho a él a lo largo de toda su vida.

—Pues para ser creyente maldices mucho —comento. Porque es lo primero que se me pasa por la cabeza.

Junior niega con la cabeza, pero otra emoción que no logro identificar se apodera de su expresión. Casi parece asustado, pero ¿por qué? ¿Le damos nosotros miedo? Junior nos observa alternativamente, como si estuviese buscando la respuesta adecuada.

—No. No es… —Y entonces todo cambia de golpe. Junior se vuelve hacia Libros y en su rostro no hay más que calma y pasividad—. Da igual. Iba de broma.

Casi por instinto me vuelvo hacia Rey. No tengo del todo claro por qué, pero él se limita a negar una sola vez con la cabeza, como si quisiese decirme que «no». Que no me meta. Que no diga nada.

Junior vuelve a clavar la pala en la tierra.

—Mi película favorita es la primera de *Los vengadores*. Me encanta el Capitán América. Era mi personaje favorito.

Y entonces ocurre. Puedo ver cómo las grietas de Junior se abren un poco más, resquebrajándole y rompiéndole desde dentro. Y sé que él también se da cuenta de que ha empezado a romperse, porque entonces su expresión se convierte en una de miedo absoluto. Es como si estuviese tratando de mantener pegados los pedazos que le hacen ser él ahora que ha empezado a resquebrajarse.

Junior ha intentado hablarnos de su dolor, dejarnos ver sus heridas, y en vez de haberle ayudado a sanar, hemos metido el dedo dentro para asegurarnos de que nos estaba diciendo la verdad.

¿Por qué tenemos que sangrar para que la gente se dé cuenta de que estamos heridos?

—Junior.

—Agh —gruñe, antes de retroceder un paso—. No lo hagas. ¿Sabes lo que se siente cuando alguien te mira como si…?

«Pobre Atlas. Ha perdido a su padre. Menudo potencial desperdiciado. Solo da problemas».

«Ha besado a un chico que no la quiere».

—Tienes razón y lo siento…

Rey me interrumpe antes de que pueda decir nada más y se acerca a Junior.

—Que les den.

Junior se vuelve hacia él.

—¿Que les den? ¿A mi *familia*?

—Sí. Que le den a tu familia. Nadie tiene derecho a hacerte daño solo por compartir tu misma sangre.

Rey habla como siempre lo hace. Con seriedad y sinceridad, sin medias tintas. Existe cierta belleza en la forma en la que habla con Junior y, por algún motivo, siento como mi corazón se adueña de ese pequeño mensaje que ni siquiera va dirigido a mí, conmoviéndose al escucharle. Sé que se lo está diciendo a Junior, pero, aun así, me siento aliviada al oírle decir aquello.

Junior mantiene la mirada clavada en el suelo y es como si el aire a nuestro alrededor se cargase de tensión de repente.

—El universo cinematográfico de Marvel *es* todo un fenómeno cultural. Así que en este caso tú eres la *víctima*.

Trato de envolver una dolorosa realidad en algo de sentido el humor. Como cuando le das a una mascota la medicación que necesita dentro de su comida favorita.

Junior me dedica una pequeña sonrisa antes de pasarme un brazo sucio y sudoroso por los hombros. Y yo finjo que no he visto las lágrimas que le anegan los ojos.

Porque para él su tragedia no es un logro del que enorgullecerse.

Y yo tampoco creo que deba serlo.

—Bueno, pues ahora lo más probable es que nunca me acepten en el cielo, así que qué más da. Supongo que entonces deberíamos quedar para verla cuando salgamos de aquí. —Junior suelta una sonora carcajada.

—Para verlas —repone Libros, antes de hacernos a un lado para tomar un tronco carbonizado y lanzarlo fuera del sendero. En cuanto nos empuja, Junior me suelta de golpe y, por algún extraño motivo, tengo la impresión de que Libros lo ha hecho a posta—. Hay más de una película y merece la pena irse directo al infierno por verlas todas y cada una de ellas, eso te lo

aseguro. —Junior esboza una sonrisa y entonces Libros añade—: Te prometo que las veremos todas. Cuando todo esto acabe.

«Cuando todo esto acabe». Los cinco fingimos que eso no nos duele. El que nuestra vida en la montaña se termine. El tener que volver al mundo real. El que nos vuelvan a otorgar nuestros nombres de antes, como si Yubaba nos los hubiese robado y ahora nos los estuviese devolviendo, escribiéndonoslos en las palmas de las manos. El dejar el sendero atrás, el mismo que ya nos ha cambiado a todos para siempre.

Como la luz de las estrellas.

24

Estamos hechos un asco.

El polvo y el sudor cubren cada centímetro de nuestra piel, de pies a cabeza, formando manchas oscuras sobre nuestros cuerpos. Azúcar lleva una enorme mancha negra cruzándole la cara desde hace dos días y, por algún motivo, nunca encuentro el momento ni las ganas para decírselo. Da igual lo que hagamos, la suciedad no parece irse nunca.

Llevo dos días cavando varios drenajes para el sendero y escuchando a Joe hablar sobre las distintas estadísticas sobre incendios de esta zona. Y tengo las manos llenas de callos a pesar de llevar siempre guantes.

Apenas avanzamos mientras tratamos de remediar las secuelas devastadoras que dejó el incendio de Campbell a su paso. La tierra está cubierta de costras oscuras, pero puedo ver signos de vida debajo. Las plantas están empezando a reclamar el terreno que les pertenece por derecho propio, con un derroche de tallos verdes y flores de distintos colores. Y ahí sigue en pie el árbol que se niega a morir a pesar de tener el tronco completamente calcinado, o el pájaro que sigue posándose en sus ramas para descansar.

—Es todo tan triste —comenta Junior, al tiempo que alza la vista hacia el cielo casi blanco que se cierne sobre nuestras cabezas. Tiene las mejillas y la frente cubiertas de ceniza. Se ha puesto una camiseta en la cabeza y está sacando otra de sobra para tendérsela a Azúcar y mostrarle cómo enrollársela para cubrirse el pelo. Entonces se aparta de ella y se acerca a mí —. Lo he visto en redes. Ahora todo el mundo lo lleva así.

Finjo quedarme pensándomelo un buen rato.

—No sé si a mí me quedaría bien, no encaja con mi estilo.

—Eso es porque nada encaja con el estilo de «senderista mugrienta» que me llevas —me dice Azúcar antes de tirar de mí para ayudarme a levantarme.

Suelto una sonora carcajada y me quedo quieta como una estatua mientras Junior y Azúcar comentan cuál es la mejor forma de anudarme la camiseta a la cabeza para que no se me caiga. Deslizan las manos con suavidad sobre mi cabello antes de recogérmelo con cuidado y enrollarlo dentro de la tela de la camiseta.

En cuanto terminan, se colocan delante de mí y esbozan una sonrisa de oreja. Observan su trabajo con el ceño fruncido y sus dedos revolotean sobre mi cabeza para comprobar que todo está en su sitio. Pero, con cada latido de mi corazón, tan solo puedo pensar en una cosa.

Casi. Se ha acabado. Casi. Se ha acabado.

Esas palabras resuenan en el interior de mi cabeza y no termino de comprender por qué cada vez que lo pienso es como si alguien me estuviese clavando un puñal en el pecho y retorciéndolo lentamente.

Les dedico una sonrisa mientras ellos se pelean y discuten por mí.

—Toma. —Junior toma su cantimplora y se echa un poco en la cabeza. La mayor parte la absorbe la tela, pero lo que no, le cae por la cara, dejando riachuelos negruzcos a su paso que desaparecen por el cuello de su camiseta.

Después le echa agua a Azúcar por la cabeza antes de que ella pueda decir nada, y la chica suelta un gritito antes de esbozar una sonrisa. Y luego me hace lo mismo a mí. Al principio no noto nada, pero después el agua empapa la tela de la camiseta que me han anudado en la cabeza y me cae por el cuello. Es una sensación de lo más refrescante, y no puedo evitar soltar una sonora carcajada.

—Es un buen truco —le digo a Junior.

—Tuve que pasarme varios veranos trabajando en el campo —comenta él, como si fuese lo más normal del mundo—. Y eran estas pequeñas cosas las que me ayudaban a sobrellevar el calor.

Azúcar se lleva las manos a la cabeza, a la tela empapada, y suelta una carcajada.

Es una estupidez. Este momento, en el que estamos todos en medio de un terreno arrasado por el fuego, bajo los abrasadores rayos del sol, con el peso de cada una de las decisiones que tomamos en el pasado y que nos llevaron a estar aquí ahora cargando a nuestras espaldas, es una estupidez. Pero, por algún extraño motivo, siento que aquí es donde debo estar, que este es el

lugar más importante del mundo.

Siento que este es el centro del universo.

A Junior le cambia la cara en cuanto me recorre el rostro con la mirada. Los ojos de Azúcar siguen su mismo recorrido y los dos me observan atentamente, confusos.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Junior.

—Nada —respondo, pero se me rompe la voz al decirlo.

—Entonces, ¿por qué lloras? —me pregunta Azúcar, pero lo dice con tono amable. Otro puñal clavándoseme en el pecho.

Me llevo una mano a la mejilla y, cuando la aparto, tengo los dedos húmedos, y no es por el agua que Junior me ha echado en la cabeza.

—Yo no…

Los dos me observan con dulzura, sin apartarse en ningún momento. Como si comprendiesen perfectamente por qué estoy llorando y no necesitasen que se lo explicase o definiese todo lo que estoy sintiendo en este momento.

Y, por primera vez, siento que alguien me comprende de verdad.

Al final del día, Joe nos recorre a todos con la mirada, de pies a cabeza.

—Parecéis los deshollinadores de *Mary Poppins*. Creo que a todos nos vendría bien una ducha.

Azúcar se acerca a él y Joe retrocede un paso casi por instinto.

—¿Una ducha de verdad? ¿En un hotel?

—No en un hotel —aclara Joe—. Más bien en una ducha de campamento. Y, si os portáis bien, puede que también os deje acercaros a la gasolinera que hay cerca a comprar algo.

Después de que Joe nos hable de las duchas del campamento y de la gasolinera, nos pasamos el siguiente día y medio enumerando todo lo que queremos comprar en la tienda de la gasolinera, y clasificando la comida según lo que tenemos más ganas de comer primero. Pero nadie reconoce en voz alta lo que en realidad estamos pensando todos: que esto solo nos acerca un poco más al final del recorrido.

—Yo quiero todo lo que tenga chocolate —dice Junior.

—Yo quiero una bolsa de Takis —comenta Azúcar.

Junior suelta un gemido de placer.

—Dios, yo también —le digo—. Ahora mismo *necesito* una bolsa de

Takis.

—¿Y tú, Libros? —le pregunta Junior al tiempo que le da un suave golpe en el hombre.

—Una mezcla de frutos secos. —La respuesta de Libros es tan aburrida como cabría de esperar.

Azúcar suspira con pesar.

—Esa es una respuesta inaceptable. Al menos dime que elegirías los que vienen también con M&M's.

Junior tiene la mirada perdida cuando añade:

—Yo quiero una lata de Red Bull y esos mini donuts glaseados asquerosos que parecen hechos de cera y…

—No te vas a comprar una bebida energética.

Y la conversación sigue así el resto del camino. Con uno de nosotros acordándose de algo asqueroso que de normal no se comería ni por asomo pero fingiendo que en realidad es un plato de un restaurante de estrella Michelin.

Cuando descubren que me encantan las golosinas con sabor a uva me relegan a la cola del grupo.

—Existen algunos límites que no se deberían cruzar jamás, Mapas.

En cuanto dejamos atrás la zona calcinada por el incendio, siento que puedo volver a respirar. Las plantas y los árboles se elevan hacia el cielo y nos protegen de los incesantes rayos del sol con sus hojas y ramas, dándonos sombra. Recorro el tronco de un árbol sano con la mano cuando pasamos a su lado y me fijo en que tengo las uñas llenas de polvo negro. Las cenizas son como una especie de recordatorio de lo que podría ocurrir en cualquier momento si no tenemos cuidado. Hasta que no he visto cómo la naturaleza desaparecía ante mis ojos, no la he valorado como se merecía.

Y, de repente, esa misma naturaleza da paso a una autovía. La calzada es implacable y demasiado plana, y tenemos que recorrer el arcén en fila india.

—¿Hemos llegado al final del sendero? —le pregunta Azúcar a Joe, y me pregunto si me habré imaginado el tono tenso y nervioso que ha cobrado su voz al preguntarlo.

—No. Esto no forma parte del recorrido. Por aquí se va a las duchas.

Recorremos una carretera llena de curvas mientras los vehículos pasan a nuestro lado a toda velocidad. Ruidosos, artificiales y molestos. El olor a goma quemada de las ruedas de los coches y del asfalto caliente hace que

me pique la nariz, y a su vez me resulta de lo más familiar. Hay un cartel que indica que hay un campamento más adelante, pero todos seguimos a Joe hasta una gasolinera.

Hay una mesa de picnic bajo un árbol y Joe deja su mochila encima.

—Antes de que nos vayamos al campamento, podéis usar el teléfono. Para llamar a vuestras casas. —Se vuelve hacia mí—. Si queréis.

Joe nos tiende un cargador y un teléfono móvil. Es un objeto que debería de resultarme de lo más familiar, como esta gasolinera o el asfalto del aparcamiento, pero hace que me sienta como si fuese una extraterrestre que acaba de aterrizar en un planeta desconocido. Ha pasado muchísimo tiempo desde la última vez que usé un teléfono móvil o vi un coche, por lo que me siento muy extraña.

Un mes. Solo ha pasado un mes, me recuerdo.

Libros toma el cargador y el teléfono que nos tiende Joe. Hay un enchufe a un lado de la tienda de la gasolinera, y Libros se sienta en la acera al lado para enchufar el teléfono y esperar a que cargue antes de encenderlo.

Vemos a Libros ponerse a hablar con alguien por teléfono, sonriente y riéndose con despreocupación. Azúcar es la siguiente en usarlo, y se vuelve hacia la pared para hablar en susurros con quien quiera que haya respondido a su llamada. Cuando cuelga tiene los ojos anegados en lágrimas.

Joe no le ofrece el teléfono a Rey o a Junior, y ellos se adentran en la tienda de la gasolinera sin mediar palabra.

Me quedo a solas con Joe, que me tiende el teléfono y me pregunta:

—¿Estás lista?

No, no lo estoy. Pero marco el número que me sé de memoria desde pequeña.

Sin embargo, el nombre que se ilumina en la pantalla cuando termino de teclear el número no es en absoluto el que estaba esperando que apareciera.

«Mujer de Patrick no contestar».

Mi dedo se cierne sobre el botón de llamada, pero me quedo mirando fijamente el nombre de mi padre iluminado en la pantalla.

—Ah —dice Joe, antes de levantarse del banco y acercarse a mí—. Lo siento, es… era una broma, y supongo que se me olvidó cambiar el nombre del contacto. Siempre contesto cuando tu madre me llama. Es solo que…

Cree que me he quedado helada por eso. Y no por los cientos de

sentimientos que me sobrecogen nada más ver el nombre de mi padre iluminado en la pantalla, como un jarro de agua fría tras otro.

Alzo la mirada hacia Joe.

Abro la boca, dispuesta a ponerme a gritarle. A decirle que se vaya a la mierda o quizás para pedirle que me deje volver a casa.

Pero, en cambio, me trago mis propias palabras antes de poder decir nada.

—No quiero llamarla. No quiero tener que pensar en volver a casa dentro de unos días.

Joe me observa confuso por un momento antes de que su expresión confundida se transforme en una de comprensión.

—Ya —me dice—. Ya… Lo entiendo.

Agradezco que no me presione a que la llame porque, sinceramente, no sé por qué me siento así de repente. Como si me acabasen de empujar por el borde de un precipicio y solo me quedase rezar para no acabar hecha pedazos al llegar al fondo.

—No quiero terminar la ruta —le suplico, con la voz entrecortada y rota.

Joe asiente, con la mirada clavada en el bosque que se extiende detrás de la gasolinera. Por un momento tengo la impresión de que va a marcharse hacia allí, pero entonces me hace una pregunta que jamás habría esperado que me hiciera:

—¿Tu padre te habló alguna vez de por qué me gustaba tanto acampar?

Sin pensarlo antes, le respondo repitiendo algo que mi padre le solía decir a mi madre sobre Joe en broma cuando no sabía que le estaba escuchando.

—¿Porque eres un friki de la granola crujiente al que le encanta masturbarse en medio de la naturaleza?

Joe suelta una sonora carcajada, y la risa se disipa por el aire como los recuerdos de mi padre.

—No, el motivo de verdad.

Niego con la cabeza.

—Cuando era más joven, me enamoré de un chico que murió en un accidente en barco. —Joe habla como si me estuviese explicando un hecho irrefutable, sin ninguna clase de emoción tiñendo su tono más allá de que ha bajado un poco la voz—. Odio la forma en la que la gente te mira cuando se enteran de que se ha muerto alguien a quien querías.

Me quedo mirando a Joe fijamente.

—Al estar en las montañas, te sientes como un animal herido en busca de

un lugar seguro donde esconderse. Piensas que estás aquí para curarte, para sanar, cuando en realidad lo único que estás haciendo es tratar de olvidar. Pero eso no dura para siempre. Al final tienes que salir del bosque y enfrentarte a tus miedos. Este sendero, *este sendero*, fue en el que tu padre me encontró. Lo recorrimos todos los años hasta que cerró. Este sendero no es un lugar seguro en el que poder esconderte de lo que te hace daño, Atlas. Solo te ayuda a fingir que ya lo has olvidado.

Mi nombre me toma por sorpresa. Es como si llevase siglos sin oír a nadie llamarme así. *Atlas*. Como si fuese una persona a la que no logro recordar.

—¿Quieres llamar a tu madre? —me pregunta.

Niego con la cabeza.

—No.

No quiero llamarla. No quiero volver a casa. No quiero tener que dejar de fingir.

Me quita el teléfono de las manos y el contacto de «Mujer de Patrick» desaparece en cuanto bloquea la pantalla.

—Le diré que estás bien y me inventaré alguna excusa para explicarle por qué no puedes hablar ahora.

Asiento, porque no me veo capaz de darle las gracias, aunque eso es justo lo que me gustaría. Joe se marcha hacia la tienda de la gasolinera, pero le llamo antes de que pueda rodearla y deslizarse detrás para llamar a mi madre.

—Oye, Joe. —Él se da la vuelta y me mira fijamente—. Siento mucho que tu chico muriera.

Él esboza una pequeña sonrisa triste.

—Oye, Mapas, siento mucho que tu padre muriera.

Es catártico poder bromear así sobre el duelo. Esbozo una sonrisa.

—¿Se vuelve más fácil en algún momento?

Le veo respirar hondo y se me queda mirando pensativo.

—No, pero con el tiempo duele un poco menos.

Me quedo ahí sentada, en la mesa de picnic, más tiempo del que debería, esperando a que el corazón me duela un poco menos, a que el ruido sordo se vaya apagando poco a poco, pero nada de eso ocurre.

—Mapas —me llama Rey, y en ese momento me siento tonta. Se me

queda mirando fijamente, con la cabeza ladeada, y baja un poco la voz antes de seguir hablándome con dulzura—. Todos te están esperando.

Un segundo más tarde, Libros, Junior y Azúcar rodean la esquina con sus mochilas colgadas a la espalda.

—¡Vamos a comer comida basura! —exclama Junior mientras da saltitos en el mismo sitio, animado y sonriente.

Parecen sacados de una fotografía. Con los rayos del sol otorgándoles un tono dorado y cálido. Entonces me acuerdo de la fotografía de mis padres que había encima de la repisa de la chimenea en nuestra casa. La misma en la que salían los dos de pie frente a una cresta, en alguna parte del sendero que llevo considerando mi hogar desde hace un mes. Y entonces me doy cuenta de que la colocaron sobre la repisa porque era uno de sus recuerdos más preciados, uno que querían conservar para siempre porque, al final, a medida que avanza el tiempo y la vida, eso es lo único que te queda. Los recuerdos.

Así que decido grabarme a fuego este recuerdo en la mente antes de ponerme de pie.

Atravieso las puertas de cristal de la gasolinera y los sigo al interior, y el timbre suena a mi paso. La civilización sigue exactamente como esperaba y, al mismo tiempo, todo ha cambiado. Me siento como si fuese una intrusa. Estoy en un pasillo lleno de bolsas de patatas fritas de todos los colores y tamaños y no puedo evitar preguntarme a dónde se supone que voy a llevarme algo tan delicado como eso. Supongo que de eso se trata. No tengo por qué meter en mi mochila nada de esto. Junior suelta un ruidito y me vuelvo hacia él para encontrármelo delante de un microondas desenvolviendo tres burritos congelados.

—¿Te vas a comer eso? —le pregunto, sorprendida—. ¿Tienes dinero para pagarlos?

—No. —Junior me observa como si acabase de decir una ridiculez—. Pero Rey sí.

Rey. Me vuelvo hacia él y me lo encuentro echándole un buen chorro de kétchup a un perrito caliente. Ni siquiera aparta la mirada de la comida cuando me dice:

—Escoge lo que quieras.

Justo en ese momento, Azúcar se acerca a mí a la carrera con una bandeja de papel llena de nachos y una salsa pegajosa y dorada encima.

—¡Nachos! —Tiene los ojos abiertos de par en par, como si acabase de descubrir un tesoro increíble—. Y también tienen *jalapeños*. —Rey pone una mueca pero no dice nada. Azúcar y yo devoramos nuestros nachos con queso con minuciosidad. No dejamos nada en la bandeja, podrían pagarnos perfectamente para ser un anuncio de salsa de queso—. Rey es el mejor *sugar daddy* del mundo.

Nos sentamos en la mesa de picnic bajo la sombra de un árbol de hoja perenne. La resina ha goteado sobre la madera, pero no nos importa. Tomamos asiento *sobre* la mesa. Solo nosotros cinco. Como si fuésemos cinco jóvenes dioses.

Vemos a la gente parar a repostar mientras se dirigen hacia las montañas para acampar o regresan de un fin de semana de paz de vuelta a la ciudad, mientras nos comemos nuestras bolsas de patatas fritas y M&M’s a puñados, bajándolas con refrescos carbonatados demasiado azucarados. Es como si nos estuviésemos dando todo un banquete. Un banquete de delicias asquerosas de gasolinera.

—Mi estómago no me lo va a perdonar nunca —murmura Rey mientras se mete un puñado de Takis en la boca.

—Pero es que todo está tan rico —comento, antes de comerme un nacho con demasiados jalapeños encima.

—¿Es sábado? —nos pregunta Libros.

Junior asiente con la cabeza.

—Al menos eso era lo que marcaba el calendario de la gasolinera.

Rey suelta un ruidito extraño antes de recostarse sobre la mesa apoyándose en las palmas de las manos y alzar la mirada hacia el cielo.

—Qué raro.

Sí que es raro. El mero concepto de los *días* lo es. Porque, cuando estás inmerso en la ruta, los días no importan. Todos son iguales. Al principio, el tiempo se deslizaba a nuestro alrededor como si nada, desconectándonos de todo y de todos, como si estuviésemos flotando en el espacio, a la deriva, a la espera de que alguien viniese a rescatarnos o a que la muerte nos alcanzase. Todavía no tengo muy claro cuál de los dos.

—Sábado —repite.

Es raro.

Nos quedamos allí sentados tanto rato que al final vuelvo a tener hambre.

—Deberíamos comprarnos un helado. —Me levanto de un salto y todos me observan divertidos.

—A mí no me entra nada más —repone Libros, mientras se frota la barriga como si fuese la bola de cristal de una vidente.

Pero yo no doy mi brazo a torcer.

—Siempre queda hueco para un dulce. Yo me voy a comprar un helado.

—Vale, pero el resto nos vamos ya hacia el campamento. —Libros señala el pequeño sendero que hay justo detrás de la gasolinera.

Dicho eso, prácticamente salgo corriendo hacia la gasolinera. Y no es hasta que tengo metida la mano en la nevera del congelador de los helados que me doy cuenta de que no llevo nada de dinero encima. Pero, cuando alzo la vista, me encuentro a Rey esperándome en el mostrador, con la tarjeta en la mano. También ha tomado una bolsa enorme de pipas de girasol y un par de botellas grandes de agua.

Se vuelve a mirarme.

—¿Ya los tienes?

Por un segundo me permito el lujo de imaginarme cómo sería si Rey y yo estuviésemos haciendo juntos un viaje por carretera. Solo nosotros dos, como si acabásemos de parar aquí a repostar y para comprar algo para picar por el camino hacia las montañas para ver el lago. ¿Bajaría la ventanilla mientras él conduce? ¿Escucharíamos mi canción favorita a todo volumen? ¿Rey cantaría conmigo a gritos? ¿Me daría la mano solo para poder tocarme mientras conduce?

¿Me besaría?

En otra vida, ¿estaríamos enamorados? ¿Seríamos felices? ¿Nuestro dolor habría menguado hasta no ser más que un ruido sordo?

Rey me ha hecho una pregunta. *Claro*. Asiento.

—Sí, esto es todo. A Joe no le va a gustar que compres agua embotellada.

Rey suspira con pesar.

—Ya, bueno, es lo que hay.

Paga por nuestra comida y toma las dos botellas de agua al mismo tiempo que yo agarro mi helado. Entonces oigo cómo la puerta de la gasolinera se abre y, cuando alzo la mirada, ahí está él.

No Rey, sino alguien a quien no esperaba volver a ver.

Conner Washington está en el umbral de la tienda, observándome con los

ojos como platos, boquiabierto y sorprendido.

25

Conner.

Se me viene a la cabeza un recuerdo de la última vez que le vi. Con sus manos jugueteando con el cierre de mi sujetador mientras el volante de su coche se me clavaba en la espalda.

Es extraño, pero en este momento no recuerdo si me gustaba que me tocase o no. Él parece tan sorprendido como yo y, por un momento, me da la impresión de que va a quedarse ahí para siempre, mirándome fijamente, hasta que rompe el silencio.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me pregunta.

La forma en la que lo dice me hace sentir que no tengo derecho a estar dondequiera que esté *él*.

—Senderismo —respondo, cortante.

Conner me observa sorprendido y enfadado a la vez. Pero no se me ocurre por qué Conner Washington podría estar enfadado conmigo.

—¿Te has mudado?

—¿Mudarme? —Carraspeo para aclararme la garganta antes de seguir hablando—: ¿A las montañas?

Él asiente.

—Sí.

No le respondo, sobre todo porque no tengo ni idea de qué está pasando o a dónde quiere llegar con todo esto.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —le pregunto.

Conner me ignora descaradamente.

—He oído que has dejado el instituto.

—¿Qué? —Me acerco un paso a él como si mi cercanía fuese a lograr que mantuviese la boca cerrada. Rey sigue junto al mostrador cuando me vuelvo a mirarle. Observa la escena sin emoción alguna, con el rostro totalmente inexpresivo, como si no hubiese oído lo que Conner acaba de decir, aunque

sé que sí que lo ha hecho.

—Eso es lo que dice todo el mundo. Que has dejado el instituto. Que te vieron consumiendo drogas o algo así.

Suelto una carcajada y rezo porque no suene amarga y resentida.

—No.

La puerta de la tienda de la gasolinera se abre de nuevo y Joshua Yoon se adentra en su interior. En cuanto nos ve, esboza una sonrisa radiante.

—Hola, Atty Chalada. —El apodo se me clava como un puñal en el pecho, destrozando el poco orgullo que me quedaba, y me hace sentir como una mierda. Chalada. Loca. Quizás la chica a la que ellos conocieron lo estaba, pero ni siquiera yo conocía del todo a esa chica.

—Hola. —Me quedo donde estoy, con el helado derritiéndoseme en la mano. Ni siquiera puedo volverme a mirar a Rey.

—Hacía siglos que no te veía. —Joshua me envuelve en un abrazo que no le devuelvo porque tengo las manos cubiertas de helado—. ¿Te apetece venirte al río con nosotros? —me pregunta. No quiero ir a ningún lado con ellos.

—Ya tiene planes. —Rey se coloca a mi lado mientras se come unas cuantas pipas de girasol con despreocupación, como si no le pudiesen importar menos estos dos chicos desconocidos que están hablando conmigo.

Joshua se vuelve hacia él y le recorre de arriba abajo con la mirada antes de murmurar un «vaya, vaya».

Rey es impresionante. Está tan sucio como yo, pero también es mucho más alto y ancho de lo que cualquiera de estos dos chicos podrá llegar a ser jamás.

—¿Este es tu nuevo chico? —me pregunta Conner. Como si siempre tuviese un chico a mi lado. No quiero decirle que se equivoca, que él es el único chico con el que he estado en toda mi vida, porque eso podría hacerle creer que me importaba. Y no me importaba lo más mínimo. Él solo fue un medio más para olvidarme de todo. Una especie de tirita para cubrirme la herida. Conner se queda mirando a Rey fijamente—. Genial.

Por un momento me da la impresión de que van a marcharse, pero entonces Conner respira hondo y se vuelve de nuevo hacia mí.

—Me enteré de lo de tu padre.

Se me revuelve el estómago.

—Lo siento mucho. Eso…

—No pasa nada —le interrumpo y no puedo evitar preguntarme dónde estarán los demás en este momento. ¿Habrán oído lo que ha dicho Conner?

—¿Por eso no me volviste a llamar? —me pregunta Conner.

Su voz suena esperanzada, y a mí me entran ganas de gritar. ¿De verdad estaba usando mi dolor para curar un poco su orgullo herido? Como si el motivo por el que no le hubiese vuelto a llamar fuese porque mi padre había muerto y no porque ni siquiera lograba recordar si me había gustado o no besarle.

—Oye. Tengo que irme, pero me alegro de haberos vuelto a ver. —No me alegro en absoluto. No sé ni siquiera por qué he dicho eso.

—¡Atty! —oigo que alguien me llamaba, pero sigo caminando. Tiro mi helado medio derretido en una basura en cuanto salgo de la tienda y me pongo a caminar por el asfalto sin rumbo alguno.

Solo logro dar un par de pasos antes de que Rey me alcance y se coloque a mi lado. Espero que me pida explicaciones o que me exija que pare para preguntarme a dónde narices se supone que estoy yendo.

Pero los segundos pasan a convertirse en minutos y lo único que rompe el silencio es el sonido de nuestras respiraciones y el zumbido de los coches que pasan de vez en cuando a nuestro lado.

—No tienes por qué hacerme de niñera —repongo, molesta, rompiendo así del todo el silencio.

Doy seis pasos más antes de que él me pregunte:

—¿Te encuentras bien?

Me muerdo el interior de la mejilla. Rey se coloca frente a mí, impidiéndome el paso, y me pone una mano en el brazo con suavidad para obligarme a detenerme.

—¿Te encuentras bien? —repite.

Y estoy a punto de responderle que sí. Estoy a punto de responderle que todo va bien y de tomar todo lo que siento y meterlo a presión en lo más profundo y oscuro de mi corazón para que nadie pueda volver a desenterrar esos sentimientos.

Pero entonces alzo la mirada hacia los ojos de Rey, que me observan con preocupación.

—No —respondo.

Él suspira con pesar y me toma de la muñeca con delicadeza antes de guiarme de vuelta a la gasolinera.

Nos sentamos el uno al lado del otro en el banco, lo bastante cerca como para que nuestros dedos se rocen. Solo con nuestras manos pegadas. Pero el banco es tan pequeño que podemos fingir que no lo hemos hecho a propósito. Porque los amigos no se fijan en esa clase de cosas.

—¿Ese chico era tu novio? —me pregunta. Lo dice como si no le importase, como si le diese igual mi respuesta, pero por la forma en la que lo pregunta sé que no es así.

Suelto una carcajada seca y amarga.

—No. Nunca ha sido mi novio, ni de broma. Solo fue un chico con el que solía quedar a veces. —Me vuelvo hacia Rey—. Fue una mala decisión, no un novio. —Ahora soy yo la que respira hondo.

Él asiente, pero no dice nada más.

Rey baja la mirada hacia la bolsa de plástico con las dos botellas de agua que ha dejado a sus pies.

—¿Y qué hay de la universidad? No vas a ir.

Me muerdo el labio inferior.

—No. —En mi cabeza es más una forma abstracta que una palabra—. Tienes que graduarte del instituto para poder ir a la universidad.

—¿Y tú no te has graduado?

—Dejé los estudios cuando mi padre murió. Y no volví. Me parecía una estupidez. Y todo para conseguir un trozo de papel inútil en el que ponga que has estado sentado en una silla durante años, memorizando datos inútiles. ¿Qué sentido tiene?

—Así que todo lo que nos contaste sobre la universidad y el baile de graduación era… —En ese momento me fijo en cómo a Rey le cambia por completo la cara al darse cuenta de por qué les he mentido—. No solo mentiste sobre tus padres, ¿verdad?

Cuanto mejor me conoce, más fácil le resulta darse cuenta de todas las veces que le he mentido.

—Los demás supusieron que esa era mi vida y yo solo… no quería seguir siendo la misma chica deprimida que llegó a Bear Creek. Quería ser una adolescente normal.

Rey me observa atentamente.

—Pero es que tú jamás podrías ser una adolescente normal.

Sé que lo dice como un halago, pero, aun así, sus palabras se me clavan en el pecho como un puñal, rompiéndome el corazón. Porque quiero ser

como los demás. Quiero ser invisible.

Rey respira hondo, como si estuviese tomando una decisión.

—El ser normal no significa que en el fondo no estés hecho mierda. Eso es lo que te hace normal.

—«Todos estamos hechos mierda» —repito las mismas palabras en las que no he podido dejar de pensar desde hace un tiempo.

Rey me lanza una mirada cargada de curiosidad.

—Fue algo que me dijo Paloma. «Todos estamos hechos mierda, así que vive el momento».

Rey suelta una sonora carcajada.

—Yo que tú no seguiría sus consejos —repone.

El silencio se desliza a nuestro alrededor mientras nos miramos, pero debemos de quedarnos callados, observándonos atentamente el uno al otro, demasiado rato, porque entonces Rey me observa nervioso. Quizás porque ha podido ver en mi mirada lo agradecida que le estoy en este momento por todo, y las ganas que tengo de volver a besarle. Por un momento me muero por enterrar mi rostro en su cuello, incluso a pesar de la capa grisácea de ceniza que le cubre la piel. Quizás haya podido ver en mis ojos escrito que su amabilidad, su dulzura, es algo que siempre voy a querer recibir, así como sus caricias.

Le veo fruncir el ceño con fuerza y bajar la mirada hacia mis labios.

—Lo sé. —Carraspeo para librarme de las emociones confusas que me han formado un nudo en la garganta—. Sé que esto es… —Estoy a punto de decirle que no debería haberle besado, porque se va a marchar a Alaska para sus prácticas y, de todas formas, tampoco *podemos*, pero soy demasiado orgullosa como para admitirlo en voz alta.

—¿Qué es esto? —me pregunta Rey—. Dímelo.

—No es nada —le respondo en un susurro. E intento sonar como una chica a la que le parece bien ese nada.

Quiero que él lo repita también. Que diga que esto no es nada. Que me rompa el corazón.

Tiene que hacerlo, porque sé que, cuando todo esto acabe, tan solo me quedará el dolor de haberlo perdido todo, así que mejor que me rompa el corazón ahora que todavía me queda algo de tiempo para sanarlo. Me muerdo el labio inferior con fuerza y me quedo mirando fijamente las

manos de Rey. Las mismas manos que me recorrieron la piel. Que se aferraron a mi cuerpo con fuerza cuando…

—Nada.

26

El campamento que hay cerca de la gasolinera no se parece en nada al campamento base. Es más un lugar de descanso que otra cosa. Se encuentra justo al lado de un pequeño camino forestal, con coches pasando de vez en cuando a la distancia, y al estar aquí siento que nos hemos alejado demasiado del camino, del literal y del figurado, porque no parece que estemos haciendo senderismo. El bosque que nos rodea es mucho más denso que antes y no puedo ver el cielo más allá de las ramas de los árboles. Al menos cuando estábamos en la zona arrasada por el incendio podía ver el cielo.

Joe nos ha dejado solos después de darles indicaciones a Libros y Rey sobre cómo regresar al sendero. A nuestro sendero.

Y sé que Rey quiere hablar conmigo.

Así que, como parece que últimamente me he vuelto toda una experta en evitar mis problemas hasta que no me queda más remedio que hacerles frente, hago todo lo que está en mi mano para no quedarme a solas con él. Porque, si nunca nos sentamos a hablar, nunca podrá decirme que sabe que me estoy encariñando demasiado de él. No podrá decirme que sabe que no puedo dejar de pensar en nuestro beso.

Estoy montando la tienda de campaña roja tranquilamente cuando oigo cómo alguien se pone a aplaudir a mi espalda.

Son Junior y Azúcar, que me observan con fingido orgullo.

—Lo has conseguido —suelta Junior—. Por fin lo has conseguido.

Azúcar se limpia una lágrima falsa.

—Siempre supe que podrías hacerlo.

Junior enreda un brazo con el suyo.

—Estamos muy orgullosos de ti, cariño.

—¿Pero de qué narices estáis hablando? —les pregunto.

—La. Tienda. De. Campaña. —Azúcar estira ambos brazos para señalar

la tienda como si fuese la presentadora de un programa de televisión—. Lo has conseguido, maldita sea.

—Llevo montando las tiendas de campaña desde hace ya unas cuantas semanas.

—Bueno, «montar» quizás sería un término un tanto exagerado —me corrige Junior—. Llevas unas cuantas semanas construyendo una estructura inestable parecida a una tienda de campaña. Pero esto… —Imita a Azúcar —. Esto es una tienda de campaña de verdad, con forma de tienda de campaña, y la has montado en un tiempo más que razonable.

—Y encima no has soltado ni una sola palabrota. —Azúcar me mira con los ojos abiertos de par en par—. Pero… *ni una sola*.

Pongo los ojos en blanco y los observo de brazos cruzados.

—He montado… He hecho… —¿Ah, sí, lo he hecho?—. ¿No he dicho *ni una* palabrota?

—Hoy es un gran día para el equipo Azul. —Ella asiente enérgicamente con la cabeza—. Deberíamos celebrarlo. Hoy toca cena familiar. Podemos cenar… ¡arroz y frijoles!

—¿En serio, arroz y frijoles? —Junior se lleva la mano a la boca y suelta un jadeo de fingida sorpresa—. ¡Siempre había querido probar ese plato!

Junior y Azúcar se están retroalimentando, y cada comentario que sueltan es más ridículo que el anterior.

—Os quiero, chicos —lo digo en un susurro, pero ellos me oyen perfectamente, por lo que dejan de hacer lo que quiera que estuviesen haciendo de golpe y se vuelven hacia mí.

Me fijo en el instante en el que mis palabras se les quedan grabadas, en el que comprenden lo que acabo de decir.

Junior es el primero en moverse, pero en cuestión de segundos tengo los brazos de los dos rodeándome con fuerza, estrechándome en un fuerte abrazo.

—Dios, va a ser una mierda cuando llegue el momento de volver a nuestras vidas de siempre —murmura Junior contra mi cabello.

—A mí hasta se me han quitado las ganas de ir a la universidad —bromea Azúcar, y a mí se me revuelve el estómago de inmediato.

—Siempre podremos escribirnos todos los días y llamarnos por FaceTime e incluso visitarnos de vez en cuando. No es como si alguien fuese a

morirse. —Junior incluso suelta una risita amarga.

Y entonces lo siento. Cómo ese algo que me separa de ellos aumenta lentamente. Las mentiras y todo lo que llevo tanto tiempo callando.

Así que me doy una ducha. El agua gris forma remolinos a mis pies, pero me doy la ducha que llevaba tanto tiempo queriendo darme. El agua caliente y el jabón me limpian la piel, y después me pongo ropa limpia para sentirme como nueva. Lavo mis guantes en el lavabo, pero es como si las cenizas se hubiesen quedado incrustadas en el interior de las pequeñas grietas del cuero. Ahora siempre estarán manchados.

Como yo.

Después de cenar, me tumbo en mi saco de dormir y me pongo a escuchar los ruidos que rompen el silencio en el exterior. No veo el momento de alejarme del constante zumbido de los postes eléctricos o del rugido que producen los coches al pasar junto al campamento. Me muero de ganas por volver al sendero y por pasar el poco tiempo que me queda… fingiendo.

Y entonces oigo a alguien reír. Me parece que es Junior. Un segundo más tarde, alguien abre mi tienda de campaña e ilumina el interior. Casi por instinto, me llevo una mano a los ojos para protegerme de la luz, a la espera de que se acostumbren.

—Mapas. —Es la voz de Libros—. Toma tus cosas. Nos vamos.

Lleva puesta una linterna en la cabeza y me está dejando ciega con esa monstruosidad con bombillas LED.

—¿A *dónde*? —le pregunto.

—A escalar un poco. —Las comisuras de sus labios se elevan hasta formar una sonrisa traviesa.

Junior se asoma por encima de él, colocándole ambas manos en los hombros y dejando caer todo su peso a la espalda de Libros.

—¡Vamos a hacer senderismo nocturno! —me dice en un susurro, aunque se nota que en realidad tiene ganas de gritarlo.

—Pero si llevamos todo el día caminando —me quejo, aunque ya me estoy incorporando—. No quiero caminar cuando ya está *oscuro*.

—Sí, sí que quieres —dice Libros, al tiempo que me tiende una linterna para la cabeza—. Vamos. —Se aparta de la puerta y me tiende una mano para ayúdame a levantarme. Al parecer, todos me están esperando.

Rey me entrega mis botas de montaña y me las pongo sin rechistar

mientras Azúcar juguetea con la diadema de su linterna. Junior también está tironeando del elástico de la suya, mientras intenta ajustársela bien a la cabeza. Cuando Libros se le acerca para echarle una mano, se coloca justo delante de Azúcar. Esos tres están pegadísimos los unos a los otros, es como si alguien los hubiese apilado juntos en una estantería.

—Por el amor de Dios —maldice Azúcar, antes de apartarlos a los dos de un empujón—. ¡No hace falta que me ayudes!

Todavía me acuerdo de nuestro primer día como equipo, cuando Azúcar solo quería que alguien le echase una mano. Al parecer, ahora solo quiere hacerlo todo sola.

Rey señala su frente. Los cinco prendemos nuestras linternas y Libros nos guía por una empinada cuesta. Junior va delante de mí y Rey, detrás. En algunos momentos nos toca escalar enormes rocas y Junior tiene que tirar de mí para ayudarme a subir. Y, de algún modo, las manos de Rey acaban en mi cintura para que no pierda el equilibro. Notar sus manos sobre mi cuerpo hace que se me olvide cómo respirar. Mientras caminamos, se coloca a mi espalda, y puedo notar el calor que emana de su piel, así como su presencia y su olor impregnando el ambiente.

Cuando llegamos a la cima del saliente, me aparto del borde todo lo que puedo, porque no sé cómo de grande será la caída. Nos sentamos en fila, unos al lado de otros, tal y como nos hemos ido acostumbrando a hacer en estas últimas semanas. Como si tuviésemos nuestros sitios asignados. Libros nos pide que apaguemos nuestras linternas. Hago lo que me pide y alzo la mirada hacia el firmamento nocturno, donde las estrellas rompen la oscuridad del cielo. Puede que nunca llegue a acostumbrarme a ver el cielo así cuando oscurece de verdad.

Pero no es hasta que Rey me hace un gesto para que mire lo que tengo enfrente que me doy cuenta de por qué hemos subido hasta aquí en realidad. Frente a nosotros se extienden las luces más hermosas que he visto jamás. Amarillas, blancas, rojas y verdes.

—Mi abuela solía decir que eran su pequeño joyero —comenta Libros—. Vivía en lo alto de una colina y yo solía sentarme por las noches a su lado en el porche para observar el horizonte mientras ella tejía y me contaba historias sobre todos los amantes que habían llenado su joyero.

—¿En serio? —le pregunta Azúcar, con una pequeña sonrisa dibujada en la cara—. ¿Qué clase de historias?

Las comisuras de los labios de Libros tironean levemente, alzándose por sus mejillas hasta formar una sonrisa divertida y llena de añoranza.

—Me habló sobre un novio que le pidió matrimonio con un anillo con un rubí enorme, y cada vez que observa estas mismas luces, siempre se acuerda del chico del rubí.

—¿Qué le pasó al chico? —le pregunta Junior.

Libros se encoge de hombros.

—La vida.

Me pregunto si yo también podré contarles una historia a estas cuatro personas alguna vez. Cuándo podré compartir con ellos el recuerdo de una de mis luces.

Azúcar es la primera en hablar.

—Yo me habría casado también con un chico que me hubiese pedido matrimonio con un rubí enorme. O con una chica.

—Yo también —repone Junior—. Pero solo con el chico, no con la chica. —Pone una mueca y todos nos reímos al verle.

—¿Así que no tienes a ningún chico o chica esperando que vuelvas a casa, Azúcar? —le pregunta Junior, antes de darle un suave golpe en el hombro.

—Como si fuese a contártelo. —Entonces toma una roca del suelo y la lanza a la oscuridad.

Junior esboza una sonrisa traviesa.

—¿Y tú, Rey? —le pregunta Azúcar.

—Voy a irme a Alaska.

Eso no responde a la pregunta de Azúcar, pero nadie dice nada, y odio que la curiosidad me esté matando en este momento.

—¿Tú tienes novio? —me pregunta Azúcar.

Si ni siquiera tengo amigos.

—Puede que tenga novia —comenta Junior, antes de darle un suave golpe a Azúcar en la cintura.

Azúcar niega con la cabeza, pensativa.

—No le gustan las chicas.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —le pregunto.

Ahora es Azúcar la que sonríe.

—Porque no es a mí a quien no dejas de mirar. —Me guiña el ojo.

—No pasa nada por que no te gusten las chicas —me dice Junior. Se lleva

una mano al pecho e, incluso en medio de aquella densa oscuridad, puedo verle volverse hacia Azúcar con rostro serio—. Yo personalmente creo que son asquerosas.

—¡No somos asquerosas! —Azúcar le lanza una pequeña piedra.

A mi lado, Rey suelta una sonora carcajada. Y, cuando me vuelvo hacia él, nuestras miradas se encuentran.

—Yo no…

—No tienes por qué explicarte —me dice Rey, acercándose a mí.

—¿Y a *ti* te gusta alguna chica, Rey? —le pregunta Junior con una sonrisa pícara.

Rey respira hondo y odio la forma en la que su pecho se hincha con el gesto porque, por estúpido que sea, no pierdo la esperanza de que diga mi nombre.

—Hay un chico que *no* me gusta.

Junior se inclina hacia nosotros con los ojos oscurecidos.

—Pero si soy muy atractivo.

—Lo eres —repone Rey—. Hasta que abres la boca —añade, antes de ponerse de pie—. Y deja de pedir a la gente que defina mierdas que ni ellos mismos tienen claras.

—¡Pero solo así se aclaran las cosas! ¡Tienes que normalizar el hablar sobre tu sexualidad! —le grita Junior mientras Rey se aleja de nosotros.

Azúcar le agarra del septum y él suelta un gruñido.

—¡Ni se te ocurra!

—A Rey no le va eso de las relaciones —comenta Libros—. Está demasiado centrado en lo de Alaska.

—¿A ti sí que te va lo de las relaciones? —le pregunto.

—Tengo veinte años —repone—. No me va absolutamente nada.

Yo tampoco quiero que me vaya absolutamente nada.

—Vive el momento.

—¿Que viva el momento? —me pregunta Azúcar.

—Es algo que me dijo Paloma.

Libros suelta un gemido frustrado.

—Dios, sí que suena como algo que diría Paloma para tratar de justificar todas sus meteduras de pata.

—Las vistas desde aquí son preciosas —comento, para cambiar de tema.

—No me puedo creer que esto casi haya acabado —suelta Junior—. ¿Cómo es posible?

Me cuesta todo un mundo estar aquí ahora sentada, bajo el cielo nocturno y el calor propio de las noches de verano, e imaginarme cómo será el otoño, con su clima frío, las clases, las vacaciones… todo un mundo aparte. Rey regresa con nosotros y se sienta al final de la fila, y yo respiro hondo. Es como si mi cuerpo siempre supiese dónde está.

—Cuando vuelva a casa todo volverá a ser como siempre —dice Azúcar —. Ir a comprar lo que me falta para mudarme a la universidad, elegir las asignaturas que voy a cursar, volver a elegir las clases porque a mi madre no le convencen las que he escogido, conocer a mis nuevas compañeras de cuarto… No voy a poder controlar absolutamente nada.

—Sé que ahora sientes que tienes todo fuera de control —le dice Libros —. Pero una vez empiezas a hacerlo… —Respira hondo—. Es difícil explicarlo, pero te prometo que no será tan malo.

—Al menos tú vas a ir a algún lado. —Junior lanza una piedra al mismo lugar al que la ha lanzado Azúcar antes y los cinco guardamos silencio por un momento, a la espera de oírla golpear el suelo—. No todos podemos ir a la universidad como vosotros tres.

—Yo no voy a ir a la universidad —suelto, antes de poder pensármelo dos veces.

Todos se vuelven hacia mí, confundidos, pero nadie dice nada. Esperan a que siga hablando, pero yo decido quedarme callada, así que Azúcar me pregunta:

—¿Vas a aplazarlo? ¿Te vas a tomar un año sabático?

—Más bien no me han admitido siquiera. —Trago con fuerza—. Porque no terminé el instituto.

—Que no terminaste…

—Dejé los estudios. —Me froto los muslos y después me agarro las rodillas con fuerza—. Porque… mi padre se murió. Y… no quería ir.

Todos guardan silencio. Ni siquiera puedo mirarlos a los ojos mientras espero a que digan algo. A que dicten sentencia sobre lo que acabo de admitir. En ese momento, me imagino cientos de desenlaces distintos. Y en dos de ellos me lanzan por el acantilado por haberles mentido.

—¿Tu padre se murió? —me pregunta Azúcar.

Asiento.

—En marzo.

Junior contiene el aliento con fuerza.

—Mierda, Mapas.

—Lo siento —suelto, apresurándome para explicárselo todo—. Sé que no debería haberos mentido.

Se me quedan mirando como si estuviesen esperando a que siguiese hablando, pero no tengo nada más que decir. Nada más de lo que ya he dicho. Nada que pueda justificar el *por qué* lo he hecho.

—Lo siento —repito en un murmullo.

Los ojos de Rey se encuentran con los míos y le veo asentir una sola vez.

Azúcar se queda observando fijamente las luces y Libros baja la vista hacia sus manos, las mismas que ha apoyado en su regazo.

Pero Junior me está mirando a mí.

—Tu padre se murió. Eso debe de haber sido una mierda.

Suelto una carcajada amarga y rota.

—Lo *es* —le corrijo—. Es una auténtica mierda.

—¿Por qué no nos lo contaste? —me pregunta Azúcar. Y suena dolida.

—No lo sé. Y sé que es una respuesta de mierda. Pero supongo que me resultó más fácil mentiros que explicároslo todo, porque no os conocía y…

—Ya —suelta Azúcar—. Y no nos conocías.

—Lo siento *mucho*.

—Eh. Al menos no nos mentiste sobre lo que de verdad importa —repone Junior en un susurro, abrazándome con fuerza.

Está siendo demasiado amable, mucho más de lo que me merezco que sea. Y yo no sé si podría hacer lo mismo si fuese al revés.

Libros se frota con fuerza los muslos.

—Todos guardamos secretos… porque a veces la verdad es demasiado dura como para…

—¿Tú también tienes algo que contarnos? —le pregunta Junior.

Libros abre la boca como si fuese a decir algo y se vuelve a mirarme.

—Creo que eres muy valiente, Mapas. Es muy duro tener que mantener algo como eso en secreto, así que me alegro de que hayas decidido confiar en nosotros.

Entonces Azúcar me pasa un brazo por los hombros y tira de mí hacia su pecho mientras niega con la cabeza.

—No me gusta que nos hayas mentido, pero creo que entiendo por qué lo hiciste. En parte. Y no pienso malgastar nuestros últimos días juntas enfadada contigo.

Libros se recuesta sobre el hombro de Azúcar y deja caer una mano sobre mi cabeza. Junior todavía sigue apoyado en mí y Rey se inclina hacia nosotros para tomarme la mano.

«Nuestros últimos días juntos». Esas cuatro palabras se me clavan más y más hondo en el pecho cuantas más veces las escucho, porque me encanta este sitio. Me encanta el calor, y la comida asquerosa, y tener las manos llenas de callos. Porque ellos están a mi lado.

Y, en algún momento, una lágrima se desliza por mis mejillas y se precipita sobre la mano de Rey. Él la seca con el pulgar como si nada. Quizás es por estar ahora en esta colina, pero a nadie le importa que me eche a llorar, lo que solo me hace sollozar con más ganas.

Mis amigos me abrazan con todas sus fuerzas mientras las pequeñas luces titilantes que se extienden a nuestros pies iluminan la oscuridad.

Odio que mi padre no esté aquí ahora. Odio que mi madre nunca llegase a imaginar que esto era justo lo que necesitaba para recomponerme. Odio haber tenido tanto miedo de lo que sentía.

En este momento, estas cuatro personas que me están abrazando con fuerza son quienes mejor me conocen en este mundo y, por un instante, creo que voy a odiar eso también, pero, en cambio, me encanta.

Me encanta que estas cuatro personas sepan que lo único que necesito es llorar.

27

Regresamos al sendero occidental, pero el mundo real se las ha apañado para enturbiar nuestra vida aquí. Como si fuese un cáncer extendiéndose por nuestros huesos.

¿Nuestro diagnóstico? Terminal.

Todo empieza a la hora del desayuno, cuando Azúcar se pone a hablar de la universidad. Pero no lo hace como lo había hecho hasta ahora, como si fuese algo abstracto. No, ahora habla de todo lo que va a tener que comprar para las clases y se pone a divagar sobre si ya le habrán asignado una compañera de cuarto en medio de una comida que a estas alturas ya me había empezado a parecer reconfortante.

—Lo más probable es que piensen que soy uno de esos bichos raros que no tienen redes sociales.

Y entonces Libros se pone a hablarnos de que su madre no le deja irse a vivir a una residencia universitaria.

—Ella sería feliz si yo me quedase en casa hasta el día en el que me casara. En realidad… creo que lo más probable es que le encantase que me quedase en casa incluso después de casarme.

Junior parece tenso mientras hablamos del futuro.

—¿Y tú, J? —le pregunta Rey.

Junior se queda callado durante unos minutos, pero entonces dice:

—Es curioso… porque yo no me voy a ir.

Le observo confusa.

—¿Cómo que no te vas a ir? ¿Del sendero?

—Me voy a quedar después del verano a trabajar en Bear Creek. —Le da un bocado a su comida.

—¿Y eso desde cuándo lo sabes? —le pregunta Azúcar.

Junior carraspea para aclararse la garganta.

—Joe me ofreció el puesto incluso antes de que empezase el programa de

verano.

Ninguno de nosotros hace ninguna pregunta más ni pide explicaciones, porque en ese momento todos nos damos cuenta de golpe de lo que Joe estaba haciendo en realidad al asignarnos a nosotros este sendero. Porque somos los niños que necesitaban algo más. A alguien más. Y no solo nos ha ayudado en eso, sino que además nos ha unido a todos. Somos sus actos de caridad. Salvo que no nos sentimos como tal. Nos sentimos como si fuésemos especiales, sus elegidos.

Azúcar niega con la cabeza.

—Maldito Joe. —Pero está sonriendo cuando lo dice.

—Quiere que solicite plaza en las universidades de la zona y que intente entrar en algún grado para primavera. —Junior se recuesta sobre sus manos —. Y yo ni siquiera tengo idea de cómo hacer eso. Porque, vamos a ver, ¿qué narices es una FAFSA?

Rey le da un suave golpe en la pierna para tratar de animarle.

—Joe te ayudará con eso, no te preocupes.

—Ya, pero… no debería ser así, no debería tener por qué ayudarme en nada. ¿Sabéis? —Junior baja la vista hacia su bol lleno de comida—. Se supone que son los padres los que deben ayudar a sus hijos con esta clase de cosas.

Pero así es la vida real, en eso consiste. En crecer. La vida real está llena de estrés y responsabilidades y decisiones que todo el mundo te repite que serán las que definirán todo tu futuro.

«Nada dura para siempre», me recuerdo en un susurro, y mi mirada se encuentra con la de Rey. Tiene su navaja en la mano y está grabando algo en la portada de cuero de su cuaderno con trazos cortos. La hoja de la navaja refleja la luz que proyectan las llamas y me pregunto qué merece tanto la pena grabar como para que permanezca para siempre en la portada de su diario.

«Puede ser solo por ahora».

Poco a poco, todos se van a dormir salvo Rey y yo. Nos quedamos solos junto a la hoguera. La luz de las llamas proyecta sombras danzantes sobre los ángulos de su rostro. Rey se recuesta sobre los codos y mi mirada se desliza inevitablemente hacia su cintura, donde la camiseta se le ha subido un poco con el gesto, dejando al descubierto una franja de piel desnuda.

Inconscientemente, recuerdo lo que sentí al tener esa misma piel pegada a

la mía. Rey me pide con un gesto que me recueste a su lado. Nos quedamos observando fijamente cómo las chispas que surgen del interior de la hoguera se alzan por el aire, extinguiéndose antes de rozar siquiera las ramas de los árboles y, más allá, las estrellas iluminan el firmamento nocturno. Rey se vuelve hacia mí. Su mirada intensa se clava en mi rostro. Y no puedo evitar preguntarme qué aspecto debo de tener en este momento, sucia y mugrienta. Me pregunto si tendré el cabello alborotado y revuelto. Y me pregunto qué estará pensando al observarme, qué estará viendo él.

En solo unos días, Rey y yo dejaremos atrás las montañas y la sierra, y la sensación de estar protegidos y ocultos del resto del mundo. Y no quiero preguntar qué ocurrirá después.

Porque ya sé lo que pasará. Rey desaparecerá.

Quizás.

—¿Joe te ha dicho algo sobre tus prácticas?

Rey respira hondo y aparta la mirada, volviéndose de nuevo hacia las llamas.

—Sí. Me dijo que sí que iba a recomendarme, pero que no puedo… no puedo volver a equivocarme, porque entonces sí que me quedaré sin Alaska.

—Ah —suelto en apenas un susurro—. Qué bien.

Estoy bastante segura de que acabo de soltar otra mentira más. Rey se vuelve hacia mí y nuestras miradas se encuentran de nuevo. En esta clase de momentos, rodeados tan solo por el silencio y el crepitar de las llamas, puedo sentir cómo un hilo invisible tira de mí hacia su cuerpo. La forma en la que me está mirando… es como si estuviese observándome el alma. De esa forma que me hace sentir expuesta pero a la vez a salvo.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta en un susurro.

—En que ojalá pudiese viajar en el tiempo. —Veo cómo la nuez se desliza por su cuello al tragar con fuerza—. ¿Y tú? ¿En qué estás pensando? —le pregunto.

—No quieres saberlo —responde.

Pero sí que quiero. Me muero por saberlo. Estoy ardiendo bajo su intensa mirada, tanto que tengo la sensación de que en cualquier momento me van a surgir llamas de la piel y van a provocar un incendio.

—Cierra los ojos —me pide.

—¿Por qué?

Rey respira hondo.

—Solo… hazlo. Y yo lo haré también. —Rey cierra los ojos y de inmediato sé lo que pretende. Quiere que le imite para que podamos ser sinceros el uno con el otro.

Esta noche hace calor, pero las llamas de la hoguera caldean todavía más el ambiente y, al tener a Rey a mi lado, me siento como si me hubiese caído un rayo encima. Le oigo respirar con fuerza y entonces…

—Quería besarte. Desde el momento en el que te vi por primera vez.

Esas palabras poseen un significado todavía más importante cuando son lo único que tienes. Cuando no puedes ver si la persona te está mirando o si está sonriendo. Lo único que tienes es la cadencia de su voz, la forma en la que las palabras se enredan en su lengua al decirlas, la manera en la que las sílabas se entrelazan con lo que esperas que sea un toque de esperanza.

—Me besaste —dice—. Pero yo llevaba queriendo besarte desde mucho antes de que lo hicieses.

Sus palabras se me clavan por todas partes, en el pecho, en la piel, en el alma.

—Quiero besarte.

Guardo silencio, a la espera de que se dé cuenta de que no lo he dicho en pasado, pero Rey se queda callado.

—Mapas…

—Lo sé. No podemos. Si Joe se enterase… —Trago con fuerza.

Le oigo soltar todo el aire que había estado conteniendo en un suspiro.

—Hay algo que tengo que te contar…

Le interrumpo antes de que pueda seguir hablando.

—No tenemos por qué hablar de eso ahora. Podemos… solo nos quedan unos días juntos. No quiero… —No quiero pensar en lo que vendrá después. Estoy cansada de pensar solo en el futuro—. No le diré nada. Solo quiero estar aquí. Ahora.

—Ahora —repite, y no puedo evitar preguntarme si seguirá con los ojos cerrados, pero soy demasiado cobarde como para abrir los míos para comprobarlo—. Vale —susurra, y lo dice tan cerca de mí que puedo notar su aliento cálido deslizándose por mis labios—. Quiero besarte… ahora mismo.

Y entonces me besa. Me incorporo y me acerco a él, sin separarme en ningún momento de sus labios al mismo tiempo que me subo a su regazo.

—Siempre tengo ganas de besarte —murmura contra mis labios.

Enredo mis manos en su nuca y me aferro a su cabello con fuerza. Rey suelta un gemido grave y me pega a su cuerpo hasta que solo nuestra ropa nos separa. Un segundo después, Rey aparta la mano de mi rostro y yo abro los ojos al mismo tiempo que él se aparta unos centímetros para observarme. Su pecho sube y baja agitado, como si estuviese tratando de recobrar el aliento.

Trago con fuerza y entonces Rey baja la mirada por mi cuerpo. Hay algo oscuro en sus ojos y no es deseo. Es… ¿arrepentimiento, quizás? ¿Porque esto está a punto de acabar? ¿Porque se va a marchar? ¿Porque cuando esto acabe todos volveremos a ser los mismos que éramos antes de este programa?

—No hagas eso —le suplico, todavía aferrándome con fuerza a su cabello —. No me mires así, como si… Esto ya casi se ha acabado. Solo finge conmigo una vez más.

Nuestras miradas se encuentran y por un momento me gustaría… me gustaría poder leerle la mente. Me gustaría poder decirle que lo que quiera que esté pensando da igual, porque dentro de unos días nada de esto importará y todos podremos volver a nuestras vidas de antes y a fingir que este último mes nunca ha ocurrido.

—Yo no estoy fingiendo nada —repone.

—¿No? —Dejo todo un sendero húmedo con mis labios por su mandíbula, besándole lentamente hasta llegar a su oído, y le susurro—: ¿Entonces por qué me has dicho que quieres besarme cuando me estás mirando como si eso fuese lo último que deseases hacer? —Me dejo caer del todo sobre su regazo, para dejarle saber que sus labios pueden mentirme todo lo que él quiera, pero que su cuerpo le delata. Suelta un gemido grave y echa la cabeza hacia atrás.

—No estoy fingiendo nada —susurra—. Porque puedo desearte y *a la vez* pensar que esto es una malísima idea.

Me quedo completamente helada mientras Rey me recorre con la mirada. Sus ojos se oscurecen hasta volverse casi negros cuando se deslizan hasta mis labios. Su pecho se mueve de arriba abajo, agitado, y me observa como si su cerebro y su corazón no lograsen ponerse de acuerdo, roto.

Tomo su mano y la llevo a mi pecho, decidiendo yo por él.

—Deja de pensar.

Sus labios se deslizan con suavidad sobre los míos. Rey se inclina hacia mí, pero incluso eso lo hace con dulzura. Como si fuese una figura de porcelana entre sus brazos, a punto de romperme.

—Ojalá pudiese dejar de pensar en ti.

Le rodeo la cintura con una pierna y dejo caer todo mi peso sobre su regazo. Y entonces algo cambia de golpe. Sus manos me recorren la cintura, el cuello y el rostro con premura. Rey me vuelve a besar como antes, con intensidad y pasión, con desesperación.

—Dios, Mapas —murmura contra mi boca. Me encanta notar que está perdiendo poco a poco el control.

Hago a un lado todas mis dudas mientras lo beso con todo mi ser, cada vez más desesperada. Me aferro a lo mucho que lo deseo y lo vuelco todo en el beso.

Le subo la camiseta de un tirón y deslizo los dedos sobre su duro abdomen, antes de subir lentamente hacia su pecho y después bajar por su espalda. Roto las caderas sobre su dureza y noto cómo él alza las suyas para incrementar la presión. Pero cuando mi mano se desliza hacia la cinturilla elástica de sus pantalones, me detiene de golpe.

—No —dice, y su voz suena grave y áspera, como si llevase siglos sin hablar.

Que me detenga me duele, pero asiento con la cabeza.

—Vale.

Entonces deja caer su frente contra la mía y respira hondo. El mundo se queda en completo silencio a nuestro alrededor cuando el rugido ensordecedor de mi corazón comienza a mitigarse. Rey se echa hacia atrás y se vuelve a bajar la camiseta. Se supone que no me está rechazando, pero ciertamente lo parece.

Me aparto de él e intento darme algo de espacio para respirar y pensar con claridad.

Él me observa con esos ojos oscuros suyos que centellean bajo la luz de las llamas y lo veo tragar con fuerza.

—Sí que quiero hacerlo. —Carraspea para aclararse la garganta antes de seguir hablando—. Pero no estoy listo para…

—Ya —suelto. Me arden las mejillas cuando me pongo de pie.

Rey asiente.

—¿Estás… bien? —Me está mirando con los ojos bien abiertos,

observándome claramente preocupado. Y me duele que esté siendo tan… amable.

No me gusta nada la presión que siento en el pecho, oprimiéndome el corazón. Porque me da miedo que, si esa presión aumenta, vaya a acabar desangrándome desde dentro al desgarrarme el corazón. *No*. Quiero preguntarle qué es esto exactamente. ¿Qué estamos haciendo? ¿Es que él siente lo mismo que yo?

—Sí. —Respiro hondo.

Rey asiente con la cabeza, creyéndose del todo mi mentira. Pero él tampoco parece estar bien. Tiene los labios rojizos e hinchados, y el cabello revuelto por mi culpa. Parece nervioso. Le tiemblan las manos a los costados y veo cómo las cierra rápidamente en puños para contener los temblores.

Puedo oler su sudor impregnándome la piel, y eso solo me hace querer algo más.

—Debería… —Carraspea por un momento—. Tengo que ocuparme de la hoguera.

Yo me alejo hacia el río y, una vez allí, me echo agua en la cara y me pregunto qué ocurrirá ahora. Rey volverá a cambiar, de eso no me cabe duda, así que solo me queda esperar a ver qué versión me tocará ahora.

28

Cuando mi padre murió, todo ocurrió demasiado despacio.

Pero también ocurrió todo al mismo tiempo.

Como si un día hubiese decidido que había llegado el momento de rendirse.

Porque así es el cáncer. Son días eternos de tortura y, de repente, todo desaparece. Y te quedas preguntándote si eres mala persona por sentirte aliviada por que todo se haya acabado. Te quedas pensando si quizás desperdiciaste cientos de momentos que podrías haber pasado con esa persona. Te quedas pensando cómo es posible que el mundo siga avanzando incluso aunque ellos ya no estén aquí.

Todo mientras la gente espera sentada a que te desmorones.

Todo sucedió un miércoles. Justo a mitad de la semana. Y el día anterior había dejado de hablar. Había dejado de abrir los ojos. Lo único que no había dejado de hacer era respirar.

No sabía si podía oírme, pero no estaba segura de a qué estaba esperando. Mientras mi madre estaba en la otra habitación, le di la mano. Tenía la piel hundida y fina como el papel, llena de los moratones que le habían dejado las vías y que nunca se le habían llegado a curar. Todavía podía notar los callos que cubrían las palmas de sus manos y, por algún extraño motivo, esos pequeños bultos fueron los que me terminaron de hundir. Este hombre, que había vivido una vida lo bastante larga como para tener las manos llenas de callos, estaba a punto de morirse. Todo su duro trabajo había quedado relegado a unas míseras marcas ásperas sobre la piel. Todas sus cicatrices, sus historias y sus risas iban a desaparecer para siempre.

Me incliné hacia él y le susurré:

—No pasa nada, papá. Estaré bien.

No sé si fue por él o por mí.

Pero después de eso dejó de respirar.

Mi madre se pasó varios días limpiándolo todo después de que se llevasen el cuerpo de mi padre en la misma cama de hospital en la que había muerto. Tuvo que revisar toda su ropa, sus pertenencias y sus fotos, como si pensase que él debería haberse encargado de llevarse todas esas cosas cuando se marchó.

Y sobre la mesilla de noche había una lista.

Escritas con su caligrafía torcida y temblorosa por culpa de la medicación y la quimioterapia estaban todas las cosas que le habría gustado hacer antes de morir. Había grandes objetivos, como «ver el Gran Cañón» o «llevarme a mis chicas a Nueva York». Pero también otros mucho más pequeños como «hablar con Henry», «decirle a Joe la verdad», «releer *La llamada de lo salvaje*».

Pero fueron los dos últimos puntos de la lista los que me rompieron el corazón en mil pedazos.

«Ver a las aves emigrar hacia el sur desde la playa».

«Reabrir el sendero occidental de Sierra Nevada y recorrerlo con Atlas».

Recorrí esos dos últimos puntos con los dedos. Cuando mi padre me hablaba de los lugares que le habían convertido en el hombre que era, siempre me hablaba de esa playa y del sendero occidental.

Mi padre le había pedido matrimonio a mi madre en esa misma playa, después de ver cómo las aves emigraban hacia el sur y quedarse totalmente a solas, solo ellos dos, el silencio y el amor que se profesaban el uno al otro.

Solía decir cosas como: «Si los lugares conservan recuerdos, ese está lleno de nuevos comienzos».

Y siempre decía que el sendero occidental era el lugar perfecto para hallar respuestas. Me pregunto si por eso quería volver a recorrerlo antes de morir.

Me metí el papel en el bolsillo porque no quería que mi madre tirase eso también. Quería conservar esa lista. Quería conservar algo que me recordase todo aquello que nunca llegamos a poder hacer. Que, a veces, es imposible volver el tiempo atrás.

Su funeral también fue un miércoles.

Me agazapé a un lado de la casa, junto a los cubos de basura a prueba de osos y una bicicleta oxidada. Las lágrimas me caían descontroladas por las mejillas y se me estaba arrugando el vestido negro que me había puesto, porque a veces haces café y no pasa nada. Y otras veces haces café y tienes

que contenerte para no lanzar la cafetera contra la pared de rabia porque tu padre ha muerto y ahora tienes que hacer tú el maldito café.

Me gustaba estar furiosa. Porque comprendía de dónde provenía toda esa rabia. Me podía aferrar a ella. Podía dejar que mis emociones sacasen lo peor de mí y agarrarme a ellas.

A diferencia del dolor sordo que acarrea el duelo. Ese dolor que es como el agua, que se te escapa entre los dedos. Que tira de ti hacia abajo, hasta hundirte en lo más profundo de la oscuridad. Que te llena los pulmones de lágrimas, impidiéndote respirar. Que te ahoga.

No. Quería pelear. No someterme ante el dolor.

—¿Estás bien?

Carraspeé y me sequé las lágrimas de los ojos.

Joe estaba de pie en medio de la entrada, observándome con curiosidad.

No, no estaba bien, pero él tampoco parecía estarlo.

—¿Qué estás haciendo tú aquí fuera?

Joe se mordió el labio inferior antes de encenderse un cigarrillo.

—Tu madre lleva un buen rato intentando matar a todos los invitados de aburrimiento en la barra para montarte tu propio bocadillo que ha puesto.

En cada rincón disponible de la casa había bandejas con distintos embutidos y quesos. En la mesa de centro, donde mi padre solía apoyar los pies mientras veía algún partido de hockey, mi madre había colocado una bola enorme de queso y una bandeja llena de galletitas saladas. Las cazuelas con distintas salsas y platos calientes llenaban cada centímetro de la mesa del comedor, donde siempre solíamos jugar al dominó los tres juntos. La cocina estaba llena de bandejas de embutidos, y no pude evitar acordarme de mi padre cocinando allí mismo sus famosas patatas y poniéndolo todo perdido mientras tanto.

—Y, además, los amigos del instituto de tu padre son muy aburridos.

Solté una carcajada amarga.

Joe se recostó contra la pared de la casa, y se deslizó hasta quedarse sentado a mi lado, con nuestros hombros pegados a los tablones de madera.

—Mierda. Odio estar aquí y que él no esté.

—Ya —repuse, no porque me hubiese gustado intercambiar a Joe por mi padre, sino porque a mí también me habría gustado que estuviese él aquí.

—Anda, vamos. Si volvemos ahí dentro los dos juntos, puede que nadie nos diga nada.

—Lo dudo mucho.

Joe relajó los hombros.

—He tenido que ponerme este maldito traje y… esto es lo más horrible a lo que he tenido que ir en toda mi vida.

—Es…

—Absolutamente horrible —terminó él por mí.

Solté una sonora carcajada porque llevaba razón.

—Prométeme que no dejarás que nadie haga nada de esto por mí —me pide Joe—. Júramelo por tu vida.

—¿Y quién dice que a ti te vayamos a organizar uno de estos? Lo más probable es que lancemos tu cuerpo al río y ya.

Joe suspiró con pesar.

—Eso no suena nada mal. Es mejor que obligar a la gente a comerse una bola de queso en mi honor.

—Oye, ¿mi padre llegó a hablar contigo? —le pregunto—. ¿A decirte… la verdad?

Joe me observó atentamente.

—¿La verdad? La verdad podría ser cientos de cosas distintas.

—Pero ¿te dijo… algo importante? —No sé por qué le insistí tanto, quizás porque quería que me dijese que mi padre sí que había llegado a hacer *algo* de su lista.

Joe negó con la cabeza y se volvió hacia la calle, donde había cientos de coches aparcados frente a nuestra casa.

—Tu padre me dijo todo lo que me tenía que decir antes de morir, Forajida. —Se mordió con suavidad el labio inferior—. No se habría rendido de no haber sido así.

Durante mis últimos días en el sendero occidental me pregunto si yo también me habré rendido. Si habré dejado ir mi ira, mi orgullo, parte de mi dolor.

Ya hemos llegado casi al final del camino, pero nadie grita de emoción, suspira aliviado o salta de alegría. Los cinco guardamos silencio al darnos cuenta de lo que esto significa en realidad. Que estos son nuestros últimos momentos juntos.

Después de nuestro beso, Rey se muestra mucho más cauteloso conmigo, pero no le dejo que se aleje de mí. Cuando bajamos al río a llenar nuestras

cantimploras, lo beso. Contra el tronco de un árbol. Dejo que mis manos recorran lugares que le hacen gemir contra mis labios y suspirar. Y me convenzo de que no me importa que esto se quede también aquí, en este sendero, aunque me duela.

Dejamos de contar los días que nos quedan para acabar la ruta, porque…

El final llega despacio. Pero también todo al mismo tiempo.

29

Y así, como si nada, todo se acaba. No hay celebraciones ni felicitaciones. Solo un motel y unas tristes tiendas junto a una lavandería.

El sendero occidental de Sierra Nevada acaba en un cartel que reza: SENDERO CERRADO. PROHIBIDO EL PASO. Ni siquiera sé lo que siento al pensar en que pronto ese cartel desaparecerá y el sendero volverá a estar abierto al público.

En que más gente recorrerá *nuestra* ruta.

A Azúcar y a mí nos asignan la habitación ocho.

Dentro hay dos camas, dos mesillas y un baño. Todos los cuadros que hay colgados por las paredes representan a distintos animales vestidos como si fuesen personas de a pie, y contrastan contra las paredes verde oscuro.

No hay ningún teléfono fijo, o una mini nevera, o toallas mullidas. Las sábanas que cubren las camas parecen haber vivido épocas mejores, pero por lo menos están limpias. Debería estar emocionadísima por poder dormir por fin en una cama de verdad, pero…

Azúcar y yo somos lo más sucio que hay dentro de esta habitación. Cuando mi mirada se encuentra con mi reflejo en el espejo casi me sobresalto. Apenas me reconozco. Incluso aunque me bañase de vez en cuando en el río y a pesar de la ducha que me di hace un par de días, tengo el pelo aplastado, aunque no está tan graso como pensaba que estaría. Mi rostro está mucho más bronceado que cuando empezamos la ruta y eso que no llevo nada de maquillaje.

Pero tengo un aspecto distinto. Parezco más fuerte. No tengo la cara hinchada o rojiza. Es como si todo mi cuerpo se hubiese endurecido y se me hubiese despejado la mirada. Me llevo la mano a la cara y recorro con los dedos los rasgos de una desconocida.

—¿Quieres ser tú la primera en darse una ducha? —le pregunto a Azúcar.

La chica se acerca a mí y se queda mirando fijamente su reflejo. El

mismo al que ya no reconoce. Sé que es así porque está haciendo lo mismo que yo.

—Vaya —suelta—. ¿De verdad he tenido este aspecto todo este tiempo?

En algún punto del camino dejó de maquillarse todos los días y empezó a disfrutar de los rayos del sol. Le dedico una sonrisa.

—Sí.

Espero que pueda ver en su rostro la misma confianza y fuerza que veo yo en ella.

Observo cómo su pecho sube y baja con cada respiración, y después Azúcar se vuelve hacia el baño y se encierra dentro. Echo un vistazo a mi alrededor para buscar un lugar donde sentarme, pero acabo decidiendo dejarme caer en el suelo, y me tumbo para mirar fijamente el techo lleno de gotelé.

Cuando era pequeña, mi padre solía llevarme de vez en cuando a casa de mi abuela, y recuerdo quedarme dormida en más de una ocasión tratando de imaginarme las distintas figuras que formaba el gotelé en el techo. Pero, en vez de acordarme de mi padre en este momento, me quedo ahí tumbada, pensando en que el techo no es el cielo.

Y en que eso de ahí arriba no son estrellas.

Cuando Azúcar sale del baño, lo hace ataviada con ropa limpia y, al verme, pone una mueca asqueada.

—¿Es que nadie te ha dicho nunca que no hay que tumbarse en el suelo de una habitación de motel?

—Creo que eso lo dicen justo por culpa de gente como yo.

Su expresión se transforma por completo, para dejarme saber que está de acuerdo conmigo en eso.

—Esa ha sido la peor ducha que me he dado en mi vida. La presión del agua es una mierda y el champú y el acondicionador son horribles, pero el agua estaba caliente y me he podido duchar con jabón de verdad y secarme con toallas de verdad. Así que han sido los mejores diez minutos de toda mi maldita vida.

Me quedó ahí tumbada unos minutos más, viendo cómo Azúcar se peina y se lava los dientes junto al lavabo. Todo es tan… normal, lo que a su vez hace que sea increíblemente extraño.

Cuando me levanto, saco la ropa menos sucia que me queda y me encamino hacia la ducha.

Azúcar tenía razón.

Pongo el agua lo más caliente que puedo y dejo que me abrase la piel hasta que se me queda roja. El plato de ducha se tiñe de un color parduzco con el agua que se desliza por mi piel, retirándome la suciedad de encima, y por un momento dejo que mi cuerpo disfrute tan solo de estar bajo el chorro de una ducha, sin pensar en nada más.

Observo cómo la suciedad se arremolina alrededor de mis pies antes de desaparecer por el desagüe y me siento vacía. Como si el agua se estuviese llevando consigo lo poco que todavía me quedaba de la montaña, junto con los cientos de emociones que se me habían quedado pegadas en la piel con el sudor hasta ese momento.

Este es el final.

Un rato después, salgo de la ducha, y Azúcar me dice que deberíamos ir a lavar nuestra ropa.

La lavandería tiene el mismo aspecto que el resto del motel. Las paredes están cubiertas con paneles de madera oscura, pero en vez de cuadros de animales vestidos de personas recubriéndolas, aquí son todo fotografías de senderistas. Viejas y nuevas, algunas enmarcadas y otras pegadas con cinta adhesiva a la pared. Cubren casi todas las paredes de arriba abajo, formando una especie de collage extraño. Contra las paredes hay secadoras y lavadoras amarillentas y antiguas. También hay detergente en un enorme estante con un cartel en el que pone LAVANDERÍA.

Azúcar mete toda su ropa dentro de una lavadora.

—¿No vas a separar la ropa por colores? —le pregunto.

Ella se vuelve hacia mí con paciencia.

—¿Es que debería preocuparme por que alguna prenda destiña?

Razón no le falta. Toda nuestra ropa está hecha una mierda a estas alturas.

Al estar bajo un techo, entre cuatro paredes y con ventanas hechas de cristal, siento que no puedo ni respirar, porque el aire sabe raro y me pesa demasiado en los pulmones. Abro la pesada puerta de cristal. Se supone que debería usar el dólar que llevo en el bolsillo para lavar la ropa, pero veo una máquina expendedora con refrescos y otra con aperitivos.

—A la mierda. —Me compro una barrita de Snickers y me quedo mirando cómo cae en la bandeja.

—¿Chocolate?

Cuando me doy la vuelta, con la barrita en la mano, me encuentro a Rey

observándome de brazos cruzados. Tiene el cabello húmedo y la piel rojiza de haberse pasado un buen rato frotándosela. Incluso su ropa está limpia y no sé por qué, pero eso me pone un poco triste.

—¿Te has gastado el dinero para la ropa en una barrita de chocolate? —me pregunta.

—Es mía. —Abrazo la barrita con fuerza—. Y la lavandería es gratis.

Rey esboza una pequeña sonrisa un tanto divertida que le hace parecer muchísimo más guapo si cabe. Se ha afeitado, y no puedo evitar preguntarme si, cuando me acerque a él, olerá a jabón como yo. Noto cómo se me sonrojan las mejillas de golpe al pensar en la posibilidad de que podamos oler igual.

Me tiende la mano y me pide con un gesto que le dé la barrita. Yo suspiro con pesar, pero se la entrego. Él cierra los dedos a su alrededor, la abre y le da un buen mordisco antes de devolvérmela.

—¡Oye, que era mía!

Rey se limita a esbozar una sonrisa divertida al verme así de indignada.

Libros se encarga de pedir la cena a un restaurante cercano, pero comemos los cinco juntos sentados en el césped con las piernas cruzadas. Estamos limpios y el sendero ha desaparecido por completo de nuestra piel. Los ruidos característicos del bosque se han visto sustituidos por el rugido de los coches y el zumbido de la electricidad y de la gente que pulula por la zona. Y ya no estamos comiendo arroz con frijoles.

Después de cenar, regreso a la lavandería y me encuentro a Rey apoyado en una secadora industrial enorme. Opto por ignorarlo y me acerco a la lavadora que he puesto antes de cenar, pero cuando la abro, me la encuentro vacía. Y Rey ya me está mirando cuando cierro la puerta y me vuelvo hacia él.

—Ya me he encargado yo de meter tu ropa en la secadora.

—¿En serio?

Él asiente y no sé por qué me imagino a Rey sacando mi ropa de la lavadora, junto con mi ropa interior, y metiéndola en la secadora en la que está apoyado. La máquina tiene la puerta transparente, por lo que puedo ver cómo todas mis prendas se sacuden de un lado a otro dentro del tambor.

Me paso la lengua lentamente por los dientes.

—No me puedo creer que esto esté a punto de acabar.

—Ya, te entiendo.

Carraspeo para aclararme la garganta.

—Me… gustaría…

—Lo sé.

—Ojalá pudiésemos…

Rey me observa de brazos cruzados.

—Lo sé, Mapas —repone en apenas un susurro.

Me subo a la mesa que hay en el centro de la sala y me siento encima. Mis piernas cuelgan a un lado de la madera mientras pienso en qué decir, tratando de encontrar algún motivo de peso para no marcharme, para que nos quedemos aquí. El ruido de las lavadoras y secadoras no es más que un zumbido estático, pero puedo sentirlo incluso en lo más profundo de mi pecho. El aire dentro de esta habitación es demasiado húmedo y cálido, aunque tengan puesto el aire acondicionado. Y me dedico a recorrer las distintas muescas de la mesa de madera con el pulgar para tratar de distraerme. Todo es demasiado. El ruido, el aire, nosotros.

Mañana por la mañana estaremos con nuestras familias. Y Rey y Mapas dejarán de existir.

Echo un vistazo al exterior.

—El tiempo está muy raro últimamente.

Rey suelta un ruidito para mostrarme que está de acuerdo conmigo.

—Es como si se fuese a poner a llover de un momento a otro.

Suelto una sonora carcajada porque que llueva en California sería un auténtico milagro. Me bajo de la mesa de un salto y me acerco a las paredes para examinar las fotografías de los senderistas. Sus rostros sepia, el brillo de las más nuevas y los destellos relucientes que queman algunas. Me pregunto dónde estará toda esta gente. Si echarán de menos esta ruta. Si habrán redactado una lista de lo que quieren hacer antes de morir y habrán escrito en uno de los puntos, justo al final, volver a recorrer este sendero.

Me pregunto si mi padre está también entre las fotografías de estas paredes.

Me pregunto si yo ahora también pertenezco a este lugar.

—¿Deberíamos sacarnos una foto? —le pregunto a Rey.

—No tengo ningún teléfono móvil encima —me dice.

Y en ese momento me doy cuenta de que Rey y yo no podremos llevarnos nada como recuerdo del *nosotros* que fuimos en este sendero. Ni siquiera

una fotografía que demuestre que lo recorrimos juntos. Que alguna vez existió un «nosotros».

—No tienes por qué quedarte a esperar —me dice—. Ya me encargo yo de llevarte la ropa a tu habitación cuando termine la secadora.

Hay una emoción que no consigo descifrar tiñendo su voz, como si me estuviese queriendo decir algo más con esas palabras. Pero, en este momento, siento que todo lo que tiene que ver con Rey pende de un hilo, que *nosotros* pendemos de un hilo. Y que cualquier paso en falso hará que nos caigamos por el precipicio.

—¿Estás seguro? —le pregunto.

Se me queda mirando fijamente durante un buen rato antes de responder.

—Sí, estoy seguro.

Así que asiento y regreso a la habitación ocho.

Azúcar todavía no ha vuelto, así que me tumbo en la cama y me quedo mirando por la ventana cómo el cielo se oscurece poco a poco tras el cristal. Un trueno rompe el silencio, tan ruidoso que casi no oigo cómo llaman a la puerta.

Cuando abro, me encuentro a Rey al otro lado.

Con una mirada tan tormentosa como el cielo que se cierne sobre nuestras cabezas.

30

Lleva mi ropa perfectamente doblada en brazos y la forma en la que me está mirando me roba el aliento.

—El tiempo está muy raro últimamente —me repite lo mismo que le he dicho yo antes.

Al parecer ahora vamos a hablar del tiempo.

—¿El ambiente?

—Es raro, ¿no crees?

No lo sé, así que me limito a quitarle mi ropa de las manos. Rey entra en mi habitación justo detrás de mí, como si le hubiese invitado a pasar. En ese momento siento como una corriente eléctrica me recorre la piel.

O a lo mejor es por la tormenta.

Dejo la ropa limpia sobre mi mochila y me quedo callada, dándole la espalda, a la espera de que me diga qué es lo que quiere, pero solo me encuentro con más silencio. Dios, odio el silencio.

—¿Qué está pasando? —le pregunto.

—Te he traído tu colada. —Después se queda callado durante tanto rato que por un momento tengo la impresión de que va a preguntarme de qué narices estoy hablando, pero entonces añade—: Sé que eso no es lo que me estabas preguntando, pero es que no sé qué otra cosa responderte.

Me vuelvo hacia él.

—¿Qué… qué quieres decir?

Me recorre el rostro con la mirada, fijándose en cada pequeño detalle.

—¿Qué quieres que diga?

Cuando respondo, decido dejar de lado mi orgullo y decir la verdad:

—Creo que sabes perfectamente lo que quiero que digas. —Estoy harta de jugar a esto—. Si no quieres…

—¿Quién ha dicho que no quiera?

—Rey…

—Hay algo que… tengo que…

—Por favor, no lo hagas. —Le interrumpo. Porque ahora mismo no podría soportar que se pusiese a hacerme una lista con todos los motivos por los que esto es una idea terrible. Porque no quiero que esto siga siendo algo malo—. Por favor. ¿Puedes no hacer eso y…? —Vuelvo a oír un trueno rompiendo el silencio de la tormenta. El suelo se estremece con su rugido y, un segundo después, oigo cómo las nubes se abren de golpe, dejando caer una lluvia torrencial al otro lado del cristal. Me vuelvo hacia Rey como un resorte, y me lo encuentro con los ojos tan abiertos como los míos.

El cielo se ilumina durante un segundo, un relámpago, y después la oscuridad vuelve a apoderarse de todo.

Rey cuenta en un susurro.

—Uno. Dos. Tres.

Un trueno vuelve a romper el silencio.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

—Averiguar lo lejos que ha caído el rayo. —Se pasa una mano por la cara, frotándose la piel con fuerza.

—Está lloviendo —digo. ¿Cómo es posible que esté lloviendo?

Le veo esbozar una pequeña sonrisa ladeada y sus ojos se deslizan hacia el dobladillo de mi camiseta justo cuando se me levanta, dejando al descubierto una franja de piel desnuda.

—Ya, me he dado cuenta.

Nos sumimos en el silencio que se apodera de la habitación mientras escuchamos cómo la lluvia cae con fuerza, golpeando el asfalto. Esta vez, cuando el cielo vuelve a iluminarse con un relámpago, el trueno no tarda mucho en seguirle.

Es como si el universo me estuviese dejando saber que lo imposible en realidad es posible. Si en California puede llover en verano, quizás Rey y yo todavía tengamos una pequeña esperanza de formar un «nosotros».

—No me gustan los relámpagos —le digo. Él asiente antes de dejarse caer en la cama junto a la mía—. Azúcar no debería tardar mucho en volver, así que no tienes por qué quedarte a esperarla conmigo.

—No, está con Junior y Libros, va a pasar la noche con ellos. Pretenden… darnos algo de espacio. —Barre la habitación con un gesto de la mano y justo en ese momento otro relámpago corta el firmamento. Y Rey

se pone a contar de nuevo.

Cierra los ojos y cuenta en un susurro, pero entonces dice algo que me devuelve de nuevo al presente.

—Eres como un relámpago. —Sus palabras son cálidas y amables, y nada cursis, como debe ser. Le observo con la cabeza ladeada y clavo la mirada en sus ojos—. Es como si siempre tuviese que contar para adivinar lo lejos que estás de mí.

Quizás es por el tiempo, que ha cargado la estancia y mi cuerpo de electricidad y calor, pero, al ver a Rey aquí y ahora, lo único en lo que puedo pensar es en que siempre estoy *demasiado lejos de él.*

Me deslizo hasta la cama en la que está sentado y le veo tomar aire. Y ahí está él, el Rey que conozco, porque reconocería su cuerpo en cualquier parte. La forma en la que sus hombros anchos enmarcan su silueta. La manera en la que su abdomen se contrae cuando se ríe, marcándole los músculos. La forma en la que aprieta la mandíbula y frunce el ceño. Con delicadeza, alzo la mano hacia su rostro y le acaricio la mejilla. Después deslizo mis dedos hacia sus labios, y él abre la boca para mí. Recorro sus labios con los dedos y recuerdo lo que sentí al tenerlos pegados a los míos.

—Quiero volver a besarte —murmuro—. ¿Te parece bien?

—Sí —responde Rey en un susurro, con el ceño fruncido.

—Puede que también quiera algo más. Si te parece bien.

Rey se humedece los labios con lentitud.

—Te quiero a ti, Mapas. Pero solo te voy a pedir lo que tú misma estés dispuesta a darme.

—¿Vas a apartarme? ¿Vas a huir?

Abre la boca y me doy cuenta de que está a punto de decirme la verdad, así que, para evitarlo, lo beso con suavidad, con el sonido de la lluvia golpeando los cristales. Es como si estuviésemos sumidos en nuestro pequeño mundo. Totalmente ocultos.

—Te quiero a ti. Quiero esto —me dice.

Todos los besos anteriores a este que hemos compartido no han sido más que preguntas, pero cuando nuestros labios se encuentran en esta ocasión solo hay respuestas. Me queda claro por la forma en la que su lengua se desliza dentro de mi boca. Por los gemidos que suelta cuando le muerdo con delicadeza el labio inferior. Por la forma en la que sus labios se deslizan por

mi cuello, con sus dientes arañándome la piel, o por cómo me saca la camiseta por la cabeza. Me tumbo en la cama y los labios de Rey descienden hasta el hueco que se forma entre mis pechos.

Me observa hambriento, como si aquello no le pareciese suficiente. Y yo tomo su mano y la bajo hasta la cinturilla de mis pantalones.

—Quiero esto.

Rey suelta un gruñido y me besa con pasión. Puedo notar cómo su cuerpo ejerce una presión maravillosa allí donde más lo necesito. Justo donde más lo deseo. Nos movemos el uno contra el otro, y es como si todo mi cuerpo se estuviese preparando lentamente para estallar, como un relámpago.

Rey me quita los pantalones y la ropa interior, y me quedo ahí tumbada ante su mirada, completamente desnuda. No soy perfecta. Ni siquiera sé qué aspecto debo de tener en este momento, pero Rey contiene el aliento y observo cómo su pecho sube y baja rápidamente, agitado con cada respiración.

—Mapas, eres…

Pero lo que quiera que estuviese a punto de decir se pierde para siempre en el limbo en cuanto sus labios descienden hacia mi abdomen, deslizándose por el espacio justo debajo de mi obligo. Las manos de Rey se cierran alrededor de mis pechos y mi cuerpo se arquea por instinto bajo su contacto. El deseo que siento en la base de la columna no hace más que intensificarse con cada caricia, con cada beso, suplicándole en silencio que me acaricie en otras partes y, al ver que no lo hace, tomo su mano y la deslizo con cuidado entre mis piernas. Sus dedos encuentran ese punto sensible en el que tanto lo necesitaba, pero Rey no deja de besarme por todas partes en ningún momento.

Me recorre la piel con la lengua y me besa en la boca con locura. La presión se vuelve más y más intensa con cada caricia, hasta que el deseo me sobrecoge por completo. Sé que estoy gimiendo sin parar y dándole indicaciones que probablemente no tengan ningún sentido, pero no puedo evitarlo, y entonces… El rugido de la tormenta logra amortiguar el grito de placer que suelto al caer del precipicio.

Me llevo una mano a los ojos e intento recobrar el aliento. Rey intenta incorporarse, pero yo tiro de él hacia mí antes de que pueda hacerlo.

—No tenemos por qué… —Carraspea para aclararse la garganta—. No quiero suponer, solo te estoy diciendo que tienes opciones, porque no

tenemos nada. —Un condón. Esbozo una sonrisa. Deslizo sus manos de vuelta a mis pechos y bajo las mías hacia la cinturilla de sus pantalones y se los quito lentamente. Podría provocarle. Podría recorrerle mientras todavía está vestido, tan solo para escucharle gemir, pero sé que está muy cerca. Rey deja caer su frente contra la mía cuando lo tomo en mi mano. Nuestras respiraciones agitadas y entremezcladas rompen el silencio que llena la habitación, junto con sus gemidos de agonía y placer, pero solo pasan unos instantes antes de que él caiga también por el precipicio. Encuentro su camiseta y me limpio la mano con ella al mismo tiempo que él se recuesta sobre la cama, volviendo lentamente en sí.

—¿Acabas de usar mi camiseta para limpiarte? —me pregunta sin aliento.

—Sí —le respondo con confianza—. Al menos aquí tenemos lavandería para lavarla después.

Rey suelta una sonora carcajada antes de pegarme a su cuerpo.

—Eres de lo que no hay.

Pero solo con él.

Solo con Rey puedo ser así.

31

Alguien aporrea la puerta.

Rey y yo nos incorporamos al mismo tiempo, desorientados y desnudos.

—Mierda —suelta mientras rebusca por el suelo algo que ponerse.

—¡El coche ya está aquí! —Es Libros quien nos está gritando desde el otro lado de la puerta mientras Rey se pone los calzoncillos.

Rey se acerca a la puerta después y la abre una rendija. Libros niega con la cabeza y suelta un gemido frustrado.

—¿Estás de broma? Joe está esperándonos en el coche. *Vamos*. —Le da a Rey su mochila.

Rey cierra la puerta de un portazo y los dos nos vestimos a toda prisa.

—Mierda. Mierda. Mierda. —Me pongo la ropa y los zapatos a la carrera y meto todo lo demás a presión en mi mochila. Rey tiene la mano en el pomo de la puerta, pero entonces se vuelve hacia mí.

Y, de repente, es como si el tiempo se hubiese detenido a nuestro alrededor.

Lleva una mano a mi rostro al tiempo que abre la boca como si fuese a decir algo. Y su mirada cobra un brillo que no consigo descifrar. Turbio y roto. Me quedo esperando lo que me parecen siglos a que diga lo que quiere decir, pero entonces me doy cuenta de que no me va a gustar ni un pelo lo que quiera que esté a punto de contarme.

Porque la verdad siempre duele.

Por eso, muchas veces, optamos por mentir. Porque es más sencillo. Y porque, incluso cuando alguien te pide que le digas la verdad, en realidad no suele querer escucharla.

Porque la verdad te vuelve vulnerable.

Rey parece vulnerable.

Deja caer los brazos a los costados y le veo abrir y cerrar las manos,

nervioso, como si estuviese tratando de quitarse los nervios de encima con el gesto.

—¿Rey? —le llamo, pronunciando su nombre como si fuese una pregunta.

—Tengo que… —Carraspea para aclararse la garganta—. Sé que lo más probable es que esto tampoco sea para tanto, o a lo mejor sí que lo es o… mierda.

—Me estás poniendo nerviosa —le digo.

—Quería habértelo explicado todo anoche, pero entonces me besaste y…

Suelto una carcajada seca, como si estuviese tratando de ponerles una tirita a mis miedos.

—No estarás casado, ¿no?

Nuestras miradas se encuentran y Rey se queda helado.

—Quiero enseñarte algo. —Entonces mete la mano en su mochila y saca su diario. El mismo en el que lleva escribiendo durante toda nuestra ruta. Le tiemblan ligeramente las manos cuando me lo entrega.

—Vale. —Respiro hondo y abro el diario. Al pasar las páginas me encuentro con distintas fechas escritas, con detallados mapas de las diferentes secciones del sendero entremezclados con dibujos de árboles y descripciones de todo lo que todavía queda por hacer para que el sendero vuelva a estar transitable. Pero también hay muchas más cosas. Mi nombre está escrito varias veces, con distintas pasadas. Ha dejado por escrito algo que hice. La fecha en la que nos besamos por primera vez, rodeada varias veces. Un dibujo mío.

—Rey…

Entonces Rey toma el diario con ambas manos y vuelve a la primera página.

—Esto es lo que necesito que veas.

Rey:

Lamentarse por algo que ya no puedes remediar no te deja tiempo para ser mejor.

Sé mejor.

Patrick.

Reconozco esta letra. Tengo toda una lista escrita con la misma caligrafía

torcida y temblorosa. Y conozco esa firma, porque la llevo viendo desde que era pequeña.

—¿Qué…? —susurro, pero es como si alguien me estuviese arrancando esa palabra del pecho, letra a letra.

—Yo… conocí a tu padre.

Se me revuelve el estómago. Frunzo el ceño.

—No lo entiendo.

Le veo respirar hondo, pero, en vez de soltar todo el aire que ha estado conteniendo de golpe, sigue hablando.

—Sé que te llamas Atlas y ya sabía que tu padre había muerto hace poco porque… le conocía. A Patrick.

El corazón me late acelerado y sus latidos reverberan en mis oídos, y de repente el silencio me resulta atronador. Rey acaba de decir el nombre de mi padre. Ese mismo nombre está escrito en el mismo diario que lleva usando todos los días durante nuestro recorrido.

—¿Cómo?

—El año pasado Joe nos puso a rehabilitar la zona del río que da al lago.

Sé de qué lugar está hablando, porque lo conozco. Ni siquiera necesito que me lo describa, porque me pasé miles de mañanas allí con mi padre. Antes de que muriese.

—El amigo de Joe solía venir de vez en cuando, se sentaba en una silla frente al lago para vigilarnos y a veces hablaba con nosotros.

—Rey. —Quiero que se calle, pero no lo hace.

—A veces incluso nos bajaba algo para comer o botellas de agua de las que Joe siempre se acababa quejando porque estaban hechas de plástico y no quería que nadie fuese dejando basura por ahí. Una vez, uno de los chicos de nuestro grupo se olvidó de traerse un sombrero, y al día siguiente Patrick le trajo uno.

Se me revuelve el estómago y me tengo que llevar una mano al abdomen para no vomitar. Todas esas largas mañanas en las que mi padre se iba a pasar el rato con Joe mientras yo me quedaba durmiendo en la cama. No me di cuenta de que estaba perdiendo tiempo que podría estar pasando con él. El mismo tiempo que él había pasado con *Rey*.

—Para mí al principio solo era ese hombre enfermo que venía de vez en cuando a pasar el rato con Joe. Pero era muy divertido, y Joe siempre estaba

de mejor humor cuando venía. Y a veces nos hablaba de ti. Su hija, Atlas.

Tengo que tragar con fuerza para deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta al escuchar a un desconocido hablar así de mi padre. ¿Pero Rey sigue siendo un desconocido? Me abrazo con más fuerza y noto cómo el mundo se sacude bajo mis pies. Siempre había odiado no poder pasar esas mañanas con mi padre, pero supuse que él sería feliz porque estaba con Joe. Y no hablando con unos chicos desconocidos mientras trabajaban junto al río. La rabia me sobrecoge, me hierve la sangre. No, no es rabia lo que siento. Son celos.

—Siempre era amable con nosotros y me hacía sentir como si… —Niega con la cabeza—. Cuando tu padre murió, me enteré de lo de su funeral, por lo que decidí pasarme para despedirme de él. Y ahí estabas tú, con Joe.

Por Dios. Se me revuelve el estómago de la vergüenza. Cuando empezó a sonar su canción favorita me eché a llorar desconsolada y estaba tan disgustada que Joe me sacó de allí para que me calmase. Ese había sido el peor momento de mi vida, y Rey había sido testigo de ello. Me siento como si siempre hubiese sabido un secreto sobre mí, desde el principio, y me hubiese estado engañando.

—Menuda canción más estúpida.

Rey se balancea de un lado a otro en su sitio, incómodo.

—Supe quién eras desde el momento en el que te conocí en el campamento. Porque… —Se muerde el labio inferior como si estuviese tratando de mantener la calma—. Porque tenías mi paquete de tabaco en la mano.

El secreto de mi padre.

El paquete de tabaco.

No era suyo. Era de *Rey*.

—Mierda…

—Tu padre me los quitó un día cuando estábamos junto al río y me gritó durante un buen rato porque el cáncer no es ninguna broma, y porque al fumar estaba faltándoles el respeto a todos mis compañeros de grupo, que estaban trabajando duro. Y en ese momento me sentí como una auténtica mierda. —Las lágrimas le anegan los ojos—. Porque ahí estaba yo, fumando despreocupadamente, mientras que ese hombre amable se estaba muriendo de cáncer ante mis ojos. Al día siguiente le pedí disculpas y ahí

fue cuando me dijo que no me lamentase por algo que ya no podía remediar. Que fuese mejor.

Esto no puede estar pasando.

—Y entonces ahí estabas tú, con mi paquete de tabaco en la mano. Como si fueses una maldita señal.

La cabeza me da vueltas con todo lo que Rey me está contando. Y con todo lo que no está diciendo en voz alta.

—En ese momento quise decírtelo, pero… mierda. —Se pasa una mano por la cara, frustrado.

Ni siquiera sé que responder. Me siento humillada, engañada y dolida, ¿y él está hablándome de señales?

—¿Libros también lo sabe? —le pregunto cuando consigo volver a encontrar mi voz.

Rey baja la mirada hacia el suelo y asiente con la cabeza una sola vez.

Entonces es como si el suelo bajo mis pies hubiese desaparecido. Rey siempre ha visto a la chica que lo único que quería era esconderse del resto del mundo. Le he dejado ver mi corazón. Y ahora este late moribundo a mis pies, desangrándose con cada latido ante su mirada.

¿Y Rey…?

—No sé nada sobre ti —le digo—. ¿Y me estás diciendo que estuviste en uno de los peores días de mi vida?

—Nunca, nunca te he mentido —repone con seriedad, remarcando cada palabra.

—Sí que lo has hecho. Me mentiste al fingir que no sabías quién era.

—Pero todo lo demás era verdad, Atlas.

Retrocedo un paso, como si me hubiese asestado una bofetada.

—*No* me llames así. No te atrevas a llamarme así.

—Mapas —se corrige.

—No me conoces. Solo porque pasases el rato con mi padre o lo que sea, no me conoces. Así que vete a la mierda —le espeto con rabia, marcando cada vocal y cada consonante, alzando la voz—. En serio, vete a la mierda por decir mi nombre así. Como si conocieses a *Atlas*. No sabes nada sobre ella.

Y es cierto. Esa chica que estuvo en el funeral de mi padre, de la que él siempre hablaba, ya no existe. Porque lleva perdida desde entonces.

—Lo siento. Yo solo… —Se mesa el cabello con fuerza y me observa… ¿asustado? ¿Roto? ¿Preocupado? Pero ¿cómo es posible que me mire así?

¿Cómo? Cuando me ha *mentido.*

Respiro hondo.

—Sabía que nunca podríamos tener algo más. Así que por eso no comprendo por qué me has hecho esto, por qué me lo has contado, ¿para que no te reconcomiese la conciencia por haberme mentido todo este tiempo? Te vas a ir a Alaska y me habías dejado muy claro desde el principio que lo nuestro era imposible, así que, ¿por qué?

La rabia, el dolor y la tristeza me sobrecogen, así que me quedo callada. No puedo dejar de imaginarme a Rey en el funeral de mi padre. Y, por más que rebusque en mis recuerdos, no logro recordar nada de aquel día. Me abrazaron demasiadas personas, algunas a las que conocía y otras a las que no, y todas me contaron historias sobre mi padre, pero yo no pude prestarles atención. ¿Fue él uno de ellos?

Abro la puerta y me encuentro a Libros, Azúcar y a Junior al otro lado. Con Joe de pie a su lado. Está claro que lo han oído todo. Tienen la mirada clavada en el suelo. Todos menos Joe.

—Mapas —me dice.

—No. Vete a la mierda. —Pretendo sonar enfadada, pero la voz me sale rota y dolida—. Idos todos a la mierda.

Y entonces me alejo para siempre del sendero occidental de Sierra Nevada.

Porque todos mis finales están destinados a ser crueles y trágicos.

32

Veo a mi madre antes de que me vea ella a mí.

Está sentada en el coche, mirando algo en su teléfono. Y puedo ver al fantasma que está sentado a su lado en el asiento del copiloto. El mismo hueco que debería estar ocupando mi padre. Estoy muy enfadada por que no haya venido él a buscarme. Me muerdo el interior de la mejilla con tanta fuerza que me hago sangre e intento concentrarme tan solo en el dolor de la herida y no en el vacío enorme que se me ha abierto en el pecho.

Pero no puedo contener las lágrimas. En cuanto mis pies golpean el pavimento es como si me hubiese sumido en otro mundo muy distinto y, de repente, vuelvo a estar en el mismo punto de salida. Como si nada hubiese cambiado.

Mi madre se baja del coche antes de que pueda llegar hasta ella y sale corriendo hacia mí, para estrecharme con fuerza entre sus brazos.

Y yo sollozo desconsolada.

Ella me sostiene durante tanto tiempo que debería sentirme avergonzada. Me susurra palabras de consuelo, con sus labios pegados a mi cabello. Palabras dulces, amables y reconfortantes. Tal y como se supone que debe de hacer una madre. Y eso solo me hace echar más de menos a mi padre. No puedo evitarlo. Desearía que estuviese aquí con nosotras, aunque este momento ni siquiera sea tan importante. Solo le echo de menos. Solo le echo de menos. Le echo de menos.

—Hola, cariño —murmura mi madre contra mi cabello—. Cuánto tiempo sin verte.

Hundo los dedos en su jersey y me pongo a contar hasta diez mentalmente antes de soltarla. Sigue oliendo como siempre, y sus abrazos son tal y como los recordaba. Igual que el que me dio cuando me dejó marchar.

Nos subimos al coche y cerramos las puertas a nuestra espalda.

Y entonces nos alejamos de Bear Creek.

No puedo quitarme de encima la sensación de que me estoy olvidando de algo.

Cuando tenía cinco años, mi padre y yo condujimos por una carretera de montaña serpenteante. Y a él le gustaba contarme datos aleatorios de todos los lugares por los que pasábamos. Me solía explicar que el campo junto al que acabábamos de pasar estaba lleno de cultivos de fresas, o que el edificio que se alzaba a un lado de la carretera en realidad era una piscifactoría y después me explicaba que los salmones suelen subir río arriba para desovar, o me hablaba de todos los tipos de árboles que crecían junto al arroyo. Ese día, cuando tenía cinco años, me dijo que la flor del estado de California era la amapola y que estaba prohibido recogerlas porque eran una especie protegida. Porque eran especiales.

Pero entonces detuvo el coche a un lado del camino y se bajó.

—Solo vamos a llevarle una a tu madre —me dijo mientras me guiñaba el ojo—. Porque ella también es especial.

Recuerdo que lloré al verle arrancarla y subirse después de vuelta a su camioneta. Mi padre acababa de hacer algo ilegal y ahora tendría que pagar por haber violado la ley.

—¿Qué te pasa? —me había preguntado, sorprendido.

—No quiero que vayas a la cárcel —lloré mientras me aferraba a su camisa con todas mis fuerzas, pegando mi rostro lleno de lágrimas a su pecho.

—Ah —murmuró, antes de abrazarme con fuerza. Olía a cuero y a tabaco por los puros que se fumaba de vez en cuando—. No voy a irme a ninguna parte, cariño. Te lo prometo.

Te lo prometo.

Ya no creo en las promesas.

Tardamos dos horas en llegar a casa. Mi madre ni siquiera me pregunta antes de pararse en el In-N-Out. Me como mi hamburguesa doble tan rápido que ni siquiera la saboreo. También me pide un batido Neopolitan y pone una mueca asqueada al verme mojar la hamburguesa en el batido.

—Tu padre te corrompió.

Sé que lo dice de broma, pero no puedo dejar de darles vueltas a esas cuatro palabras una y otra vez hasta que se me quedan grabadas en el cerebro.

Porque mi padre sí que me corrompió, me arruinó por completo. Su cáncer y su muerte me *arruinaron.*

Me quedo con la mirada clavada en la ventanilla del coche, observando el sol que ilumina el cielo, y me pregunto si sus rayos podrán alcanzarme a través del cristal y del metal mientras circulamos a toda velocidad por la autopista.

Y entonces llegamos a casa. Hay niños montando en bicicleta por la calle. Y el olor a asfalto y a césped recién cortado surcan el aire, junto con el aroma de la barbacoa que alguien está haciendo al final de la calle.

Por fin estoy donde quería estar. Todo me resulta familiar y… no me atrevo ni a acercarme a la puerta de casa. Mi madre me observa atentamente desde el porche mientras yo me quedo ahí plantada, al lado del coche, con mi maleta plateada en la mano.

—Solo es una casa —me dice mi madre—. Sé que duele. Pero a veces ese dolor también desaparece.

A veces.

Entro en casa y contengo el aliento. Dentro nada está como lo recordaba. Es como si todo hubiese encogido. La cama de hospital en la que solía descansar mi padre antes de morir ha desaparecido. Ya no están sus pastillas sobre el recibidor. Ni su jersey en el perchero de la entrada. Pero sus llaves siguen en el cuenco junto a la puerta. Sus zapatos también han desaparecido, pero no las marcas de la pared que dejaba al quitárselos.

Su butaca sigue junto a la ventana, pero él ya no está.

Se me rompe el corazón en mil pedazos, pero el tiempo ha seguido su curso.

Mi madre me abraza con dulzura, sin mediar palabra, y me doy cuenta de que lo único que nos queda a las dos es esa butaca vacía. Y entonces, por fin, dejo de comparar mi dolor con el suyo. Porque nuestro dolor se entremezcla, como el agua con la tinta, y se convierte en uno solo. Porque compartimos el mismo dolor.

Un rato después, me marcho a mi cuarto y mi madre decide que va a pedir comida para cenar. Pide el plato favorito de mi padre y no puedo evitar preguntarme si lo ha hecho por costumbre o porque pretende recordarle siempre con esa clase de pequeños detalles.

Las cenizas de mi padre siguen donde las dejé antes de marcharme,

guardadas al fondo de mi armario. Me resulta de lo más extraño pensar que mi padre, que era ancho y alto en vida, quepa en esa pequeña cajita ahora. Pero, en realidad, no está ahí dentro, no del todo al menos, porque mi madre enterró parte de sus cenizas en un enorme mausoleo del cementerio que huele a polvo, a muerte y a descomposición. Y, aunque su lápida se encuentra en una pequeña rosaleda, a mi padre no le habría gustado que le enterrásemos allí.

Es un lugar demasiado silencioso, que no encaja en absoluto con el padre que recuerdo. El silencio es denso y pesado, con una cantidad inmensa de tristeza flotando por el aire y ahogándome como la niebla.

Pero mi madre dijo que sería agradable poder tener un lugar al que acudir cuando quisiésemos visitarle.

Sin embargo, así no era como yo quería despedirme de él. Por eso parte de él ahora está guardada dentro de una caja de cartón cerrada con cinta aislante, justo detrás de varios abrigos de invierno que no he llegado a usar nunca.

Me desnudo y me quedo de pie frente a la ducha, por fin sola. El baño está empezando a llenarse de vapor. Y sé que es una estupidez, pero… siento que al ducharme perderé lo último que me queda de Rey.

¿Podré seguir oliendo su aroma impregnándome la piel?

Me meto en la ducha.

Pero no puedo soportar la idea de quitarme la suciedad que se me ha quedado metida bajo las uñas. La misma suciedad que sirve para probar que estuve allí. En el sendero. Que lo hice.

Me seco el pelo y saco la lista de mi padre del bolsillo trasero de mis pantalones. Está arrugada por todas partes y el papel se ha ido suavizando con el paso del tiempo, por el sudor y por mi culpa.

Ya puedo tachar el punto de recorrer el sendero. Incluso aunque él no lo haya recorrido conmigo, su recuerdo sí que lo ha hecho, porque entre esos árboles él siempre seguirá vivo. Acaricio el punto anterior de la lista: «Ver a las aves emigrar hacia el sur desde la playa».

Y entonces sé lo que tengo que hacer.

Al día siguiente, mi madre me lleva al aeropuerto y me desea que tenga un buen vuelo. Se me han olvidado mis cascos, así que solo me queda darles vueltas y vueltas a mis pensamientos una y otra vez mientras observo las nubes que se deslizan por el cielo sobre mi cabeza.

Me pregunto si Rey se estará montado en este mismo instante en un vuelo hacia Alaska. Y finjo que no tengo miles de cosas que contarle a mi madre. Porque estoy segura de que si se las contase, la decepcionaría.

Cuando aterrizo en Florida alzo la vista hacia el cielo azul, sin una sola nube, y sé que hoy será el día perfecto para despedirme.

Dejo la caja con las cenizas de mi padre en el asiento de al lado mío en el Uber. Escrito sobre la cinta adhesiva beige que se está empezando a despegar por los bordes está su nombre. «Patrick James». Recorro las letras escritas con permanente negro con los dedos en una caricia.

Quiero entregarle a mi padre un último regalo que sé que a él le gustaría.

Un hombre con una enorme barriga que le cuelga por encima de la cinturilla de sus pantalones cortos y unas mejillas regordetas y rojizas me dice que no puedo alquilar una moto de agua para ir a la pequeña isla porque es una zona protegida.

—¿Qué pretendes hacer allí?

—Solo he venido a ver las aves.

—¿Las aves? —Me observa claramente confuso.

—Mis padres se comprometieron en esa misma playa al atardecer y las aves…

Él suelta una sonora carcajada.

—Mira que es rara la gente. Aquí no vienen más que niñatos con ganas de drogarse sin que les descubran y biólogos.

Pero me comenta en un susurro que siempre me queda la opción de alquilar un barquito de remos.

Le tiendo mi tarjeta de crédito y tomo una de las barcas. Remar es mucho más complicado de lo que parece. Todo es cuestión de ritmo, y yo no tengo ritmo alguno. Cuando por fin consigo que la barca vaya en la dirección en la que yo quiero, ya es por la tarde. Y, cuando estoy a punto de llegar a la orilla de la isla, me bajo de un salto, empapándome los pies, y tiro de la barca hasta la playa. La isla está llena de plantas y árboles enormes y de aspecto ominoso, y hay una roca con varios nombres y fechas grabadas. Espero a que el sol se ponga por el horizonte mientras los leo. Y después me siento en la playa a pensar.

Pienso en la lista de cosas que mi padre quería hacer antes de morir. Recuerdo cómo solía hablar de esta playa. Aplasto un insecto que trepa por mi pierna y suelto un gruñido. Me había imaginado este momento de una

manera muy distinta. Me había imaginado que el azul del cielo desaparecería poco a poco con los últimos rayos del sol y que quizás habría música de piano de fondo. Y no el calor, la arena molesta o los ruidos extraños que provienen de algún punto más allá de los árboles.

—Estoy aquí, papá —le digo al cielo—. Estoy aquí y… espero no haber llegado tarde para ver a las aves migrar hacia el sur. —Encuentro un lugar que me gusta entre dos enormes rocas y me pongo a cavar un agujero. Aquí no hay nadie que vaya a oírme hablar con mi padre, así que le hablo del sendero. Le cuento las partes buenas y también le hablo de las partes malas, pero no le digo nada sobre Rey. Eso me lo guardo para mí.

Después deposito las cenizas de mi padre en el agujero que acabo de cavar y me quedo mirándolas fijamente. ¿Se suponía que debía esparcirlas por la playa? Ni siquiera puedo honrar a mi padre como se merece.

—Mierda. —Me limpio el sudor de la frente con el dorso de la mano y entonces la veo.

En medio de un montón de flores silvestres se alza imponente una amapola. Anaranjada y abierta.

«No voy a irme a ninguna parte. Te lo prometo».

Rodeo el tallo con los dedos y la arranco. Porque se equivocaba. Sí que se ha ido.

—Me mentiste —le digo a la caja—. Eres un *mentiroso*.

Como yo. Como Rey. Como todo el mundo, supongo.

Echo tierra sobre sus cenizas hasta que dejo de poder ver la caja, y después coloco la amapola encima.

—Ya está.

Me vuelvo a tumbar en la orilla, con mi dolor como única compañía. Las lágrimas se deslizan descontroladas por mis mejillas, bajando hasta mi cabello y metiéndoseme en los oídos. La hierba y la tierra y las ramas se me clavan en las piernas y en la espalda. Estoy muy enfadada. Muy dolida.

Y muy asustada.

Me da miedo que alguien se dé cuenta de lo rota que estoy, de que el dolor y la tristeza se hayan quedado anclados en mi corazón para siempre. Siento que el dolor va a terminar desgarrándome desde dentro y consumiéndome. Y me da miedo no saber lo que se esconde al otro lado.

Me da miedo el vacío que ha dejado al marcharse para siempre.

Pero no son estos momentos en los que ya tengo previsto sufrir o las celebraciones en las que siempre habrá una silla vacía los que más duelen. Son los momentos más inesperados en los que el dolor te sorprende sin que lo veas venir. Esos en los que tomas tu teléfono para llamar a ese ser querido que ya no está, porque te mueres de ganas por contarle algo y entonces recuerdas que ya jamás va a responder a tus llamadas. En los que te parece verle de reojo paseando por la calle un día cualquiera.

Son esos momentos los que te desgarran por dentro, tan afilados como cuchillos, con dientes y veneno propios.

El cielo sobre mi cabeza es de un azul brillante, moteado con cientos de pequeñas nubes blanquecinas. Puedo ver la luna asomándose lentamente por el horizonte, pequeña y brillante en medio de un mar cerúleo. Es el día perfecto para despedirme. Es evidente. Dejaré a mi padre descansando aquí y todo será perfecto. Mi padre siempre vivirá entre las amapolas. Algo que será solo suyo y mío.

Una historia que resultaría incluso conmovedora si alguien me preguntase por ello. Puede que incluso me dedicasen esa mirada que tanto odio.

Incluso si las aves no aparecen nunca.

—Odio esta isla —le digo a la tierra que cubre la caja con las cenizas de mi padre sin dejar de llorar—. Odio las amapolas. Odio los cielos azules y el océano, y sobre todo odio la maldita luna. Odio que hayas muerto. Y, más que nada, odio que no estés ahora aquí, a mi lado, para ayudarme a sobrellevar todo esto.

Debería despedirme de mi padre de una vez por todas y marcharme. Es el día perfecto.

Pero lo que de verdad odio más que nada en el mundo es tener que despedirme.

El cielo cobra un tono amarillento y el sol se termina de poner por el horizonte. Un sonoro zumbido, como el de un enjambre, rompe el silencio. Oigo a algo piar y, de repente, todo el cielo se tiñe de negro.

Las aves. Acuden formando una bandada densa y oscura. Vuelan formando círculos sobre mi cabeza y después descienden hacia mí, y mi padre tenía razón. Es precioso. Son unas impresionantes criaturas oscuras que contrastan con fuerza contra el cielo rosáceo que sobrevuelan, como el confeti sobre un pastel. Ojalá mi padre estuviese aquí para verlo. Ojalá mi madre y él pudiesen estar ahora aquí para ver cómo las aves emigran hacia

el sur y rememorar el momento en el que se prometieron, para que pudiesen recordar que su amor es tan infinito y libre como las aves.

Salvo que… eso no son pájaros. Son murciélagos. Millones de… murciélagos.

Malditos murciélagos. ¿Sabía papá que no eran pájaros? ¿Lo sabía mi madre? Esas aves que se sentían tan afortunados de haber visto migrar hacia el sur el día en el que se prometieron eran en realidad pequeños mamíferos alados.

Genial, simplemente genial.

Se me escapa una suave carcajada al principio, que rápidamente se convierte en toda una risa descontrolada. Eran murciélagos. Mis padres se comprometieron bajo un millón de murciélagos. Por un momento me planteo desenterrar a mi padre, pero por algún motivo me parece apropiado que esté enterrado en una isla llena de murciélagos.

—Eso te pasa por morirte —le digo a la montaña de tierra con una amapola encima. Y entonces sé que esto es lo correcto. Que esto era justo lo que debía suceder.

Porque, sinceramente, odio los días perfectos.

33

El mundo no se detiene. Sigue su curso, avanzando horas y días.
Porque el dolor no entiende de tiempo.

Observo el sol ponerse por el horizonte y volver a salir por ese mismo lugar una y otra, y otra vez desde la butaca de mi padre. Los días se deslizan a mi alrededor sumidos en cientos de destellos de luces y sombras que se dibujan sobre la alfombra descolorida del salón. Solo los programas basura de televisión me hacen compañía. Me pongo cualquier programa en el que no tenga que concentrarme demasiado, pero que logre despejar el silencio que me envuelve para sentir que no estoy sola.

Todavía puedo seguir oyendo la voz de mi padre en mi cabeza, quejándose por lo que estoy viendo. Y hago algo que llevo sin hacer desde que murió. Me permito estar triste. Me permito hundirme con los programas en los que salen padres e hijas formando equipo. Me permito hundirme mientras veo anuncios de marcas de cereales. Me permito hundirme cuando mamá me pregunta si quiero ir a por un helado a la que solía ser su heladería favorita.

Leo *La llamada de lo salvaje* e intento que me guste, pero odio la historia. No hay ni siquiera un beso en toda la novela, así que le digo al recuerdo de mi padre que su libro favorito es aburrido.

Dejo de tratar de darle algo de sentido a mi dolor.

Le digo a mamá que quiero sacarme el título de secundaria.

Ella no me presiona ni hace ningún comentario al respecto. Tan solo asiente y me deja en paz.

Y pienso en Rey.

Cuando cierro los ojos puedo ver los rayos de luz de luna deslizándose por su piel mientras estábamos sentados a la orilla del río, bajo el firmamento nocturno. Lo veo iluminado por los primeros destellos del sol de la mañana frente a un mar de árboles de verdes. Recuerdo el hueco que

se le forma entre la mandíbula y el hombro, dejándome el espacio perfecto para apoyar la cabeza.

Nuestra última conversación se reproduce una y otra vez en mi mente.

Me pregunto si habrá llegado bien a Alaska. Me pregunto si debería alegrarme o entristecerme de no haber sido así.

Voy a las reuniones del grupo de apoyo para aquellos que han perdido a un ser querido, me siento en las sillas de plástico y bebo limonada y como galletas de mantequilla de supermercado. No voy a las mismas reuniones a las que va mi madre, sino con otros hijos que también han perdido a alguno de sus padres. Algunos son mucho más mayores que yo, otros más jóvenes, pero todos me dejan decir, o callar, todo lo que quiera.

Un día en concreto, en una de las reuniones, exploto. Estamos hablando de los platos. Les cuento que mi padre nunca me había regañado por el lado del fregadero en el que hubiese dejado los platos sucios y de repente me pongo a hablar sobre todo lo que mi madre está haciendo mal desde su muerte. Meto el dedo en la herida como si prefiriese tener que soportar ese dolor a no sentirlo. Y suelto que la odio, sobre todo cuando es amable conmigo. Los demás guardan silencio, escuchando atentamente cómo me quejo, lloro, balbuceo y digo cosas que en realidad no siento en absoluto pero que, a la vez, sí que las siento.

Y, cuando acabo, una mujer con el cabello oscuro y recogido en un par de trenzas me tiende un pañuelo.

—Lo siento mucho, Atlas —me dice con dulzura—. Lo siento por las dos. Pero sobre todo por tu madre. Porque supongo que no debe de ser fácil para ella sentir que siempre habrá alguien comparándola con el fantasma perfecto de tu padre.

No lo dice a modo de reproche, sino como para que comprenda que ese puede ser uno de los motivos por los que mi madre actúa como lo hace.

Pero por algún motivo no logro olvidarme de ese comentario. El fantasma perfecto de mi padre se ha quedado congelado en el tiempo, de ahí que sea perfecto. Es cierto que tengo derecho a estar triste por que ya no esté, pero mi madre también.

Por fin estoy empezando a ser sincera conmigo misma. Y, por primera vez, también estoy aceptando mi dolor, sin restricción alguna.

La relación entre mi madre y yo va cambiando poco a poco, pero cambia a mejor.

Un día mi madre niega con la cabeza y me dice que mi padre estaría *decepcionado* conmigo de poder verme ahora.

—Ya, bueno, está muerto —repongo, furiosa en vez de dolida, y entonces mi madre me mira casi aliviada.

Planeamos un viaje a Nueva York las dos juntas y tachamos ese punto de la lista de mi padre.

Consigo trabajo en una cafetería. No es el sueño de mi vida, pero por lo menos me sirve para ganar algo de dinero y ahorrar para irme algún día de casa. Mi madre finge que no se alegra de que haya decidido salir de casa y socializar. Y yo finjo que no me doy cuenta de lo mucho que se alegra por ello.

Le sonrío a la gente que viene a la cafetería, y me río, y me hago amiga de mis compañeros de trabajo porque ellos no saben nada sobre mí. Después les cuento la verdad. Les hablo de mi padre, de Rey y de Bear Creek, y del instituto. Y es… agradable. Algunos me miran con lástima, otros no. Y yo me quedo a la espera de que la vergüenza me sobrecoja, como siempre ocurre, pero nunca llega a pasar.

Estoy madurando, incluso aunque me falte algo.

Incluso aunque todavía siga quedándome dormida con la camiseta de Rey puesta, la misma que le robé por accidente al recoger mi ropa a toda prisa.

Joe viene a verme una tarde.

Se me pasa por la cabeza que lo más probable es que solo haya venido a comprobar que estamos bien. Como si quisiese asegurarse de que mi madre y yo no nos hemos vuelto unas completas ermitañas y sumido en nuestra pena.

Está de pie en el porche, se ha duchado y afeitado. Por un momento incluso me parece una persona distinta, pero entonces frunce el ceño y vuelve a ser el Joe de siempre.

—Forajida.

Mi mirada se desliza inconscientemente hacia su Jeep. Está vacío. Se me encoge el corazón sin poder evitarlo. Por algún motivo esperaba volver a ver a Rey y darme cuenta de ello me sorprende incluso a mí.

—Bueno —repone Joe, negando con la cabeza—. Esa mirada me lo dice

todo.

—¿Qué quieres? —le pregunto, al tiempo que me recuesto contra el marco de la puerta.

—Deberíamos hablar.

Me hago a un lado para dejarle entrar, pero Joe vuelve a negar con la cabeza.

—No quiero… Mejor vamos a dar un paseo.

—Joe —me quejo—. No me apetece seguir caminando. Quizás no vuelva a querer pasear nunca en mi vida. Me pasé todo un mes caminando sin parar por ese maldito sendero. —Señalo las dos sillas que hay en el porche y que mi madre se empeñó en comprar hace años, las mismas que nunca nadie ha llegado a usar.

Joe parece estar a punto de discutir conmigo, pero guarda silencio y después se acerca a una de las sillas antes de dejarse caer encima. Tiene la mirada clavada en la calle frente a nuestra casa.

—A veces me da la impresión de que voy a volver a verle. Sobre todo en esas montañas.

Me muerdo el interior de la mejilla con fuerza.

—Con ese estúpido gorro de pescador que siempre se ponía y una caña de pescar en la mano —resopla Joe.

Nos quedamos callados durante un buen rato, recordando a mi padre, hasta que soy yo quien rompe el silencio.

—Me engañaste.

Él respira hondo a mi lado y junta las manos sobre su regazo. Se pone a juguetear nervioso con los pulgares.

—No todo tiene que ver contigo.

—¿Qué?

Joe se recuesta sobre la silla y clava la mirada en la carretera como si en ella estuviesen escritas todas las respuestas que busca.

—No pretendo ser un capullo, pero que Rey y Libros conociesen a tu padre no tiene nada que ver contigo.

—Era mi *padre*.

—Y para ellos solo era Patrick. Solo porque fuese tu padre no quiere decir que para otra persona no pueda ser otra cosa. De todas formas, sé que estás enfadada por esto, Forajida. Porque te sientes avergonzada. —Lo dice

como si fuese un hecho irrefutable, como si estuviese diciendo que el océano es profundo.

—¿No se suponía que los apodos eran para que nadie supiese nada de nosotros?

Joe suelta una sonora carcajada y niega con la cabeza.

—¿Sabías que lo de los apodos fue idea de tu padre? Dijo que lo había leído en un libro o algo así.

Suelto una risa, porque pues claro que fue cosa de mi padre. Le encantaba ponerle apodos a todo el mundo.

Si hablabas con él más de una vez, siempre te acababa poniendo uno. Y solía decir: «Los apodos no son para ellos. Son para mí. La gente suele acordarse mucho mejor de aquellos que les llaman de un modo distinto a los demás, y yo quiero que se acuerden de mí».

Pero no fue hasta un tiempo más tarde que me di cuenta de lo equivocado que estaba. Los apodos no solo sirven para llamar a alguien a quien has conocido de un modo distinto a los demás para que te recuerde, o para acordarte del hombre con el sombrero de pescador que siempre está sonriéndole a todo el mundo a pesar de haberse quedado calvo por la quimioterapia.

Sirven para algo mucho más importante.

Nuestros nombres nos mantienen anclados a quienes somos y aquello que decimos es lo que de verdad nos define. Pero, sin esos nombres, puedes ser solo Pecas, la chica que prepara un café increíble. Y no la chica con un novio de mierda. O puedes ser Parches, la enfermera que siempre se ríe de los chistes de mi padre todos los días.

Y no la enfermera que está teniendo que ver cómo un hombre muere lentamente.

Los apodos son importantes.

Pienso en mis amigos, Azúcar, Libros y Junior.

Y pienso en Rey.

Noto cómo mi valor sube como la marea. Lento pero constante.

—¿Puedo… puedo hacerte una pregunta?

Joe ni siquiera se vuelve a mirarme cuando asiente.

—Sí, Rey se fue a Alaska.

—Oh.

Cientos de emociones contradictorias me atraviesan el pecho como balas,

dejándome varias heridas a su paso. Así que me centro solo en la herida más grande de todas.

Le echo de menos. Como quien anhela tocar una estrella en el cielo. Puedo recordarle, pero no logro aferrarme a su recuerdo. Y es un dolor que a estas alturas ya me resulta demasiado familiar.

—Si estabas preocupada por lo que ocurrió entre vosotros dos durante el recorrido…

—No lo estaba.

Ahora Joe sí que se vuelve a mirarme.

—Claro. —Se lleva la mano al bolsillo y saca una botella casi vacía con un líquido ambarino en su interior. Entonces sonríe y me la tiende—. Tu padre y yo teníamos la tradición de compartir la peor botella de alcohol que encontrásemos cuando estábamos de viaje. En noviembre estuve en México y… sabía que tu padre no se encontraba bien, pero… —Joe niega con la cabeza—. Compré igualmente esta botella de tequila de dudosa calidad, de ese tequila barato que suelen venderles a los adolescentes durante las vacaciones de primavera o a los turistas desprevenidos. Con el gusano y todo. Y pensé, si lo compro, no se puede morir.

Joe carraspea antes de seguir hablando.

—Me bebí casi toda la botella yo solo la noche en la que murió. Que le den a tu padre por morirse.

Le quito la botella de las manos; el gusano disecado ya casi ha empezado a descomponerse. Sin pensármelo dos veces, desenrosco el tapón y le doy un buen sorbo.

—Oye —suelta Joe, pero no se queja con ganas—. No puedes beberte mi alcohol. Maldita sea, Forajida. —Me quita la botella de las manos y vuelve a ponerle el tapón antes de guardársela de nuevo en el bolsillo—. A veces hay que dejar las cosas donde están. A veces lo más inteligente es saber cuándo has de beberte el resto de la botella y dejarlo marchar.

—No pienso llamarle —espeto, porque sé que está hablando de Rey—. Ni siquiera tengo su número —añado en un susurro, bajando la vista hacia mis manos, como si tuviese un secreto escrito en las palmas. ¿Mi nombre? Pero lo único que conservo son las pequeñas cicatrices que las heridas me dejaron.

—No estoy hablando de él, Forajida. Estoy hablando de tu ira.

34

Libros me encuentra unos días antes de Halloween. En California no existe el otoño de verdad, lo que ocurre es que, un día cualquiera, las hojas deciden que ha llegado el momento de soltarse de sus ramas y morir. En realidad aquí no existen las estaciones.

Llevo puesto un jersey de lana a modo de protesta, como si así fuese a poder exigirle al otoño que llegase de una vez, con todas sus habituales características.

«¿Hará frío en Alaska? ¿Irá Rey lo bastante abrigado, vestido a capas, como una cebolla?».

Estoy preparando un café expreso cuando veo el nombre que uno de mis compañeros ha escrito en el lateral del vaso de cartón. «Libros». Recorro las letras con el pulgar, como si estuviese imaginándomelo todo, pero, cuando alzo la vista, ahí está él, de pie junto al mostrador. No me saluda, ni me sonríe, Libros se limita a señalar la mesa que hay junto a la ventana.

Se queda allí hasta que acaba mi turno, bebiendo del mismo café.

En cuanto termino de trabajar, yo también me preparo uno, de esos que tienen hasta un corazón de espuma encima. Solo porque llevo ya un tiempo tratando de decidir si soy la clase de persona a la que le gusta el café dulce o no.

Cada paso que doy hacia Libros me parece más importante que el anterior. Como si fuese algo que solo yo estuviese escogiendo hacer. Y él también lo sabe, porque me observa atentamente hasta que tomo asiento en la silla frente a él.

—Bonito jersey. —Es lo que dice en vez de saludarme o preguntarme dónde narices he estado. Y eso encaja tan bien con el Libros que conozco que no puedo ni enfadarme por ello.

Rodeo el vaso de cartón con ambas manos y me lo llevo a los labios.

—Es para fingir que fuera está lloviendo. Se supone que si deseas algo

con la suficiente fuerza, al final se acaba volviendo realidad. —Le doy un buen sorbo a mi café.

Sabe como si alguien hubiese decidido derretir un trozo de tarta en mi vaso.

Libros esboza una sonrisa de oreja a oreja, como si llevase conteniéndose todo este tiempo.

—No te gusta el café.

Respiro hondo y observo atentamente a Libros. Su rostro ya no está tan bronceado como recordaba y se ha puesto un jersey fino granate desgastado y que parece bastante cómodo, aunque nada calentito. Al fin y al cabo, seguimos estando en California. Aquí es diferente. No es el chico con camisetas de anime o de bandas de música, sino alguien un poco más adulto, más amable. Alguien que no tiene por qué mostrarse igual de afilado y cortante que siempre.

—Estoy tratando de averiguar qué es lo que me gusta.

Él le da un sorbo a su bebida y yo hago lo mismo, llevándome el vaso a los labios, como si fuese su reflejo en el espejo.

—¿Te ha contado Joe que estaba aquí? —le pregunto.

—No. —Deja su vaso sobre la mesa y se pasa la lengua por los labios—. No he hablado con Joe.

—¿Es que vives por aquí?

Libros niega con la cabeza.

—Te estaba buscando.

Por la forma en la que lo dice me queda claro que no lo ha dicho de broma. Que de verdad me estaba buscando. No me acuerdo de cuándo fue la última vez que tuve la esperanza de que alguien viniese a buscarme.

—¿Por qué? —le pregunto.

Libros respira hondo como si se estuviese preparando para confesar algo en voz alta que sabe que le romperá el corazón.

—Porque te *echaba de menos*.

Aquello me toma tan por sorpresa que no sé ni qué decir. Porque Libros es la última persona que esperaba que me echase de menos.

Al ver la cara que he puesto, frunce el ceño.

—¿Es que nunca nadie te ha echado de menos?

—Eso no es lo que…

—Lo sé —repone Libros, interrumpiéndome. Suspira con pesar—. Azúcar, Junior, yo… todos te echamos de menos.

No menciona a Rey, pero tampoco hace falta que lo nombre.

Me paso la lengua por los dientes.

—Tenía bastantes mierdas con las que lidiar yo sola.

—Todos tenemos mierdas con las que lidiar. —Ese comentario va a acompañado de una suave carcajada amarga.

Y, de repente, tengo la impresión de que sé a qué ha venido. Por mi padre. Por alguna clase de lealtad errónea.

—Si estás aquí porque…

—Dios, Mapas. Mira que eres idiota.

Si así es como se va a comportar, acusándome y haciéndome preguntas sin parar, no tengo ganas de quedarme. Abro la boca para decirle que me ha encantado volver a verle y darle una excusa para marcharme de allí, pero él se me adelanta.

—¿Te apetece ir a ver una película? —Señala con el pulgar el edificio que hay al otro lado del parque frente a la cafetería.

—¿Una película? —repito—. ¿En el cine?

—Sí, es como verla en la pantalla de tu teléfono pero más *grande*. —Gesticula con las manos como para mostrar una pantalla enorme.

No, no tengo ganas de ir al cine.

—Solo seremos tú y yo —me dice—. Te lo prometo.

Me parece una tontería. Ni siquiera me gusta ir al cine. Pero.

Puedo ir con Libros y no tener por qué hablar con él, como solía ocurrir con el Libros que conocía, y creo que él se da cuenta de que eso es justo lo que necesito en este momento.

—¿Por qué?

—Porque estar solo es una mierda —espeta, aunque no como si me lo estuviese diciendo a mí. En cambio, señala hacia el cielo, como si los dos estuviésemos pasando por lo mismo.

—¿Cuándo?

Se saca el teléfono móvil del bolsillo y comprueba algo en su pantalla.

—Hay una sesión en veinte minutos.

No le pregunto de qué película. Porque da igual. Libros y yo nos compramos unos refrescos enormes, unas bolsas de golosinas pequeñas y

unas palomitas grandes para compartir.

Cuando acaba la película me pregunta si me apetece quedarme a ver otra. Vemos tres películas seguidas y somos los últimos en marcharnos del cine. Un grupo de adolescentes con escobas en las manos y cubos de basura enormes están justo delante del cine cuando salimos, y hace ya un buen rato que el sol se ha puesto del todo por el horizonte. Por un momento me da la impresión de que va a sugerir que quedemos con Azúcar o con Junior la próxima vez, pero, en cambio, me dice:

—¿Quedamos la semana que viene? ¿A la misma hora?

Le digo que sí y, cuando me alejo de allí, no estoy muy segura de a qué acabo de acceder exactamente.

Pero eso termina convirtiéndose en algo que es solo nuestro. Quedamos para ir al cine, donde no tenemos por qué hablar y solo tenemos que preocuparnos de devorar las golosinas que hemos comprado o un perrito caliente aquí y allá.

—Sé que tiene que haber algún chiste sobre las salchichas, pero no se me ocurre nada —comenta.

—Seguro que Junior sí que se lo sabría.

Libros se vuelve hacia mí como si acabase de contarle un chiste graciosísimo. Y quizás lo haya hecho. Es la primera vez que uno de los dos menciona a Junior.

—¿Vosotros…? —le pregunto.

Libros se vuelve hacia la puerta.

—Sí.

Quiero preguntarle si sigue hablando con Azúcar. Si quedan los tres juntos y si viven cerca y si van juntos al cine. También quiero saber cómo está Rey. Pero supongo que todas esas preguntas se quedaron atrapadas en el sendero occidental.

—Estamos viendo todas las películas del universo de Marvel poco a poco.

Esbozo una sonrisa.

—¿Y le están gustando?

Libros se vuelve hacia mí con mirada seria.

—No para de hacerme preguntas durante todas y cada una de ellas.

Estaba claro que Junior iba a tener muchas preguntas.

—¿Sigue trabajando con Joe?

Libros asiente.

—Está tratando de mudarse a algún piso cerca de la universidad.

Aquello logra sacarme una sonrisa cálida.

—Ha entrado. Supongo que al final ha acabado descubriendo qué era la FAFSA.

Al estar con Libros me siento menos sola, pero también me hace sentir que de algún modo compartimos algo mucho más profundo e importante. Pasamos la mayoría de los fines de semana así, pero nunca quedamos entre semana. Me resulta un tanto extraño verle vestido con ropa limpia, pantalones a la moda, sudaderas con capucha y Vans. La gente se vuelve al vernos pasar, pero es como si él no se diese cuenta de ello. Aquí, Libros es un chico apuesto y tiene cierto aire melancólico. Y no puedo evitar preguntarme si yo también tendré un aspecto distinto aquí.

En noviembre, Libros me pregunta qué planes tengo para Acción de Gracias. Mi madre y yo habíamos quedado en ir a cenar a casa de una de sus compañeras del grupo de apoyo. Porque dicen que es importante que no pases tus primeras fiestas tras la muerte de un ser querido sola, incluso aunque te vayas a pasar toda la tarde hablando justo de esas personas que por desgracia ya no están.

No tengo ganas de ir.

Mi psicóloga dice que no pasa nada, que puedo elegir hacer otra cosa. Dice que eso se llama «poner límites». Y que básicamente consiste en *no* hacer aquello que no te apetece hacer.

—Nada —le digo a Libros, y por fin siento que respiro un poco más tranquila.

Él me quita el teléfono de las manos y me lo pone frente a la cara para desbloquearlo.

—La cena es a las tres porque, al parecer, te tienes que pasar todo el día comiendo, Acción de Gracias es así. —Me escribe su número de teléfono y su dirección—. Espero que puedas venir, pero, si al final decides no hacerlo, deberíamos quedar para venir al cine por el Black Friday. —Me da una suave palmadita en la mejilla—. Mándame un mensaje con lo que sea.

Y eso es justo lo que hago.

Por eso me planto frente a la puerta de casa de Libros el día de Acción de Gracias. Hay hasta un inflable de un pavo enorme en el césped de la entrada y no puedo ni imaginarme cómo he llegado hasta aquí. No a casa de Libros,

sino más bien a forjar esta clase de amistad con él. De esas que se basan en el silencio y en la falta de expectativas. Libros es como una manta calentita que alguien me ha puesto sobre los hombros para que pueda ponerme cómoda.

Suelto una sonora carcajada porque se me ocurre que deberían haberle apodado Manta.

Libros ha acabado convirtiéndose en *mi lugar seguro*.

Los ruidos que proceden del otro lado de la puerta roja abierta resuenan con fuerza, evidenciando el caos que se ha formado en el interior de la casa. Que es justo lo contrario a como suelen ser mis quedadas con Libros, pero creo… creo que es exactamente lo que me hace falta en este momento.

En la puerta, un rostro que parece el de un Libros más mayor y mujer, me saluda.

—¡Mapas! —Da una palmada nada más verme—. ¡Me alegro muchísimo de que hayas venido!

No tengo tiempo para sorprenderme por que me haya llamado Mapas y no Atlas. Porque no tengo ni idea de cómo se llama esa mujer.

—Soy la madre de Joey, Millie.

¿Joey? ¿Así se llama Libros en realidad? Es un nombre tan… *normal*.

—Encantada de conocerte, Millie.

Me adentro en la casa ruidosa y puedo oír el partido de fútbol americano que están echando en la televisión y ver a varios hombres de hombros anchos sentados al borde del sofá, como si estuviesen a punto de saltar. Todos llevan camisetas de fútbol de color azul y plata, salvo uno de ellos, que lleva una roja y dorada.

—Venga ya, maldito imbé…

—¡Oye! —le grita Millie—. ¡Esa boca!

Uno de los hombres le lanza una salchicha diminuta al tipo que lleva la camiseta roja.

—Tu camiseta nos va a traer mala suerte. Vete fuera y espera a que termine el partido para volver a entrar.

—Venga ya, hombre. Si ni siquiera están jugando en Cal…

Pero antes de que pueda escuchar el final de la conversación, alguien tira de mí hacia la cocina. Libros está allí con otras dos mujeres y se está comiendo lo que parece una bola de salchicha. En cuanto me ve aparecer, se

queda mirándome con los ojos como platos.

—¡Mapas! Has venido.

Me pasa un brazo por los hombros y me da la vuelta.

—Todos, esta es Mapas.

—Menudo nombre más raro —comenta una niña pequeña que está jugando con una consola portátil, sentada en una banqueta mientras se come un bol enorme de caramelos.

—Tú te llamas Diamond —repone una mujer con un jersey de pavo—. Así que no eres quién para juzgar el nombre de nadie. —Entonces se vuelve hacia mí—. Yo soy Elise, la tía favorita de Joey.

Un segundo después, otra mujer me toma de la mano.

—Ven a comer algo.

Y dicho eso me pasa un plato lleno de relleno de pan, carne y queso.

—Esto te va a cambiar la vida —repone, con una sonrisa orgullosa—. Porque está hecho con amor.

Millie pone los ojos en blanco.

—Aunque no lo ha hecho ella, lo ha comprado en la panadería.

La otra mujer la observa con el ceño fruncido.

—Pero alguien lo hizo con amor. Así que estoy segura de que a la amiga de Joey le va a encantar.

Y así es.

Ese día me encanta todo, aunque no esté con mi familia. Me encanta el barullo, las bromas y la comida. Me encanta la forma en la que la abuela de Libros finge no estar prestando atención a ninguno de sus nietos y, en cambio, la veo de vez en cuando darles caramelos que salen de su bolsillo infinito. Me encanta la forma en la que sus tíos se pasan el día robándole comida de sus platos a todo el mundo, incluso a mí, y dicen que es por el impuesto de los tíos.

Estoy tan ocupada con todo lo que está ocurriendo que por un momento pienso que no voy a tener tiempo de pensar en mi padre, pero sí que lo hago. Casi todo el rato. No me pongo triste porque ya no esté, sino que recuerdo cómo solía ser todo cuando él estaba vivo, con nostalgia, rememorando todos esos momentos.

Me siento viva.

Casi incluso feliz.

Y pienso en Rey.

Libros está sentado a la mesa cuando le suena el teléfono con un mensaje entrante. Echo un vistazo a su pantalla por encima del hombro y veo el nombre de REY junto con el emoticono de una corona iluminarse en el centro.

Rey:
¿Ha ido?

Libros respira hondo y se pone a teclear una respuesta, aunque no tarda mucho tiempo en hacerlo porque responde con solo una palabra.

Libros:
No.

No sé si me alegra o me molesta que le haya dicho que no. Ni siquiera sé lo que siento al descubrir que Libros ha estado hablando con Rey de mí. O a lo mejor Rey le estaba preguntando por otra persona. A lo mejor no se acuerda de mí. Libros se guarda el teléfono móvil debajo de la pierna cuando me dejo caer a su lado.

—Hola —me saluda en un jadeo, antes de esbozar una pequeña sonrisa que no le llega a los ojos. Está claro que no podría ser una mente maestra criminal.

—Hola.

—Siento mucho que mi familia sea tan…

—Genial —termino yo por él—. Son geniales.

—Sí.

Un rato más tarde nos vamos los dos juntos a la habitación de Libros y veo que tiene toda una pared llena de estanterías repletas de mangas y novelas. Recorro los lomos con las manos y sonrío al darme cuenta de dónde le viene el apodo.

—Libros.

Él respira hondo.

—Quería preguntarte algo. —Parece un tanto nervioso, algo que no encaja en absoluto con el Libros que conozco—. Mi novio quiere venir con nosotros al cine la semana que viene.

Llevo un tiempo esperando a que diga eso, así que esbozo una sonrisa.

—¿Y yo conozco a tu *novio*?

Libros frunce el ceño.

—Escucha. Junior pensaba que le estaba poniendo los cuernos con otra persona, así que tuve que explicárselo todo. Le tuve que hablar de ti. De lo de la cafetería. De lo del cine.

—¿Cuándo se lo contaste?

Libros parece sentirse culpable por habérselo contado a Junior sin consultármelo antes, pero no arrepentido.

—Después de nuestra primera semana quedando juntos. Me obligó a llevarle a tu cafetería, pero me prometió que no entraría a verte.

—Tampoco es que me esté escondiendo —repongo.

—¿En serio? ¿No te estás escondiendo? ¿Por eso tuve que remover cielo y tierra para encontrarte?

—Solo he estado ocupada.

—Te has convertido en un fantasma, Mapas. No tienes redes sociales, no había ninguna manera de ponerse en contacto contigo. Sé que estas enfadada…

Resoplo con pesar.

—Lo estás. Pero Junior y Azúcar no sabían nada.

Cierto. Los únicos que lo sabían todo desde el principio eran Rey y Libros. Me he portado como una auténtica niñata. He castigado y los he metido a todos en el mismo saco solo porque estaba dolida.

—Ni siquiera sé por qué viniste a buscarme. —No lo estoy diciendo para que me dé una explicación, pero necesitaba soltarlo, y me quedo esperando a que Libros me dé una respuesta.

—Fui a buscarte porque todos estábamos sufriendo y pensé que, si nosotros estábamos sufriendo por no tenerte a nuestro lado, lo más probable era que tú estuvieses sufriendo también.

No estoy segura de qué es exactamente lo que pretende al decir eso, pero, por algún motivo, me sienta mal, como si solo fuese su pequeño acto de caridad.

—No tenemos por qué seguir yendo todas las semanas al cine. En serio.

Libros me observa con el ceño fruncido.

—Pero es que yo quiero seguir yendo al cine contigo. Me *gusta*.

—No tienes por qué seguir quedando conmigo solo porque estés preocupado por mí.

Se me queda mirando durante un buen rato, en completo silencio.

—*Yo* también estaba sufriendo —dice—. Te echaba de menos.

Es sincero y vulnerable, pero sobre todo directo. Libros no tiene tiempo como para permitirse que no entienda lo que me está queriendo decir.

A finales de esa semana le digo que invite a su novio.

Y a Azúcar.

Cuando llego al cine estoy nerviosa, aunque no debería estarlo. Azúcar y Junior están al lado de Libros, hablando con él frente al mostrador de las palomitas. El cabello verde pastel de Azúcar es ahora de un morado intenso, y parece un tutorial de maquillaje con patas, con sus pestañas falsas y sus diamantitos pegados alrededor de los ojos. A Junior le ha crecido el pelo y está jugueteando nervioso con los pequeños tirabuzones que se le forman en las puntas.

Nada ha cambiado.

Y, a la vez, todo es distinto.

—Hola —les saludo y aguardo. Tardan un segundo en procesar que soy yo quien está frente a ellos y, en ese tiempo, valoro todos los posibles y peores escenarios con los que me puedo encontrar. Puede que me odien. Puede que Libros no les haya dicho que venía. Puede que hayan venido solo para gritarme.

Pero, en cuanto ese segundo acaba, los dos se lanzan hacia mí con los brazos abiertos. Me abrazan con fuerza y se ponen a hablar sin sentido, pisándose entre ellos, haciéndome cientos de preguntas distintas pero sin darme tiempo a responderlas. Esbozo una sonrisa y, por primera vez desde que abandoné el sendero, me siento feliz. Y se me escapa una carcajada. Libros frunce el ceño y pone los ojos en blanco.

—He sido yo quien ha tenido que hacer todo el trabajo duro y tú vas y te alegras más de volverlos a ver a ellos que a mí.

Azúcar no para de tocarme, como si quisiese cerciorarse de que soy real. Me recoloca el pelo y me alisa la camisa.

—Estás preciosa, pero hueles a café.

Junior comenta que he perdido todo el moreno y me dice que no se había dado cuenta de lo pálida que era en realidad hasta este momento. Todos se comportan como si no hubiese pasado nada de tiempo desde la última vez que nos vimos. Como si no me hubiese pasado meses evitándolos.

Cuando nos acercamos al mostrador de las palomitas a pedir, Libros y yo pedimos lo mismo de siempre, para compartir, y Junior nos observa con el ceño fruncido. Entonces se inclina hacia Azúcar para susurrarle al oído:

—Eso ha sido raro, ¿verdad?

—Muy raro. No sabía que se llevaban tan bien.

Libros y yo no decimos nada y nos encaminamos los cuatro juntos hacia la sala de cine para dejarnos caer en nuestras respectivas butacas, uno al lado del otro, con nuestro cuenco de palomitas compartido entre los dos. Libros echa una bolsa de M&M's dentro y yo le tiendo la mitad de mi paquete de regalices rojos. Y después él mete dos en el vaso de refresco que hemos pedido también para compartir como si fuesen pajitas.

Es nuestra tradición.

Como lo de las botellas de alcohol de Joe y mi padre.

Junior nos observa con una ceja enarcada y después baja la mirada hacia nuestro refresco.

Le comenta algo a Libros en un susurro que le hace poner los ojos en blanco y le tiende uno de nuestros regalices.

La película me permite desconectar y descansar, así como ordenar mis pensamientos. Libros y Junior se dan la mano y Azúcar no para de intentar darme cosas todo el rato. Su refresco, más golosinas, un pañuelo cuando me ve llorar.

Vamos a tomarnos un café después de salir del cine.

—¿Has visto a Joe? —me pregunta Azúcar.

Asiento.

—Viene a vernos a mi madre y a mí de vez en cuando.

—Qué suerte —bromea, pero sí que la tengo. Tengo suerte de tener a Joe.

Nos pasamos toda la tarde riéndonos por cualquier cosa y por todo a la vez. Les cuento lo de los murciélagos y la amapola. Menciono también al grupo de apoyo al que estoy yendo. Y, cuando llega la hora de irnos, Azúcar me abraza con fuerza durante un buen rato y me susurra al oído lo mucho que me ha echado de menos. Y Junior me da un suave apretón de manos y me pide que no vuelva a esperar tanto tiempo para volver a llamarlos.

Así que no lo hago. Quedamos en volver a vernos en diciembre. Paseamos bajo las luces de navidad con un chocolate caliente en las manos y ninguno dice nada sobre lo que nos falta. La persona que está en Alaska.

Rey.

Pero pienso en él todos los días.

Dos días antes de Navidad decidimos hacernos una excursión a las montañas. No nos alejamos mucho del que solía ser nuestro sendero, pero nos vamos a un mirador en el que Libros puede aparcar y fingimos que hemos vuelto a nuestra ruta. Compartimos una botella de vino especiado entre los tres, porque Libros dice que él no puede beber porque luego le toca conducir de vuelta.

Junior también ha traído todo un montón de comida basura y yo no puedo evitar acordarme de cuando paramos en la gasolinera. Compartimos un bolsa de patatas y, cuando estoy a punto de comerme mi dónut cubierto de glaseado, me lo quita de las manos.

—Espera. —Tiene la boca llena cuando se lleva la mano a la espalda y saca una bolsa de gominolas con sabor a uva—. Para mi monstruo de las uvas.

Me guiña un ojo y a mí se me llenan los míos de lágrimas.

Porque todo está en los pequeños detalles.

Esos detalles con los que expresamos la verdad sin siquiera darnos cuenta. Las cientos de maneras en las que le confesamos a la gente de nuestro alrededor quienes somos de verdad sin necesidad de decir nada. Porque solo hace falta estar un poco pendiente para ver a alguien de verdad.

Y estas tres personas me *ven de verdad*, me entienden.

Hacen que quererme parezca una tarea de lo más sencilla. Y eso me hace querer dejarles que me quieran.

Una fuerza constante me oprime el pecho al darme cuenta de que a mi corazón roto le faltan unas cuantas piezas. De que no está completo.

Cuando me preguntan si estoy llorando porque echo de menos a mi padre niego con la cabeza y les digo la verdad, que echo de menos a Rey.

Es una verdad un tanto extraña.

No les pregunto si saben qué tal le está yendo en Alaska, aunque me doy cuenta de que todos están esperando a que les haga justo esa pregunta.

Azúcar me acaricia la cabeza con suavidad y me permite que les diga lo mucho que odio a Rey por haberme mentido. Por haberse marchado. Por no haberme llamado nunca.

Todos asienten con la cabeza, fingiendo estar de acuerdo conmigo, incluso Libros, pero sé que se dan cuenta de lo que estoy queriendo decir en

realidad. Que tengo el corazón roto en mil pedazos.

—Deberías decírselo a él —repone Junior.

Y hace que parezca tan sencillo… que solo tengo que decirle todo esto a él.

Pero es que querer a Rey nunca fue una tarea fácil.

35

Es Nochevieja.
Fin de Año.

El final más cliché de todos, pero, en lugar de estar emocionada por el año que está a punto de empezar, por algún extraño motivo siento que necesito aferrarme a este. No por mí, sino porque mi padre murió una fría noche de marzo de *este* año.

El hilo que me mantiene anclada a ese recuerdo se ha ido estirando con el paso de los días y, cuando esta noche el reloj dé las doce, se romperá. Mi realidad se convertirá en una línea temporal en la que mi padre ya no existe, en la que él jamás habrá vivido.

—¿Vas a ir?

Mi madre me observa desde el umbral de la puerta de mi habitación mientras yo compruebo mi reflejo en el espejo.

Junior y sus nuevos compañeros de piso van a dar una fiesta. Y él nos ha prometido que nos cambiará la vida. Azúcar le dijo que sonaba como un universitario promocionando la fiesta de una fraternidad y Junior no le dirigió la palabra durante dos días por ello.

—Eso creo.

Ella asiente, pensativa.

—Estás muy guapa.

¿En serio? Me doy una vuelta frente al espejo y observo cómo las lentejuelas de mi chaqueta reflejan la luz. Solo es una fiesta. Una que Junior nos ha dejado muy claro que es importante para él y a la que nuestra asistencia es obligatoria. Aunque llevemos toda la semana teniendo problemas a la hora de ponernos en contacto con él para cualquier cosa. Todos, no solo yo. Porque tarda horas en respondernos, demasiado ocupado con el tema de su familia o preparándolo todo.

«Incluso aunque tengas cara de seta toda la noche, tienes que venir», me

dijo.

—¿Estás segura de que no prefieres que me quede en casa contigo? —le pregunto a mi madre por millonésima vez.

—Puedo estar triste yo sola, Atlas —repone ella—. No tienes por qué quedarte a ayudarme a estar triste. Vete y pásatelo bien.

Me he quedado sin excusas. Y por eso acabo esa noche en casa de Junior.

La música resuena con fuerza desde los altavoces, deslizándose por el gélido aire de invierno, y me tengo que abrazar con el jersey de lana para no perder todo el calor corporal. Estoy segura de que a estas alturas ya ha debido de empezar a nevar en las montañas, pero aquí, en el valle, solo tenemos temperaturas gélidas y bajo cero. He buscado qué tiempo hace en Alaska, porque al parecer no se me da muy bien eso de proteger mi corazón. Y hace muchísimo frío, así que no tengo ni idea de lo que se habrá podido poner Rey para pasar esta noche.

Voy a la fiesta. Les sonrío a unos cuantos desconocidos. Les dejo que me pregunten por qué llamo a Junior de esa forma y por qué dejo que él me llame con ese apodo tan raro.

Azúcar me manda una serie de emoticonos y una foto suya junto a una piscina. Creo que es de ser muy irresponsable el haber dejado que una panda de jóvenes alquile una casa con piscina. Pero entonces me acuerdo de que, cuando se lo comenté a Junior, él solo dijo: «Gracias, mamá».

Esbozo una sonrisa y le respondo:

Mapas:
Aléjate de la piscina. Ya voy.

Y ella me contesta de inmediato.

Azúcar:
Hay mucho alcohol en esta fiesta.

Salgo al patio trasero de la casa y me encuentro a Libros y a Azúcar sentados en unas enormes hamacas que hay junto a la piscina. Azúcar me indica con un gesto de la mano que me siente a su lado y después se vuelve de nuevo hacia Libros, que está tumbado en su hamaca con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, sujetando en una mano un vaso rojo y un porro en la otra.

—¿Qué estás haciendo aquí, Libros? ¿No deberías estar ejerciendo de novio con Junior, ahora que se ha propuesto saludar personalmente a todos los invitados? —le pregunto.

—¿Es que te parece que tengo ganas de hacer justo eso? —me pregunta, antes de darle una buena calada a su porro.

Respiro hondo y observo cómo el humo surge de entre sus labios y forma una nube oscura frente a su rostro, y tengo que sacudir la cabeza para quitarme de encima los recuerdos de pieles en contacto, luz de estrellas y Rey.

—No deberías fumar.

—Lo dice la misma chica que solía llevar un paquete de tabaco encima.

No respondo nada. Últimamente se está acercando demasiado a mencionar a Rey como quien no quiere la cosa, y yo no sé si estoy preparada para enfrentarme a ello todavía.

Los tres nos quedamos sentados junto a la piscina un buen rato, sumidos en un cómodo silencio. Los demás invitados se conocen o tienen ganas de conocer a alguien nuevo. Y a nadie le importan las tres personas que están sentadas junto a la piscina como si no encajasen en este sitio.

Me pregunto si los invitados se habrán enterado de que somos chicos malos, unos rebeldes. Que Junior se pasó este verano trabajando con nosotros en el sendero occidental y que por eso debemos de tener una relación un tanto complicada con las normas y la autoridad.

—¿Qué queréis conseguir el año que viene? —les pregunto.

—Oh, genial. Más preguntas —comenta Libros con los ojos cerrados—. El año que viene, me gustaría dejar de tener que responder a tus preguntas.

—Yo quiero mudarme. Lejos de mi familia. —Azúcar siempre está diciendo que quiere algo de libertad, pero es mentira. Aunque todos la dejamos creer que estamos de acuerdo con ella.

—Yo también me quiero mudar. —Libros le da un buen sorbo a su cerveza—. Malditas familias.

—¿Te vas a mudar con Junior? —le pregunta Azúcar y las dos esbozamos una sonrisa divertida.

Libros pone una mueca, pero no nos mira a los ojos cuando responde:

—Todavía es demasiado pronto para eso.

—¿Y tú, Mapas? —me pregunta Azúcar.

—Yo solo quiero dejar este año atrás —repongo y entonces me doy

cuenta de que lo digo en serio. No quiero dejar atrás a mi padre, sino el duelo, el dolor por que ya no esté a mi lado, y Rey…

—Estás siendo un poco dramática —me dice.

—Ella es así —oigo que repone Junior a mi espalda.

—¿Es que se supone que esto debería ser una charla para darme ánimos? —les pregunto, y le quito a Libros el porro de las manos. Le doy una calada y el humo me marea y hace que me duelan los pulmones. No sé por qué he hecho eso.

—No deberías fumar, Mapas. Es asqueroso —comenta Libros al mismo tiempo que le devuelvo *su* porro.

Junior se lo quita a Libros de las manos y la punta pasa de un rojo intenso al negro en cuanto le da una calada, y el papel que lo envuelve chisporrotea con el gesto.

—No, no es ninguna charla para darte ánimos —repone, tratando de contener el humo dentro de su boca. Entonces exhala—. Te estamos dando permiso. Porque ¿no somos todos un poco dramáticos?

Suelto un gemido molesto. Azúcar me tiende su copa y le doy un sorbo para librarme del sabor del porro que me impregna la lengua. Los cuatro nos quedamos sentados en las hamacas, observando el firmamento nocturno, y no puedo evitar acordarme de un instante muy distinto en el que estuvimos todos sentados en fila observando el cielo. Los sonidos que provienen del interior de la casa se entremezclan con las notas de la música que surge de los altavoces.

—Me alegro de que hayas venido —me dice Azúcar, y esbozo una sonrisa radiante porque yo también me alegro.

Y entonces permito que mi mente vague de vuelta a Rey mucho más rato del que debería. Recuerdo todos los momentos que pasamos juntos y que no debería rememorar. Me pregunto qué estará haciendo él ahora en Alaska. E incluso me convenzo de que tengo que preguntarle a Libros por él.

Pero no lo hago.

Entonces Junior recibe un mensaje y le veo fruncir el ceño al leerlo.

—Mierda —suelta, y Libros le echa un vistazo a la pantalla por encima de su hombro para leerlo también.

Azúcar y yo compartimos una mirada confusa, hasta que oímos a alguien gritar desde dentro de la casa.

—¡*Junior!* —Lo gritan como si fuese una broma—. ¡Ha venido tu amigo!

¿Junior? Le han llamado por nuestro nombre. Junior.

—No —murmura Libros, con la mirada clavada en la pantalla, y después alza la vista hacia Junior—. Mierda. —Me sorprende lo rápido que se levantan los dos de la hamaca. Sus figuras desaparecen a la carrera entre la multitud de invitados. Tomo el vaso que tenía antes Libros desde arriba para evitar que se me caiga la copa y…

… Me pica la curiosidad, por eso los sigo.

Oigo a Azúcar llamarme a gritos mientras me sigue hacia el interior de la casa, pero su voz no es más que un mero susurro en medio del barullo y la música.

Me pica la curiosidad por descubrir qué es lo que les pasa a mis amigos, pero no debería haber sido tan curiosa, porque en el fondo ya sé lo que me voy a encontrar. Lo presiento. Y aunque Libros y Junior estén en la puerta principal, ocultando a quien quiera que esté al otro lado, sé perfectamente quién está ahí de pie.

Tiene las mejillas sonrojadas por el frío. Sus ojos parecen mucho más oscuros de lo que los recordaba. Y sigue teniendo mi corazón en sus manos.

Rey.

36

El final… otra vez

Libros se acerca a él a la carrera y le agarra del brazo con fuerza.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Qué? —Rey esboza una sonrisa, pero parece confuso—. Tú me pediste que viniera.

—Pero… —Rey frunce el ceño, confuso, al ver que a Libros no le salen las palabras—. No dijiste que… Dijiste que estabas liado. Que…

—Libros —Rey le observa preocupado—. ¿Te encuentras bien?

—Maldita sea —suelta Libros, y en ese momento el rostro de Rey se transforma por completo al darse cuenta de por qué su amigo está así.

—Mapas. —Rey acaba de decir mi nombre, pero es como si lo hubiese dicho a kilómetros de distancia.

Es como si todo estuviese muy lejos y, de repente, dejase de estarlo. El barullo y las voces regresan y el mundo retoma su volumen habitual. Rey observa a Libros y entonces lo sabe.

Nuestras miradas se encuentran, como dos imanes, viéndose atraídas la una por la otra. Me observa boquiabierto, sorprendido. Y, por algún extraño motivo, eso me duele incluso más que el verle ahora aquí. El hecho de que no forme parte de un plan elaborado para hacerme una encerrona y verme en esta fiesta después de tanto tiempo. Él tampoco esperaba volver a verme esta noche.

Pues claro que no.

—Mapas.

—Yo… —Dejo la copa en una mesa cercana y ni siquiera me molesto en comprobar si la he dejado derecha o si se va a caer en cualquier momento y se va a derramar por el suelo, como mi corazón—. Voy a… —Tengo que salir de aquí. Me abro paso a través de la gente, cruzando la casa,

alejándome de él, y oigo a Junior gritar mi nombre, pero tengo que irme. No puedo quedarme aquí ni un segundo más. Tengo que… Volveré a casa caminando si es necesario.

Y como tengo la sensación de que alguien me está persiguiendo, echo un vistazo a mi espalda. No sé qué estaba esperando encontrarme. Mi vida se ha convertido en toda una serie de elecciones, y yo siempre opto por la que me dolerá menos a la larga.

Rey se está abriendo paso a través de la multitud con el ceño fruncido.

—Mierda.

Sé que camino rápido, pero también sé que Rey es mucho más veloz que yo. «Por favor. No. Por favor».

«Por favor».

Lo repito una y otra vez en mi cabeza, porque no sé si voy a ser capaz de hacer esto. No sé si podré sobrevivir al chico que me rompió el corazón y que es también el responsable de que ahora no deje de sangrar. Salgo de la casa a la carrera y cruzo el patio. Huyo de lo que más ansío porque el orgullo no me permite acercarme a él cuando todavía sigo rota y avergonzada.

—Para —le oigo decir a mi espalda. Lo suelta frustrado, no como una orden, más bien como un… deseo.

Llego a la acera, pero entonces ahí está Rey, frente a mí.

Tiene los brazos extendidos a los lados, como si pretendiese cortarme el camino, y su pecho sube y baja sin parar. Su mirada está clavada en la mía. Tiene los ojos abiertos como platos y le veo tragar con fuerza.

—Para —susurra de nuevo. Rey me recorre con la mirada de la cabeza a los pies, como si en mi cuerpo fuese a encontrar escrita alguna pista de lo que se supone que tiene que decir—. *Mapas*.

Esas dos sílabas, viniendo de sus labios, se me clavan como un puñal en el pecho. Quiero suplicarle que lo vuelva a decir. Pero me quedo callada, y él tampoco dice nada.

Está ahí, de pie en la calle.

El tono dorado de su piel ha desaparecido por completo y le ha crecido bastante el pelo desde la última vez que nos vimos. Los rizos le llegan al cuello de la camisa de franela que lleva puesta. Desde mi posición, bajo la tenue luz de la farola, en lugar de la luz de la luna de verano, puedo contar

cada uno de los rasgos que le han cambiado.

Pero su mirada… sigue siendo la misma.

Me duele tener que mirarle a los ojos, esos ojos que son como dos esquirlas de cristal afiladas que se me clavan en el corazón, así que me fijo tan solo en sus manos. Está sosteniendo el diario. Un cuaderno de cuero ajado, con la tapa salpicada de marcas de agua y las páginas tan gastadas que están incluso suaves al tacto. Me muero de ganas por alargar las manos hacia él y abrirlo, porque sé que entre esas mismas páginas se encuentran las palabras que tanto me gustaría volver a leer.

Y también aquellas que no.

—Todavía lo conservas. —Creía que sonaría sorprendida al decir aquello, pero tan solo puedo fijarme en lo triste que suena mi voz.

—Sí —repone con simpleza, porque por supuesto que todavía lo conserva. Y yo noto cómo mi corazón se estremece y se parte en dos con esa única palabra. Como el lomo de un libro nuevo.

—¿Por qué? —le pregunto, *esperanzada*.

Pero ¿qué es lo que espero? No lo sé, no estoy segura.

Traza la palabra grabada en la tapa con los dedos en una suave caricia, la misma palabra que le vi grabar con una navaja y unos cuantos trazos cortos y romos mientras nos sentábamos bajo las estrellas.

—No pretendía…

Pero nunca llego a saber qué es exactamente lo que no pretendía, porque no termina la frase. ¿No pretendía qué? ¿Que todo el mundo se enterase de la verdad?

¿Romperme el corazón en mil pedazos y que estos acabasen sangrando sobre las mismas páginas de ese diario?

¿No pretendía que su mentira llegase tan lejos?

Da un paso adelante, acercándose un poco más a mí.

—*Mapas* —suelta en apenas un susurro.

—Me llamo Atlas.

Boom. Esas tres palabras son como un disparo en la oscuridad y rompen el silencio denso que nos rodea. Son tres palabras que sé que le harán daño. El mismo daño que él me está haciendo ahora.

—Aquí la gente me llama Atlas —repito, tratando de justificarme.

Y entonces, de la nada, algo en su mirada cambia.

—Yo no te llamo así.

No.

No, él solía llamarme de otro modo. Un nombre que significaba algo distinto. En un lugar muy diferente al que estamos ahora.

—Por favor —me suplica, casi desesperado—. No huyas. Otra vez no.

Respiro hondo. El vaho nubla el aire que nos separa, y me quedo observando cómo desaparece en medio de la oscuridad de la noche.

Un dolor sordo se me asienta en el pecho mientras observo lo mucho que ha cambiado, fijándome en todos los detalles. Porque el recuerdo que conservaba de él ha ido desapareciendo con el paso del tiempo.

Su pecho sube y baja sin parar con cada profunda respiración, mientras inhala el aire que nos rodea. Noto como si una cuerda invisible tirase de mí hacia él. Pero no me está tocando, solo se ha quedado mirándome fijamente, con esos ojos que están en constante cambio, que se oscurecen y reflejan la luz de la farola bajo la que estamos.

«Márchate. Márchate. Márchate».

Lo repito una y otra vez en mi cabeza, pero no sé si se lo estoy pidiendo a él o a mí.

Quizás da igual a quién se lo pida si lo hago con la suficiente fuerza.

—Mapas, ¿podemos… podemos hablar?

Hablar. No quiero hablar. No quiero estar aquí. No estoy lista. Mi corazón todavía no ha cicatrizado. Sigue sangrando, roto y…

Dolido.

—¿De qué quieres hablar? —le pregunto, como si no tuviese ni idea de a qué podría estarse refiriendo.

Rey me observa decepcionado.

—Venga ya —suelta—. No hagas eso.

Y, por algún motivo, esta versión de Rey me rompe todavía más el corazón. La que se niega a que una mentira remplace el recuerdo de la última vez que nos vimos.

—No sabía que ibas a estar aquí esta noche —me dice—. ¿Por qué no me llamaste?

Suena dolido, y lo odio por ello. Porque soy *yo* quien está dolida. Soy yo quien tiene derecho a tener el corazón roto.

—Yo tampoco sabía que ibas a venir.

La confusión nubla su expresión antes de que comprenda lo que le estoy queriendo decir. Entonces cierra los ojos con fuerza y deja escapar un suave gemido frustrado.

—*No lo sabías*. —Niega con la cabeza y retrocede un paso, alejándose de mí—. Lo siento mucho. De verdad. No me había dado cuenta de que tú… No te habría perseguido de haberlo sabido. No debería… Esto no es ninguna emboscada. Yo solo… Me voy. —Respira hondo, como si *marcharse* fuese lo último que quisiese hacer en este momento—. Feliz Año Nuevo.

¿Feliz *maldito* Año Nuevo? De verdad me está diciendo eso. Como si pudiésemos irnos así como así. Abandonar todo esto. Abandonarme de nuevo. Se me revuelve el estómago, y me doy cuenta de que lo último que *yo* quiero en este momento es que Rey se *vaya*. Me acerco a él en un par de zancadas, le agarro de la muñeca y tiro de él hacia mí. Rey se da la vuelta, con la sorpresa iluminándole la mirada.

—Se suponía que estabas en Alaska.

Se mesa el cabello con fuerza, frustrado.

—¿En Alaska?

—¿Qué haces aquí? ¿Es que has vuelto? —Aprieto su muñeca con más fuerza.

Rey frunce el ceño.

—¿Eso es lo que querías? ¿Que me quedase en Alaska para siempre?

No. No quería quedarme para siempre con el vacío que me dejó en el pecho al marcharse sin despedirse.

—Joe me dijo que…

—Joe dice muchas cosas.

Aprieto los dientes con fuerza.

—¿Por qué no estás en Alaska, Rey?

—Porque he vuelto para pasar las vacaciones aquí —espeta—. Porque quería volver a ver a mis amigos. Solo voy a estar aquí unos días. —Ahora se queda mirándome fijamente, mientras comprendo lo que me está queriendo decir con eso—. No he vuelto por ti. —Se queda callado un momento, dejándome asimilar eso también—. Puedo leer en tus ojos que eso es justo lo que estabas pensando. No he vuelto por eso. Solo quería pasar Año Nuevo con mis amigos.

De repente, el que Junior y Azúcar se hayan pasado evitándome estos últimos días tiene más sentido. O la forma en la que Libros siempre tardaba un poco más que de costumbre en responderme los mensajes a lo largo de esta última semana.

—Has *estado aquí* estos últimos días.

Rey asiente.

—Nadie… —Trago con fuerza—. No me lo dijo nadie.

—Mapas. —Rey da un paso hacia mí y su aliento forma una nube de vaho frente a mi rostro—. Fui a buscarte. Después de lo que pasó. Hablé con Joe. Solo… solo quería…

Espero a que la rabia vuelva a apoderarse de mí, pero solo siento un vacío allí donde solía estar. El volver a verlo ha hecho que la ira desaparezca.

—Necesitaba espacio para pensar.

Él asiente con la cabeza.

—Sí. Lo sé.

—Cuando me marché de Bear Creek estaba hundida. Y muy enfadada. Porque no me lo habías *contado*. Me pasé toda la ruta caminando con un enorme vacío en el pecho y tú fingiste no verlo siquiera.

Rey guarda silencio, sin molestarse en negarlo o en defenderse. Tan solo asume mis palabras, aceptándolas.

—Y ni siquiera estoy enfadada. Lo que siento es mucho peor. Y ahora estás aquí, y no en Alaska. —Las lágrimas se deslizan por mis mejillas, descontroladas—. Me hiciste *daño*.

Rey suspira con pesar y se mete las manos en los bolsillos.

—Yo… no sabía cómo contarte lo de tu padre. La mitad del tiempo fingías que no estaba muerto y la otra mitad no querías hablar de él. Sé que eso no cambia nada, pero… no sé qué otra cosa se supone que debería haber hecho. —Se queda mirando fijamente el asfalto como si, al observarlo con el suficiente empeño, fuese a poder ver lo que hay enterrado debajo—. Cuando te marchaste, estaba *enfadado*. He pensado cientos de veces en lo que te diría si te volviese a ver. Estaba furioso contigo. Incluso le grité a tu recuerdo. —Observo cómo Rey rueda la cabeza, destensándose el cuello, y se traga todo lo que siente con fuerza—. Y entonces, un día, me di cuenta de que en realidad estaba enfadado porque eso era lo único que me quedaba de ti. La rabia que sentía. Y me daba miedo perder eso también.

Me quedo callada durante un buen rato, sin atreverme a moverme siquiera.

—Me llamo Henry. Soy el tercero de mi familia con ese nombre, y cuando Joe me conoció comentó de broma que entonces debía de ser un rey. Y por eso… —Barre el aire con la mano—. Soy de aquí. No me hablo con mi familia. Llevo viviendo por mi cuenta desde los diecisiete años. Fue también por aquel entonces cuando conocí a Joe. Él me dio un nombre distinto y… me gustaba ser alguien diferente. No ser Henry.

Contengo la respiración porque sé perfectamente de lo que está hablando. A mí me gusta ser Mapas. Me gusta ser alguien que no tiene por qué acarrear con los errores que cometió Atlas en el pasado.

—Me encantó conocerte de verdad, Mapas. No por tu padre, sino porque eres divertida, y curiosa, e inteligente. Siempre estás haciendo preguntas y te comportas como si de verdad te murieses por saber la respuesta. Odias los silencios, las alubias y la idea de tener que necesitar a alguien para salir adelante. Te pasas una ridícula cantidad de tiempo con la mirada puesta en el cielo. Cuando pienso en ti, siempre te recuerdo así. Con la cara vuelta hacia el firmamento.

—Rey.

—Me has gustado desde el mismo instante en el que te vi llorando en el funeral de tu padre. Nunca había conocido a nadie como tú. Siempre tan segura de llevar la razón que no le importa en absoluto estar equivocada.

Puedo ver cómo su rostro se sonroja de vergüenza, lo mucho que le está costando admitir aquello. Se muerde el labio inferior con fuerza y cierra las manos en puños con tantas ganas que los nudillos se le ponen blancos.

—¿Sigues enfadado conmigo? —le pregunto.

Él niega con la cabeza y su pecho se hincha con una profunda respiración. Recuerdo lo que se sentía al tener la cara apoyada en ese mismo pecho.

—No —murmura—. Solo tengo miedo.

—¿Miedo?

—Tengo miedo de que te vayas a alejar de mí de nuevo y de no volverte a ver nunca más.

Cierro los ojos y le confieso la verdad:

—No sé qué decir.

—No tienes por qué decir nada. —Suena un tanto hundido, como si ya hubiese dicho todo lo que llevaba dentro y ahora que lo ha dejado salir no

supiese qué más hacer—. Me conformaría con que me dejases escribirte de vez en cuando. Si tú también quieres escribirme, puedes. Y si no… —Se encoge de hombros como si quisiese restarle importancia y esboza una sonrisa apenada—. No puede doler más que esto.

Quiero darle mi número.

Quiero hablar con Rey.

Quiero a Rey.

Pero el dolor es algo irracional.

—Vale —le digo. Desbloqueo mi teléfono y se lo entrego para que pueda guardarme su número en mis contactos, y veo cómo le tiemblan las manos al teclear y cómo pulsa las teclas que no son y tiene que borrar y reescribirlo una y otra vez.

—Yo… espero que lo uses —me dice al devolverme el teléfono. Y de verdad me mira como si todavía tuviese aunque solo sea una pequeña esperanza. Con esos ojos tan parecidos al río.

Sostengo mi teléfono en la mano y me quedo mirando cómo Rey regresa a la casa.

Presiono cuatro letras y le doy a enviar.

Mapas:
Hola.

Veo cómo Rey se detiene a leer el mensaje. Sus hombros se hunden, aliviados, pero no se vuelve a mirarme.

Rey:
Hola.

Su respuesta se ilumina en la pantalla de mi teléfono y esbozo una sonrisa.

Rey:
¿Te apetece quedar?

37

Al principio, Rey y yo volvemos a empezar despacio.

No volvemos a la fiesta; en vez de eso, nos vamos juntos a un mirador. Entonces empieza a llover y la ciudad se pierde por completo tras la lluvia que repiquetea sobre el parabrisas del coche de Rey. Es como si estuviésemos en nuestro pequeño mundo. No hablamos de nada en concreto, pero es como si estuviésemos hablando de todo a la vez. Y mientras habla me lanza miradas cargadas de significado de vez en cuando, o suspira con fuerza, como si estuviese librándose de la presión que le oprime el pecho. Y después me lleva a casa y yo le beso, un beso suave y cauteloso, antes de entrar corriendo.

Espero a que me escriba, pero pasan tres días y no sé nada de él. Me quedo mirando fijamente la pantalla de mi teléfono y me pregunto qué debería decirle.

En mi cuarto, me dejo caer en la cama y me llevo el teléfono al pecho.

Mapas:
Hola
Soy Mapas

Veo cómo el mensaje se marca como entregado. Entonces aparecen los tres puntos que indican que me está escribiendo. Y después desaparecen. Y vuelven a aparecer. Y desaparecen de nuevo. Y me pregunto si me va a responder en algún momento.

Rey:
Lo sé.

Esbozo una sonrisa y noto cómo la presión que me oprimía el pecho desaparece lentamente. Me ha respondido.

Mapas:
Llevo esperando mucho tiempo a que me escribas.

Dejo caer el teléfono en mi regazo en cuanto lo envío y me llevo las manos a los ojos.

Rey:
Te he escrito al menos diez mensajes cada noche, aunque no los haya llegado a mandar.

Mapas:
¿Ah, sí? ¿Y qué decían?

Rey:
Todos eran distintas versiones de «hola, ¿qué tal?».Daban muchísima vergüenza.

Mapas:
Y yo que estaba esperando que fuese algo un poco más picante…

Rey:
¿No sé qué quieres que te responda a eso…?

Mapas:
¿Con alguna foto tuya desnudo?

Rey:
Por el amor de Dios, Mapas.

Me quedo mirando fijamente la pantalla de mi teléfono durante un buen rato. «Mapas». Casi hasta puedo oír su voz en mi cabeza pronunciando mi nombre. Enroscándose alrededor de cada una de sus letras.

Mapas:
Te echo de menos.

Entonces él me habla de cómo fue su vuelo de vuelta a Alaska, de su trabajo. También me habla de su compañero de piso. Yo le hablo sobre mis clases y las solicitudes que he echado para las distintas universidades. Al día

siguiente me manda una foto de un congelador de un supermercado y me escribe:

Rey:
¿No te parece raro que ahora me esté muriendo por volverme a comer uno de esos polos de colores de Bear Creek?

Nuestras conversaciones siempre van así. Contándonos las pequeñas cosas que hemos ido haciendo durante el día. O cualquier cosa que se nos haya pasado por la cabeza.

Rey:
Echo de menos el In-N-Out.
¿Qué te parece esta camisa?
Me he acordado de ti al oír esta canción.

Y entonces, una noche cualquiera, mientras nos estábamos escribiendo…

Rey:
¿Puedo llamarte?

No quiero que me llame. No quiero oír su voz. Porque ya casi me he olvidado lo mucho que me gustaba esa voz. Pero le respondo:

Mapas:
Sí.

—Hola —respondo después del tercer tono.

—Hola —suena cansado, como si estuviese tumbado. Pero su voz sigue siendo tal y como la recordaba. Adictiva—. Se me estaban empezando a cansar los pulgares.

—¿Ah, sí? —le pregunto con una risita.

—No. —Respira hondo y cuando vuelve a hablar su tono ha perdido por completo ese deje burlón—. Solo quería volver a oír tu voz.

No digo nada porque oír a Rey decir eso hace que todo lo que hemos estado compartiendo a través de esa pequeña pantalla se vuelva real.

—Lo siento si he sido demasiado…

Aprieto los labios con fuerza y me guardo todo lo que quiero decir, me tumbo en la cama y clavo la mirada en el techo.

—O bueno, supongo que en realidad no lo siento.

Cierro los ojos y escucho a Rey hablar sin parar al otro lado de la línea antes de preguntarle:

—¿Por qué no me escribiste?

—¿Hoy?

—Después de Año Nuevo. Estuve esperando a que me escribieras, pero no lo hiciste.

Oigo cómo algo se revuelve al otro lado de la línea mientras que los dos guardamos silencio durante un buen rato.

—Cuando me besaste en Año Nuevo no estaba seguro de si se trataba de algo puntual, que no iba a volver a ocurrir, o si… Me pasé mucho tiempo dándole vueltas y preguntándome si tú querrías que te escribiese.

—Sí que quería. —Y es cierto. Siempre estaba esperando recibir un mensaje de Rey, incluso cuando sabía que no debía.

—¿Qué estamos haciendo, Mapas? Dímelo para que esta vez pueda estar seguro.

—Estamos hablando —le digo.

Le oigo suspirar con fuerza.

—Claro.

—¿Es que vas a dejar de escribirme si te digo que no es nada?

Entonces una risa entrecortada se desliza por la línea y tarda un buen rato en responderme.

—No —repone entonces, y puedo sentir esas dos letras quitándome un peso de encima.

El saber que Rey no va a dejar de escribirme…

—Yo tampoco dejaría de hablar contigo —admito.

Desde entonces hablamos por teléfono más a menudo. A veces nos quedamos dormidos durante nuestras llamadas. Otras veces hacemos algo más que hablar y fingimos que nos podemos tocar el uno al otro incluso a pesar de la distancia que nos separa. Pero esas llamadas se acaban convirtiendo en algo indispensable para mí. Aunque todavía me da mucho miedo preguntarle cuándo va a volver. O *si* va a volver. Porque no quiero hablar del futuro.

Nuestras largas conversaciones se extienden hasta bien entrada la noche, porque estamos demasiado ocupados tratando de averiguar cómo encajan

Mapas y Rey con Atlas y Henry.



En el aniversario de la muerte de mi padre no planeo hacer nada. En el grupo de apoyo me dicen que debería hacer algo para honrarle. Mi madre hace una reserva en su restaurante favorito a la hora de la cena, por lo que nos pasamos el rato empujando el brócoli en nuestros platos e intentando entretenernos contando alguna que otra historia que pensamos que hará sonreír a la otra. Pero, en cambio, no podemos dejar de fijarnos constantemente en la silla vacía.

Recuerdo a Paloma diciéndome que haber perdido a mi padre es «una mierda» y eso hace que me sienta un poco mejor. Porque estoy segura de que ella pensaría que esta cena también es una mierda.

Le mando un mensaje a Rey.

Mapas:
Hoy está siendo un día horrible.
Ojalá pudiese darte un abrazo.

Rey:
¿Quieres hablar?

Mapas:
No. Pero quiero llamarte igualmente.

Rey no dice nada sobre el día de hoy y no puedo evitar sentirme un tanto decepcionada por ello. Es una estupidez, pero tampoco le he dicho qué día es, como si pensase que debería saberlo. Siento que en parte le estoy castigando por algo que él ni siquiera sabe.

Mapas:
Hoy hace un año que murió mi padre.

No sé qué es lo que espero que me responda exactamente, pero me dice:

Rey:
¿Quieres que te llame ahora?

Suspiro con pesar. No sé qué era lo que quería que hiciera, pero desde luego esto no, aunque tampoco habría importado. Porque la verdad es que lo que más quiero ahora mismo es recuperar a mi padre, y él está muerto. Tengo que dejar de esperar que la gente esté ahí para mí incluso cuando ni yo misma sé si quiero que estén a mi lado.

Mapas:
Luego.

Añado el emoticono de un corazón y dejo mi teléfono a un lado. Después de volver a casa, mi madre y yo nos sentamos en el sofá a ver la película de vaqueros favorita de mi padre. Su butaca sigue vacía. No sé por qué, pero me arrastro hasta ella. Me siento encima con las piernas cruzadas y acaricio con suavidad los brazos. Entonces oigo cómo uno de los personajes de la película dice: «Eres un forajido». Y sé que eso iba solo para mí.

Alguien llama a la puerta y me vuelvo hacia mi madre. Ella se lleva un puñado de palomitas a la boca y se vuelve de nuevo hacia la televisión.

—Deberías ir a abrir —me dice.

Y ya sé qué es lo que me voy a encontrar incluso antes de abrir la puerta. El corazón me late acelerado cuando rodeo el pomo con la mano.

Rey está de pie en medio del porche, con una sudadera blanca con capucha que parece de lo más suave y que le da cierto aspecto bronceado. Como si hubiese vuelto el Rey de verano. Y a mí me dan ganas de acurrucarme contra él.

—Qué…

—Yo también tengo ganas de abrazarte.

Le rodeo con los brazos y vuelvo el rostro hacia su cuello. Resguardándome en ese hueco que es solo mío. Que sigue oliendo tal y como lo recordaba. Que sigue igual que siempre.

Mi madre nos dice que nos lo pasemos bien y me pide que no vuelva muy tarde, y entonces nos subimos los dos juntos al coche de Rey. No le pregunto a dónde vamos, porque da igual. Rey está aquí. Conmigo. Y con eso me basta.

Pero cuando aparca donde está enterrada la otra parte de las cenizas de mi padre, noto cómo se me forma un nudo amargo en la garganta y me entran ganas de llorar. No quiero soltarle la mano por si él también desaparece.

El cementerio está cerrado, así que nos toca aparcar en el colegio que hay al lado, y me quedo sentada con las manos en el regazo incluso después de que Rey quite la llave del contacto del coche y lo apague. Se vuelve a mirarme y guarda silencio, como si tuviese todo el tiempo del mundo.

—Yo fui a ese colegio —le digo—. Todas las mañanas, cuando mi padre me traía a clase y pasábamos frente al cementerio, me soltaba siempre la misma broma. «Atlas, la gente se muere por venir aquí». —Imito la voz de mi padre al decirlo y Rey esboza una sonrisa. Me paso las manos por las piernas y clavo la mirada en el oscuro cementerio a través del parabrisas—. No sé si puedo hacerlo.

—No tienes por qué hacer nada —me dice.

Y el saber que no puedo hacer nada para decepcionarle me acaba convenciendo de que *sí* que *puedo* hacerlo. De que soy lo bastante valiente como para hacerlo.

—Vale —repongo, antes de rodear la manilla de la puerta. Respiro hondo y me bajo del coche. Saltamos la verja del cementerio y Rey me ayuda a bajar incluso aunque no necesite ayuda. Cuando deja caer las manos a los costados, se las tomo, enredando mis dedos con los suyos. Porque eso es lo que hacen las parejas. Así es como actúan.

Su mirada baja hacia el lugar donde nuestros dedos se entrelazan y después me dedica una sonrisa tímida.

—Tengo la sensación de que no debería estar dándote la mano aquí —comenta mientras recorremos el sendero que serpentea entre las distintas lápidas.

—No vas a arrebatarme mi virtud —bromeo.

Me vuelvo hacia Rey, pero él se limita a darme un leve apretón. Entonces se la lleva a los labios y me da un suave y delicado beso en el dorso. Solo un pequeño recordatorio de que está aquí conmigo. De que me entiende.

Ese gesto hace que se me hinche el pecho. Aunque no con aire, sino con algo indefinible. Me sigue hasta la pequeña rosaleda en la que enterramos a mi padre y me fijo en que hay tres personas más allí de pie.

Junior tiene una botella de alcohol en la mano y Libros lleva un montón de vasos de plástico. Azúcar se vuelve hacia nosotros con una sonrisa.

—Se nos ha ocurrido que podríamos hacer algo los cinco juntos en su honor, aunque tú no nos hayas querido decir nada…

Me muerdo el interior de la mejilla con fuerza para no llorar, pero los ojos se me anegan en lágrimas de todas formas.

En la lápida de mármol de mi padre está grabada una fotografía suya en la que sale sonriendo de oreja a oreja. Se la sacó antes de que todo se fuese a la mierda.

Antes del cáncer, antes de la quimio, antes de que el tiempo le envenenase.

Junior lee lo que reza la inscripción grabada justo debajo.

—«Había sufrido una derrota, pero no pensaba darse por vencido». ¿Qué significa eso?

—Es de su libro favorito. *La llamada de lo salvaje*.

Esas palabras se me quedan grabadas en la mente. «Derrotado, pero no vencido». Nunca había llegado a comprender por qué había decidido grabar justo esa cita en su lápida. Para que le acompañase por toda la eternidad. Busco entre esas palabras la esperanza que siempre le dieron a mi padre. Busco en ellas alguna clase de significado oculto.

Azúcar coloca una vela sobre la lápida de mi padre y la enciende.

—Lo vi en una serie de televisión. Decían algo sobre que hay que prender una vela para encontrar el camino de vuelta a casa. No entendí del todo qué era lo que querían decir, pero oye, me gustó. —Baja la vista hacia la vela—. Así que por si acaso.

La llama desprende un tenue resplandor dorado sobre la lápida e ilumina el rostro de mi padre.

Junior sirve un poco de alcohol en cada uno de los vasos de plástico y Libros los reparte entre los cinco. Abro la boca para decirles «gracias por hacer todo esto», pero Junior se me adelanta.

—Hola, señor James. Soy amigo de su hija, Atlas. Aunque nosotros la llamamos Mapas.

Frunzo el ceño y observo atentamente a Junior.

—Conocí a Mapas en el campamento del sádico de su amigo Joe. Pero quería decirle que estaría orgulloso de ella si pudiese verla ahora. Todo empezó un poco mal…

—Junior —le llamo. No entiendo qué es lo que está haciendo.

—Pero trabajó muy duro. Se centró en sí misma y maduró muchísimo. Así que he pensado que querría saber que está bien.

Antes de que pueda decir nada, Libros se pone a hablar.

—Hola, Patrick. Soy Libros. —Carraspea—. He conocido a tu hija. Y es exactamente como tú decías que era. No suele hablar mucho, pero creo que es porque te echa de menos. El ser su amigo hace que yo también te eche de menos. Siempre está haciendo preguntas, igual que tú. Espero que, estés donde estés ahora, puedas verla, porque creo que estarías orgulloso de ella. —Libros carraspea de nuevo para aclararse la garganta—. O bueno, lo que sea.

Me pongo a llorar. No puedo evitarlo. Ver a la gente a la que tanto quiero hablando con alguien a quien también quise mucho y que ya no está hace que se me salten las lágrimas.

—Yo soy Azúcar. Y quiero que sepas que Mapas va a estar bien. Es una de las personas más fuertes que he conocido en mi vida. Estoy de acuerdo con lo que han dicho Junior y Libros. Estarías muy orgulloso de ella de poder estar aquí ahora.

—Hola, Patrick. —Me aferro a Rey con más fuerza y bajo la mirada hacia la lápida de mi padre—. He conocido a tu Forajida. Tenías razón, es… de lo que no hay. Hiciste un buen trabajo criándola, y deberías sentirte muy orgulloso de ella. Es tal y como la describiste. Joe se está encargando de cuidar de ella, pero creo que Mapas puede cuidarse ella sola. Ah, y también tenías razón en lo otro que me dijiste. Gracias por cambiarme la vida.

—Por Patrick James, el padre de Mapas —dice Azúcar, al tiempo que eleva su vaso de plástico—. El río está algo más frío sin ti.

—Por el padre de Mapas —repiten todos.

Ni siquiera consigo darle un sorbo a mi bebida.

«Orgulloso. Orgulloso. Orgulloso».

Esa palabra palpita dentro de mi cabeza como el latido de mi corazón en mi pecho, y puedo oír la voz de mi padre repitiéndome una y otra vez lo orgulloso que está de mí. Incluso aunque hasta este momento lo único que había podido pensar era en que lo estaba decepcionando.

Pero ahora…

De algún modo, estas cuatro personas han sabido desde el principio qué era justo lo que necesitaba. Necesitaba que mi padre se sintiese orgulloso de mí.

Nos quedamos en el cementerio un rato más, pero yo ya tengo todo lo que necesitaba. Porque han sido capaces de comprender qué era lo que más me

dolía y no me han abandonado, se han quedado a mi lado. Y han honrado su recuerdo. Y me han querido a pesar de todo lo que he hecho.

Esa noche, Rey se cuela en mi dormitorio a través de la ventana y dormimos juntos en mi cama. Por la mañana, mi madre llama a la puerta de mi cuarto y nos pregunta si Rey quiere quedarse a desayunar.

Nos tomamos nuestras tazas de café y nos comemos nuestros cereales mientras nos miramos el uno al otro, como hacíamos durante nuestra ruta, pero aquí todo es distinto. Porque siento que estoy viendo a otra persona.

—Aquí no pareces la misma —me dice.

—¿Eso es bueno o malo?

Rey recorre el borde de su taza con el dedo, pensativo.

—Solo… estás distinta.

Cuando se marcha de vuelta a Alaska, nos despedimos pegando nuestras frentes durante un buen rato.

—Volveré.

Pero si de algo me he dado cuenta es de que la muerte no solo te puede robar a un ser querido, sino que también te arrebata la capacidad de pensar que el tiempo es ilimitado. Así que no sé si volveré a ver a Rey. Porque ya no me creo esa clase de promesas.

Me aferro a su sudadera con todas mis fuerzas, al mismo tiempo que él retrocede un paso, y puedo ver por su expresión que él tampoco quiere irse.

Después me quedo observando cómo su coche se aleja por la calle y me convenzo de que estoy bien, de que todo va bien. Pero, en cuanto cierro la puerta de casa a mi espalda, rompo en llanto. La maleta plateada de mi padre sigue junto a la puerta. Y entonces puedo oír su voz en mi cabeza: «Cada arañazo o abolladura es un recuerdo de uno de los muchos lugares que he visitado. De una vez en la que dije que sí».

Y entonces me llevo la maleta a mi habitación.

38

Un mes más tarde acabo en casa de Rey. Él viene a recogerme al aeropuerto y echa mi maleta en el maletero de su camioneta. Vive en un piso pequeño que le han asignado los de la empresa en la que hace las prácticas. Tiene una cocina improvisada, un sofá pegado a la pared y una mesa con tres sillas. Ni siquiera cuatro sillas. Por lo menos está limpio y organizado… algunos incluso podrían decir que está vacío.

Hay dos dormitorios: uno para él y otro para su compañero de piso.

—¿Tu compañero de piso se ha ido?

—Va a pasar el fin de semana fuera. —Rey asiente con la cabeza.

—Entonces, ¿no va a venir nadie?

—No. —Le veo vacilar—. ¿Te apetece ver una película? ¿O…?

Le miro directamente a los ojos cuando le respondo:

—No. No quiero ver una película.

—¿Te apetece beber algo? —Abre la mini nevera, pero yo paso junto a él y me encamino hacia su dormitorio. Unas cortinas oscuras cubren una ventana con un pequeño escritorio debajo. El edredón blanco está amontonado a los pies de la cama como si Rey acabase de levantarse y lo hubiese apartado a toda prisa. Hay cuadernos de dibujo, novelas y ropa tirados por todas partes y, de repente, veo cómo Rey se agacha para tratar de recogerlo todo a toda prisa.

—Lo siento. No sabía si… Y nunca hago la cama.

Le detengo.

Se le cae todo de las manos y no puedo evitar esbozar una sonrisa. Es una sonrisa depredadora que le deja muy claro lo que pretendo, y él me observa con los ojos abiertos como platos, asustado.

—Mapas.

Me acerco a él un paso y le veo retroceder.

Pero mis labios acaban pegados a los suyos un segundo después y ese

calor que siempre se despierta en mi interior al estar con él regresa con todas sus fuerzas. Nos besamos y nos abrimos camino hacia la cama como podemos. Rey me quita la camiseta con cuidado, pero yo tiro de la suya con todas mis fuerzas, sacándosela por la cabeza.

—Mapas, espera.

Me detengo.

—Te quiero.

Sonrío, no porque me parezca gracioso o porque no le dé importancia, sino porque Rey lleva demostrándome el verdadero significado de esas dos palabras desde hace ya mucho tiempo. Me ha demostrado que me quiere una y otra vez, mediante susurros, caricias y lágrimas.

Sé que me quiere.

Porque me lo ha demostrado con cada uno de sus gestos. Por eso no hacía falta que me lo dijese.

Me besa en lugares en los que no sabía que podía sentir tanto placer, y desliza sus labios sobre cicatrices que no sabía que tenía. Logra llegar a zonas de mi corazón que creía insensibilizadas por completo y, en ese momento, sé allí es donde tengo que estar, con él.

Me muerde con suavidad el hombro mientras se introduce en mi interior, se aferra a mis caderas y se apodera por completo de mi boca mientras nos corremos juntos. No me hace sentir avergonzada por desearle como le deseo, tan solo me siento preciosa y fuerte bajo su mirada.

Y cuando el mundo se resquebraja bajo mis pies, el de Rey también parece hacerlo.

Después de eso, me besa con dulzura la piel desnuda. Los hombros, el torso, los muslos. Luego sale a la cocina y trae un par de botellas de agua de plástico.

—Joe se enfadaría muchísimo con nosotros por esto —me carcajeo.

—Por favor, no menciones a Joe después de que acabemos de hacer…

—¿Guarradas en tu cama? —Me río.

Él niega con la cabeza y esboza una sonrisa.

—Nada de lo que acabamos de hacer podría considerarse una guarrada.

Rey se ofrece a traerme algo para comer, pero no tengo hambre. Nos abrazamos con fuerza, aferrándonos el uno al otro durante un buen rato, mientras observamos fijamente el techo. Con nuestros cuerpos y pensamientos enredados.

—Ojalá te hubiese conocido antes —le confieso—. Y no… no como nos conocimos.

—Pues yo creo que todo fue perfecto.

—¿No te arrepientes?

—¿Es que tú sí?

Me quedo un buen rato valorando su pregunta. Pienso en mi padre, en su muerte, en el instituto, en mi madre, en el sendero. Recuerdo a todos nuestros amigos junto a la lápida de mi padre diciéndole que estaría orgulloso de mí y, por primera vez, me doy cuenta de que en realidad me da igual lo que opine el fantasma de mi padre de mí. Porque *yo* estoy orgullosa de mí.

Porque he sobrevivido.

Sigo luchando.

Había sufrido una derrota, pero no pensaba darme por vencida.

—Cuando estábamos en Bear Creek, Junior y Azúcar tenían una teoría de lo más extraña sobre los polos que Libros y tú nos dabais.

Eso le hace incorporarse y volverse hacia mí con el ceño fruncido.

—Es una tontería. —Me llevo la mano a la cara, tratando de esconderme.

—Cuéntamelo —me anima.

—Al parecer, según ellos, existe toda una jerarquía dentro de los colores de los polos. Y creían que Libros siempre le daba a Junior un polo rojo porque es el mejor color. Yo no estoy tan segura. Pero él pensaba que eso era una señal de que a Libros le gustaba.

Rey asiente, comprendiendo lo que le estoy queriendo decir.

—Todo el mundo sabe que el azul es el mejor polo.

—¡Y también pensaban que a ti te gustaba yo porque me diste un polo azul!

Rey suelta una sonora carcajada pero sus mejillas se sonrojan levemente.

—¿Es verdad? ¿Por eso nunca me diste un polo amarillo?

—Mapas, eso es ridículo. ¿De verdad piensas que siempre me guardaba el mejor polo para dártelo cuando llegase tu turno?

—¿Lo hacías?

Rey se sienta en la cama, apoyándose en la pared.

—¿Por qué siempre te ponías en mi cola? ¿Y nunca en la de Libros?

—¿Por qué te fijaste en eso?

Rey niega con la cabeza, pero no añade nada más, tan solo se dedica a recorrer en silencio las pecas que salpican la piel de mis piernas. Justo al lado de la cama, sobre la mesilla de noche, está el diario de Rey, el mismo que mi padre le regaló. Lo tomo y recorro con los dedos la palabra que ha grabado en la tapa. «ATLAS».

—Una colección de mapas. Eso es lo que significa. —Desliza sus labios por mi brazo.

Entonces recuerdo algo que dijo cuando todavía estábamos en el sendero. «Un atlas, como se suele decir».

—Lo sabías. Sabías cómo me llamaba desde el principio.

No se molesta en negarlo, pero también sacude la cabeza.

—Sabía que existía Atlas la Forajida. Pero a quien conocí durante nuestra ruta fue a Mapas.

Suelto un gemido. Y abro el diario.

—Qué cursi. —Pero me encanta. Y noto cómo las paredes de mi corazón se expanden lentamente.

Paso las páginas del diario, hojeándolo todo, y veo los senderos y todas las cosas que Rey pensó que era importante dejar por escrito sobre mí. Cosas como «se muerde el labio siempre que miente» y «hoy ha llorado».

—Tampoco lloraba *tanto* —gruño.

Él me da un suave beso en el muslo.

—Llorabas mucho. Pero creo que era porque lo necesitabas.

El día que me dio el ataque de pánico solo escribió: «No le gustan los espacios pequeños, me ha dejado abrazarla».

Deslizo los dedos por la siguiente página, en la que ha dibujado el trazado del sendero, pero también ha escrito muchas cosas más.

Hay entradas mucho más normales, más propias de un diario personal. Las leo por encima, porque me da demasiado miedo centrarme en ellas ahora, me da miedo que se me reabran viejas heridas.

«Hoy no he podido dormir. Soy un maldito idiota. Debería habérselo contado».

Y…

«Libros la ha encontrado. Le he llamado pero se niega a decirme dónde está».

Y…

«Es en una cafetería. Me lo ha dicho Junior».

Y justo al final…

«Tengo que dejar marchar a Mapas».

—Iba a quemarlo —murmura con los labios pegados a mi piel.

—¿A quemarlo?

—Sí. —Me observa con la mirada cargada de tristeza—. Y pensé que Año Nuevo era el momento perfecto para hacerlo, para empezar de cero. Por eso lo llevaba en la mano. Pero entonces te vi, y pensé que a lo mejor era una señal. Como lo del paquete de tabaco.

Cierro el diario y lo pego a mi pecho desnudo.

—Tú y tus señales…

—Ya —suspira, dejándose caer de espaldas sobre el colchón—. Supongo que me gustan mucho.

No voy a ver nada en Alaska en todo el tiempo que estoy allí. Me paso los tres días en la habitación de Rey, con él. Susurrándonos secretos y dejándonos llevar por nuestros deseos, descubriendo las distintas formas de llevar al otro al borde de la locura.

Y, cuando llega la hora de volver a casa, sé que dejaré mi corazón atrás, con él.

39

El principio, de nuevo

Mi pequeño apartamento está junto al río.

Durante el día puedo oír a la gente haciendo rafting, a los niños jugando en la orilla e incluso, a veces, oler el aroma que sube desde las barbacoas. No es el mismo río en calma al que solíamos ir mi padre y yo. Pero, al caer la noche, puedo abrir la ventana y oír su susurro. Como una constante. Sé que el agua que corre por ese río es la misma que proviene de la nieve que se derrite en la sierra y, por algún motivo, el mero hecho de saberlo hace que me sienta un poco mejor.

Vivo con Junior, pero decir que es «mi compañero de piso» es ser muy generoso. Porque se pasa la mayoría de las noches con Libros y, de alguna manera, ha conseguido tres figuras paternas nuevas. La madre de Libros, Millie; mi madre y Joe. Por un momento pienso que se va a molestar de que siempre estén llamándole para comprobar que está bien, pero cuando se lo comento un día, él niega con la cabeza y dice:

—Jamás podría enfadarme porque aquellos que me quieren se preocupen por mí.

Como era de esperar, Libros sigue viviendo en casa de sus padres. Se sigue quejando casi todos los días de que su madre no le deja irse, pero sé que solo lo dice por decir. Porque lo que quiere de verdad es tumbarse abrazado a Junior en el sofá de la casa de su infancia.

Azúcar va a una universidad privada que está a unas cuantas ciudades de distancia, pero se pasa más días estudiando en nuestra universidad que en la suya.

—Es que aquí hay menos ruido. Y allí huele a niño rico.

Y Rey.

Ahora mismo está tumbado entre mis piernas, con la cabeza apoyada en

mi abdomen. Estamos escuchando el susurro del agua y yo finjo leer un libro para clase y no haberme dado cuenta de cómo está deslizando el pulgar por mi piel en una caricia.

Desde que volvió de Alaska nos hemos pasado casi todas las noches así. Él siempre sale cansado del trabajo, yo acabo agotada de la universidad, pero ninguno de los dos quiere estar lejos del otro. Porque ya hemos pasado demasiado tiempo separados.

El teléfono de Rey vibra sobre el colchón a nuestro lado al recibir un mensaje y él suelta un gemido antes de tomarlo. Después echa la cabeza hacia atrás y parece molesto.

—¿Qué pasa?

—Todos han quedado a cenar pizza en el sitio ese veinticuatro horas que hay al final de la calle.

Con ese «todos» se refiere a Libros, Junior y Azúcar.

—¿Azúcar va a llevar a ese chico suyo?

—No tenemos por qué ir.

Es cierto. No tenemos por qué. No tenemos por qué hacer nada solo porque nuestros amigos vayan a estar allí. Puedo decirle que no quiero ir. O puedo decirle que sí. A Rey se le ilumina la mirada mientras me observa tomar una decisión.

—Podríamos quedarnos aquí —murmura, al tiempo que deposita un suave beso sobre mi pierna.

Dejo el libro que estaba fingiendo leer sobre la mesilla, que en realidad no es ninguna mesilla, sino solo mi maleta plateada, y veo cómo a Rey se le oscurece la mirada.

Pero acabamos yendo con nuestros amigos.

Yo voy con la sudadera blanca que le robé a Rey cuando fui a visitarle a Alaska y que nunca llegué a devolverle. Él, con su chaqueta. Y abrazados.

Nos sentamos en una mesa con asientos de vinilo rojo recogida al fondo del local y nos tomamos unos cuantos refrescos a pesar de que sea la una de la mañana. Junior pide distintos tipos de pizza porque no se puede decidir por una sola.

—Si solo pudieseis elegir una cosa para ponerle a la pizza durante el resto de vuestra vida, ¿qué elegiríais? —les pregunto, al tiempo que le robo un trozo de salchicha de uno de los pedazos de Junior.

—Tú y tus preguntas imposibles —se queja Azúcar—. No me cabe

ninguna duda de que la Convención de Ginebra las categorizaría como uno de los principales métodos de tortura.

—Pues yo espero que nunca dejes de hacer preguntas que me niego a responder —comenta Junior, mientras le limpia a Libros una mancha de salsa de la cara con el pulgar para después chuparse el dedo—. Forma parte de tu molesto encanto.

—Yo también tengo una pregunta —dice Azúcar—. ¿Qué es lo que os gustaría cambiar de otra persona sin que esta se cabrease por ello? Empiezo yo: yo prohibiría lo de comer algo directamente de la cara de tu novio porque me parece asqueroso.

—Me toca —repone Junior, volviéndose hacia ella—. Sé perfectamente qué fue lo que le comiste a Mallory con dos L, así que no eres quién para decirme *nada*.

Libros se recuesta sobre su asiento y pone los ojos en blanco mientras Azúcar y Junior se ponen a discutir por encima de él. Rey me da la mano y deposita un suave beso en el dorso. Después sus labios se deslizan hacia mi oído.

—Yo cambiaria el haber venido porque podríamos habernos quedado solos en casa y te habría tenido toda para mí —me susurra.

Con cada beso que me da recuerdo lo que nos ha costado llegar hasta aquí.

A un lugar en el que el corazón me duele solo de lo feliz que soy. Por lo lleno que está, donde el amor es la norma y no la excepción. Y me doy cuenta de que, a pesar de que el camino haya sido duro, no cambiaría absolutamente nada.

Echo de menos a mi padre todos los días, pero ya no me siento sola.

La persona en la que me he convertido se lo debe todo a los lugares que he dejado atrás. Y estoy orgullosa de quien soy. La chica cuyas cicatrices evidencian que ha vivido una vida con una historia preciosa. No me avergüenzo de haber sufrido o llorado. Y he dejado de sentirme culpable por no sufrir o llorar lo suficiente.

Ahora me siento a salvo. Mis amigos se tomaron el tiempo necesario para derribar ladrillo a ladrillo todos los muros que había construido a mi alrededor. Alejaron todo aquello que había estado usando para contener la hemorragia que me había provocado mi dolor y dejaron la herida a la vista.

No para que me doliese más, aunque por un tiempo fue así, sino para que aprendiese a curarla.

Y si alguien me hubiese mostrado un mapa de cómo iba a ser mi año pasado, habría seguido el mismo camino. Porque me llevó hasta Azúcar, y hasta Libros, y hasta Junior.

Hasta mi madre.

Hasta Rey.

Y sé que, si hubiese un mapa de mi vida, me daría cuenta de que estoy justo donde quiero estar. Así que…

Cierro los ojos y susurro una verdad que estoy segura de que a nadie le molestaría.

—Yo no cambiaría nada.

Y es cierto, no lo haría.

FIN

que solo es un principio más.

Agradecimientos

Escribir una historia, cualquier historia, requiere que muchas personas ayuden a darle forma. Este libro fue especialmente complicado para mí, sobre todo a la hora de entrever la historia con claridad. Hay muchas de mis propias historias plasmadas entre estas páginas. Mi padre, los problemas que tuve yo misma de adolescente, mi sensación de pertenencia a un lugar. Cuando acabé este libro me di cuenta de cuánta gente me había ayudado a encontrar el camino hasta ella. Desde mis editores hasta mis correctores, pasando por el equipo de marketing, mis amigos y mis agentes.

A Erica Sussman, si este libro es bueno, es gracias a ti. Tú fuiste quien nada más ver esta historia, vio su potencial, me redirigiste con paciencia para que la hiciese mía una y otra vez, y me ayudaste a reencontrar el camino de vuelta cuando me perdía. Supongo que es como tratar de pastorear a un gato. Lo siento, pero te estoy enormemente agradecida.

A Sarah Landis, mi agente extraordinaria, gracias por ser mi contacto de emergencias. No accediste en ningún momento a serlo, pero ese es tu castigo personal por haber aceptado vender mis libros. Gracias por leer TANTAS versiones de esta historia y por decirme que Atlas es especial.

Al equipo de Harper Collins, quienes trabajaron en esta historia durante una época intensa y llena de cambios, no tengo palabras para agradecéroslo ni para expresar todo el cariño que os tengo. La vida siempre está en constante cambio, pero vosotros os mantuvisteis firmes, ¡y vuestra visión y talento es algo por lo que os estoy increíblemente agradecida!

A todos aquellos que, sin pretenderlo, han acabado incluidos entre estas páginas. A los profesores, a los maestros de las escuelas de segunda oportunidad, a los orientadores, a los voluntarios de los servicios comunitarios y de todos esos otros proyectos en los que tuve que participar y que siempre me vieron como algo más que solo una adolescente llena de rabia. Todos vosotros estáis presentes en esta historia.

Al señor C., que siempre pensó que era algo más que solo una alumna

expulsada y que no se graduaría nunca, y que me dijo: «Puedes empezar una historia como tú quieras».

Al señor Axtell, que cuando una alumna le dijo que se fuese a la mierda supo que necesitaba ayuda, y no que la castigasen. Siempre te llevaré en el corazón.

A mis tíos y a mi padre, que se pasaron innumerables noches de verano con una lata de cerveza en la mano mientras nos relataban historias plagadas de recuerdos. Fue gracias a esos instantes que descubrí la magia de las palabras.

A mi madre. La persona más fuerte que conozco. Te quiero y solo soy fuerte porque he seguido tu ejemplo.

A mis hijos, que me hacen querer contarles nuevas historias, y a mi marido, que siempre me anima a hacerlo. David, no podría haber hecho nada sin ti, y tampoco habría querido hacerlo, sinceramente. (Por favor, no le digas a Jin que he dicho eso).

A mis Dwayers. Gracias por quererme y por permitirme ser quien soy. Me siento segura y querida gracias a vosotros.

A Stephanie Garber, sin cuyo cerebro jamás podré vivir. A Stephanie Brubaker, cuya opinión y risa son dos de mis cosas favoritas del mundo. A Isabel Ibañez, que siempre me recuerda que soy buena incluso cuando yo no creo que lo sea. A Rachel Griffin, que siempre sabe cómo entenderme, incluso cuando parece que nadie más me comprende. A Adalyn Grace, que siempre me recuerda que tengo que alzar la voz, valorarme un poco más y luchar por aquello en lo que creo (sé que solo tú estarías dispuesta a ayudarme a esconder un cadáver). A Shelby Mahurin, por siempre responder a cada uno de mis mensajes y por haberme sacado mi foto de autora. A Jordan Gray, por leerme y recordarme por qué hago lo que hago. A Alexa Lach, gracias por leerme, animarme y apoyarme incluso cuando ni tú misma tienes tiempo o el apoyo emocional necesario.

A mis primeros lectores/animadores: Natalie Faria. El amor y la gratitud que te proceso no conocen límites. Jenn Wolfe. AGH. ¡No te haces una idea de lo mucho que te adoro! Lacey, Jacki, Morgan, Lisa, Christina. OS QUIERO.

SI NO ES RARO… MaLLory (Malor), Alex, Gretchen, Alexa. ¿Qué haría yo sin vuestras agresivas charlas de ánimo, nuestras conversaciones profundas sobre manualidades o vuestros comentarios desatados? Morir. Lo

más probable es que me hubiese muerto.

A Susan Lee. EL SEGUNDO LIBRO. ¿Hemos sobrevivido? Luego me lo cuentas. Gracias por comprenderme cuando te conté lo que sentía al tener que viajar en avión y por ser mi persona de confianza después de la salida de mi primer libro. A Sasha Peyton Smith, gracias por siempre responder a mis llamadas y gracias por siempre tener la respuesta correcta para todo. A Akshaya Raman, siento mucho lo del K-Pop (en realidad no lo siento). Te quiero.

A Writing with the Soul, gracias por ser la comunidad de escritura que más me apoya y más cariño me da continuamente, que más me anima y más me inspira. ¡Os quiero! (VUELTA A EMPEZAR).

A Adrienne Young, gracias por ser la persona a la que siempre recurro en busca de apoyo. Gracias por escucharme atentamente siempre que dudo de mí misma, por estar presente en todos mis cansinos arranques y bloqueos, y por tener una fe infinita en mi capacidad de contar historias. En los días en los que no veo la luz al final del túnel, solo tú me recuerdas que no por eso deja de existir una salida. Te prometo que, en nuestra siguiente vida, me aseguraré de tener las cosas algo más claras. Pero en esta no puedo prometértelo. Perdóname por siempre dejar el ventilador encendido en la oficina.

Para el juego del Mentiroso, al que jugamos una y otra vez en los distintos aeropuertos durante nuestras escalas, en la playa cuando había tormenta y por todas partes en Tailandia, y a la gente con la que jugué.

Al río de los Americanos. Cada roca, cada corriente, cada puente, cada pez siempre me recuerda a mi padre. Esta ha sido mi pequeña carta de amor a un lugar que está plagado de recuerdos de mi infancia y de emociones de mi edad adulta y de lecciones que nunca olvidaré. El mismo que siempre me recuerda que todo está en constante movimiento y cambio.

Y, por último: a aquellos que hemos perdido a uno de nuestros padres demasiado pronto. Os quiero. Os entiendo. Y estoy de acuerdo con vosotros: es lo peor. La vida resulta mucho más fría sin ellos a nuestro lado, pero son el sol que nuestros rostros y las estrellas del norte que iluminan el firmamento nocturno.

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escríbenos a

puck@uranoworld.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA /MundoPuck /Puck_Ed /Puck.Ed

LATINOAMÉRICA /PuckLatam

/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

PUCK